

salamandra

Raquel
Arbeteta

Entre dos finales



Para quienes se quedan hasta la madrugada leyendo sus libros favoritos.

(Sí, esta historia también es para mí).

Like the sun, the moon, the stars
And everything else in their wake
At the end of the world
I think I'm falling by mistake

ZEPH, «World»

1

La protagonista es idiota (aunque no lo sepa)

He releído dieciséis veces mi libro favorito. Esta noche tormentosa estoy a punto de alcanzar mi récord personal y llegar a diecisiete.

Y eso teniendo en cuenta que no soporto a la protagonista.

Catherine Remmington es, simple y llanamente, idiota. Kitty es uno de esos personajes principales sosos, sensibles y blandos sin una gota de personalidad a los que de forma mágica todo les sale bien gracias al poder del amor y la bondad.

Puaj.

Entonces, Laura, ¿por qué lees hasta la obsesión *El diamante de la temporada*, el sexto y último libro de la saga Temporada de Magia, donde todo gira en torno a ella? ¿Es porque tú también eres idiota? No, ni mucho menos. Soy lista. Bastante, de hecho. «Una sabionda insoportable», o eso me llaman con cariño mis amigas (y con odio los imbéciles de mi instituto).

En realidad, la razón principal por la que *El diamante de la temporada* es mi libro favorito es porque, dejando a un lado a la sosa de Kitty, todo lo demás en él es PERFECTO. Con mayúsculas.

Cada secundario merece su propio *spin-off* (cruzo los dedos por que algún día la misteriosa A. S. Garden oiga nuestras plegarias), la trama no te da respiro y la ambientación es maravillosa. La saga de Garden está ambientada en la Regencia británica, sí, pero con magia. Es una historia como las de Jane Austen, solo que en ella se incluyen dragones, brujas y fantasmas. ¿A quién no le va a gustar?

Y eso sin mencionar al coprotagonista masculino.

El duque de Albans, George Keating, es… indescriptible. Tan valiente como inconsciente, un buenazo que de día incomoda a los aristócratas en los salones de baile y de noche no deja de meterse en peleas de espadas en los barrios bajos de Londres. Además de ser rubio y estar buenísimo, por supuesto.

¿A quién pretendo engañar? Si estoy desvelada a las tres de la madrugada es por culpa suya. George está en el East End londinense de 1813. Faltan un par de páginas para que trastoque por casualidad los planes del villano de la historia, el conde Ervin Seddon, quien pretende contratar los servicios del hechicero Lir para que atente contra la reina Charlotte.

Es un capitulazo lleno de acción. Los diálogos internos de George medio borracho también son muy graciosos. Lo adoro.

Mientras tanto, Kitty Remmington está en su mansión de Mayfair… durmiendo.

Apasionante.

Mientras leo, la lluvia tras el cristal de mi habitación se recrudece. Las gotas impactan con tanta fuerza contra la ventana que parece que alguien está llamando desde fuera con insistencia.

Por suerte, mi vela aromática favorita sigue iluminando cada rincón tenebroso de mi cuarto. Es una edición especial llamada «El león de la reina», como el título del segundo libro de la saga (huele a madera e incienso, igual que la historia). Además, tengo la lamparita de mi mesilla encendida a toda potencia.

Soy lista, precisamente por eso tengo miedo a la oscuridad. En ella puede esconderse cualquier cosa. Los que no la temen son los verdaderos ignorantes. Eso trato de explicarle a mi padre cada vez que me regaña porque, a punto de cumplir dieciocho años, debería superar ese tipo de «miedos infantiles». Sin embargo, cuando se le estropea el ordenador y necesita mi inestimable ayuda, no se pone tan gallito.

De pronto, el destello veloz de un relámpago ilumina la pared de mi cuarto.

El trueno que le sigue retumba más cerca que el anterior.

Lo hace con tanta fuerza que doy un respingo del susto. Me tapo hasta arriba con las sábanas, creando un refugio improvisado de tela blanca, y me concentro en el de papel que tengo entre las manos.

Para mí, eso es *El diamante de la temporada*: un refugio donde me siento a salvo. A decir verdad, lo es la saga en general. El mundo que ha creado Garden es mi vía de escape. El lugar donde me siento acompañada.

Conozco a cada personaje igual que si fuera mi amigo y cada giro de trama como si lo hubiera escrito yo. Podría hablar durante horas (lo he hecho) de cada elemento del mundo histórico-mágico, uno en el que se entremezclan estrictas normas de etiqueta con la existencia de criaturas como los dragones de chispa (son monísimos y se encargan de encender las chimeneas).

De entre todas mis amigas (número total: dos), soy la mayor fan de Temporada de Magia, y eso que ellas también son unas fanáticas de manual.

Discutir sobre la historia es uno de mis pasatiempos favoritos, porque dominar cada detalle me hace sentir segura. En el conservatorio insistí hasta que mi profesora me dejó incluir en el repertorio de clase las melodías para piano que suenan en los bailes mientras el duque y Kitty se enamoran.

Por eso, esta noche me sumerjo de lleno en la historia una vez más.

Por eso, apenas presto atención al siguiente trueno que rompe la quietud de la noche. Por eso, me río en voz alta incluso cuando la lluvia se convierte en un auténtico diluvio que parece dispuesto a sumergir la ciudad.

Aunque la novela no me atrapa tanto como para que no grite cuando, de repente, la luz de mi cuarto desaparece con un chasquido.

Vale, Laura, relájate. Lo de la lámpara tiene una explicación: la tormenta es tan violenta que ha debido de fundir los plomos. Y la vela… Que se haya apagado puede deberse a una corriente de aire.

Aunque, por otro lado, tengo la ventana y la puerta cerradas a cal y canto.

Debería salir de entre las sábanas para comprobar que es así y volver a encenderla, pero no me atrevo. Lo peor de todo es que, sin luz, no puedo seguir leyendo. Y es una pena, porque la escena era buenísima: el dragón de tiro del hechicero Lir estaba a punto de chamuscar la capa de George.

Aprieto el libro contra mi pecho con el siguiente trueno, tan brutal o más que el anterior.

Cojo aire. Lo suelto despacio. Cierro los ojos con la misma fuerza con la que mis dedos rodean los cantos de la novela.

—Tranquila, tranquila, tranquila —susurro como suele hacer mi madre—. Todo irá bien. Piensa en vestidos de época bonitos. Piensa en piedras preciosas. En George Keating pidiéndote un baile. En la reina Charlotte nombrándote diamante de la temporada en lugar de a Kitty. —No puedo evitar sonreír—. Qué tonterías estoy diciendo.

No es la primera vez que me monto un *fanfic* en la cabeza. Lo de crear historias paralelas donde me cuelo en la saga como un personaje principal me resulta inevitable.

Sé bien que no estoy sola y que muchísimos lectores lo hacen, y aun así me cuesta reconocerlo en público.

—Si estuviera aquí dentro —murmuro, la novela bien pegada contra el pecho—, cambiaría unas cuantas cosas. Empezando por…

El siguiente trueno parece estallar dentro de mi cuarto.

Ni siquiera oigo mi propio grito, aunque estoy segura de que he chillado.

Hundo el rostro en la almohada y me hago un ovillo contra el colchón, sudando de miedo, con la única compañía de una novela manoseada llena de pósits y frases subrayadas.

—No hay nada ahí fuera —mascullo—. Solo tu casa. Solo tus cosas. Tranquila, tranquila, tranquila.

Nadie me contesta, claro. Ni siquiera la tormenta. Porque, tras unos segundos, me doy cuenta de que ha parado.

En mi cuarto se ha instalado un silencio sepulcral. La lluvia, los truenos, el viento, todo se ha detenido.

Porque sé que no es un huracán, si no, creería que mi casa está justo en su centro, disfrutando de esa calma que precede a una tempestad todavía más temible.

Pasan los minutos. Solo se oye mi respiración agitada. La quietud se mantiene y yo me estremezco, ignoro si por el alivio o por la expectación.

Una extraña sensación se ha instalado bajo mis costillas. La impresión de que algo en mí ha cambiado. No ser consciente de qué es me pone nerviosa. Mi intuición nunca falla. Y en esta ocasión me está susurrando al oído que me prepare.

¿Para qué? No tengo ni la menor idea. Pero, tal como me late el corazón, me va a resultar imposible dormir. Me conozco.

Bueno, puedo aprovechar y reunir el coraje para salir de la cama y encender de nuevo la vela. Al menos así podré seguir leyendo. No sería la primera noche que la luz de la mañana me sorprende terminando un libro (que he leído dieciséis veces antes).

Me incorporo, apartando las sábanas, y la luz es tan fuerte que me deslumbra. Tengo que parpadear casi medio minuto para acostumbrarme a ella.

Dios mío, ¿ya es de día? ¿Ha pasado tanto tiempo desde la tormenta? Quizá me he dormido sin darme cuenta, aunque… no recuerdo haberlo hecho ni un segundo.

Al abrir los ojos del todo, observo mi cuarto para que su familiaridad me calme. Ah, sí, ahí está: sobre mí, el gigantesco dosel granate de la cama de matrimonio. El papel de flores estilo Regencia que cubre las paredes. Ajá. La chaise longue tapizada de satén azul junto a la chimenea y, cómo no, sobre esta, el enorme espejo de marco dorado del que sale un fantasma…

Espera.

Esperaesperaespera.

¡¿Dónde estoy?!

¡¿Qué ha pasado con mi cuarto lleno de pósters de Taylor Swift, torres de libros pendientes y partituras de piano garabateadas?!

Ante mi evidente desesperación, el fantasma esboza una sonrisa arrogante.

Es una persona, porque desde luego tiene esa forma, pero, en lugar de ser opaco y tangible, su cuerpo es translúcido y gris. Viste una casaca abotonada y tricornio, igual que un soldado de regimiento, y bajo el sombrero lleva una peluca con bucles. Tiene enfundado un cinto y me hace el saludo militar con el único brazo que le queda.

No puede ser.

Pero lo es. Lo reconozco. Por las ilustraciones de los fans, solo puede ser él.

—¿Coronel…? —Trago saliva—. ¿Coronel Remmington?

—Al fin se ha dignado a despertar, señorita. —Se ríe—. Mi nieta lleva horas esperándola.

Parpadeo. El sudor frío me baña la espalda y provoca que el camisón blanco de encaje se me pegue a la piel.

Un momento, ¡¿adónde ha ido a parar mi pijama de «No me hables durante las primeras 24 horas del día»?! (Fue un regalo de mis amigas porque son muy graciosas).

—¿Tu… nieta?

Juro que normalmente no hago preguntas tan estúpidas.

—Así es: la dulce Kitty —aclara el fantasma—. Señorita Lavinia Labbey, no se enfade. Ya sabe que a usted también la considero de la familia, aunque venga del otro lado. —Hace un mohín—. Siento la mala suerte que la ha arrastrado hasta aquí: los Labbey siempre han cargado con ella. ¡Es su maldición personal!

«Señorita Lavinia Labbey».

No me lo puedo creer.

De todos los personajes de mi libro favorito, ¡¿tengo que ser esa?!

—¿No va a ver a Kitty? —insiste el fantasma—. Al fin y al cabo, usted es su dama de compañía.

2

A veces no se puede ser la protagonista (lo siento mucho, querida)

Le tiraría un candelabro a la cabeza a este fantasma si supiera que voy a hacerle daño.

Pero sé que no será así. Los fantasmas no son tangibles. Y, por si me había olvidado de ese hecho, el fallecido coronel Remmington se encarga de recordármelo atravesando las columnas de la cama que sostienen el dosel, hasta sentarse en la mesilla del otro lado.

Estoy soñando, está claro. Y no es un sueño cualquiera, sino uno vívido.

Nunca he tenido uno, pero mi amiga Jillian sí. La he oído parlotear sobre la conciencia que se mantiene mientras lo vives, la sensación de que todo es real y de que tienes capacidad de decisión. Dejando a un lado mi confusión inicial, es tal como me siento yo.

Tiene que ser eso. Mi cerebro ha implosionado por la cantidad de veces que he leído esta novela (no me extraña, pobrecito mío) y esta no es otra cosa que una llamada de socorro por su parte.

O bien un regalo.

Me encuentro dentro de mi libro favorito, ¿por qué estoy muerta de miedo? Tengo la oportunidad de hacer lo que me dé la real gana. Ya despertaré para ir al instituto (mejor no pensar en eso o acabaré deprimida) sin sentirme culpable por nada de lo que haga dentro de este mundo onírico.

—¿Señorita Lavinia?

Me giro hacia el (pesadísimo) abuelo de Kitty.

—¿Sí?

—La señorita Remmington la está esperando —me recuerda—. Hoy es el gran día. —Al ver que no contesto, añade—: La presentación ante la reina.

Oh. Vaya. Mi mente es tan precisa como la novela de Garden. Este es su principio.

Así arranca todo: con el día en que las debutantes se presentan ante la reina Charlotte para pedir su beneplácito. Kitty no llamará su atención, aparentemente, pero en realidad la monarca apreciará en secreto su humildad.

Uf. No quiero ni pensar en esa subtrama tan tonta.

Pero, si es cierto que estoy en el principio, eso quiere decir…

Salto de la cama. El camisón que llevo es tan largo que me resulta incómodo al caminar deprisa. Que el fantasma de un anciano siga con atención todos mis movimientos tampoco me hace mucha gracia. Por suerte, hay un biombo de madera nacarada tras el que me escondo.

Ignoro si la ropa sobre el aparador la ha dejado la Lavinia Labbey del pasado o alguna criada, pero me la pongo a toda prisa. El vestido lila es de corte imperio; se ajusta bajo mi pecho y cae hasta los pies sin acentuar nada más de mi figura. La cual es… extraña. Estoy en un sueño, así que esa debe de ser la razón por la que me parece que mi cuerpo no es mi cuerpo.

Como es evidente, he ido a todos los encuentros de fans de Temporada de Magia muy bien disfrazada, así que me pongo las enaguas, las medias y el corsé corto y me ato tanto la chaquetilla como la capa de paseo sin dudar un segundo.

Ninguna mujer «de bien» de esta época llevaría el pelo suelto, pero, como estoy viviendo un sueño y no veo ningún sombrero, salgo del biombo con él sin recoger. He visto unos botines junto a la chimenea.

En cuanto me ve, el fantasma clava la mirada en mi cabello y chista con indignación.

Dios, tengo que largarme de aquí.

—Señorita Lavinia —le oigo decir—, ¿ya se ha acostumbrado a Londres?

—Cállate —le ordeno, sentándome sobre la alfombra, junto a las botas—. No me dejas pensar. ¡Y no entres en mi cuarto sin permiso! —Empiezo a hacerme la lazada de un zapato a toda prisa—. ¿Es que querías espiarme desnuda? ¡Viejo asqueroso! ¿No decías que éramos familia?

—¡Tamaña grosería! —se ofende el coronel (pero tampoco hace amago de marcharse)—. Y antes pretendía ser cortés, porque no, usted no es realmente de la familia, ¡niña insolente! Por mi parte, desde luego que no. Lleva la sangre de mi mujer. E incluso así, los Remmington acogieron a los Labbey solo porque…

—Soy prima de Kitty —lo interrumpo sin alzar la cabeza, atándome la otra bota—. Que ella sea rica y yo una pobre familiar sin dote no les da derecho a los Remmington a tratarme como a una doncella.

—¿Como a una doncella? ¿Acaso no ha visto sus ropas o su cuarto? —pregunta el militar, señalándolo todo con la espada desenvainada—. ¡Lady Remmington y su hija Kitty la han tratado con toda la cortesía del mundo!

—Duermo entre algodones, pero solo sirvo para llevarle la cola a Catherine —mascullo, poniéndome en pie—. Lavinia acepta su caridad para huir de la casa de campo donde está encerrada, pero lo de ser una mera acompañante se acabó.

El coronel Remmington sonríe de lado, como si acabase de verme

tropezar.

—¿Por qué habla en tercera persona, señorita Labbey?

Giro la cabeza para evitar su mirada implacable y me cruzo con la mía en el espejo sobre la chimenea.

En la novela, no describen demasiado a Lavinia. Garden está tan ocupada detallando los encantos de Kitty que eclipsa a la joven que siempre la acompaña.

El reflejo me muestra un rostro distinto al mío. He ocupado la identidad de un personaje de libro, así que, por muy insignificante que sea el papel de Lavinia, soy más guapa que en mi realidad.

En lugar de rubio apagado, mi pelo es negro, espeso y larguísimo, con un flequillo desfilado que mi madre detestaría. Soy más alta y curvilínea, y no plana como una tabla e igual de enana que un hobbit. Al menos he salido ganando en algo.

Solo mis ojos son iguales y, al darme cuenta, respiro tranquila. Habría sido rarísimo que la mirada que me devolviese el espejo no fuera color arena.

Me gustan mis ojos. Mamá los llama «de ámbar» (la pobre no puede aceptar que son marrón claro, como los suyos). Aunque no sean azules, son bonitos, y las manchas más oscuras alrededor de la pupila me recuerdan a diminutas gotas de tinta.

En fin. Podría ser peor. Podría ser la madre de Kitty (la cotilla y metomentodo de lady Remmington) o bien su abuela (la baronesa Richmond es un personaje genial, pero tiene setenta y cinco años y principio de gota).

Es cierto que hay fans que han escrito *fanfics* sobre Lavinia Labbey, básicamente porque un personaje del que solo se proporciona un par de trazos puede ser lo que tú quieres que sea. Sin embargo, a mí nunca me ha interesado. Es solo la *cheerleader* de Catherine. Siempre ahí, siendo su sombra, procurando que su prima no se haga un rasguño y que luzca lo más espectacular posible.

Paso de ocupar ese papel. Soy la protagonista de mi propia historia y en este sueño no va a ser diferente.

—¿Adónde va, señorita Labbey? —oigo al fantasma mientras me dirijo a la puerta—. ¡Señorita! ¡Si se ofusca así y se sale de lo que se espera de usted…!

—¡Me divertiré! —exclamo sin volverme—. ¡Oh, no, qué terrible pecado para una chica!

—¡Vuelva aquí, insensata! ¡¿Adónde va?!

A por lo mejor de este mundo.

Bueno, eso sería el duque, George Keating. Me corrijo: voy a por lo segundo mejor.

Voy a por un poco de magia.

3

Si mientes a quien no debes, las cosas pueden salir mal
(salen mal)

La casa es espectacular. Me contengo para no lanzarle un silbido de reconocimiento a mi mente por haber recreado con tanto detalle la mansión de los Remmington.

El pasillo que recorro tiene paneles de palisandro, molduras doradas, techos decorados con ángeles y una larguísima alfombra mullida que me acompaña hasta las escaleras.

Todas las superficies están pulidas y limpias, y relucen con la luz de la mañana. En mi recorrido hasta la planta baja solo me cruzo con una criada de mi edad. Lleva un uniforme tan perfecto y completo que provoca que, tras adelantarla, gire la cabeza sobre el hombro para admirarlo. No me siento culpable, porque la chica hace lo mismo conmigo.

Ya, debería recogerme el pelo, pero en estos momentos lo más importante es salir de este lugar. Tengo que ir a los bajos fondos londinenses a por mi ansiada magia. A pesar de ser aristócratas, los Remmington no tienen ni una pizca de magia propia.

Lady Remmington está desesperada por que su hija se case bien (como todas las madres de esta época), pero por encima de todo quiere que la reina Charlotte nombre a su pequeño diamante de la temporada.

La razón es bien sencilla: la reina le entrega literalmente un diamante a esa debutante que, por los motivos que sean, ha llamado su atención. Y esa joya no es común, contiene la Magia del Despertar. Esta logrará que los talentos dormidos de un humano normal y corriente se liberen.

Según la reina, es su manera de equilibrar la pérdida de poder que esa joven prometedora sufrirá cuando se case con un hombre. La idea es buenísima, pero en este libro Charlotte no puede tener peor ojo.

¿Se lo da a Kitty, en serio, que es un pan sin sal? Hay otras muchas debutantes increíbles. Por ejemplo, Ethel Seddon, la hija del conde Seddon, el villano (habría sido un *plot twist* maravilloso que lo consiguiera ella). O bien Pattie McDonald, porque su historia es tristísima y la pobre se merecía un regalo (todos los fans rezamos por que algún día tenga libro propio).

Cuando llego a la planta baja, me doy cuenta de que he llegado al vestíbulo. Perfecto. Si no me equivoco, las cuadras de dragones se encuentran nada más salir de la mansión, justo a la derecha…

—¡Lavinia! —El grito es tan agudo que me hace dar un respingo, igual que los truenos de mi cuarto—. ¡¿Qué haces con el cabello así?! ¡Oh, Dios mío, entre la baronesa y tú vais a llevarme a la tumba!

Me giro. Una mujer con el pelo empolvado y un espectacular vestido dorado corre hacia mí y me agarra del antebrazo. Lo aprieta con tanta fuerza que suelto un «ay» patético. Por suerte, me recompongo rápido y me zafo de su agarre con un movimiento brusco.

—No tengo tiempo para sus ataques de histeria, lady Remmington. Tengo que irme.

—¡Irte, JA! ¡Te he traído aquí por una buena razón! ¿No intentarás escaparte, niña ingrata? —Aunque pretende atraparme de nuevo, la esquivo y corro hacia las puertas flanqueadas por dos criados estupefactos—. ¡Vuelve aquí! ¡No parecías tan escurridiza cuando te recogí en esa casucha de campo!

Abro la puerta principal y salgo disparada como una bala. El fuerte viento no me frena en mi carrera hacia la edificación a la derecha. El portón de los establos está abierto de par en par y un mozo aburrido recoge con una pala lo que, creo, son excrementos de dragón.

Al pobre solo le da tiempo a alzar la cabeza y balbucear algo. Al segundo siguiente, he entrado y cerrado a mi paso el portón con candado.

Apoyo ambas manos sobre la madera y me permito coger un par de bocanadas de aire antes de darme la vuelta.

Ay, madre. ¿Ahora es el momento en que me pellizco?

Vislumbro dos dragones asomados a las puertas de los boxes, imagino que curiosos por el ruido que he hecho. A pesar de no ver ninguna otra criatura, deduzco que las hay, porque oigo más gruñidos salir del resto de los compartimentos.

He soñado mil veces con criaturas mágicas, pero nunca de esta manera. Estos dragones son tan reales y sobrecogedores que me dejan sin respiración.

Y menos mal, porque huele fatal. A una mezcla de excrementos, sudor y carne quemada. Es asqueroso. Aun así, ignoro tanto el mal olor como la sensación de peligro y me acerco con cuidado a uno de ellos.

Tiene el tamaño de un caballo enorme. Sus escamas son de color tierra. Carece de alas, mientras que su cuello y sus patas son robustos, las últimas rematadas por unas garras limadas.

Es, tal como lo describió Garden, un bellísimo ejemplar de dragón de tiro.

Los aristócratas sustituyen los caballos convencionales que tiran de

los carruajes con ellos porque son muchísimo más épicos (es evidente) y porque con sus llamaradas protegen a los ocupantes de posibles ladrones.

Este no parece querer chamuscarme, lo cual es un alivio. Es la criatura que mejor me ha tratado desde que he caído en este sueño. Al aproximarme, se limita a ladear la cabeza y a dejarse acariciar por mí. Sus escamas mate resultan suaves y cálidas bajo mis dedos.

—Necesito ir al East End —lo informo en voz baja—. ¿Me llevas?

Entrecierra los ojos marrones de pupila vertical, pero no saca humo por los orificios de la nariz.

Genial. Ya tengo un aliado.

Abro su portezuela al mismo tiempo que golpean la del establo. El coro de voces al otro lado se eleva. Y, de entre todas, la de lady Remmington es la que mejor se oye (y la que más me taladra los oídos).

—¡Sal de ahí, Lavinia! ¡¿Te has vuelto loca?! ¿Te acogemos y pretendes robarnos los dragones? ¡Te voy a devolver al campo de una patada!

—¡Solo voy a coger prestado uno! —exclamo, conteniendo una carcajada maligna.

Luego me subo el vestido hasta las caderas para poder encaramarme en el dragón.

Tiene las bridas ya colocadas, así que, a pesar de carecer de sillín, tengo donde agarrarme. Aunque solo he montado a caballo en un par de ocasiones (mi amiga Alice es una amazona buenísima), sé lo básico. Acaricio de nuevo al dragón antes de darles un tirón firme a las riendas.

La velocidad con la que se pone a cabalgar me coge por sorpresa. Me echo hacia atrás con brusquedad y, al instante siguiente, la fuerza de arranque me empuja hacia delante. Me abrazo a su cuello con ambos brazos y cierro los ojos cuando echa una llamarada y luego carga contra una de las paredes de madera del establo, la destroza y cruza al galope por ella.

Dejamos atrás los chillidos de asombro de los criados y los graznidos encolerizados de lady Remmington. Casi no puedo ni reír mientras el dragón de tiro atraviesa como un cohete el jardín delantero de la mansión y sale a la calle.

A la fuerza, nos abrimos paso por las callejuelas de Londres entre los gritos de los transeúntes y los insultos de los cocheros.

No es la ciudad que conozco y en la que vivo. Las calles asfaltadas, los rascacielos y los coches han sido sustituidos por avenidas empedradas, casas bajas de piedra y carromatos tirados por caballos asustados a nuestro paso o por dragones que echan humo.

Mi dragón no reduce su velocidad durante todo el viaje. Apenas sé

por dónde vamos. Hemos salido de Mayfair y solo conozco el recorrido desde el barrio hasta el este de la ciudad en un metro que, por supuesto, no existe ni en la novela de Garden ni en mi sueño.

Ignoro cuánto tiempo se tarda en recorrer esa distancia en dragón, pero en cualquier caso se me hace muy muy corta.

Al final, el dragón se detiene en una calle que apenas reconozco, salvo por una iglesia: la de San Mateo. Alrededor tiene casitas bajas, pero en esencia sigue siendo la misma que en mis tiempos se encuentra en el barrio de Bethnal Green.

La criatura, detenida en la acera, resopla varias veces. Aunque es muda, sé que es su manera de decirme que está cansada y que ya ha hecho su trabajo. Es hora de bajar.

Lo hago con las piernas temblando y una sensación de libertad en el pecho. ¡Ha sido impresionante! Entiendo por qué Jillian es tan insoportablemente positiva, teniendo en cuenta que disfruta de sueños vívidos y raros como estos casi todas las noches.

—¿Me acompañas? —La criatura mueve la cabeza a ambos lados—. ¿No? Entonces espérame aquí.

Aunque parece reticente, acaba por acercarse a los parterres que rodean la iglesia y tumbarse en el césped al sol. Cierra un ojo, el otro me sigue mientras me alejo y me interno entre las casas.

El establo de dragones olía fatal, pero el barrio no supone una mejora. Debo tener cuidado con los charcos hediondos que cubren el suelo, los mendigos y borrachos que me agarran de las faldas, y las mujeres que arrojan cubos de sustancias desconocidas por las ventanas.

Esta zona se encuentra lejos del barrio urbanita y lleno de vida que es el East End hoy en día. Y, nunca lo admitiré, me da un poco de miedo. Sobre todo cuando una chica de mi edad y sin dientes me agarra del codo e intenta internarme en un callejón.

—¡Vamos, hermana, ven aquí! ¡Charlemos un poco!

—No te molestes, no tengo nada que puedas robar —le advierto, intentando a tirones que me suelte.

—¿Ah, no? ¿Y qué me dices de esas ropas tan elegantes?

—¿A esto llamas elegante? —Suelto un bufido divertido—. Tendrías que ver de dónde vengo. Lo que llevo es lo que les sobra, ¿sabes?

La muchacha se detiene y pestañea, confundida.

—¿Lo que les sobra?

—¿Quieres venir conmigo y lo compruebas por ti misma? Puedo decirles que eres mi hermana gemela perdida. Igual cuela.

Aprovechando su confusión, me libro de ella con un fuerte tirón y echo a correr. ¿Qué más da? Estoy en un sueño, no va a perseguirme con una navaja ni a hacerme ningún daño. Y, si es así, imagino que

despertaré.

En mi carrera, me fijo en los carteles de las tiendas, hasta que uno llama mi atención: The Bloody Witch. Si sigo, veré el de The Red Dragon, la taberna a la que George Keating suele ir en sus aventuras nocturnas. Ajá, ahí está. Y muy cerca, en una pequeña callejuela escondida…

No tiene cartel ni logo ni puerta. La línea de ladrillos que dibujan una apertura es clara como el agua solo para quien sabe que está ahí. Hay una anilla de metal oxidado a un metro de altura del suelo. En principio, parece servir para amarrar dragones o caballos, como todas las demás. Excepto que yo sé que no es esa su función. Es un pomo.

Lo agarro y tiro de él hacia fuera. Con un chasquido, la puerta camuflada en la pared de ladrillos se abre.

Me cuelo dentro y la cierro a mi paso. Oigo a alguien chistar, molesto, pero no le doy a la bruja ni una oportunidad para que me eche de allí o me lance un encantamiento.

—Buenos días, lady Olwen, vengo de parte del conde Seddon —miento—. Necesito unas cuantas reliquias para mi señor.

—¿El conde? —No veo a la bruja, solo oigo su voz aterciopelada reverberando entre las paredes—. Ya veo. ¿Y qué necesita?

Antes de contestar, me doy una vuelta por la estancia.

No tardo más de dos minutos. La habitación es cuadrada y pequeña, del tamaño del baño de mi casa, solo que parece todavía más diminuta repleta de estanterías con libros, cristales, minerales y ramitas con formas de animales. Hay una mesa enorme justo en medio, con muescas de runas por toda su superficie. La que se ve. Hay plantas y botes de cristal ocupando la mayoría del tablero.

No puedo creer que esté aquí. Todo es increíble, ¡hasta el polvo que cubre la madera!

—Necesita un collar de ónice, un puñal de jaspe y una esfera de cornalina —contesto en tono neutro, tratando de disimular la emoción.

En este mundo, la magia procede de los minerales, las rocas y los metales. La contienen el pelo, las escamas o el veneno de las criaturas mágicas. Proviene de su sangre.

Solo unos pocos humanos ven despertar bajo la piel una magia propia y auténtica, y esta siempre suele tener su origen en la naturaleza o en un objeto encantado que poseen los reyes y reinas.

—Oh, así que el conde Seddon quiere ágatas —murmura la bruja—. ¿Por qué desea la protección de los cuarzos?

—Porque necesita protegerse —contesto, firme. Luego decido que la bruja Olwen bien vale que la trate de usted—. Ya sabe cuál es el objetivo de mi señor: que la reina Charlotte no acapare la magia entera para sí, los miembros de la corte y aquellos a los que estima,

sino que pueda dispensarse a todo aquel que quiera utilizarla.

—Es decir: que la desea para sí mismo —dice la bruja con un deje burlón—. Pero coincido en que la naturaleza nos da la magia como un regalo azaroso. Una persona no debería tener tal control sobre ella.

—Exacto —contesto, aunque, como la bruja ha adivinado, no es ese ideal inocente lo que pretende el conde. Ese hombre simplemente quiere que, en lugar de la monarquía, sean él y el resto de los miembros de la Cámara de los Lores los que decidan a dedo quiénes despiertan su magia.

Y si para ello tiene que poner en peligro o matar a quien sea, lo hará.

—También necesitaría el Espejo de la Verdad —añado—. Y una poción de amor.

—Qué de peticiones —se ríe la bruja—. Imagino que su señor me pagará como es debido.

—Igual que hace siempre, le hará entrega de todo el pago esta misma noche, en la taberna del dragón rojo. Se lo entregará en mano Lir, el hechicero, a las doce en punto. Se sentará en la mesa del fondo, vestido como un mozo cualquiera, con una pluma negra enganchada en el sombrero.

El silencio que sigue a mi descripción me hace sonreír.

Solo una persona que trabaje para el conde sabría ese tipo de cosas (o una lectora obsesionada que ha leído dieciséis veces la novela donde se describen todos sus planes malvados).

—Está bien, pequeña —oigo—. Se lo daré todo.

El susurro ha sonado junto a mi oreja y, al girarme, contengo una exclamación de sorpresa. Olwen está justo detrás de mí y es tal como la imaginaba: una mujer de unos veinticinco años, pelirroja, con el rostro surcado de manchas violáceas. Viste como una dama de regencia cualquiera, con ropas sencillas de color negro, igual que la perla que lleva en mitad de la frente.

—¿No deseas también algo para tu pelo? —pregunta mientras lo señala con las cejas—. Llamas demasiado la atención, querida.

Me pongo la capucha de la capa y sonrío.

—Si me da todo lo que le he pedido, no tendré miedo de llamar la atención.

Olwen no sonríe, pero noto una chispa de reconocimiento en sus ojos.

—Chica lista —murmura—. Ya entiendo por qué el conde cuenta con tus servicios.

De repente, me agarra de la muñeca. Acerca mi palma a su rostro, tan cerca que noto el batir de sus pestañas pelirrojas contra la piel.

—Aunque es una pena, no tienes ni una gota de magia —dice seria —. Ni una mísera chispa.

—La tendré —le prometo—. ¿Podría darme todo lo que le he pedido? Mi señor espera.

Olwen me suelta la mano y asiente. Tras unos minutos dando vueltas, me entrega todo en un paquetito envuelto en tela.

Lo que le he pedido no son objetos al azar: el collar me protegerá de la magia negra; el puñal, de los que deseen hacerme daño, y la esfera de cornalina contiene magia, que puedo usar a mi voluntad.

Admito que los otros dos son caprichos de fan. El Espejo de la Verdad lo he pedido porque es uno de mis objetos preferidos de la saga, y la poción de amor…

Bueno, confío en mis encantos, pero es posible que necesite un pelín de ayuda para conquistar a George Keating y que se olvide de Kitty. Solo por si acaso.

Me despido de la bruja con una reverencia y empujo la puerta para salir del callejón. ¡Qué fácil ha sido! Ya solo tengo que utilizar la esfera para poseer algo de magia propia y…

—¡Ahí estás!

Me giro para ver a la chica harapienta de antes. Lleva un cuchillo en la mano. Su sonrisa desdentada me provoca un escalofrío.

—Asquerosa señoritinga —escupe—, ¡me has dejado con la palabra en la boca!

Se acerca sin prisa hacia mí, lo cual es una suerte. Me da tiempo a desenvolver el paquete de tela y sacar el puñal. Solo que, cuando lo empuño en dirección a ella, el jaspe del que está hecha la hoja estalla en mil pedazos.

No tengo la menor idea de qué ha ocurrido, pero consigue que la ladronzuela suelte un grito y dé un paso atrás. Antes de que cambie de opinión y vuelva a intentar atacarme, saco la esfera de cornalina. Me la coloco frente al ojo derecho, como hizo Brigid (la protagonista del quinto libro) para usar su magia, y espero.

Espero. Espero un poco más. Aunque la chica frente a mí titubea, acaba por considerar que soy idiota (y no una amenaza real) y vuelve a cargar contra mí.

Justo en el instante en que me agarra del brazo, un destello de luz quiebra la esfera que mantengo frente al ojo. En solo un segundo, una espesa niebla nos envuelve.

Siento palpitar algo en mi interior que, como un dragón dormido, comienza a despertarse. Recorre mis venas a lo largo de las extremidades hasta ascender y llegar a mi rostro.

La sensación pulsante se concentra dentro de mi ojo. Comienzo a sentir calor y frío y electricidad y…

Dolor. Constante, abrasador, sólido. No puedo aguantarlo sin soltar un alarido.

Dios, ¡¿es así como se siente la magia?! Es como si me estuvieran

clavando un millar de agujas bajo los párpados.

Jamás me había sentido así durmiendo (he cambiado de idea, los sueños vívidos son un ASCO) y mi cuerpo se encoge de miedo.

¿Qué me está pasando?

¿Voy a… morir?

—Lo siento, querida —oigo junto a mi oreja. Es una voz conocida y aterciopelada—. Eres una buena mentirosa, pero una mentirosa al fin y al cabo. Aquí tienes la magia que te mereces.

La esfera estalla con un estruendo y yo…

Me despierto de golpe.

No en mi cama. No en mi cuarto. No en mi realidad.

Jadeo sin control, observando el lujoso dormitorio que me rodea. Un fantasma sale de un espejo de marco dorado. Me mira con una sonrisa arrogante.

—Al fin se ha dignado a despertar, señorita. —Se ríe—. Mi nieta lleva horas esperándola.

Y, ahora sí, me permito agarrar el candelabro de la mesilla y lanzárselo al coronel Remmington.

Es una lástima que lo atraviese y rompa el espejo que hay detrás de él. Era bonito.

4

Quien no respeta la historia está condenado a repetirla (deberías saberlo si eres tan lista)

El coronel Remmington se echa a reír.

—¡Vaya humos, señorita Lavinia! ¿Un mal sueño?

—Una pesadilla —gimo. Tengo la espalda sudada, igual que hace horas, cuando me desperté en esta misma cama—. ¿Eres el encargado de levantarme todas las mañanas o qué?

—¿Todas las mañanas? ¿Por qué haría tal cosa? Ya lleva una semana en Londres y esta es la primera ocasión en que le doy los buenos días, señorita Labbey —dice el fantasma con suavidad—. Como le he comunicado, mi nieta Kitty la está esperando. Está inquieta y la necesita. Hoy es el gran acontecimiento. Como bien sabe, una debutante no se presenta ante la reina Charlotte todos los días.

¿Cómo que hoy es…?

Mierda. Otra vez no. ¿Es esto el Día de la Marmota o una especie de broma macabra?

Suelto un suspiro, salgo de la cama y me acerco a los trozos de espejo tirados sobre la alfombra. Me devuelven un reflejo quebrado que ya he visto: el pelo largo y negro de Lavinia Labbey, su cara de personaje de libro ridículamente guapo (¿por qué todos son tan guapos? ¿Es que no hay gente normal en las novelas?) y su lunar junto al ojo derecho.

Espera. ¿Un lunar? Eso no estaba antes.

Me arrodillo, recojo un pedazo de espejo y me observo con más atención.

El rostro y el cuerpo de Lavinia son idénticos a los de mi primer despertar, excepto por esa nueva marca. Paso la yema del dedo por el pequeño lunar y compruebo que no se borra.

Qué raro.

En fin, ¿qué no es raro? Lo que llevo viviendo desde la tormenta es la hostia de raro. Y ya no puedo considerarlo un sueño vívido. Es otra cosa, ni idea de qué.

Igual se trata del delirio de una enferma (¿estaré en coma tras la tormenta porque se me cayó el techo de mi cuarto encima?), una experiencia ultrasensorial o lo que sea, pero el dolor que sentí en el callejón de la bruja Olwen no era imaginario. Nada de lo que he

vivido y sentido desde que he despertado como Lavinia Labbey lo es.

Es real. Al menos lo es para mí, y con eso basta.

Suelto el fragmento de espejo y me pongo en pie. Enseguida cierro los ojos e intento aplacar la angustia que crece imparable en mi interior.

Venga, Laura, respira hondo. Debe de haber una forma de escapar de esto. Una forma de huir de aquí. Quizá pueda…

—Si no respeta la historia, señorita, está condenada a repetirla.

Me giro hacia el coronel Remmington. Ha decidido que mi almohada es un buen asiento (aunque atraviese con su culo incorpóreo las plumas de las que está hecha).

—¿Qué has dicho?

—Que, si no respeta la historia, está condenada a repetirla.

Esa frase me suena.

—¿No está de acuerdo? —insiste el fantasma. Tras un breve silencio, me guiña un ojo—. Más le valdría recordarla para sobrevivir en este nuevo mundo que habita.

—Estoy de acuerdo con ella —admito—. A medias. Si la historia contiene errores, ¿no deberíamos corregirlos?

—Yo no he dicho lo contrario —dice el coronel—. Solo he afirmado que se ha de respetar la historia si no se desea repetirla. —Entrecierra los ojos—. Los Labbey sufrieron la maldición de la pobreza por una buena razón: su ambición. No cometa los mismos errores que sus antepasados, señorita. Tenga muy presente mi consejo para llegar sana y salva al final de la temporada.

Ah. Se refiere a eso. Pensaba que me estaba dando una pista para salir de aquí.

O tal vez se trate de ambas cosas. Tengo la sensación de que este grano en el culo en forma de fantasma sabe más de lo que parece.

—Puede que tenga razón —reconozco, tratándolo de usted por primera vez—. Y ahora, si fuera tan amable, me gustaría que se marchara de mi dormitorio. Una señorita necesita intimidad, por mucho que sea pobre y viva de la caridad de su familia.

—Oh, pero ¡si usted es de la familia! —Hace una pausa—. Por parte de mi mujer, eso sí.

Después atraviesa la pared tras la cama, riéndose en voz baja.

Qué respiro. No aguanto su cara de sabelotodo. ¿Es así como se sienten mis amigas cada vez que hablo con ellas haciéndome la lista? Es verdad que sienta como una patada en las costillas.

Procurando no cortarme con los trozos de espejo, me dirijo al biombo de madera. En esta ocasión me visto con más calma y reparo en un pequeño tocador junto a la ventana, repleto de peines, horquillas y cintas meticulosamente ordenados.

Ya vestida y calzada, me siento en él y me hago un moño

intentando no mirarme demasiado en el espejo del tocador.

Sigue siendo rarísimo contemplar un rostro que no reconoces como propio. Tan raro que me pone los pelos de punta.

Aunque no tanto como la persona que, de un golpe, abre la puerta de mi cuarto y se pone a chillar.

—¡¿Qué ha sido ese ruido, Lavinia?! ¡Oh, Dios santo, el espejo! ¿Qué ha ocurrido, te has visto tan mal parecida que has decidido cargar tus frustraciones contra él?

—Ha sido un accidente, lady Remmington —miento sin volverme—. El coronel me ha dado un susto de muerte esta mañana al atravesarlo y despertarme.

—¿El padre de mi marido? —pregunta sin bajar el volumen—. A este paso voy a acabar pidiendo un exorcismo. —Alza un puño—. ¡¿Me está oyendo, fantasma?! ¡La baronesa ya le advirtió de lo que ocurriría si volvía a colarse en los cuartos de las criadas!

La baronesa Richmond es la madre de lady Marianne Remmington, pero ella la llama siempre por su título (son esas cosas raras de los antiguos). Y sí, por mucha sangre aristocrática que tenga la pobre Lavinia, la consideran poco más que una criada.

Menuda cruz me ha tocado.

—¿Estás lista? —me pregunta mientras se acerca a mí. Veo su reflejo, así que no me toma por sorpresa la mano enguantada que posa sobre mi hombro—. Hoy es un día muy especial para Kitty —dice en voz mucho más baja—. Sé amable.

—Soy amable —digo, pero lady Remmington me aprieta el hombro y yo añado—: Seré amable.

—Tú también debutarás —me recuerda—. Lo harás después de ella. Procura no decir ni hacer nada impropio ante la corte. Al fin y al cabo, eres parte de la familia. Tu trabajo es ensalzar a Kitty para que su futuro sea el que merece. —Asiento con desgana—. Si ella triunfa, triunfaremos todos, ¿lo entiendes?

—Sí.

Me abstengo de añadir que no hace falta que me hable así, no soy tan estúpida como su hija.

—Mi hijo mayor ya trastocó mis planes de la temporada pasada —continúa. Vuelve a darme un apretón y en esta ocasión me hace daño—. ¡Insensato! Casarse por amor con esa insignificante de Brigid…

—Es feliz —la interrumpo.

Lady Remmington se agacha para que su mirada de fuego en el espejo se clave en la mía.

—No estaba planeado que lo fuera —masculla—. Estaba planeado que se casase con una jovencita apropiada.

—¿No se alegra de que Charles sea feliz?

—Por descontado —responde rápida. Y sé que es cierto, porque

Garden lo deja claro en sus libros: por mucho que proteste, al fin y al cabo quiere a sus hijos—. Tan solo habría deseado que lo fuera tras añadir algo de magia pura y un poco más de alcurnia social a la familia Remmington.

—Comprendo.

—Por eso es tan importante que Kitty deslumbre a la reina hoy —insiste.

Cansada, vuelvo a asentir. La mirada de la mujer se entrecierra, esperando, y acabo por forzar una sonrisa.

—Señor mío, mejor abstente de hacer eso —resopla al incorporarse—. Nada de muecas parecidas. Limítate a mantenerte a su lado y protegerla. Eres su acompañante y carabina. Actúa como la mejor de toda la temporada.

Ser la asistente de la protagonista que más detesto: vaya planazo.

—Lo seré —le prometo.

Aunque estoy lejos de ser sincera. El coronel me ha aconsejado que respete la historia… y eso haré.

En parte.

Solo tengo que dejar que Kitty viva su vida en sociedad y despliegue sus (aburridísimos) encantos de niña buena mientras yo hago lo que me da la gana en las sombras.

Ya que tengo que soportar a Kitty, aprovecharé lo que este mundo que adoro me ofrece: personajes interesantes a patadas, criaturas mágicas en cada esquina y la oportunidad de llevar vestidos de ensueño. Estoy segura de que puedo pasármelo bien entre bambalinas y mantenerme a salvo hasta que la temporada llegue a su fin.

Son solo unas cuantas semanas llenas de bailes que me sé de memoria, ¿qué podría pasar?

5

Las chicas buenas no tienen por qué ser tontas (aunque esta sí lo sea)

Unos minutos después, salgo del dormitorio de Lavinia por segunda vez esta mañana.

Ya no me cruzo con la criada de antes. Imagino que se debe a que el servicio (muy inteligente) ha decidido no entrometerse en el camino de lady Remmington, que me acompaña hasta la habitación de su hija chillando por el pasillo como solo ella sabe hacer.

Al menos ya no parece tan enfadada.

—Kitty quería llevar al palacio de Buckingham el vestido amarillo, pero la he convencido de que es una malísima elección —me dice—. Está demasiado pálida. Cuando se acerque la primavera y haya cogido algo de color, entonces sí será una buena apuesta.

—¿Y cuál considera que debería ponerse hoy? —pregunto con curiosidad.

Ya sé qué va a responder. Kitty vestirá de blanco de la cabeza a los pies, lo que la hará parecer un ángel (o eso dice Garden que opina la sociedad entera al verla).

—El rosa con volantes —me responde—. Es el color favorito de la reina.

Frunzo el ceño. Eso no es lo que sucede en *El diamante de la temporada*.

Pondría la mano en el fuego. Me sé de memoria todos los modelitos de los personajes.

—¿Por qué pones esa cara? —gruñe lady Remmington—. ¿Consideras que me equivoco?

Lo ha preguntado como si acabase de insinuar que ha asesinado a una camada de gatitos.

—Por supuesto que no —digo, tratando de sonar lo más dulce que puedo—. Si es el favorito de la reina, debería llevar ese.

Ella asiente, satisfecha.

Cuando llegamos al cuarto de su hija, la mujer no se molesta en llamar a la puerta, sino que la abre de par en par, igual que hizo con la mía.

—¡Querida, ya he traído a esta perezosa! ¿Podemos empezar a prepararte o vas a buscar alguna otra excusa?

—¡Oh, claro que no, madre! ¡Estoy lista!

Solo que no lo está (ni queriendo).

Kitty (¡Catherine Remmigton en persona!) nos espera frente a la chimenea, despeinada y despatarrada en el suelo. Va descalza; solo lleva un camisón y una bata de seda bordada en oro.

Hace muchísimo calor en la habitación y enseguida nos damos cuenta de por qué: las llamas que salen de la chimenea son inmensas y tan altas que lamen la repisa de mármol sobre ella.

Lady Remmington suelta un grito de terror al verlas y, justo en ese instante, un pequeño dragón sale del fuego dando pasitos cortos.

—¡Dios santo, Kitty, apaga eso AHORA MISMO!

—¿Eh? ¿El qué? —La chica se gira hacia el hogar—. ¡Ay, no! ¡Lo siento mucho, madre! ¡No me había dado cuenta!

—¡¿Cómo que no te habías dado cuenta?! ¡Kitty!

—¡Me he quedado hipnotizada mirándolo! —gime ella con la voz estrangulada—. Richard se ha emocionado demasiado al avivarlo, ¡creo que percibe lo nerviosa que estoy!

Antes de ponerse en pie, toma al dragón en brazos. Es de color granate oscuro y tiene el tamaño de un hurón, pero su cuerpo es escamado y mucho más delgado y escurridizo. La cola de la criatura, larga y flexible, se enrolla alrededor del brazo de Kitty en un ademán posesivo.

—Ricky, controla tu fuego —susurra ella—. Por favor.

El pequeño dragón de chispa guiña los ojos (primero uno, luego otro) y gira su diminuta cabeza hacia la chimenea.

A los pocos segundos, las llamas se reducen lentamente hasta ser delgadas lenguas alrededor de un leño carbonizado.

—¡Gracias, Ricky! —Kitty le da un beso en lo alto de la cabeza—. ¡Eres el mejor!

Ella no, desde luego. Por favor, ¿qué clase de hortera llama Richard a un dragón? Y no tiene la excusa de habérselo puesto de niña: según la novela, es su mascota desde hace poco más de un año.

—¡Sácalo de aquí antes de que vuelva a intentar prender la casa! —gruñe lady Remmington, más calmada desde que el mármol de la chimenea no peligra—. Y no estaría de más que lo enviaras de nuevo a nuestra casa de campo, cielo. ¿Cuántas veces tengo que decirte que no es muy señorial tener a ese bichito como compañero? Ya sabes que son propios de los criados. Tu padre ya se ha cansado de ofrecerte hadas y duendecillos. Serían mucho más apropiados para una aristócrata como tú, son tan delicados y elegantes…

—Ricky es elegante —protesta Kitty. Luego se sacude ceniza de la bata y clava en mí sus enormes ojos azules—. ¿Verdad que sí, Lavinia?

Miro de reojo a lady Remmington. Luego a la chica por la que mi personaje está aquí y para la que trabajaré siendo su sombra durante semanas.

—Sí, es muy elegante —concedo—, pero quizá en esto tu madre tenga razón. La presentación ante la reina Charlotte es el evento más importante de la temporada. Y tú vas a estar alterada. ¿Y si Richard lo nota y le prende fuego sin querer al vestido de alguna debutante? Imagínatelo, ¡pobre chica!

La primera reacción de Kitty es soltar una risilla. La segunda, taparse la boca para contener una exclamación ahogada.

—Ay, tienes razón, ¡sería horrible! No puedo correr el riesgo de estropearle a alguien el día de esa manera. —Le da otro beso en la cabeza al dragón—. Ricky, tendrás que esperarme aquí.

En respuesta, la criatura suelta humo por un orificio de la nariz.

—Buen chico.

Lo deja con sumo cuidado sobre la repisa de mármol (que imagino que estará ardiendo) y se acerca a mí para cogerme de las manos. Están muy calientes y suaves, aunque noto el pulgar derecho áspero. Como si tuviera una ampolla o quemadura antigua.

—¿Has dormido bien, querida prima? ¡Espero de corazón que hayas soñado con los ángeles!

Jesús, es tan cursi que voy a vomitar.

—Estupendamente —miento—. ¿Y tú?

—Nueve horas sin parar, como siempre —responde alegre—. A propósito de eso… Siento mucho haberme quedado dormida ayer mientras recitabas tu poesía, Lavinia. No es que me pareciese aburrida —dice atropelladamente, y noto a la perfección que está esforzándose en sonar sincera (sin conseguirlo)—. Ya sabes que ese tipo de grandilocuencias no me llegan al corazón tanto como a ti. Creo que es porque tampoco me llegan al cerebro.

Me contengo para no sonreír.

—No pasa nada, Kitty. La poesía no tiene por qué ser para todo el mundo.

—¡Qué gran verdad! Para mí no lo es. De hecho, creo que voy a renunciar a entenderla. —Esboza una enorme sonrisa—. Así la poesía y yo nos llevaremos mucho mejor, ¿no te parece? Cada una en su rinconcito, sin perturbar a la otra.

Asiento, mordiéndome la lengua. Es tan tonta que, si no supiera que en el futuro todo le va a salir de perlas, hasta me parecería tierna.

—Kitty —se oye a lady Remmington detrás—, ¿no estarás de cháchara otra vez para no tener que elegir vestido?

La chica frente a mí pone una mueca, aunque enseguida se recompone para mirarme con una intensidad innecesaria.

—Oh, ¡mi Lavinia!, lo cierto es que estaba esperándote para decidirme. Sabes que me fío mucho de tu criterio. ¡Desde luego, más que del mío! ¿Qué vestido crees que debería llevar a la presentación?

No lo creo, sé cuál llevará. Y, aun así, me resisto a decirlo.

Percibo la mirada de lady Remmington clavada en mí, taladrándome la nuca.

—Tu madre opina que el rosa con volantes es una buena opción…

—Sé lo que opina mamá —me corta Kitty, con una vocecilla tan dulce como la miel—. ¿Qué opinas tú?

La contemplo con más atención. Todavía no me creo que la protagonista de *El diamante de la temporada* esté frente a mí, cogiéndome de las manos, y mucho menos que busque mi consejo.

Es guapísima, cualquier cosa le quedará bien. Y cambiar de vestido no alterará el curso de los acontecimientos, ¿verdad? Es solo un pedazo de tela. Garden quiso demostrar que Kitty llama la atención de la reina por su bondad, no por lo majestuosa o bella que es.

Porque la verdad es que, aunque no me guste su personaje y pese a que mirarla a la cara sea una patada a mi ego (y al de cualquier chica), he de reconocer que… sí, es preciosa. Además, la sonrisa que me dedica no tiene ni una pizca de maldad.

Claro que tampoco de astucia.

—Creo que el rosa acentuará tus rasgos y les dará calidez a tus mejillas —respondo por fin—. Y tu madre sabe mucho más sobre lo que puede gustar a la reina que un par de inexpertas como nosotras, ¿no te parece?

—¡Así es, Lavinia! Ya empiezo a alegrarme de haberte traído a Londres con nosotras.

Después de decir eso, lady Remmington se dirige hacia el armario de la habitación, parloteando contenta sobre que he hablado «con gran sabiduría» para ser una «torpe primeriza de diecisiete años».

En contraste, Kitty deja caer su sonrisa. Luego asiente con los ojos menos brillantes que antes.

—Supongo que mamá sabe de lo que habla, sí —dice con suavidad—. Me pondré el rosa si crees que es lo más adecuado.

—No te preocupes, Kitty; estarás perfecta sencillamente porque lo eres.

Intento darles algo de calidez a mis palabras. Me pregunto si se me nota que lo que suelto no es en realidad un piropo, sino la razón por la que no me gusta su personaje.

—¡Al contrario! Estoy lejos de carecer de defectos —dice Kitty con sencillez.

Sabía que diría eso. Es tan ñoña como previsible.

Pero me deja tranquila. La humildad es la virtud que la reina Charlotte alabará en ella, así que no hay nada malo en que le haya aconsejado llevar otro vestido. Además, me deja vía libre para que yo…

Vale, sí, me vista de blanco en su lugar.

¿Qué problema hay? Lavinia Labbey es un personaje insignificante.

No creo que cambiarle el vestido suponga una diferencia.

Y si es así… Bueno, tampoco creo que perjudique a nadie que la reina preste atención a más de una debutante. La pobre Lavinia se ha ganado a pulso una pequeña recompensa.

A partir de entonces, procuraré no alterar más la historia. Este solo ha sido un capricho. Uno minúsculo. Después de lo que he pasado, ¿acaso no me lo merezco?

6

Sé tú misma
(consejo solo aplicable a Kitty Remmington)

He visto el palacio de Buckingham miles de veces. Uno de mis primeros recuerdos de niñez es el de pasear hasta allí atravesando el parque de St. James. Mis padres quisieron que me diera un poco el aire y dejara mis libros de cuentos en casa por un día (lo que, según me contaron, provocó una pataleta eterna por mi parte).

Me pasé el trayecto entero de morros hasta que vi las puertas de forja negra que rodeaban el palacio. Estaban rematadas por unos enormes escudos. El unicornio y el león, enfrentados y dorados, eran tan relucientes que me dejaron embobada durante unos buenos cinco minutos.

Hoy, mientras atravesamos en un carruaje tirado por dragones esas mismas puertas, vuelvo a sentir esa fascinación que experimenté de pequeña.

Aunque esa es la única semejanza. El resto de la experiencia está lleno de diferencias.

Para empezar, llevo un espléndido vestido blanco, un tocado de plumas y perlas, y joyas de plata que deben de valer más que la casa de mis padres. Para seguir, me acompañan tres personajes de libro: una baronesa dormida, una madre que no deja de darle consejos ridículos a su hija y una hija que la ignora deliberadamente mientras tararea una canción. Y, para rematar, esta vez son el unicornio y el león los que me observan a mí desde la entrada del palacio.

Trago saliva. Después de ver (y tocar y cabalgar) un dragón de verdad, pensaba que estaría acostumbrada a las criaturas mágicas, pero no podía estar más equivocada.

El corazón me late con rapidez mientras me fijo en el unicornio del rey Jorge (un espectacular caballo blanco con un cuerno de diamante) y en el león de la reina Charlotte (de melena escarlata, es el doble de grande que los de los documentales). Ambos siguen atentos la entrada de los carruajes de las debutantes con una mirada demasiado humana.

Tengo la sensación de que me siguen vigilando cuando bajo del carro seguida de Kitty.

—¡Qué nervios, Lavinia! Mira cuántas chicas preciosas. —Kitty señala a tres que han bajado de otro carruaje. Le bajo el brazo para que su índice no les apunte—. Tenías razón. A Ricky se le habría

escapado una llamarada de emoción y les habríamos estropeado la mañana. ¡Y el vestido!

No le digo que eso habría sido bueno para nuestros planes de llamar la atención de la reina (y nos habría librado de la competencia), porque el personaje de Lavinia es callado y buena gente, no una ambiciosa genia del mal (lo que es una auténtica pena).

—Nos os quedéis ahí plantadas como bobas —nos regaña lady Remmington. Está ocupada ayudando a bajar a su madre (que acaba de despertarse y tiene cara de mal humor)—. Id entrando, ¡vamos!

—Mamá, no podemos aparecer sin vosotras…

—Se formará una cola inmensa, Kitty, y, si esperas a tu abuela, no te presentarás ante la reina hasta las ocho de la noche.

—Pero…

Aunque la mujer nos urge con una mirada de fuego a caminar, noto que Kitty quiere seguir protestando, así que la agarro del codo.

—Cogeremos sitio en la cola; si llega el momento de la presentación y no están allí, dejaremos pasar a las debutantes que vayan detrás —le propongo—. Pero las dos nos alcanzarán y se unirán a nosotras, seguro.

Lo sé porque eso es lo que sucede en el libro. Cuando me mira, me obligo a sonreír para terminar de convencerla.

—¿Vamos?

—Sí, sí, está bien. —Kitty me obedece, aunque no mira hacia delante; tiene la atención puesta en mi boca—. Perdona, Lavinia, pero ¿tienes náuseas? Acabas de esbozar una mueca muy rara. ¡Oh, oh!, ya sé lo que pasa. —Ella misma sonríe, aunque con más naturalidad—. Son gases, ¿verdad? Tranquila, no estás sola. Yo también padezco de ese mal cuando…

Con las mejillas rojas de vergüenza, doy un tirón a su brazo para que se calle, antes de que todo el patio se dé cuenta de lo que acaba de decir (ya hay dos debutantes a nuestra espalda que se han reído entre dientes).

—No tengo gases —siseo sin mover apenas los labios—. Ni náuseas. Estoy perfectamente.

—Oh. Vaya. Siento haber insinuado que…

—No te preocupes —la corto. Le lanzo una mirada de reojo—. ¿Tú estás bien?

No contesta. Como no hemos dejado de caminar, ya hemos alcanzado los escalones de entrada, donde se agolpan decenas de debutantes. Al detenernos, contemplo a Kitty esperando una respuesta.

Al final, me la da. Asiente con la cabeza. Un segundo después, niega.

—¿No estás bien? ¿Qué te ocurre? —insisto—. ¿Acaso te da miedo la reina?

—Oh, no, no, no. —Hace una pausa—. Es decir, no más que cualquier otra desconocida que tenga el poder de juzgarme. Tengo miedo a…

Balbucea algo incomprensible.

—¿Quién?

—Mamá. —Traga saliva, la mirada gacha y las pupilas diminutas—. La temporada pasada, mi queridísimo hermano Char-Char no hizo lo que ella quiso…

—¿Char-Char?

—… y ahora todas sus esperanzas están depositadas en mí —gime —. Pero yo no puedo ser el diamante de la temporada.

—¿Por qué no?

—Porque me da lo mismo esa piedra —contesta, rápida. Se coloca una mano en el vientre—. Solo quiero estar con Ricky en casa… Cuando me duele el estómago, se acurruca sobre él y su calor me ayuda. Quiero volver. —Alza la vista hacia mí con la esperanza pintada en sus ojos inocentes—. ¿Volvemos? Le diremos a mamá que nos perdimos. ¡Mira cuantísima gente! Podría pasar, no tengo mucho sentido de la orientación…

Pongo los ojos en blanco. Cualquier chica de diecisiete años estaría deseando vivir lo que vive (y vivirá) Kitty. Lo sé porque yo soy una de ellas. Y mis dos amigas. Y la mitad de los fans de la saga a la que pertenece.

Así que no pienso dejar que se escabulla. Si ella se va, yo no puedo quedarme. Y necesito quedarme. Quiero disfrutar del evento, el baile, los personajes interesantes… Todo.

Tendré que convencerla como sea.

—Escucha, Kitty, yo también me pongo nerviosa antes de una presentación. —Aunque las mías son en mitad de una clase abarrotada de adolescentes capullos o un enorme auditorio del conservatorio—. ¿Sabes qué me ayuda en esas ocasiones?

—¿Qué?

—Imaginar que todos los que me rodean son animales. —Kitty frunce el ceño—. Sí, animales. Los que sean. Ratones, perros…

—¡Perros!

—Dragones —termino diciendo—. Richard te gusta porque no te juzga, ¿verdad? —Kitty asiente enseguida—. Pues imagina que te inclinas ante él ahí dentro. No puedes fallar.

—Tienes razón. —Kitty, mientras atravesamos las puertas del palacio, pasea la mirada entre la gente antes de romper a reír—. ¡Inclinarme ante Ricky! Qué ocurrencia. —Luego me aprieta el brazo —. Gracias, Lavinia. Me alegra que mamá te haya traído. Tengo la sensación de que eres mi amuleto de la suerte. —Posa la otra mano de nuevo sobre su vientre—. Hasta se me han pasado un poco los gas…

La chisto para que guarde silencio. Nos rodean más de cincuenta debutantes ilusionadas, acompañantes exaltadas y criados que ponen orden entre ellas. Hasta los duendecillos sobre los hombros de algunas aristócratas están más nerviosos de lo normal, jugando con las plumas de los tocados y correteando por el suelo entre los bajos de los vestidos de satén.

La expectación es normal, queda poco para que lleguemos a la sala previa a la del salón de la reina. Sobre nuestras cabezas hay enormes lámparas con velas encendidas; alrededor de las llamas revolotean diminutas hadas que sueltan agudas risillas. Los retratos que nos rodean y los techos pintados de ángeles e hipogrifos son exactamente como los describió Garden en la novela.

—Oye, Lala…

Me doy la vuelta tras un par de segundos. ¿Con «Lala» se refiere a mí? ¿Qué tipo de mote es ese?

—¿Sí?

—¿Te has fijado? —Señala de nuevo con el índice a las chicas que nos rodean, así que tengo que volver a bajárselo—. Estamos en medio de una marea rosa.

—¿Qué quieres decir?

—Casi todas vamos de rosa. —Hace una pausa—. Casi todas, menos tú.

Estaba tan ocupada observando el palacio que apenas me he fijado. Parece que lady Remmington no es la única aristócrata que sabe que ese color es el favorito de la reina. Los tonos de los vestidos son distintos, hay rosas pálidos y encendidos, más fríos o cálidos, pero hay pocas jóvenes que llevemos otros colores.

Y blanco, solo una.

—Bueno, de todos modos, no te importa, ¿verdad? —le digo—. Antes me has dicho que no quieres ser el diamante de la temporada. Que no te interesa esa piedra.

—Sí, es verdad, no la quiero —murmura—. Pero mamá sí.

—Y tú, ¿qué es lo que quieres?

Desvía la vista hacia un lado. De repente, está demasiado seria; en ella resulta tan extraño que me hace sentir incómoda.

—No lo sé. —Se encoge de hombros—. ¿Tú sí lo sabes, Lala?

¿En la vida real? No. Para nada. Si hasta tengo problemas para elegir qué ponerme cada mañana, como para saber qué estudiar dentro de un año.

Pero ¿ahora, aquí? Claro que lo sé. Lo que quiero es salir de este libro. Y, hasta entonces, disfrutar de él. Mientras no intervenga activamente, Kitty se las apañará para ser el diamante de la temporada. Lavinia apenas actúa, solo se dedica a acompañarla.

Tiro de su brazo para aproximarla más a mí y trato de repetir la

sonrisa de antes.

—Quiero estar a tu lado —miento—. Quiero verte brillar.

Dios mío, soy una embustera sin vergüenza ninguna.

Como Kitty no lo sabe, sonríe agradecida y luego se inclina para susurrarme al oído:

—Oye, ¿seguro que no tienes gases? Esa mueca rara que haces…

Pongo los ojos en blanco.

—Kitty, por favor.

Rompe a reír. Lo hace sin pudor, en voz alta, y las acompañantes (madres, en su mayoría) de las debutantes a nuestro alrededor la censuran con la mirada.

Aunque su irritación no tiene nada que ver con la cara que le dedica lady Remmington cuando aparece a nuestro lado, como por arte de magia, junto a la baronesa Richmond.

—¡Kitty, la cabeza gacha! Y nada de risitas enseñando los dientes, ¿qué te crees, un minero de Cardiff? —Luego echa un vistazo a la multitud que nos rodea y ahoga una exclamación—. ¡Todas van de rosa…!

—¿No creerías que eras la aristócrata más aguda de Londres, hija? —se burla la baronesa, que sigue de mal humor por su siesta interrumpida—. Todo Mayfair sabe que Charlotte adora ese color. Esta temporada incluso ha ordenado crear collares de ese tono para sus pomeranias. Hasta la más estúpida de las vizcondesas, y con ello incluyo a la boba de Lily Allison, viste a sus tres hijas como pomposos cojines rosas. Un truco zafio que no impresionará a la reina…

—¡¿Y cómo me dice eso ahora?!

La baronesa se encoge de hombros.

—No me has preguntado.

—¡Por supuesto que sí!

—Oh. —Indiferente, la anciana aprieta las manos enguantadas sobre la empuñadura de su bastón—. Entonces no vi pertinente responder. Hablas demasiado, hija. La mayoría de las ocasiones, ni siquiera te oigo. ¿Cómo pretendes que conteste? Hace un minuto me has preguntado si estaba bien. Soy una vieja gruñona que todavía no ha almorzado como es debido. Claro que no estoy bien.

Kitty se echa a reír, aunque esta vez con la boca escondida tras un guante. Hasta yo tengo que contener una sonrisa.

—¡Es igual! —exclama lady Remmington, agitando las manos en el aire y volviéndose hacia su propia hija—. Tú eres la más bella y encantadora de todas las señoritas, ¿me oyes? Recuérdalo cuando te inclines ante ella. Haz algún comentario ingenioso.

—¿Yo? —Kitty titubea—. ¿Un comentario sobre qué?

—Sobre la espléndida riqueza de tu padre, sobre la pureza de tu estirpe… —A su lado, la baronesa bufa—. ¿Desea cierta persona hacer

alguna sugerencia?

—Sí. —La anciana se dirige a su nieta con gesto hosco—. Diferénciate del resto de las señoritas bobas: si no tienes nada interesante que decir, no digas nada.

—¡Entendido!

—¡Baronesa, no! Kitty, no prestes atención a tu abuela.

—Vale…

—Kitty, no hagas caso a tu madre.

La pobre chica fija su atención en una y en otra, como en un partido de tenis, hasta que decide volverse hacia mí con cara de cordero degollado.

—¿Lala…?

Me muerdo el labio inferior. Aunque me resista, al final contesto con la lección que Garden quiere dar en su novela:

—Simplemente, sé tú misma.

Kitty sonríe aliviada. Su gesto es limpio y genuino, pura magia. Nada que ver con el mío, forzado e incómodo.

Garden no comentó en su historia que lo de Catherine Remmington carece de mérito. Es fácil que te quieran siendo tú misma cuando la versión de ti es tan perfecta.

7

Llama la atención de la reina (y llamarás la atención del rey)

En cualquier caso, Kitty sigue mi consejo: es ella misma. Cuando llega nuestro momento y nos anuncian, se presenta ante la reina Charlotte y hace un comentario encantador sobre su perrito, un pomerania blanco que tiene en el regazo. La mujer se ríe y le dedica una sonrisa benévola antes de que Kitty se retire y llegue mi turno.

La reina ya es anciana; nadie de aquí lo sabe, pero morirá en cinco años. Si sigue supervisando las presentaciones de las debutantes es porque la enfermedad de su marido, el rey Jorge III, no le permite actuar como corresponde a su edad. El hijo mayor de ambos, Jorge IV, es quien asume el resto de las labores reales como príncipe regente, solo que le permite a su madre atender el baile de debutantes porque… Bueno, básicamente porque le resulta un peñazo.

Nadie mienta al monarca enfermo. Sé que yo tampoco debo hacerlo. Así que, en medio del salón despejado, me inclino ante ella y su trono con elegancia, conteniendo los nervios.

También la sonrisa, sobre todo cuando Mercury II, su pomerania, salta de su regazo con un ladrido y se acerca hasta mí.

Sé por qué lo hace. Mi vestido es igual de blanco y brillante que su pelaje y, además, los hilos que lo conforman fueron entretejidos por mujeres loba de Stonehenge. En cuanto está a mis pies, no dudo en aprovechar la postura para agacharme un poco más y acariciarlo tras una oreja.

—Oh, parece que le ha gustado a mi pequeño —comenta la reina—. ¿Cuál era su nombre, señorita?

—Lavinia Labbey —contesto, todavía con la mirada gacha y los dedos sobre su mascota—. Puede que Mercury II haya percibido en mí que soy una entusiasta de los de su especie.

Una mentira más. Soy más de gatos, pero no puedo decirlo. La reina los detesta.

Ignoro si la anciana ve a través de mi mentira, pero sí que sin duda he llamado su atención.

—Si es así, señorita Labbey, ¿cuál es su raza favorita?

Me rompo la cabeza para contestar lo más rápido que puedo. Hay muchas que conozco que todavía no existen o que no se denominan de la misma manera en la época de la Regencia (aunque esta en

particular esté colmada de magia).

—Los pomeranias, su majestad —respondo al final—. Sin duda, es lo mejor que trajo consigo desde Alemania. Y eso contando con que Bach fue su maestro.

Aunque hay cuchicheos a mi alrededor, la monarca parece satisfecha. Hace un gesto para que me marche y lo hago con discreción hasta reunirme en una esquina del salón con Kitty.

—¡Lo que le has dicho! —sisea entusiasmada—. Podría haberse ofendido.

—Creo que tiene un humor particular —respondo, evitando confesar que conozco a su personaje y lo que le hará gracia tanto como la conozco a ella—. ¿Caminamos hacia el salón? Cuando se presente la última debutante, quedará poco para que comience el baile.

Y nada me hace más ilusión que eso. Porque ahí estará…

Sí, el duque, George Keating.

¿Qué le voy a hacer? Enamorarse de personajes literarios es una personalidad y es la mía.

Lo localizo en cuanto cruzamos las puertas del salón. Es fácil. Lo rodea una buena cantidad de madres que han arrastrado a sus hijas debutantes para que traten de deslumbrarlo.

Solo que él no parece estar muy interesado. Se dedica a charlar animadamente con un joven a su izquierda, que tiene pinta de estar aburrido a más no poder.

Ay. Lo imaginaba atractivo, por supuesto. Rubio, alto, fuerte, de labios gruesos y mandíbula definida, con una sonrisa arrebatadora y una actitud de donjuán que no casa con su corazón de oro. Pero ver a George Keating en directo es una experiencia casi religiosa.

Si hacen la adaptación al cine algún día, me temo que no podrán encontrar a nadie tan guapo como él (a menos que Jacob Elordi decida teñirse de rubio y volver a tener dieciocho años).

Con el chico a su lado no tendrán problemas. Imagino quién es, aunque, como a mi personaje, no se lo describa demasiado. Su rostro es más delgado y anguloso que el de su amigo, tiene el pelo corto y negro, y el carisma de… Resumámoslo en que no tiene ninguno. Samuel Haskell es la sombra de George, un aristócrata de su misma edad, pero menor categoría que él (un simple lord), frío y aburrido.

Su cara va a tono con su personalidad. Mientras George comenta algo que hace reír histéricamente a su particular club de admiradoras, Samuel se limita a poner los ojos en blanco.

—Oh, ¿eso son emparedados? ¡¿Y dulces?! —Kitty me señala un lado de la sala—. La abuela estará contentísima. Por cierto, ¿dónde está?

—Con la reina —contesto, rápida. Aunque pronto me doy cuenta de

que ella no lo sabe tan bien como yo—. O… eso imagino. Fueron viejas amigas. En las últimas temporadas, la baronesa Richmond ha estado guardando reposo en Bath, pero este año han podido verse de nuevo. Ten por seguro que estará intercediendo por ti, procurando dejarte en buen lugar.

—¿De verdad crees que la abuela haría eso? —me pregunta mientras, no sé cómo, se las apaña para arrastrarnos hacia la mesa de aperitivos (y, desgraciadamente, más lejos de George)—. Siempre he pensado que todo le importaba bien poco. Incluida yo.

¿Cómo es tan tonta? Kitty es su nieta favorita. Aunque ignore la razón, lo es. Garden no se cansa de demostrarlo.

Incluso aunque no hubiera leído la novela, me habría bastado medio día para comprobarlo. Y no solo la baronesa Richmond; hasta los criados de la casa Remmington beben los vientos por Kitty.

—Todo el mundo te aprecia —le recuerdo—. Deberías empezar a hacerlo tú también.

—¿El qué?

—Quererte un poco más a ti misma.

—Tienes razón, Lala. —Asiente con seriedad—. Y empezaré ahora mismo. Tengo hambre, así que voy a quererme y a comer todo lo que desee.

—Eso no es lo que…

Ya ha cogido tres pastelitos a pesar de no haber terminado el primero.

En el fondo, le tengo envidia. Yo he perdido el apetito. No podría comer ni un bocado, no mientras mi personaje favorito está en la misma sala, a solo unos metros de mí.

¿Qué hago? ¿Me acerco a él sin más? Pero no, imposible; eso sería impropio para la época. No nos han presentado formalmente y soy de menor rango social. Además, ir directa a él como una polilla a la luz no me distinguiría del resto de las debutantes ansiosas por un baile con el duque.

Sin volverme, lo observo con discreción por encima del hombro. Está en el mismo lugar, rodeado de la misma gente. Lo único que ha cambiado es que un chico muy parecido a él se ha acercado y le ha susurrado algo al oído.

Por las semejanzas físicas (ambos son rubios, fuertes y guapos a rabiar) y su porte aristocrático, deduzco que es su hermano menor, John. Es simpático y abierto, me cae muy bien. Además, le salva el pellejo a George en el penúltimo capítulo, a costa de su propia vida.

Me dio mucha pena su final, aunque (igual que otros fans) espero que Garden haga una triquiñuela de las suyas y lo reviva en un futuro. El personaje todavía tiene mucho que decir.

Y en este instante ignoro qué dice, pero consigue que George ponga

cara de asombro y alce la cabeza, volviendo su atención hacia…

Mí. Me está mirando a mí.

Giro la vista rápidamente y, sin pensar, tomo un pastelito cualquiera de la mesa.

—Oh, ¿te vas a comer ese? —me pregunta Kitty en tono lastimero —. ¡Es diminuto! Para comer de un solo bocado. Y es el único de crema que queda…

—Todo tuyo.

No puedo pensar. Ay, Dios, ¡me ha mirado! No a Kitty, a mí. Es decir, no a mí, Laura Barclay, sino a Lavinia Labbey, pero para el caso es lo mismo.

¿Qué va a hacer? No creo que se presente aquí de buenas a primeras, porque eso sería…

—¿Señorita Labbey?

Aymimadre.

8

Los bailes los carga el diablo (sobre todo si está invitado)

Kitty y yo nos damos la vuelta al mismo tiempo. Por suerte, Catherine ya ha terminado de comer y se guarda en el hueco de una mano el último pastelillo que ha cogido.

—Sí, milord, soy yo —contesto con suavidad (que me den el Óscar a mejor actriz, porque no sé ni cómo he encontrado voz para hablar).

—Encantado de conocerla, señorita Labbey. —Se inclina ante mí y, después, se gira con educación hacia Kitty—. Usted debe de ser la señorita Catherine Remmington, ¿no es así?

—¿Cómo lo ha adivinado?

Al contrario que yo (y la mitad del salón), Kitty no parece alterada ni por dentro ni por fuera por la presencia de este dios griego.

—Conocí a su hermano mayor, Charles, la temporada pasada, y se parecen lo suficiente como para deducirlo —responde George con naturalidad—. Aunque usted es más bella, claro. Y tampoco es que haya querido insinuar que sea igual que un varón de diecinueve años, porque… —A su lado, su particular sombra carraspea—. Oh, perdonen, señoritas. Les presento a mi gran amigo, lord Samuel Haskell.

El chico se inclina. Aunque es moreno, es igual de alto que George y también tiene ojos azules. Excepto que los suyos no son grandes y amables, sino rasgados e inexpresivos.

Eso sí, al fijarse en mí, lo que percibo en ellos es un desdén tan grande que me quedo clavada en el sitio.

—Siento haberlas interrumpido —sigue diciendo George con una sonrisa (y menuda sonrisa)—, pero no podía dejar pasar más tiempo. Deduzco que pronto le pedirán el primer baile, señorita Labbey, y quería guardarme ese privilegio.

Trago saliva, mientras a mi lado Kitty suelta un sincero «¡oooh!» y Samuel Haskell acentúa su expresión de sapo irritado.

—¿Conmigo, milord?

—¿He llegado tarde y ya está comprometida? —me pregunta, fingiendo pesar—. Eso sería una auténtica pena…

—No, no —me apresuro a aclararle—. Bailaré encantada con usted.

—Perfecto. —George se gira hacia Samuel, que le devuelve la mirada, excepto que con cinco tonos menos de entusiasmo—. ¿Tú no

deseas bailar, Sam? Hay señoritas bellas por doquier…

—No —masculla de malos modos—. Estoy bien.

Es una evidente falta de respeto hacia Kitty, pero a ella no parece importarle lo más mínimo. De hecho, cuando el baile comienza y el duque me toma de la mano para acercarnos al centro del salón, la chica me dedica una espléndida sonrisa de ánimo.

Me hace falta. Estoy temblando. En esta época todavía no se baila el vals, así que los momentos en que el duque me tocará durante la cuadrilla son mínimos, pero aun así nos cruzaremos una y otra vez.

Dios, me muero por salir de esta locura en la que me he metido para, de vuelta a mi mundo, contárselo a mis amigas Jillian y Alice. Van a morir de envidia.

George Keating me está haciendo caso. ¡George Keating está bailando conmigo! Estoy viviendo el sueño de todas las fans de Temporada de Magia.

Creo que voy a desmayarme.

O a vomitar.

O ambas cosas.

(Aguanta, Laura, hazlo en nombre del fanatismo mundial).

—Mi hermano John me ha contado lo que ha dicho en su presentación —dice George en uno de los cruces—. Ha impresionado a la reina Charlotte y, por extensión, a toda la corte.

—Solo he sido sincera —digo, mintiendo de nuevo como una bellaca—. Me parece que la reina está cansada de los galanteos y las falsas modestias.

—¿Sabe? A mí me sucede lo mismo —reconoce con una sonrisa abierta—. Es de agradecer un soplo de aire fresco en estos salones tan cerrados.

Cuando me toma la mano para girarme, me aprieta los dedos un instante de más.

Si eso no ha conseguido que despierte, no sé qué lo hará. Me sigue costando creer que todo lo que estoy viviendo no es un sueño.

Quizá lo sea. Y, desde luego, no quiero que acabe. Jamás.

Al terminar la pieza de música y volver a la orilla del salón para reunirnos con Kitty y Samuel, comprobamos que los acompañan también John Keating, la baronesa Richmond y…, ¡oh, no! Lady Remmington.

No sé quién parece más enfadado por vernos regresar agarrados del brazo, si ella o Samuel Haskell.

—Oh, Lavinia, veo que no has perdido el tiempo —dice la mujer con retintín—. Duque de Albans, es un placer verle. Recuerdo a la perfección cómo en la temporada pasada se hizo tan buen amigo de mi hijo Charles. ¡Y mírese ahora! ¡Cuánto ha crecido!

—Un año da para mucho —reconoce George—. Con los dieciocho

cumplidos, mi tío ya me ha traspasado todas las responsabilidades del ducado.

—Fue una pena la temprana muerte de su padre —gruñe la baronesa—. Entre tanto mentecato, era un alivio conversar con alguien que tenía algo de sesera. —Frunce el ceño hacia George—. ¿Usted se parece a él en algo o tendremos que lamentarnos doblemente de la ausencia de su padre?

—¡Abuela!

—No tengo tanta sesera como mi padre, me temo —confiesa George, y se ríe con naturalidad, rebajando un poco la incomodidad que se ha instalado en el grupo—. Mi hermano es quien ha heredado su inteligencia. Yo, su fuerza.

—Fuerza sin dirección es peligrosa —masculla la baronesa, incansable—. En ese caso, duque, rodéese de buenos consejeros. Es el mayor signo de sabiduría.

—Lo he hecho —reconoce, señalando con la cabeza a su hermano John (que le devuelve el gesto con una expresión agradecida) y a Samuel (que no muta su cara de aburrimiento)—. Y, por lo que veo, su nieta ha seguido el mismo consejo.

—¡Oh, sí! —exclama Kitty—. Lala es la mejor compañera que podría tener. Es tan inteligente y amable… Siempre parece saber qué decir para tranquilizarme.

—Ah, ¿es eso cierto? —me pregunta lady Remmington (la mirada que me dedica no es tan dulce como su tono).

—¿Y qué le recomendaría hacer ahora a su amiga, señorita Labbey?

Me giro hacia Samuel. Dios, parece un cuervo a punto de sacarme los ojos.

—Bailar —le contesto—. Con un caballero que esté dispuesto a comportarse como tal.

Lord Haskell entrecierra los ojos. Yo alzo la barbilla. Kitty se muerde el labio.

Y George se echa a reír.

—No pongas esa cara, Sam; la señorita Labbey tiene razón —se apresura a decir este último—. Yo arreglaré tu falta de caballerosidad. Señorita Remmington, ¿me concedería el próximo baile?

—Oh, ¿de verdad? —Kitty me mira de reojo, como pidiéndome permiso, y yo asiento (aunque me cueste la vida)—. Gracias, me encantaría.

George le tiende la mano, así que Kitty, sin dudar, extiende la suya y la coge. El duque frunce el ceño y, dando la vuelta a sus palmas unidas, comprueba que hay un pastelito entre ellas.

—¿Y esto?

No sé quién de nosotros esboza la cara más sorprendida, excepto la baronesa, que, de refilón, compruebo que está a punto de echarse a

reír.

—Es… esto… Considérelo un regalo —contesta Kitty al final—. Como duque, imagino que ha estado muy ajetreado. ¿Ha tenido tiempo para comer algo desde que ha llegado al salón?

George parpadea, todavía con la sorpresa inundando su (perfecto y apoteósico) rostro.

—Lo cierto es que no.

—Entonces, hágalo. Por el momento, diría que lo más destacable del evento de hoy ha sido la comida. —En cuanto se da cuenta de lo que ha dicho, la chica añade—: No me malinterprete, milord, es usted muy amable, pero no está hecho de azúcar.

El duque, tras un segundo, se echa a reír. Después se acerca las manos de ambos a los labios y se come el pastel.

Aunque hay guantes de por medio, sigue siendo un gesto demasiado espontáneo y cercano para lo que impera en esta sociedad, así que la gente a nuestro alrededor, al verlo, emite una exclamación ahogada.

La que contiene lady Remmington es de alegría. La que me guardo yo, de frustración.

He visto el brillo en los ojos de George. Habría que estar ciega para no verlo.

Es evidente que ha empezado a enamorarse de ella.

En fin. En el fondo, lo esperaba. Da igual lo que haga; pase lo que pase, Kitty y el duque se enamorarán. Es lo que está escrito (nunca mejor dicho).

No hay hueco en esta novela para una nueva historia de amor. Y, desde luego, no para una que protagonice yo.

Está claro que el «Siempre la dama de honor, nunca la novia» me viene como anillo al dedo.

Los dos se marchan (tan guapos, tan rubios, *tantantan*). Las hadas sobre las lámparas emiten chillidos entusiasmados al verlos colocarse para empezar a bailar y dejan caer nubecillas de polvo sobre los dos. Las partículas doradas sobre su piel les hacen parecer una pareja de dioses. Un Apolo sin taras. Una Afrodita inocente.

Qué asco dan.

Apenas unos segundos después, un criado se acerca a nosotros con una bandeja de bronce en la que brillan dos copas. Una tiene el borde de oro; la otra, de plata.

—Un pequeño refrigerio para las debutantes —anuncia el hombre mientras se inclina.

—Oh, me temo que las señoritas no pueden beber —comienza a decir lady Remmington.

—Es vino rebajado con agua, milady. Elaborado por gárgolas parisinas.

—Aun así…

No está bien visto que las damas solteras tomen alcohol. Lo sé porque esta misma escena sucede en la novela. Aunque es un poco diferente. En ella, Kitty está presente, porque (sin mi intromisión) ya habría bailado la primera danza con el duque. Y, además, como se espera de ella, rechaza la copa de vino con delicadeza.

Pero Kitty no está. Y yo no soy Kitty.

Tengo ganas de probar ese vino francés, permitirme algo que ganar (ya que es evidente que he perdido mi oportunidad con George), así que alargo la mano y tomo con seguridad la copa de borde dorado.

—Se me ha indicado que esa es para la señorita Remmington —comenta el criado.

—¿Qué más da? —espeto—. ¿Acaso sabe mejor? —El hombre guarda silencio—. Gracias, puede retirarse.

Lo hace de inmediato. Y, antes de que lady Remmington pueda amonestarme de alguna manera por mi comportamiento, me la bebo de un solo trago.

—¡Lavinia!

—¿Qué? ¿Acaso querría haberlo probado usted?

La mujer frunce los labios, la baronesa compone una mueca divertida y John Keating pestañea con sorpresa.

Solo Samuel Haskell, que debe de ser campeón mundial de cara de póker, se atreve a decir algo.

—¿Le ha sabido bien, señorita Labbey?

—Oh, sí. —Balanceo la copa; el polvo de un hada cae sobre el borde y hace brillar la pátina de oro—. Aunque la verdad es que no tanto como espe…

La voz se me corta. Noto… algo raro en la garganta. Se ha cerrado a cal y canto.

Al instante, empiezo a perder fuerza con una rapidez pasmosa. La mano con que sujeto la copa cae laxa a un lado. En cuanto el cristal se rompe en mil pedazos contra el suelo, me llevo la otra al cuello.

—¿Lavinia?

Soy incapaz de contestar. Tengo la misma sensación que en el callejón de la bruja. Como si algo estuviera recorriendo mis venas sin permiso.

Es magia. Es fuego. Al principio, débil. Apenas una llama.

Pronto, bajo mi piel se desata un incendio irrefrenable.

El primero que reacciona y me sostiene en brazos es lord Haskell. Ese maldito buitre debería estar contento por verme caer, solo que parece todavía más enfadado que antes.

Me tumba en el suelo con suavidad. Las baldosas frías no alivian los calambres y el calor que paralizan mi cuerpo. Tampoco el hielo de sus ojos azules, que no se han desviado ni un segundo de los míos.

Las damas con vestidos de satén, los caballeros con botas de piel, los

duendecillos y las hadas que revoloteaban entre los aristócratas, todos ellos se agolpan para observarme desde arriba.

Arrodillado junto a mí, Samuel es el único que no muestra asombro o consternación ante mi estado. Un diablo inalterable en mitad de una multitud enloquecida.

—¡Que alguien haga algo! Oh, ¡sabía que no debía traerla a Londres!

Mi cuerpo es el de una muñeca desmadejada. Veo, oigo y siento, pero no puedo moverme.

—¿Qué le ocurre, Sam? ¡¿Qué ha tomado?!

Los párpados se me cierran sin que pueda evitarlo. Bajo ellos, las luces de las velas se apagan. Una por una.

—¡¿Lala?! ¡Oh, Dios mío, mi querida Lala! ¡Despierta!

Qué vocecilla tan aguda, tan llena de amor, tan… desagradablemente inocente.

No la soporto. No la aguanto. Si estoy así es por su culpa.

La copa era para ella. La copa…

La copa.

El veneno se extiende por mi cuerpo lánguido. Los músculos se me agarrotan de golpe. Las voces me resultan cada vez más lejanas.

Apenas distingo lo que me dice la más cercana, la del chico que, sin dudar, ha sido el primero en cogerme en brazos para impedir que cayese al suelo.

«Idiota».

Es lo último que oigo. Y sus manos sosteniéndome, lo último que siento.

El eco de su tono desdeñoso sigue resonando en mi cabeza cuando, jadeando, despierto en una cama que no es la mía.

Estoy en la misma cochina habitación de esta mañana.

Joder, ¡¿otra vez?!

El fantasma del coronel Remmington sale del espejo dorado (ahora, intacto, como si no lo hubiera roto yo misma hace horas) y me sonríe de forma arrogante.

No volveré a caer en sus estupideces. Tengo mejores cosas que hacer, así que lo ignoro. Estiro los brazos (que ya no están agarrotados por la muerte que acabo de sufrir) y salgo de la cama. Despacio, me aproximo al espejo.

El reflejo me devuelve una cara bellísima que no es la mía. La mirada de ámbar en ella (cansada, decepcionada por volver a empezar) es lo único que reconozco como propio. Junto a mi ojo derecho está el lunar que apareció en mi segundo despertar. Ahora, junto a mi comisura izquierda, hay otro exactamente igual.

Paso el dedo por él. No se borra.

A ver, no soy idiota: es una señal muy clara. Se trata de un punto final. Uno que marca cada una de las historias que he vivido en esta novela y que no han acabado como deberían.

¿Qué diablos ha pasado? He vuelto a morir, pero ¿por qué?

La última vez fue culpa mía al cien por cien, en esta ocasión solo he bebido una copa de…

Una copa que no era para mí. Una copa para Kitty Remmington.

¿Alguien quería matarla? ¿Por qué?

Doy vueltas por la habitación, de brazos cruzados, dándole vueltas a lo que ha pasado. Mientras tanto, el fantasma repite su petición de que me dé prisa en vestirme para ayudar a su nieta, que está nerviosa por la presentación ante la reina.

Yo soy la que tiene que tranquilizarse. Venga, Laura, ¡piensa! Estás atrapada en tu novela favorita. Bien. Una que se ha convertido en un laberinto. Mal. Pero la solución es sencilla: hay que encontrar la salida. Sea como sea.

—Quien no respeta la historia está condenado a repetirla.

Alzo la cabeza. Después de soltar su frasecita de siempre, el coronel Remmington continúa dándome la charla sobre la historia de mi familia, los Labbey, y la ambición sin medida que les hizo perder toda su fortuna y posición.

Quien no respeta la historia…

Vale, lo he pillado. Tengo que conseguir que *El diamante de la temporada* siga su curso punto por punto, sin saltarme ni una coma.

Genial, eso es fácil. He aprendido la lección. A partir de ahora, nada de intentar deslumbrar al duque. Me mantendré calladita y en mi sitio. ¡Prometido!

Aunque, de hecho, ni siquiera siendo yo quien ha bailado primero con George Keating he conseguido que a él no le pareciese interesante Kitty. El problema ha venido después, cuando ha sucedido algo que no ocurría ni por asomo en la historia de Garden.

Kitty no bebía de esa copa de vino en el baile, pero sin duda era para ella. Una copa con veneno preparada para que la bebiese la señorita Remmington y nadie más.

Es obvio que alguien intenta matarla.

No me gusta Kitty. Es más, no la soporto. Es boba y cursi, y todo le sale bien sin esfuerzo. Pero está claro que, si no la mantengo con vida (y a mí, por extensión), no saldré de aquí jamás.

Mierda. Ahora, además de acompañarla, ¡¿tengo que procurar que un asesino desconocido no la mande al otro barrio?!

—¡Lavinia! —Lady Remmington irrumpe en mi habitación y compone una expresión de horror al verme en camisón—. ¡Vístete ahora mismo! ¡Vamos, vamos, vamos! Hay que preparar a Kitty para que deslumbre a la reina. Si ella triunfa, triunfaremos todos, ¿lo

entiendes?

Lo entiendo: estoy jodida.

9

Quién será, será (ahora sí, empieza el juego)

¿Quién querría asesinar a Kitty? No le cae mal a nadie. Es poco probable que el criado que nos ofreció las copas de vino en el baile tuviese algo en contra de ella; solo estaría siguiendo órdenes.

A eso le doy vueltas mientras, ya vestida, acompaño a lady Remmington hasta la habitación de su hija.

Detrás de todo podría estar el villano de la historia, el conde Seddon. Aunque él en realidad tiene sus propios propósitos malignos. Dudo que pusiera en peligro todo su plan de atentar contra la reina envenenando de forma tan burda a una debutante que ni le va ni le viene.

Quizá se trate de otro personaje malvado. ¿Alguien que le tenga envidia a Catherine Remmington? (Yo se la tengo; puedo llegar a empatizar).

Aunque hay una nueva teoría que toma fuerza en mi interior.

Si yo, que soy una lectora, estoy aquí dentro haciendo de las mías, ¿por qué no puede haber otro u otra fan en esta temporada con peores intenciones que una servidora?

Sin pensar, me llevo un dedo al lunar que tengo junto al ojo. Apenas se nota, parece una gota de tinta, pero es una marca indiscutible. Quizá, si observo bien a todos los aristócratas que asisten al baile de presentación, pueda encontrar un lunar semejante. O algo, lo que sea, que delate a ese lector.

Y hay un tipo que tiene todas las papeletas para ser el responsable. Uno con cara de higo mustio cuyo nombre empieza por S, que me llamó «idiota» mientras me moría (qué mal gusto) y que seguro que está disfrutando tocándome los…

—Lavinia, ¡¿me estás oyendo?! —Me giro hacia lady Remmington, que no ha dejado de parlotear por todo el pasillo—. ¿Tienes una opinión sobre el vestido o no?

Ah, mierda. El vestido.

—Kitty debe llevar el blanco.

Sueno tan rotunda y segura que la mujer tarda en reaccionar.

—¿Qué? ¿El blanco? ¡Qué absurdidad! El rosa es…

—El color preferido de la reina Charlotte —la interrumpo.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Se lo oí decir ayer a su madre, la baronesa Richmond. —En cuanto la menciono, lady Remmington arquea las cejas, más interesada—. En sus propias palabras: «Hasta la más estúpida de las vizcondesas, y con ello incluyo a la boba de Lily Allison, viste a sus tres hijas como pomposos cojines rosas. Un truco zafio que no impresionará a Charlotte».

Dios bendiga mi buena memoria.

—Oh. —Cabecea ella—. Sin duda es algo que diría la baronesa… —Se detiene y, justo en ese instante, me doy cuenta de que estamos frente a la puerta de Kitty—. Entonces, ¿consideras que el vestido blanco es una buena elección?

—La mejor. —Fuerzo una sonrisa—. Y eso es lo que todos queremos para Kitty, ¿verdad? Lo mejor de lo mejor.

Lady Remmington asiente, convencida, y alarga la mano para coger el pomo. Por suerte, logro adelantarme y tocar dos veces contra la madera de la puerta.

—¡Kitty! ¡Somos nosotras! —la aviso—. ¿Podemos entrar?

—¡Oh, sí, sí! Dadme solo un segundo.

Oímos ruido. Chasquidos, unos pasos de aquí allá, una voz dulce y, al final, un resoplido que no parece humano, sino dragoniano.

—¡Podéis pasar!

Kitty nos recibe sin estar lista, por supuesto, pero en esta ocasión sin llamaradas peligrosas en la chimenea que hagan peligrar la integridad de su habitación. Eso sí, hay ceniza por todas partes, incluyendo el cuerpecillo de Richard (enroscado al brazo de su dueña) y las mejillas coloradas de la chica.

—¡Venga, Kitty! Límpiate esa cara y pongámonos en marcha. —Lady Remmington se dirige al armario sin perder un minuto—. Está decidido: llevarás el vestido satinado. El blanco con esos hilos brillantes bordados por las mujeres loba de Stonehen…

—Pero, mamá, ¿no querías que llevara el rosa de volantes?

—¿Yo? ¡Imposible! Todas las debutantes tratarán de deslumbrar a la reina con el mismo color, ¡pasarías desapercibida! Lo llevará Lavinia. Y, antes de que protestes, te anuncio que todo ha sido idea suya —le explica sin volverse—. Te dije que sería bueno traerla con nosotras a Londres. ¡No tiene la cabeza tan hueca como nos había hecho creer!

A Kitty se le ilumina el rostro al girarse hacia mí. Corriendo, acorta la distancia que nos separa y me agarra de las manos. Noto la quemadura de su pulgar, igual que la vez anterior.

—¡Oh, mi Lala! ¡Menos mal que estás aquí! Eres mi amuleto de la suerte, ¡ya no siento ni gases! Tú me guiarás. Me acompañarás para que no tropiece, ¿verdad?

Tardo un par de segundos en asentir.

—Por descontado —digo después, en lugar del «qué remedio» que

resuena en mi mente.

Siento algo más rozándome la mano y, cuando bajo la vista, compruebo que la delgada cola de Richard me rodea la muñeca.

No sé qué significa el gesto, solo que me produce un agradable cosquilleo en la piel.

Es aburridísimo vivir el mismo día por tercera vez, pero intento seguir los consejos de mis amigas (que insisten en recordarme a diario que soy una aguafiestas) y disfrutar.

Me fijo con más detalle en las debutantes a nuestro alrededor (cansadísimas de los consejos de sus respectivas madres, igual que las de mi mundo), en los duendecillos que las acompañan (sus trajes hechos de hojas me fascinan y uno peliverde incluso me guiña un ojo) y en el lujo de un palacio de otro siglo (que es sencillamente espectacular).

Las molduras de oro de las columnas brillan bajo las velas. Las nubes de partículas doradas que crean las hadas hacen vibrar el aire; puedo vislumbrarlas a través de la luz como si fueran danzarinas motas de polvo. Cuando caen sobre los tocados de las chicas, hacen resaltar cada pluma y cada joya pulida como si estuvieran hechas de estrellas.

Vale, no voy a volver a llamar la atención de George Keating. No va a sonreírme de esa manera tan encantadora ni a bailar conmigo de nuevo, pero al menos estoy viviendo algo… mágico.

Sí, ya. La que no se consuela es porque no quiere.

En fin, es lo que hay. Ahora tengo una nueva misión. Y, en el fondo, es excitante. Tengo que atrapar a un asesino, así que… que empiece el juego.

Igual que una espectadora, del mismo modo que si viera una representación fiel de mi novela favorita, observo cómo Kitty camina hasta detenerse frente a la reina y hacer una elegante inclinación. Mercury II ladra y salta del regazo de la monarca para llegar hasta la chica y buscar su atención.

Kitty se la da, por supuesto, encantada de no ser juzgada por alguien en toda esa sala llena de gente. Suena del todo sincera al exclamar:

—¡Este recibimiento es un honor, su majestad! Adoro a los perros. Confieso que, a menudo, más que a las personas.

—¿También prefiere a su dragón de chispa antes que al resto del mundo?

—Oh, Dios mío. —Kitty se incorpora de golpe—. ¿C-cómo lo sabe?

—Su vestido es de un blanco precioso, señorita Remmington, pero su ceniza resulta más visible en él.

Sin embargo, sonríe con calidez. Kitty, sacudiéndose el hollín como

si nada, le responde con la misma alegría sin ambages.

—Le pido disculpas, su majestad, aunque diría que mi atuendo es una buena lección. No existe nada inmaculado ni perfecto, y desde luego que yo no soy ninguna de las dos cosas.

Charlotte inclina la cabeza en respuesta. No la pierde de vista ni siquiera cuando Kitty se va y soy yo quien se coloca frente a ella.

En esta ocasión, me limito a hacer una sencilla reverencia y, en cuanto la reina me hace un gesto, me aparto para reencontrarme en una esquina con mi protegida.

—¿Lo he hecho mal, Lala? —me pregunta en voz baja—. Debería haberme callado, ¿verdad? Como dijo la abuela…

—Lo has hecho perfecto —le aseguro.

La tomo del codo y tiro de ella hacia el gran salón. Mientras Kitty parlotea sobre la comida (y, una vez que llegamos, se lanza a por ella), yo me dedico a observar a todos los caballeros y damas que nos rodean.

Ya no hay solo debutantes ingenuas y tímidas, deslumbradas como nosotras por el esplendor de palacio, sino curtidos condes, duquesas de lengua afilada y vizcondesas con ojos calculadores que esconden sus cotilleos tras los abanicos.

Cuanta más edad tienen, más astucia percibo en sus movimientos. Algunos gestos que nos hacen (despectivos, arrogantes, poco disimulados) me hielan la sangre.

Es evidente que Kitty es la debutante más guapa de todas y, tras su actuación ante la reina, una rival para quienes buscan que nombren a sus hijas diamante de la temporada.

¿Será una madre ambiciosa quien desea matarla?

—Oh, Lala, ¡mira! Pastelillos de crema.

—Guárdate uno de los pequeños en la palma —le aconsejo sin volverme, la vista puesta en el fondo del salón—. Por si acaso.

—¡Qué gran idea!

George Keating está ahí. A su alrededor, como moscas a la luz, hay un buen puñado de jóvenes. Son bonitas, sí, pero no tanto como Kitty. El duque suelta un comentario. Todas se ríen. Samuel Haskell pone los ojos en blanco.

Bien. Todo está sucediendo como debería.

Y sigue así. A los pocos segundos aparece John Keating. Le dice al oído algo a su hermano y… ahí está. George alza la vista hacia nosotras.

Sus ojos azules y vivaces se clavan en la chica que está a mi lado.

—Kitty, sacúdete el azúcar.

—¿Qué?

—De la nariz. —Le hago un gesto, tocándome mi propia punta, y ella me imita sin pensar—. Bien. Ahora, prepárate.

—¿Para qué?
—Para bailar.
—Perdonen que las moleste, señoritas, pero usted es… ¿la señorita Remmington?
Y lo de siempre: blablablá, ¿quiere bailar?, oh, es usted muy amable, milord, pero no está hecho de azúcar. Cara de sorpresa de George y, pum, él se come el pastelillo directamente de su mano.
Uf, otra vez esos ojillos brillantes de bobo. ¿De verdad en el libro se enamoraba de ella tan rápido?
Cuando Kitty y él se alejan de nosotros (por fin) para colocarse en el centro del salón y bailar, me permito lanzar un suspiro.
—¿Está bien, señorita Labbey?
Ay, no. Lo había olvidado por un segundo. Yo soy la sombra de Kitty. Samuel Haskell, la del duque. Eso quiere decir que tendré que aguantarlo más de una noche durante esta temporada.
Y no se me olvida lo que me llamó antes de morir.
Tampoco que es uno de mis principales sospechosos.
Pero no puedo hacerle sospechar sobre mi verdadera naturaleza o mis intenciones. Es posible que Samuel no sea un lector ni un personaje malvado. Y, si lo es, no gano nada desvelándole mis cartas de buenas a primeras.
—Sí, estoy bien —le contesto con suavidad—. Solo algo cansada.
—La entiendo.
Luego, en un intento por disimular, paseo la mirada por el salón. Los minutos pasan y ninguno dice nada, pertrechados en un tenso silencio. No sé quién de los dos tiene más orgullo, pero desde luego que, si espera que sea yo quien abra primero la boca, va listo.
Mientras los últimos compases de la canción hacen girar a las parejas, me pregunto qué hacía Lavinia Labbey mientras Garden se centraba en la protagonista. Nada, probablemente. Mirar el tendido.
Mierda, me esperan horas de aburrimiento eterno en mi papel de guardaespaldas.
—¿Quiere bailar la siguiente pieza?
Me doy la vuelta hacia Samuel Haskell. Su cara de seta sigue ahí, pero esta vez se ha dignado moverse. En concreto, ha movido una mano. Y, en concreto, hacia mí.
La miro. Luego a él. Al final, parece considerar que estoy sorda y vuelve a pronunciarse un poco más alto:
—Le he preguntado si quiere bailar.
—¿Con usted?
—No la consideraba tan obtusa —dice en voz baja, molesto—. Sí, conmigo. Si no lo desea, puede rechazarme directamente. Lo prefiero a que dé vueltas buscando una excusa.
¿Y ese tonito? ¿De qué va este? Si la otra vez fue él quien se negó a

bailar con Kitty.

—Perfecto, seré clara: no, no deseo bailar —contesto sin inflexión—. Y no se ofenda, pero no busco hacerlo ni con usted ni con nadie.

Compone una mueca, aunque no tengo claro si de frustración o de burla.

—Gracias, es un honor sentirme insultado junto a todo el género masculino.

—No hay de qué. —Luego vuelvo la cabeza hacia los bailarines—. Aunque no sé por qué ha de sentirse insultado. Mi decisión de no bailar no se basa en nada personal contra usted.

—¿Y en qué se basa?

—En que prefiero quedarme aquí.

—¿Observando a los demás?

—Sí. —Mientras, aprovecho para buscar entre la piel expuesta de los invitados algún lunar—. Y, si soy sincera, me ha sorprendido su pregunta de antes. Pensé que sería de los míos.

—¿A qué se refiere?

—A que sería de los que, como yo, acaban sujetando la vela en lugar de brillar bajo ella.

De refilón, noto cómo Samuel frunce el ceño.

—Si está sujetando la vela, ¿no la iluminará también a usted?

Cabeceo sin apartar la vista de los bailarines.

—Es una forma de hablar.

—Pues carece de sentido. —Después, dirige su atención hacia las parejas, igual que yo—. Debe de ser agotador, de todas formas.

—¿El qué?

—Autocompadecerse sin parar de su propio destino.

Vuelvo la cabeza hacia él con la frente arrugada. He aguantado mucho, pero ya me está tocando las narices.

—Ah, ¿se refiere a mí? Parece que ahora es mi turno para sentirme insultada.

Samuel se encoge de hombros.

—Solo es una forma de hablar.

Entrecierro los ojos.

—No me tome por tonta, lord Haskell —mascullo, guardándome las ganas de llamarlo, como él a mí mientras me moría, idiota—. Y no me autocompadezco. Pero es una realidad que mi labor aquí no se basa en bailar ni en aceptar peticiones basadas en la lástima, sino en acompañar y proteger a la señorita Remmington. Por eso estoy… —Hago una pausa—. Esa es la razón por la que lady Remmington me trajo a Londres.

Samuel me imita entrecerrando sus ojos azules.

—¿Y va a actuar como la centinela de su hija toda la temporada?

—¿No es la misma pretensión que tiene usted respecto al duque de

Albans?

No es una sonrisa. Como yo, lord Haskell parece tener problemas para esbozar una sincera. Sin embargo, percibo en sus ojos un brillo de diversión.

—¿Cree conocerme tan bien como para afirmar eso?

—No era una afirmación —le rebato—, sino una pregunta.

De reojo, me doy cuenta de que lady Remmington y su madre, además de John Keating, se están aproximando a nosotros. Antes de que lleguen, Samuel murmura:

—Si es así, no contestaré. No la tomo por tonta, así que dejaré que lo deduzca usted misma.

Qué cara de listillo arrogante. Y qué ganas de darle un puñetazo en la nariz.

Por supuesto, me guardo el deseo bien dentro. Si me dejara llevar por mis instintos, la novela de Garden no iría por donde debe ir y despertaría (oootra vez) en la misma cama, soportando la misma cantinela del fantasma (y todo lo demás).

No, tengo que aguantar. Pero, tras nuestra conversación, mis sospechas hacia Samuel Haskell se han acentuado. Es posible que quiera proteger al duque y considere a Kitty poco adecuada para él. ¿Sería descabellado que quisiera matarla por eso? O puede que sea un lector que, como yo, no la soporta, solo que ha optado por un camino mucho más retorcido que el mío (que se basa en despreciarla en silencio).

En lugar de observar a la parejita protagonista, que vuelve de bailar riéndose, fijo mi atención en Samuel. Ha vuelto a colocarse la máscara de seria indiferencia de antes.

Podría odiar a Kitty o adorarla. Soy incapaz de leerlo.

—Un pequeño refrigerio para las debutantes.

Me vuelvo hacia el criado, a quien no he oído llegar. Kitty rechaza con amabilidad la copa. Yo me limito a negar con la cabeza. Sin insistir ni demostrar frustración, el hombre se inclina y se marcha.

El grupo parlotea sobre la presentación de debutantes, ajeno a la bala que acaba de esquivar Kitty. Observo de reojo a Samuel; no ha cambiado su expresión. Si él es el envenenador misterioso, no parece haberle importado lo más mínimo que su plan se haya ido al traste.

Agh. Tengo la sensación de que estoy perdiendo el tiempo. Al final Haskell será un personajillo más sin trasfondo y yo estoy enfocándome en quien no debería.

—Si me disculpan, voy al tocador un momento —murmuro.

Nadie del grupo parece oírme, entretenidos como están en su conversación sobre las candidatas a recibir el diamante de la reina, así que me escabullo antes de que a alguien se le ocurra frenarme o hacerme más preguntas.

El criado está a punto de abandonar el salón, por lo que acelero mis pasos y esquivo a la multitud para seguirlo, alejándome de la música.

Me mantengo a una distancia prudente mientras lo vigilo en su camino a través de los pasillos. No se me escapa que no le ha ofrecido las copas que hemos rechazado a ninguna otra debutante con la que se ha cruzado.

Al final de un corredor vacío, ralentiza sus pasos. Yo hago lo mismo hasta detenerme tras una columna. Escondida, me asomo lo justo para poder observarlo.

Una vez que ha mirado a ambos lados para comprobar que no hay nadie (mal comprobado, amigo), se acerca a un aparador y vierte el contenido de las copas en el jarrón que hay encima. Después se escabulle con una rapidez increíble.

Espero un minuto antes de salir de mi escondite. Al acercarme, compruebo que las flores del jarrón, antes abiertas y de un rosa encendido, se han marchitado.

En el agua, además del vino rojo, fluye una sustancia que parece tinta de color lavanda. Brilla y se agita en el agua formando espirales antinaturales.

—Acónito —murmuro.

Mezclado con pelo de gríade, para acelerar su efecto, seguro. Por eso morí tan rápido. Los síntomas de mi muerte también cuadran con el tipo de veneno.

No es una información que me permita avanzar mucho, al menos por ahora. Pero todo sirve, aunque al principio no lo parezca. Eso lo he aprendido de los libros, y estoy dentro de uno de Garden; nada es casualidad.

Cuando regreso al salón de baile, busco a Kitty. Por favor, que no se haya muerto mientras estaba fuera.

Por suerte, mi protegida todavía conserva cierto sentido de la supervivencia (quizá más que yo); está sana y salva, sentada en una línea de butacas junto a dos chicas.

Una es pelirroja y delgadísima, con los ojos verdes caídos. Su forma provoca que parezca siempre triste aunque sonría. Es Pattie McDonald, no hay duda. La pobre muchacha tiene buen corazón, además de una familia cruel.

La otra debutante es más bajita, con el pelo castaño claro peinado en bucles. Sus ojos, su vestido y su tocado son negros. No es que vaya de luto, ella es quien desea vestir así. Ethel Seddon, la hija del conde (y villano de esta novela), es tan inteligente como reservada. Un personaje lleno de secretos que ni siquiera Garden ha desvelado todavía.

En mi camino hasta ellas, Kitty me distingue antes de llegar. A pesar de que sea innecesario, agita la mano en el aire para llamar mi

atención.

—¡Lala, aquí! Estaba preocupada. Dime, ¿dónde has estado?

—En el tocador —miento con rapidez—. ¿Has trabado amistad en mi ausencia?

—Oh, sí. Te presento a la señorita McDonald y a lady Seddon. Ambas son maravillosas, Lala. ¡Van a encantarte!

No lo dudo. Ya me encantan. Pero, igual que yo he ocupado el papel de Lavinia, quizá una lectora ha ocupado el de ellas. Y, aunque no fuera así, una tiene motivos para ver a Kitty muerta.

Al fin y al cabo, por culpa suya, al final de esta historia su padre acabará ajusticiado.

Aunque… no debería saberlo. Todavía.

—¿Señorita Labbey? —Ethel Seddon me sonríe—. ¿Por qué no toma asiento? Nos encantará incluirla en nuestra charla.

Acepto en silencio y me siento en la silla vacía junto a Patricia McDonald.

Justo en ese instante, un cosquilleo me eriza el pelo de la nuca. Miro alrededor, a todas partes, de nuevo alerta, pero ningún aristócrata parece estar pendiente de mí.

No importa. Mi instinto no falla. Sé que hay más jugadores escondidos en este tablero. Y, sinceramente, dudo que cuente con algún aliado entre ellos.

10

No te fíes de las sombras (y conviértete en una de ellas)

—Ha tenido suerte con su pareja de baile, señorita Remmington —comenta más tarde Ethel—. El duque de Albans es el soltero más codiciado de esta temporada.

—¿No lo era de la temporada pasada? —inquiere Pattie, la voz dos octavas más alta.

—Todavía no había heredado por completo el ducado —explica Ethel—. Su tío se ocupaba de todas las labores, pero solo estaba esperando a que George cumpliese los dieciocho años, ya que el pobre hombre no tiene hijos y está enfermo, igual que lo estaba el patriarca de los Keating.

—Pobrecillo —se lamenta Kitty—. ¿Será un mal que afecta a la familia entera?

—Quién sabe. —Ethel se encoge de hombros—. Su enfermedad y muerte fueron tan repentinas que cualquiera diría que fue cosa de magia…

Pattie y Kitty esconden su boca entreabierta por la sorpresa tras sus manos enguantadas. Yo me apresuro a aclarar:

—Sin embargo, el príncipe regente mandó investigar las circunstancias de su fallecimiento y no se encontraron pruebas de que así fuera.

—Es cierto —concede Ethel—. Aun así, ¿no os parece todo muy extraño? Enferma el padre, luego el tío… ¿Quién será el siguiente?

—No creo que sea George Keating; no parece enfermo, sino el tipo de joven que goza de buena salud sin importar lo que pase —razona Kitty, dirigiendo su atención hacia él, al otro lado del salón.

Por sus movimientos exagerados, diría que en este momento George está describiéndole a su hermano John y a Samuel una pelea de esgrima ilegal en la que ha participado.

—Y así es, según he oído. —Todas nos giramos hacia Pattie. Está tan poco acostumbrada a llamar la atención que se encoge en el sitio antes de continuar—. Mi hermana mayor compartió institutriz con las primas de los Keating y me contó que no importa en cuántos problemas, duelos y peleas se vea envuelto George, siempre sale airoso. Sin embargo, su hermano pequeño, John, siendo tan prudente, se rompió la mano por ayudarlo y estuvo en reposo varios meses. Mi

familia y yo fuimos a visitarlo un par de veces.

—Eso tiene una explicación fácil, señorita McDonald: todos los descerebrados tienen suerte —afirma Ethel, y tanto Pattie como Kitty vuelven a ocultar su boca tras las manos. Aunque estoy segura de que Pattie esconde una mueca de consternación, y mi protegida, una sonrisa pícara.

No puedo estar más de acuerdo con Ethel. George Keating me encanta como personaje (y, admitámoslo, está bueno hasta decir basta), pero no es lo que se dice una lumbrera.

Por eso hace tan buena pareja con Kitty, supongo.

—Entonces, la señorita Remmington ya le ha echado el ojo a un posible pretendiente —comenta Ethel—. Solo faltamos las demás por decidirnos…

—¿Yo, echarle el ojo? —Kitty se apresura a negarlo agitando ambas manos en el aire—. Apenas lo conozco. ¡Solo hemos bailado dos veces!

—Reconoce que has llamado su atención —intervengo—. Lo cual no es nada fácil.

—Pero yo no pretendía nada parecido, Lala…

—Quizá esa haya sido la clave. —Excepto Ethel, las otras componen una expresión confusa, así que me apresuro a añadir—: Está acostumbrado a que le hagan caso, y tú no lo has hecho. Al menos, no al mismo nivel que su grupo de admiradoras.

Pattie y Kitty asienten; sus ojos me contemplan ahora como si fuera una especie de genio y no una chica normal que ha deducido lo más básico de la psicología masculina.

—¿Y a usted, señorita Labbey? —pregunta Ethel—. ¿No le interesa ningún caballero?

Sí. El que intenta envenenar a la protagonista de esta historia (y que de paso me envenenó a mí, aunque no fuera aposta).

—No —respondo tajante—. ¿Y a usted?

—Por ahora, ninguno parece lo bastante interesante —contesta Ethel con sencillez—. Además, mi padre rechazaría a cualquiera que no estuviera a la altura. En cualquier caso, no me preocupa. Acaba de empezar la temporada, quién sabe lo que nos deparará.

—¿Y usted, señorita McDonald?

Aunque Pattie se vuelve hacia Kitty, enseguida baja la vista a sus dedos, retorcidos alrededor de un desgastado abanico de piedra de luna.

—No puedo permitirme fijarme en ningún caballero en función de mis gustos…

—¿Por qué no?

Porque necesita dinero. Desesperadamente. Por eso su familia la está empujando a buscar un matrimonio con un hombre rico. Esa es su única salida, a menos que la nombren diamante de la temporada y

consiga un poder impresionante que atraiga la atención del aristócrata que le interese.

Sin embargo, la pobre Patricia no conseguirá ninguna de esas cosas y la enviarán a Irlanda tras una temporada infructuosa. Espero (por favor, ¡que pase!) que Garden le dé el final que merece. ¿Y si la séptima novela de la saga va sobre ella? Me moriría por leerla.

—Porque no todo el mundo puede casarse por amor como tu hermano, Kitty —termino contestando yo, tras comprobar que Patricia, como es evidente, no va a confesar nada sobre su situación—. Es una pena, pero esa es la realidad.

—¿Su familia no tiene magia? —inquiere Kitty, incapaz de dejarlo pasar.

—Ni una gota —responde Pattie—. Aunque a mí no me importa. A pesar de la condición de mi familia, seguimos conservando una casa en Staffordshire.

—¿Esa zona no corresponde al ducado de Albans?

—Así es, y la adoro. Está repleta de pozos de los deseos y las creneas que los custodian son inofensivas. A cambio de que plantes flores a su alrededor, dejan que tires un chelín a sus aguas y pidas un deseo cuando llega al fondo.

Kitty aplaude entusiasmada.

—¿Y cuál fue el último deseo que pediste antes de llegar a Londres?

Pattie esconde todavía más la cara, ahora colorada de vergüenza.

—Si os lo cuento, señorita Remmington, me temo que no se cumplirá.

En ese momento, un carraspeo llama nuestra atención. Metidas en la conversación, no hemos reparado en los tres chicos que se han acercado a nosotras. Dos rubios, uno moreno. Dos Keating, un Haskell. Dos sospechosos, uno inocente.

—Señorita Remmington —habla primero George—, ¿me concedería el próximo baile?

Aunque Kitty sonríe, dispuesta a decirle que sí, logro adelantarme.

—¿No sería este su tercer baile? —inquiero con delicadeza—. ¿Qué opinaría lady Remmington, Kitty?

La pobre se gira hacia mí con el terror inundándole los ojos. Por un lado, su madre la empujaría a hacer lo posible por atrapar a un duque. Por otro, las normas de etiqueta impiden a una chica aceptar al mismo caballero más de dos veces en el mismo evento.

Por mucho que sean absurdas, hay que respetar esas reglas para sobrevivir sin que te repudien, y más si quieres ser el diamante de la temporada.

Sí, lo sé: es un asco ser mujer en esta época.

—Lo siento, milord… No puedo.

—Oh. Ah. Yo… lo comprendo.

Aun así, George se queda con el brazo extendido, paralizado por el primer rechazo que ha sufrido en mucho tiempo. Después de unos segundos, Samuel carraspea y lo agarra del codo. Lo mueve hacia un lado para que dirija su petición a Ethel Seddon. En ese momento, el duque despierta.

—¿Y… usted, lady Seddon? ¿Me concedería el honor…?

—¿… de ser su segundo plato? —Aun así, Ethel le toma la mano y la usa para alzarse de la silla—. Por supuesto, duque. Estaba empezando a marchitarme aquí sentada sin la atención de un buen hombre.

Me pregunto si George ha captado su ironía. En cualquier caso, los dos se marchan, aunque a nadie se le escapa la mirada que, al alejarse, le lanza él a Kitty por encima del hombro.

—¿Y usted, señorita Labbey? —me pregunta su hermano John—. ¿Querría…?

—La señorita Labbey no baila —lo corta Samuel—. Está muy ocupada sujetando velas.

John frunce el ceño en su dirección.

—¿Velas, dices? —Luego alza la vista al techo, donde las lámparas, repletas de hadas, se balancean suavemente debido a que las utilizan de columpios—. Pero eso no tiene ningún…

—Yo bailaré con usted —lo interrumpe Kitty. Cuando me vuelvo hacia ella, me guiña un ojo—. Mi amiga no bailará con un Keating, pero eso es solo porque desea que sea yo quien lo haga. —Al tomar su mano, le dedica una sonrisa amable—. Antes me preguntaba en voz alta cuál de ustedes bailaría mejor.

John le aprieta los dedos en un gesto cariñoso.

—No tenga ninguna duda de que el primer puesto, como siempre, lo ocupa mi hermano. Pero espero que me considere un sustituto a la altura.

Los dos se alejan juntos. Me sé de memoria la conversación que mantienen durante el baile. John intentará averiguar si el interés de Kitty por su hermano mayor es sincero, en un intento por hacer de celestina en las sombras. Ella no se dará cuenta de nada y, mientras los ve bailar, George empezará a sentir unos celos tremendos.

Y aquí estoy yo, sentada en la butaca, viendo a todos los actores de la función moverse mientras mi odio hacia uno de ellos crece a marchas forzadas.

—Lo que ha dicho antes, lord Haskell —mascullo en voz baja—, ha sido muy poco cortés.

—Al contrario, solo le he ahorrado el mal trago de tener que rechazar directamente a John Keating, tal como hizo antes conmigo —se excusa Samuel con una (odiosa) expresión de satisfacción—. ¿No debería agradecérmelo en lugar de sentirse ofendida?

Lo que le agradecería es que se fuera a la…

—Oh, ¿de verdad? En ese caso, muchísimas gracias, milord —le digo con una sonrisa forzada—. ¡Es la amabilidad hecha persona!

—No sería la primera mujer que me describe de ese modo —suelta, usando la misma ironía que yo—. En cualquier caso: no hay de qué.

No se me escapa que ha repetido lo que yo misma le dije hace una hora. Solo que, antes de que se me ocurra cómo rebatirlo, se inclina hacia Patricia McDonald.

—Y usted, señorita, ¿me concedería este baile?

La pobre Pattie se queda sin habla. Aprieta el abanico que sostiene como un salvavidas en el regazo. Casi puedo oír los pensamientos hacer eco en su mente a toda velocidad.

Haskell no tiene el dinero ni el poder que necesita su familia. No es un candidato válido. Lo más conveniente sería rechazarlo, solo que es incapaz de hacerlo. No tiene las agallas suficientes.

El problema es que yo sí.

—¿Sabe, lord Haskell? Su famosa amabilidad me ha hecho cambiar de idea. —Le agarro la mano y me pongo en pie—. Bailemos.

Si le sorprendo, apenas se le nota. Se limita a inclinarse de nuevo frente a Pattie a modo de excusa y a acompañarme al centro del salón, donde las parejas ya se disponen en círculos pequeños de seis personas.

Respira, Laura. Puedes hacerlo. No estás alterando la historia; nuestros personajes importan tan poco que Garden ni siquiera escribió con quién bailaban. Ni siquiera si lo hacían.

—¿A qué viene este cambio de parecer, señorita Labbey?

A que quiero averiguar si eres un asesino, idiota, y cuál es tu motivo para querer cargarte a Kitty.

—Ya se lo he dicho: a su famosa amabilidad —respondo en su lugar.

—No tendrá nada que ver con la expresión de cervatillo acorralado que ha puesto la señorita McDonald ante mi petición, ¿verdad?

—Nada que ver.

Al final nos colocamos en círculo, uno frente al otro. Es una suerte que me sepa todos estos estúpidos bailes gracias a Jillian; mi punto fuerte es tocar el piano, no bailar, pero en las convenciones de fans nunca deja que Alice y yo nos escabullamos. Además, siempre faltan fans masculinos que se atrevan a hacer de bailarines.

El violín del cuarteto toca una floritura para marcar el inicio de la pieza y nos inclinamos un segundo antes de empezar. Al cruzarnos en el segundo paso, Samuel y yo nos rozamos el dorso de la mano. Una sensación de alerta se dispara en mí y recorre todo mi cuerpo hasta ponerme la piel de gallina.

Se parece al hormigueo de alarma que sentí antes, cuando me senté junto a las chicas. No me da buena espina. Ni la situación en la que

estoy metida ni Samuel Haskell.

Detesto las cosas que no controlo, y él es una de ellas. No tengo ni idea de qué pretende, pero dudo que sea bueno.

—¿Qué opina de cómo ha arrancado esta temporada? —le pregunto cuando el baile nos obliga a acercarnos de nuevo—. ¿Le parece interesante?

—Tengo la sensación de que he vivido el mismo día cien veces —dice con desgana. No puedo decirle por qué estoy de acuerdo con él, casi literalmente—. Así que no afirmaría que me parece más interesante que las anteriores noventa y nueve. Puede que incluso me resulte más predecible.

—Vaya, usted sí que sabe cómo halagar a una joven, milord.

Al girarme, no sé si vislumbro una sonrisa ladeada en ese rostro tan poco expresivo.

Pero no, debo de habérmelo imaginado.

—Me ha preguntado por el evento, milady, no por la compañía.

—¿Y qué le parece la compañía?

—Previsible.

Volvemos a estar frente a frente. Aunque intento no fruncir el ceño ante lo que acaba de decir, no lo consigo.

—¿Era previsible que su amigo se fijase en mi amiga?

—Sin duda. —Vuelve a rozarme la mano—. George tiene un tipo muy definido.

—¿Y ese es…?

—Jóvenes rubias.

—¿Y tontas?

Esta vez es él quien frunce el ceño.

—No. Inocentes. Dulces. Buenas personas.

Así que no considera a Kitty una descerebrada. Y hasta parece muy ofendido porque haya insinuado que lo es. A lo mejor no tiene nada en contra de ella.

O a lo mejor está fingiendo. Sospecho que se le da muy bien hacerlo.

—¿Y le parece una buena elección?

—¿La de George? —Gira el rostro para observarlos por encima del hombro; las lámparas repletas de hadas se mecen todavía sobre nuestras cabezas. Las sombras que producen hacen resaltar los pómulos marcados de Samuel—. Sería la primera con sentido que hace en mucho tiempo.

—Entonces ¿va a ayudarlo a que siga por el buen camino respecto a Kitty?

Samuel se gira despacio. Luego se adelanta y, tal como dicta el baile, me coge de la cintura con una mano y utiliza la otra para darme una vuelta. Mientras giro, los dedos de él sobre mi cuerpo se

mantienen estáticos.

—Siempre lo hago. —Hace una pausa—. Soy su sombra.

Al final de la vuelta, nos quedamos uno frente al otro, muy quietos.

La música termina, el círculo se rompe. Su mano sigue sujetándome la cintura. Aunque sea imperceptible, noto su pulgar moverse contra la seda de mi vestido. Despierta un cosquilleo en mi piel parecido al roce de un dragón.

—Yo también soy una sombra —murmuro—. No voy a perder de vista a Kitty.

Samuel entrecierra los ojos.

—¿Por qué su frase ha sonado como una amenaza?

—No lo es. —Me encojo de hombros—. Si la ha tomado como tal es cosa suya.

—Si la he tomado como tal es por su tono. —De golpe, se aparta de mí. Como si de repente mi cintura le quemase—. Creo que está muy equivocada, señorita Labbey.

—¿Equivocada? —Me cruzo de brazos—. ¿A qué se refiere?

—Se cree muy lista, pero, si cree que soy su enemigo, entonces no lo es. Para nada.

Espera, ¿me está llamando tonta?

—Conque no es mi enemigo —bufo—. Entonces ¿por qué pone esa cara de insufrible siempre que me ve?

—Es mi expresión habitual —dice cortante—. No crea que es tan especial como para que esboce una en concreto solo por usted. Nadie tan arrogante merece tales atenciones.

—Ah, ¿soy yo la arrogante y no el lord que no sabe aceptar una negativa de baile? Y nunca me he creído especial —mascullo—. Soy una sombra, ya se lo he dicho antes.

—Una sombra que habla demasiado.

—No lo haría si no me respondieran, y menos de la forma tan desagradable en que lo hace usted.

Él arquea una ceja. Madre mía, nunca había visto a un chico hacerlo en directo (lo de arquear cejas de esa manera es una cosa continua en las novelas de Garden).

—Simplemente estoy devolviendo la mala educación que recibo, señorita Labbey.

Me gustaría decirle a este tío tres cosas bien dichas. La primera, que es un imbécil. La segunda, que es él quien se cree muy listo. La tercera sería llamarle imbécil otra vez. Sin embargo, por el rabillo del ojo veo cómo Kitty y John se dirigen hacia la mesa de dulces.

Miedo me dan las amenazas potenciales que pueda haber en esos platos, sobre todo cuando Catherine demostró tanto interés por ellos al principio del baile.

Y no puedo olvidar que hay un asesino escondido en este salón.

—En ese caso, no le importunaré más con la arrogancia que afirma que tengo —le suelto—. Buenas noches, milord, y gracias por el baile. Ha sido muy esclarecedor.

—Sí, para mí también —gruñe él.

Los dos nos alejamos sin mirar atrás. Yo casi corro hasta Kitty, quien, mientras John le cuenta no-sé-qué de su casa en Albans, está a punto de meterse un pastelito en la boca.

—¡Espera!

Se lo arrebato de las manos y, rápida, me lo acerco a la nariz. Cierro los ojos y aspiro. En la saga, Garden describe con precisión el olor de los venenos más conocidos, y yo siempre he tenido buen olfato. Sin embargo, lo único que detecto en el dulce de Kitty es azúcar glas, canela y crema.

—Era para comprobar que no tuviese ralladura de naranja —digo al final, devolviéndoselo—. Ya sabes que los cítricos no te sientan nada bien. Lady Remmington comentó que también le ocurría a Charles, y él estuvo a punto de ahogarse al tomar mousse de mandarina.

—Oh, ¡es verdad! Mil gracias, Lala.

La ventaja de que Kitty sea tan inocente y de que confíe tanto en mí es que puedo afirmar cualquier cosa sin temor a que no se lo crea. Aunque, en este caso, es cierto: como su hermano, Kitty es alérgica a las naranjas.

—¿Le sientan mal? —se interesa John—. Entonces debería tener cuidado. Ese pastel de ahí es de limón, por ejemplo.

—Oh, gracias, señor Keating. ¡Es usted muy amable!

—No querría que le pasase nada —contesta él—. Mi hermano no me lo perdonaría.

—¿Su hermano? —Kitty se pone colorada—. George también ha sido muy amable conmigo esta noche.

—Mi hermano debería dejar de perder el tiempo y venir a hablar con usted —le comenta John en voz baja—. Entre usted y yo, no sé a qué está esperando; sigue ahí, al otro lado del salón, con Ethel Seddon.

Me encanta que los dos actúen como si yo no estuviera aquí delante.

—Ha sido su última pareja de baile —susurra Kitty—. Sería descortés abandonarla sin más.

Ah, ¿como Samuel acaba de hacer conmigo?

—Pero ya la ha dejado con un conocido. De hecho, ¿lo ve? Lord Haskell acaba de pedirle a ella que baile con él.

Me doy la vuelta para comprobarlo. Qué cabrón, ¡es verdad! Samuel está colocándose con Ethel en medio del salón.

(Ojalá ella le pise un pie).

—Aun así… —murmura Kitty—, ¿por qué debería acercarse su hermano a mí? Tiene miles de pretendientes. Y yo lo he rechazado.

—Solo lo has hecho porque no podías bailar una tercera vez con él —intervengo—, no porque no quisieras.

—En el fondo mi hermano es consciente de las normas, pero es un hombre acostumbrado a saltárselas y salirse con la suya —dice John. Aunque su frase suene dura, en realidad el tono es afectuoso, típico de un hermano frustrado—. No lo tome por un caso perdido, señorita Remmington. ¿Me lo promete?

Kitty esboza una de sus sonrisas de anuncio de pasta de dientes.

—Se lo prometo.

John se inclina ante ella y se marcha. En cuanto lo hace, la chica se gira hacia mí.

—Qué complicado es todo esto, Lala —bufa con cansancio—. ¿No sería más fácil si todos en el salón nos dijéramos lo que pensamos directamente? No habría malentendidos y todo acabaría mucho antes.

Sí, guapa, pero entonces no habría historia. Y tenemos que llenar trescientas páginas.

—Sin duda —contesto en su lugar—. ¿Quieres que vayamos a buscar a tu madre y tu abuela? Ya habrán dejado de cotillear con la reina y la vizcondesa Allison, y se ha hecho de noche. Quizá deseen volver a casa.

—¡Claro! Echo de menos a Ricky —me confiesa tras enganchar su brazo con el mío y empezar a caminar—. ¿Crees que estará bien?

—¿Por qué no iba a estar bien? Es un dragón de chispa. No tiene ninguna preocupación.

Eso me hace desear haberme reencarnado en uno dentro de esta novela. Al menos así no tendría que aguantar a personajes insufribles. Me bastaría con encender chimeneas y dormir a pata suelta.

Parece un trabajo más fácil que ser una sombra.

11

No todos los dragones escupen fuego (las personas, sí)

Hoy asistiremos al tercer baile de la temporada.

He de admitir que el segundo fue muy entretenido. Ethel es una conversadora fantástica (y sarcástica); Pattie, un trozo de pan; y, aunque me cueste admitirlo, Kitty tiene un sentido del humor sorprendente.

Las cuatro nos sentamos en la fila de butacas y vimos desfilar delante de nosotras a toda clase de caballeros y damas. Kitty bailó dos veces con George (más no, porque ahí están las reglas que el duque más detesta). Ethel, con diez hombres distintos (a nadie se le olvida que su padre es un poderoso conde). Por suerte, Pattie no recibió ninguna petición, así que ambas calentamos silla mientras veíamos a nuestras compañeras disfrutar por nosotras.

A mí no me importó. Desde esa posición, pude sondear a Patricia (si ese ser de luz fue quien envenenó a Kitty, que me parta un rayo ahora mismo) y además pude observar a todos los invitados. Ninguno tenía lunares como los míos.

¿Pecas? Cientos. ¿Manchas extrañas? Uf, decenas. Pero ninguna marca semejante a un punto de tinta. Al menos, en la piel que estaba expuesta.

Excepto en los minutos en que bailaba, no me despegué de Kitty en toda la noche. Sin importar adonde fuera, yo la seguía. No permití que bebiera nada servido por nadie que no fuera yo ni que comiera nada que no hubiera comprobado antes. Acostumbrada a sentirme a su espalda, pronto empezó a actuar como si yo no estuviera allí.

En su papel de sombra, Samuel Haskell hizo lo mismo: se mantuvo como un centinela de piedra al lado del duque y no lo abandonó en ningún momento. No quería mirar en su dirección, pero me resultó imposible. No por él, claro. Por su amigo. George Keating es tal como se describe en la novela: espectacularmente atractivo. Es igual que una estatua del Renacimiento. Es el hijo perfecto (e imposible) que tendrían Liam Hemsworth y Josh Hutcherson, y encima de mi edad.

Si alegrarse la vista es un delito, que me condenen a cadena perpetua.

Eso sí, por culpa de mi obsesión por él (y a mi pesar), he podido comprobar lo mucho que George adora a Kitty, así que es el único

hombre a quien no tengo en el punto de mira de mi investigación. Cualquier otro (u otra) podría ser el asesino. Y aunque Samuel Haskell me dijera que no es mi enemigo, puede decir misa.

Sigue sin darme buena espina.

—¿Cuál debería llevar esta noche? —me pregunta Catherine. Estamos en su habitación y, al contrario que yo, ella lleva todavía el camisón, con Richard enroscado en su cuello como si fuera una bufanda—. Mamá afirma que el azul celeste sería la mejor apuesta.

Es el tercer baile, ¿no? Entonces…

—Lleva el rojo —le digo—. El que tiene el escote en forma de pico.

—¿En serio, el rojo? —Kitty suelta una risita—. ¡Qué atrevido!

—Ya has llamado la atención del duque de Albans, pero te falta atraer la de otra persona.

—¿La de quién?

Esta chica es boba.

—La de la reina. Te recuerdo que está en juego obtener el diamante de la temporada.

Richard suelta un resoplido y Kitty le acaricia las escamas granates del costado sin dejar de mirarme.

—Eso haría muy feliz a mamá. ¿Crees que tengo posibilidades?

—Desde luego, eres la que más tiene. He estado observando a Charlotte. —Igual que a todos—. Ninguna otra debutante ha despertado su interés. Y recuerda que tu comentario durante la presentación le pareció ingenioso y sincero.

Luego me acerco al espejo de la habitación. Dios, no me acostumbro a tener el pelo negro. Ahora bien, a estas tetas… Buah, son espectaculares. ¿No podría quedármelas al volver a mi mundo?

—Ya, pero eso fue hace dos semanas —gime Kitty—. ¿Seguirá acordándose de mí la reina? Ya sabes, es mayor, como la abuela. —Se toca la sien—. Igual su mente me ha borrado a favor de otros datos más importantes, como el nombre de su ingente cantidad de hijos. ¿Catherine Remmington? ¿Quién es esa, la cuidadora de mis veinte perros?

—Pero bueno, Kitty —se echa a reír como una niña traviesa—, la reina sabe a la perfección quién eres. Créeme.

—Ojalá tuviera tu seguridad, Lala. ¡La vida sería mucho más fácil!

En realidad, estoy segura de pocas cosas, pero de una sí: esta novela. Al fin y al cabo, me la he leído dieciséis veces.

Para que luego mi padre diga que leer literatura juvenil no va a servirme de nada. Mírame, papá, estoy sobreviviendo en un mundo diferente sin despertar sospechas gracias a ser una friki. Chúpate esa.

—Si Lavinia Labbey apuesta al rojo, Catherine Remmington vestirá de rojo —canturrea. Se quita a Richard del cuello con ambas manos y lo balancea en el aire, moviéndole las patitas como a un muñeco, por

mucho que este proteste con otro resoplido de humo—. ¿Tú qué opinas, Ricky? ¿Me sentará bien?

—¿Qué pregunta es esa? Todo te sienta bien —le recuerdo mientras me acerco al espejo para observar mejor los dos lunares de mi rostro. Llevo tanto tiempo con ellos que empiezan a parecerme familiares—. Oye, Kitty, ¿puedo hacerte una pregunta?

—¡Miles! Aunque no te aseguro que pueda contestarlas…

—¿Has visto a alguien más con esto?

Me vuelvo hacia ella y, aunque le señale un lunar con el índice de forma insistente, Kitty me sigue contemplando con la misma expresión de alegre confusión.

—¿Con ese vestido? No lo sé. No lo creo. Mamá lo encargó para mí, pero me quedaba corto y holgado en el pecho. Es un verde que solo se teje en Gales… Anda, es de Gales. —Le da un beso en el hocico a su dragón—. ¡Como tú!

—Richard no es de Gales, sino de Yorkshire.

—¡No! ¿En serio? —exclama ofendida, fijando la mirada en Ricky —. ¿Cómo no me lo habías dicho? —El dragón de chispa chasquea los dientes, despertando un peligroso destello que da nombre a su raza—. ¡Menudo sinvergüenza! —Luego se vuelve hacia mí—. ¿Y tú cómo lo sabes?

Me quedo en blanco por un segundo.

—Yo… sé muchas cosas.

—Ah. Claro. —Convencida, vuelve a hacer bailar al pequeño dragón en el aire—. Pues eso, que un vestido como el que llevas hoy no creo habérselo visto a ninguna otra. Si eso te preocupa, puedes estar tranquila.

—Gracias, Kitty —murmuro—. Eres de mucha utilidad.

—¡De nada!

Estoy nerviosa. No solo porque, de nuevo, tenga que ocuparme de que nadie trate de envenenar a mi protegida, sino porque hoy tiene lugar una de mis escenas favoritas.

El baile de esta noche se celebra en la mansión de los Makepeace, una de las familias aristocráticas más longevas de Inglaterra y con mayor control de la magia. Y, en el aire, eso se nota.

Igual que en el palacio de Buckingham, las hadas se encargan de mantener encendidas las velas de las lámparas, de hacer brillar a las invitadas con su polvo dorado y de cantar y reír en voz chillona, igual que bandadas de pajarillos, ante la unión de ciertas parejas durante los bailes.

Además, tanto los músicos del cuarteto como los criados de la casa son elfos y ninfas. Sus orejas picudas, sus ojos grandes y cristalinos y sus movimientos gráciles llaman la atención de los invitados, a

menudo más que las debutantes, que no pueden disimular su frustración porque otras les arrebaten el protagonismo.

—Me parece muy poco elegante que los usen así —gruñe Ethel—. Qué manera tan burda de utilizar a criaturas que deberían estar en la naturaleza, no sirviendo entre cuatro paredes como meros objetos decorativos o trofeos.

—Pero tocan realmente bien, ¿verdad? —dice Pattie, hipnotizada por el violonchelista—. No es solo cómo se mueven, las notas… parecen salir de las cuerdas… volando… hasta estallar… como pompas…

Kitty chasquea dos dedos frente a la cara de Patricia, que parpadea y se despierta. La chica no tarda en abanicarse con ímpetu para refrescarse las mejillas coloradas.

—Uy, no sé qué me ha pasado. Mirad que estoy acostumbrada a tratar con las creneas de los pozos, pero…

—Querida, eso no cuenta; las creneas son las primas feas de las dríades —se burla Ethel—. Deberías saberlo.

Todas nos reímos. Incluso yo, hasta que recuerdo algo. El veneno de la copa del primer baile… tenía pelo de dríade para acelerar su efecto. Estoy segura.

—¿Sabes mucho sobre ese tipo de criaturas, Ethel? —le pregunto como de pasada.

—¿Yo? Bueno, confieso que me atraen todos los seres que, al contrario que los humanos, nacen ya con el don de la magia —explica, tan calmada como siempre.

—¿Por qué, es que has tratado a menudo con ellas? —insisto—. ¿Hay muchas dríades en el condado de Seddon?

—Bueno, diría que más que en otros lugares como Londres, pero yo nunca he visto ninguna en la finca de mi padre —responde tras meditarlo—. ¿Por qué? ¿A ti te interesan?

Ante su mirada curiosa, decido ser sincera.

—Claro, me resultan fascinantes. —Como a cualquier lectora de fantasía—. Aunque siguen pareciéndome más interesantes los seres humanos.

—Me temo que no estoy de acuerdo contigo, querida —dice Ethel. La atención de sus ojos negros y cínicos se pierde en los bailarines—. Aunque en teoría contemos con una mayor inteligencia que las criaturas mágicas, la mayoría de los humanos son poco razonables. Previsibles. Egoístas. Malignos. Y en cuanto a la magia, tampoco salimos ganando. Nosotros solo la recibimos por azar o gracias a la caridad voluble de la monarquía.

Esa frase ha sonado a algo que diría el conde Seddon.

—Sí, puede, pero el poder que brota en los humanos, aunque más raro, es más poderoso —le rebato.

—¡Excepto en el caso de los dragones! —interviene Kitty.

—Y ni siquiera todos los dragones escupen fuego —replica Ethel—. Las personas, sí.

Las chicas vuelven a reír. Yo lo hago en voz baja, todavía con la mosca detrás de la oreja.

Puede que Ethel no trate con dríades (o no quiera admitirlo), pero se puede comprar su pelo en algunos comercios clandestinos. Como el de la bruja Olwen, de la que no me olvido. Y el conde Seddon tiene tratos con ella. Su hija podría haber adquirido cualquier ingrediente a través de él. ¿Qué se sabe de lo que hace Ethel fuera de los salones? Nada. Garden no lo ha contado.

La hija de un conde no soportaría que una chica como Kitty, de menos alcurnia e inteligencia, le arrebatara el diamante de la temporada, ¿verdad? Y es lo suficientemente lista y poderosa como para tramar algo así. Tuvo la oportunidad de contratar a ese criado para que vertiera veneno en la copa.

Bueno, es una hipótesis. A falta de otra más consistente, es un comienzo.

Tras un rato, oigo por fin las campanadas que estaba esperando. Suenan desde el vestíbulo de la mansión, donde un reloj habrá liberado a su trol noruego para que golpetee con insistencia una campanilla.

Una, dos, tres…, hasta doce veces.

—Kitty, con tanto polvo de hadas, me he mareado —balbuceo—. ¿Serías tan amable de acompañarme fuera para que me dé el aire? A menos que prefieras quedarte aquí… Lo que entendería a la perfección.

Palabra por palabra, igual que en la novela (fíjate que de esto me acuerdo, pero de resolver integrales racionales, no).

—¡Oh, Lala, por supuesto! Te acompañaré adonde haga falta. Tú siempre eres muy atenta conmigo, ¿cómo iba a dejarte sola?

—Tened cuidado —dice Ethel en cuanto nos levantamos—, no vaya a aparecer un elfo entre los arbustos que os hipnotice, como a Pattie, y acabéis perdiendo la reputación.

La pobre vuelve a ponerse colorada.

—¡Si solo ha sido una vez…!

Kitty se ríe mientras nos alejamos de las butacas rumbo a unas puertas acristaladas. Son las que dan acceso a la terraza, y esta, al jardín. Aunque ese no es nuestro destino final.

—¿Te sientes mejor? —me pregunta Catherine cuando ambas nos apoyamos en la barandilla de piedra blanca.

A nuestra espalda, las puertas de cristal están cerradas, pero eso no impide que nos lleguen el rumor de la gente, las notas de música y los cantos de las hadas. La luz se proyecta sobre el suelo a nuestros pies.

Las sombras de las dos parecen iguales, aunque en realidad seamos tan distintas.

—Sí, algo mejor —murmuro—. Oye, ¿sabes qué me ha contado la baronesa Richmond esta tarde?

—¿Qué?

—En los salones se rumorea que los Makepeace han cazado a un guiverno —digo en voz baja. Kitty abre los ojos de forma desorbitada, tal como esperaba—. Al parecer son dragones…

—… sin llamarada, de solo dos patas, alas magníficas y colmillos de serpiente —completa sin respirar. Si yo soy una fanática, Kitty no anda lejos; al menos, en cuanto a dragones se refiere—. ¿Crees que querrán usarlo para volar?

—No se dejan montar —le recuerdo—. Aunque los Makepeace están tratando de conseguirlo. Se dice que han contratado a un par de domadores alemanes.

—¿Para qué querrán domesticarlo? Con los dragones de tiro ya vamos lo bastante rápido. Y están los hipogrifos.

—Serviría como regalo para el duque de Wellington, un signo de poder. Lo haría destacar todavía más entre los comandantes europeos y sería un aliciente para las tropas en guerra. —Kitty asiente sin mucho convencimiento. Dudo que sepa nombrar a alguien más que no sea Napoleón—. En cualquier caso, ¿no crees que es increíble? Hay un guiverno aquí, a solo unos metros de nosotras.

—Lo tendrán en las cuadras —razona Kitty—. Dado su tamaño, es el único lugar donde podrían esconderlo.

—Seguramente.

Luego dejo que se instale un breve silencio entre nosotras.

Uno, dos…

—Oye, Lala…

Y tres.

—¿Sí?

—Sé que estás mareada…

—Ya no.

—… y que siempre me acompañas a todas partes.

—Para eso estoy aquí.

—Pero me muero por verlo —dice al final. Sus ojos resplandecen con un brillo de ilusión que me enternece—. ¿Y si nos escapamos? Nos acercamos, echamos un vistazo… Uno pequeño. Solo abrir la puerta del establo y asomar la cabeza.

—Pero ¡Kitty! —exclamo, fingiendo escandalizarme—. ¿Y si se entera lady Remmington?

—¿Vas a contárselo? Porque yo puedo guardar silencio. No se lo cuento todo, ¿sabes? —Ante mi cara de sorpresa, se ríe entre dientes —. Hay cosas de mí que nadie conoce, Lala. Ni siquiera tú.

Espera, ¿de qué está hablando?

—¿Qué cosas?

—Oh, no tienen importancia; ya te las contaré. —Me coge de las manos y empieza a dar saltitos, emocionada—. ¿Y bien? ¿Vamos, vamos, vamos? Será un visto y no visto. ¡Nadie lo notará! Y si regresamos juntas al baile dentro de un rato, nadie sospechará nada raro. Creerán que hemos paseado por los jardines.

Finjo darle vueltas hasta que al final asiento a regañadientes, tal como hace mi personaje en el libro. La Laura real habría accedido enseguida solo por ver un guiverno en carne y hueso, pero Lavinia es Lavinia (una carabina prudente).

Nos acercamos al establo de dragones dando un rodeo por toda la propiedad. Un silencio sepulcral domina el exterior de la mansión; ya no nos llegan los sonidos de la fiesta. Estamos a principios de marzo y de la boca nos salen nítidas bocanadas de vaho. Podría ponerse a nevar en cualquier momento y no me sorprendería.

Nos ocultamos tras un arbusto de rosas y Kitty señala una construcción de madera a unos metros. Es muy parecida a la que hay en la casa Remmington, aunque esta es un poco más grande.

—Ahí es —susurra—. Parece que no hay nadie custodiando los establos, ¿no?

Oh, los había. Pero alguien se ha encargado de dejarlos KO.

—Eso parece —confirmo—. ¿Vamos?

Caminamos hasta allí todavía agazapadas. Al llegar, comprobamos que el cerrojo de hierro está abierto, así que podemos pasar directamente.

Cualquiera con dos dedos de frente se daría cuenta de que eso implica que hay alguien dentro. Sin embargo, Catherine Remmington no es cualquiera. Por eso, sin dudar un segundo, tira del picaporte de metal a un lado para abrir la puerta corredera de las cuadras.

Entro antes, así que los veo primero. Me contengo para no soltar ningún comentario, porque ese honor es de Kitty.

—¡Duque de Albans! —exclama, petrificada—. ¡¿Qué hace aquí?!

—Esa pregunta bien podría hacérsela yo.

Qué suerte tiene la maldita. George va sin chaqueta y lleva la camisa remangada hasta los codos, enseñando los antebrazos y marcando bíceps.

Seguro que se puso así de cómodo antes de noquear a los domadores del establo y colarse dentro. Los dos pobres hombres están sentados y apoyados en una pared, inconscientes. Los han atado con cuerdas tejidas por centauros (y, por tanto, irrompibles).

El duque va despeinado, jadea todavía por la lucha y tiene una pequeña cicatriz en la mejilla. A su lado, Samuel Haskell, sin un mechón negro fuera de su sitio, parece que esté posando para un

cuadro (el retrato se llamaría *Gilipollas engreído con traje y chaleco*, 1813).

—Yo… estoy aquí porque… —balbucea Kitty—. Lala quería tomar algo de aire…

—Y qué mejor aire que el hedor de unos dragones, ¿verdad? —comenta Samuel en voz baja.

Le lanzo una mirada furibunda para que se calle.

—¿Esa es la verdadera razón? —inquiere George, ignorándolo. Da un paso. Luego, otro. Con lentitud, acaba acercándose a Kitty hasta quedar a un metro. Ay, madre, *quéguapoes*—. ¿No tendrá nada que ver con cierta criatura que anda por aquí?

—Me ha cazado, lord Keating —reconoce Kitty con tristeza—. Sí, hemos venido porque deseaba ver el guiverno de los Makepeace. ¡Sentía tanta curiosidad y el baile resultaba tan aburrido…!

George parpadea, confuso. El tío se pensaba que ella estaba aquí por él. En estos momentos, reconozco que adoro (un poquito) a Catherine.

—¿El baile le resultaba aburrido? —pregunta él después de recomponerse. Su tono de voz es seductor, tan ronco como bajo. Hasta alarga un brazo para apoyar la palma en la columna de madera junto a la cabeza de Kitty—. ¿Quizá se lo parecía porque cierta criatura no estaba allí presente?

—Claro. Ya se lo he dicho: el guiverno que deseaba ver se encontraba aquí. —Kitty frunce el ceño—. ¿Está bien, milord? ¿Le han golpeado en la cabeza?

George se echa a reír.

—En realidad, sí —reconoce—. Pero creo que no es por eso por lo que no acierto a decir las palabras adecuadas.

—Ah, ¿y cuál es la razón?

—Usted —contesta con una sonrisa ladeada—. A su lado, olvido cómo comportarme.

Samuel masculla en voz baja algo parecido a «como si supieras hacerlo normalmente».

—No tiene que comportarse de ninguna manera conmigo —dice Kitty con sencillez—. No voy a pensar nada malo de usted.

—Es un alivio. Y una novedad.

—Igual que espero que usted no piense nada malo de mí por haberme escapado para ver un guiverno.

—Nunca pensaría nada malo de Catherine Remmington —le dice él al oído—. Jamás.

Vale, puede que en voz alta esto suene más cursi de lo que recordaba.

Decido alejarme de la pareja con disimulo para dejarlos hablar a solas. Kitty no parece darse cuenta de lo cerca que está George, pero yo sí, y la verdad es que es bastante incómodo. Al tío le falta el canto

de una hoja para inclinarse y besarla, aunque, por supuesto, sé que no lo hará (todavía no hemos llegado a ese capítulo).

Eso sí, alejarme de ellos implica que me acerco al otro personaje que está haciendo de carabina en esta historia.

Samuel Haskell arruga la frente al ver que me acerco, pero no se mueve. Sigue de pie, apoyado en el único compartimento de dragones que se encuentra vacío. Los demás están llenos de criaturas curiosas que asoman los hocicos escamosos por encima de las compuertas para olisquear el aire. Rojos, azules, verdes, ocres.

Hasta uno iridiscente cuyas pupilas me siguen hasta que me coloco junto a Samuel.

—Buenas noches, milord —murmuro.

—Buenas noches, señorita Labbey.

—Usted también quería tomar el aire, ¿eh?

—John le contó a George que los Makepeace poseían un guiverno y de inmediato quiso ser el primer duque en domarlo, sobre todo si estaba destinado a ser la montura de Wellington —me explica en voz baja. No podría mostrarse más aburrido ni queriendo—. Así que he tenido que acompañarlo para evitar que, primero, lo mataran unos alemanes y, después, se le ocurriera acercarse sin protección a esa criatura.

—Oh, qué buen escudero es usted —me burlo—. La señora Keating tiene que estar agradecidísima de que mantenga con vida a su primogénito.

—No crea, a veces fantaseo con matarlo yo mismo. —Ante mi expresión de horror, Samuel se apresura a añadir—: No lo decía en serio, obviamente.

—Obviamente. Porque usted, ¿qué ganaría con su muerte? Ahora se beneficia de ser su amigo. Si no fuera así…

—Si no fuera así, dormiría más tranquilo, pero no en su mansión —reconoce sin problema—. Y no creo que los Keating estén más agradecidos conmigo que los Remmington con usted —comenta, señalando con la cabeza a Kitty—. Ya he visto que ha cumplido su promesa de convertirse en su sombra. No se separa de ella.

—Si la dejase sola, cualquiera podría dañar su reputación —contesto. «O matarla».

—Si dejase solo a George, dañaría unas cuantas reputaciones.

—Y el oro del ducado de Albans no podría acallar tantas habladurías.

—Ese oro es lo que buscan todas —dice Samuel, la vista fija en Catherine—. Excepto ella.

Sigo la dirección de su mirada. Luego, vuelvo a fijarme en los ojos azules de Samuel. Son de un tono más oscuro que los de George y Kitty. Resultan más… profundos. Los de los otros dos no ocultan nada,

todo se adivina en la superficie. Sin embargo, al contemplar los de Samuel, me doy cuenta de que no es fácil descubrir qué hay debajo. Todo son hipótesis sin respuesta.

Aunque eso nunca me ha frenado.

Cuando al final se gira hacia mí, la pregunta me sale sola:

—¿Está enamorado de la señorita Remmington?

La expresión que pone a continuación me arranca una carcajada.

—¿Me toma el pelo?

—¿Qué? —pregunto, todavía riéndome—. La estaba mirando con una cara…

—No estoy enamorado —gruñe—. Ni de ella ni de nadie. —Enseguida frunce el ceño—. Solo la aprecio. Ella… ha sido muy amable conmigo.

Pongo los ojos en blanco.

—Cómo no. Kitty lo es con todos.

—Sí. Al contrario que otras damas.

Imito su ceño fruncido.

—Yo soy amable.

Él bufa.

—Conmigo no.

—Solo porque usted no lo ha sido conmigo.

—¿Ah, no? Le pedí un baile.

—¿Ah, sí? ¿Y qué? —Me cruzo de brazos—. ¿Acaso le debo pleitesía por ese grandísimo gesto de generosidad? Seguro que lo hizo solo porque se aburría.

Y en lugar de negarlo, el tío va y suelta:

—¿Y por qué sería esa una mala razón?

—¡Buena tampoco es!

—En cualquier caso, no debería asumir las intenciones por las que los demás actúan —dice, ignorándome—. Si sigue basándose en prejuicios, señorita Labbey, probablemente acabe equivocándose.

—Puede —reconozco—, pero esta temporada tengo que dedicarme a eso: a intentar desentrañar las verdaderas intenciones de la gente. Sea como sea.

Solo así podré cazar al asesino.

—¿Y qué tal le va con su misión? —Samuel arquea una ceja—. ¿Ha tenido suerte?

—Sigo aquí, Kitty también. La reina la tiene en alta estima. Así que diría que sí. Por ahora, he tenido suerte.

—Espero que no se le acabe —murmura él con voz grave.

—Ya —admito—, yo también lo espero.

12

Tiene piel de serpiente (y colmillos de guiverno)

Le he tirado de la lengua y, al final, ha hablado de más.

Samuel no odia a Kitty. Se pasa las horas controlando (y protegiendo) la vida de George. Procura que todo suceda, punto por punto, como en la novela.

No parece ser el asesino, pero sí tiene pinta de ser un lector como yo.

Es solo una hipótesis. Basada en prejuicios, como bien ha dicho el propio Samuel. Sin embargo, hay algo en él que no me cuadró desde el principio. Si tan solo pudiera comprobar si tiene lunares como los míos…

Que yo sepa, no los tiene, al menos no en la piel que puedo mirar. Solo que es poca. Nunca lo he visto sin guantes, viste siempre con un traje negro completo y una corbata blanca que le cubre el cuello. En ese rostro (engreído) no hay ninguna marca. Aunque eso no lo descarta, claro.

—¿Va a seguir mirándome de esa forma, señorita Labbey? —me pregunta sin desviar los ojos de George y Kitty, que siguen hablando—. Está empezando a asustarme.

—No se asuste tanto —replico—. Solo estaba comprobando algo.

—¿El qué?

—Si es capaz de cambiar de expresión. Lleva cinco minutos sin mover un músculo. Dudo que haya llegado a parpadear más de dos veces.

Como si me diera la razón, se gira hacia mí igual de rígido e impasible.

—Hay una razón: notaba que me estaba mirando y no quería hacer ningún movimiento brusco.

—¿Y eso por qué?

—Va vestida de verde y tiene los ojos dorados; parecía una serpiente observando a su presa. ¿Y si decidía atacarme?

—Muy gracioso —bufo.

Aunque en realidad me ha hecho gracia. Pero me mordería la lengua antes de admitirlo.

De repente, el ronquido de una criatura hace que George y Kitty, tan cerca que sus narices casi se rozan, se separen de golpe.

Por fin. Estaban empezando a ponerme nerviosa con su que sí-que no.

—¿Eso que ha sonado…? —empieza Kitty.

—Es su adorado guiverno —responde George—. ¿Quiere verlo?

—¡Pues claro! Para eso he venido aquí.

—Pensé que la había convencido de que había venido por mí —sonríe él.

—Pero si ni siquiera sabía dónde estaba…

Dos tontos muy tontos en acción. Es hora de intervenir.

—Kitty, se ha hecho tarde. ¿Por qué no ves al guiverno y regresamos al salón? Lady Remmington podría estar buscándonos. O la reina. Deberías presentarle tus respetos antes de irnos a casa.

—¡Es cierto, Lala! —Kitty se vuelve hacia George—. ¿Me indicaría dónde está el guiverno, milord?

—Por usted, milady, haría lo que fuera.

Dios santo, hasta a mí empieza a parecerme demasiado intenso.

El duque toma la muñeca de Catherine y tira de ella para guiarla por las cuadras. Samuel y yo los seguimos a una distancia prudente.

—Aquí está —anuncia en el último compartimento—. Puede tocarlo incluso. Como ve, está dormido, así que no hay peligro.

—Yo lo he dormido —oigo susurrar a Samuel junto a mí—. Si no, nos habría rebanado el cuello.

—¿Qué ha usado? —inquiero al mismo volumen—. ¿Extracto de amapola?

En esta ocasión, soy yo quien nota cómo me observa con atención.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Por el olor. —Me toco una aleta de la nariz—. Por debajo de la peste a dragón, noto el perfume.

Qué satisfacción. Aunque no me dice nada, sé que lo he impresionado.

«Creías que era una idiota, ¿eh, Haskell? Porque puedo haberme muerto en tus brazos, pero esa fue la primera y la última vez».

—Mire, milord —lo llama Kitty dentro de la cuadra, junto al dragón. Tiene el tamaño de un caballo percherón, sus alas atadas son enormes. Se dirige a George y pone cara de pena—. Hay sangre en el suelo. Puede que el pobre esté herido.

—¿Es eso cierto? Déjeme comprobarlo, milady.

El duque entra con ella en el cajón y ambos empiezan a examinar a la criatura tumbada en el heno aplastado. Por suerte, el guiverno tiene los ojos cerrados y ronca suavemente. Aun así, sus colmillos largos y afilados, llenos de veneno, siguen ahí y no me dan mucha confianza.

Me quedo asomada a la puerta de madera, igual que Samuel. La verdad es que a esta distancia (segura) es precioso. Igual que una serpiente coral, sus colores llamativos (azul eléctrico en el cuerpo, rojo

intenso en la cola y la cabeza) advierten al resto de los animales de que no se acerquen. Sin embargo, no deja de poseer cierta belleza letal.

—No tiene heridas —confirma George. Luego se levanta y se estira en el sitio, de espaldas al animal. ¿Es que no tiene instinto de protección?

—Eso parece. Qué raro… —De pronto, Kitty se vuelve hacia él y, señalándole con el índice, exclama—: Oh, ¡Dios mío! ¡El herido es usted! Ahí, ¡tras el costado!

George trata de mirarse la espalda de la camisa por encima del hombro. Luego pone una mueca, nada más.

—Vaya. Eso parece. Los domadores han debido de usar un puñal sin que me diera cuenta.

—¡Tiene que ir a curarse!

—Milady, esto no es nada… Me he lastimado miles de veces.

—Doy fe —masculla Samuel.

—¿Sabe si hay vendas aquí?

—¿En unas cuadras de dragones? No lo creo.

—Entonces, espere.

Kitty se quita un zapato e, igual que en el libro, se sube un lado de la falda del vestido hasta el muslo para quitarse la media blanca que le cubre la pierna. Como en la novela, George aparta la vista. Samuel, junto a mí, apoya el codo en el borde de la compuerta y la barbilla en su mano, y la observa.

Le doy un manotazo en el hombro y él suelta sin inflexión:

—¿Qué?

—Un caballero no miraría —gruño.

—Espero que eso le deje claro lo que soy —replica sin volverse.

«¿Un lector?». Pero, cuando abro la boca para decírselo, de mi garganta no sale ni un sonido.

Qué raro. ¿Por qué no soy capaz de acusarlo directamente? Lo intento de nuevo, solo que… nada, no me sale la voz.

¿Es magia? ¿Es que este mundo me impide delatarme? ¿O a él?

—Si le aprieto la herida —le dice Kitty al duque—, dejará de sangrar. ¿Cómo no me había dicho que le dolía?

—Supongo que se debe a que, cuando estoy con usted, todo lo demás deja de importar.

—La vida es lo más importante, milord —replica Kitty, acercándose a él y atando la media alrededor de su torso—. Proteja la suya a toda costa.

Él la contempla embobado mientras le hace un nudo a la venda. Es verdad que es guapo, pero, cuando la mira así, lo parece todavía más.

Siento un manotazo en el hombro y enseguida me vuelvo hacia Samuel.

—¿Qué?
—Una carabina no miraría —me acusa.
—Una carabina tiene que mirar —mascullo.
—¿Al pretendiente de su protegida? ¿De esa manera? —Cabecea, burlón—. No lo creo.
—No lo miro de ninguna forma —replico—. Solo que me resulta inevitable. Parecen… personajes de una novela, ¿verdad?
Haskell, serio, vuelve la vista hacia su amigo, que ahora habla con Kitty sobre la última vez que se hizo daño.
—No será una de esas lectoras de Austen adictas al romance, ¿verdad?
Lávate la boca antes de hablar de Jane Austen, idiota.
—Y usted, ¿no será de esos caballeros que no tienen corazón?
—Creía que habíamos dejado claro que no era un caballero.
Antes me ha llamado serpiente, pero eso es lo que es él. Un reptil venenoso.
Mientras pienso cómo puedo contestarle, una frase de la conversación entre Kitty y George llama mi atención. Ella dice:
—Oh, ¿juegan a una nueva versión del *pall-mall*? Nunca había escuchado esas reglas.
Y él responde:
—Es más divertido así.
—Más peligroso, también.
—Ambos conceptos suelen ir unidos, milady.
—¿Y el riesgo merece la pena?
—Venga a jugar a mi propiedad un día —la reta él— y así lo descubre por sí misma.
Kitty duda, pero sé que quiere aceptar. Así que, como la verdadera Lavinia hizo, intervengo.
—Podrías hacerlo —le sugiero—. Si el duque de Albans envía una invitación oficial a la casa Remmington…
—Ah, ¡claro! —Se vuelve hacia George—. Tiene que invitar formalmente a toda mi familia, milord. Si no, no podré comprobar cómo es ese extraño *pall-mall* al que juega y en el que acaba herido tan a menudo.
—Tenga por seguro que lo haré. Se ha arriesgado a acercarse a un guiverno, sospecho que será una dura contrincante.
Ella se ríe antes de hacer una inclinación y marcharse. Aunque yo carraspeo para que recoja su zapato, Kitty no parece darse cuenta. Es George quien tiene que agarrarla del brazo para detenerla y, una vez que ella se da la vuelta, inclinarse en el suelo para ponérselo él mismo.
—La reina no debería verla descalza —murmura mientras—. Nadie, excepto el afortunado a quien decida elegir.

Kitty se pone roja hasta las orejas. Luego sale del compartimento a toda prisa y me agarra de la muñeca para tirar de mí. Ni siquiera me deja despedirme, así que, mientras nos alejamos, vuelvo el rostro por encima del hombro para echarles un último vistazo a los dos chicos.

George se ha puesto en pie y contempla la espalda de Kitty con una expresión atontada (ignorándome, por supuesto), pero Samuel, apoyado de nuevo en la compuerta de madera, alza una mano y la agita en el aire en mi dirección. Yo lo imito un segundo antes de que Catherine y yo salgamos de los establos.

—¡Oh, Lala, cuántas emociones! —exclama mientras me arrastra en su carrera—. ¿Has oído lo que me ha dicho?

Y lo que no he oído lo recuerdo de la novela.

—Casi todo —contesto—. ¿Estás bien?

—No. Sí. ¡Ay! No lo sé. —Se detiene de golpe y se mira el vestido—. ¡Oh, no! ¡Debo de haberme manchado de sangre!

—El vestido es rojo —le recuerdo—. La reina no lo notará.

Tras darse cuenta de que así es, Kitty suelta una risa de las suyas.

—¡Eres increíble, Lala! ¡Casi parece que veas el futuro!

Encojo un hombro y tiro de su brazo para que sigamos caminando.

—Ha sido casualidad.

—No es eso, ¡es que eres muy lista!

—Gracias, Kitty.

Al menos hay alguien que lo reconoce…

—¿Y qué crees que pasará, Lala? ¿Crees que el duque me invitará a jugar?

—Oh, seguro que lo hará —contesto—. Y aceptarás la invitación.

—Estoy nerviosa. ¡Espero que salga bien!

Yo también. Sobre todo porque ahora tengo que desenmascarar a dos personas. Una es el asesino. Otra, un odioso lector con piel de serpiente.

13

A veces, para no perder, hay que dejarse ganar (luego tendrá sentido, créeme)

La invitación, cómo no, llega un día más tarde.

«Nos complace invitarles a visitar la propiedad de los Keating la próxima semana. Para nosotros sería un honor que aceptasen. Y, señorita Remington, señorita Labbey, incluyan en sus baúles calzado cómodo. Vamos a jugar».

Lady Remmington suelta un chillido en cuanto lee esas palabras en voz alta. Kitty se atraganta con el té del desayuno y comienza a toser. Yo alargo la mano para palmearle la espalda, mientras que la baronesa Richmond, impertérrita, le pide al criado un par de huevos escalfados más.

—¡Oh, Kitty, querida! ¡Todo está saliendo tan fantásticamente que temo que se aproxime un tropiezo!

—No seas pájaro de mal agüero, hija —la amonesta la baronesa—. Acudiremos, alabaremos su mansión, aunque esté decorada con mal gusto, y entretendremos a lady Keating para que los polluelos jueguen sin testigos en el jardín.

—Ni se te ocurra perderlos de vista, Lavinia —me ordena lady Remmington—. Un coqueteo está bien, pero nada de dejarlos solos. Arruinaríamos un cortejo que, por el momento, va por buen camino.

—Descuide. Estaré atenta.

Ni por todo el oro del mundo me perdería esa partida.

Además, Samuel también estará allí. Seremos cuatro jugadores.

—¿Puedo llevar a Ricky conmigo? —pide Kitty—. Le hablé al duque sobre él…

—¡¿Que hiciste qué?!

—A él no le importó, mamá. De hecho, dijo que le resultaba «adorable». ¡Fueron sus palabras, no las mías!

—Richard no va a salir de esta casa y menos para aparecer en la mansión de los Keating. ¿Qué crees que pensaría la matriarca? —Aunque Kitty abre la boca, ella continúa—: Que eres poco elegante y refinada.

—Y estaría en lo cierto, porque no soy ninguna de esas cosas…

—¡Y ninguno de ellos debería saberlo! —exclama lady Remmington—. Ya habrá tiempo de que George descubra cómo eres de verdad cuando os caséis.

Kitty coge un bollo de mantequilla del cestillo y, con el ceño fruncido, le da un mordisco con rabia.

—¡No pongas esa cara, jovencita! Además, es por el bien del pobre dragoncito. Trastocarías su rutina. Desde que llegamos a Londres, no ha salido de esta casa.

Aunque Kitty refunfuña algo, no logro entenderlo.

—Tranquila —susurro, inclinándome hacia ella—. Podrás llevarlo.

—No podré ocultarlo, mamá revisará todas mis cosas —me recuerda en voz baja y apagada.

—Sí. Pero las mías no.

Se vuelve hacia mí y su expresión de pena se convierte en una de alegría. Cuando me abraza, algo en mi interior se ablanda.

Está bien, sigue sin ser mi personaje favorito, pero… empiezo a entender qué ven los demás en ella.

—Dejad de perder el tiempo, niñas —nos regaña lady Remmington —. Terminad el desayuno, ¡rápido, venga! Duncan, prepara los dragones de tiro. ¡Nos vamos de compras!

Después de nuestra visita a la modista, lady Remmington encargó para Kitty diez vestidos (entre ellos, el que ha elegido hoy, de color azul pálido). Para mí, unos botines resistentes (que también llevo). He escogido para viajar un vestido morado oscuro, el más holgado que tenía, y las medias más gruesas; era la única manera en la que podía esconder a Richard, enroscado ahora a mi gemelo.

Aunque lo intente, el pobre no puede evitar clavarme sus pequeñas garras para sujetarse. El carruaje no deja de moverse.

—Qué ilusión, ¿verdad, cariño? ¡Tienes que estar emocionada! ¿Lo estás, lo estás? ¡Claro que lo estás! —le dice lady Remmington a su hija, sentada frente a ella. La baronesa Richmond, delante de mí, me dedica una mueca tan agotada que me contengo para no sonreír—. He escrito a la vizcondesa Allison esta mañana, además de a lady Chadburn y a lady McDonald. Son tan cotillas que no dudo que pronto el rumor de que el duque nos ha invitado a su casa correrá como la pólvora entre la alta sociedad.

—¿Y por qué querríamos eso, mamá?

—Para alejar al resto de los buitres de nuestra presa.

—Por Dios, baronesa, no sea vulgar —se queja lady Remmington.

—Tienes razón, hija. Tal como os reís esas damas y tú, en todo caso sois hienas.

Kitty y yo nos aguantamos juntas una carcajada. Pronto, por la ventanilla del carruaje avistamos la mansión de los Keating. Es enorme, de estilo neoclásico. Tiene tres pisos y un jardín inmenso que se extiende por delante y por detrás de la casa. Además de un bosque de robles y fresnos, un invernadero y un paseo de flores, se distingue

un gran lago en la parte de atrás.

Hoy hace buen tiempo, no hay nubes que amenacen lluvia y el sol frío de principios de primavera hace brillar su superficie como si fuera un espejo. Vemos volar sobre él una bandada de hipogrifos salvajes y un par de náyades zambulléndose en su reflejo plateado.

Ninguna de las cuatro, incluida la baronesa, puede evitar poner cara de boba al contemplar la escena.

Vale, vuelvo a odiar a Kitty. Cuando se case con George, será la dueña de todo esto. Yo, como mucho, acabaré heredando la casa de mis padres (y eso incluye su único baño con baldosas de patitos).

Cuando nos detenemos frente a la puerta de entrada, delante de la línea perfecta de treinta criados hay cuatro personas. Dos están cogidas del brazo: una mujer de unos cuarenta años, rubia y de nariz afilada, y John Keating, que ha heredado la elegancia de su madre. Después están George y Samuel. El primero ni siquiera espera a que el mayordomo abra la puerta de nuestro carruaje, ya se adelanta él mismo para hacerlo.

—¡Bienvenidas! El viaje desde Londres no les ha resultado largo, ¿verdad?

Aunque se dirige a Kitty, es su madre quien contesta.

—Oh, ¡desde luego que no! Es usted muy amable. ¡Buenos días, lady Keating! Está tan espléndida como siempre. ¡Y esta casa! —La mujer apoya una mano en medio del pecho y echa la cabeza hacia atrás para contemplarla—. Ahora comprendo que no desee asistir a la temporada social.

—Londres me repugna —dice ella con una sonrisa—. Además, con John y Samuel puedo estar tranquila. Sé que cuidarán de mi atolondrado Georgie.

Kitty se ríe en voz baja ante el apelativo, mientras que el duque se pone colorado.

—Entonces ¿podemos ver la casa antes de instalarnos? —pide lady Remmington.

—¿Podemos jugar a ese famoso *pall-mall* mientras se instalan? —pregunta Kitty.

—¿Podemos descansar antes de todo eso? —gruñe la baronesa—. Quizá tomar un té en su famosa biblioteca…

—Oh, por supuesto. John, querido, ¿nos acompañarías?

—Lo que usted desee, madre —contesta él—. Además, ya hay cuatro jugadores para el *pall-mall*. Conmigo serían impares. No me necesitan.

—Hermano, si quieres, podemos jugar perfectamente siendo…

—Prefiero no hacerlo —lo interrumpe él—. Tengo una cita con unos arrendatarios esta tarde.

El grupo se separa; las mujeres entran con John en la mansión al mismo tiempo que George nos guía alrededor de la casa para ir

directos al jardín de atrás.

—Johnny actúa como el administrador de todo esto —nos explica mientras tanto—. Gracias a Dios, porque, si no, yo solo sería incapaz de llevar las tierras adelante.

John (Johnny para los amigos) es un sol. Durante la pelea final con el conde Seddon, salva a su hermano y muere en el incendio. Sin embargo, soy incapaz de no preguntar sobre él al duque.

—¿Su hermano le ha envidiado alguna vez? —inquiero—. Por ser usted quien ostenta el título, ya sabe.

—¿Él? —Suelta un resoplido burlón—. No, qué va. Además, es igual que mi madre, detesta la ciudad y todas las responsabilidades sociales que conlleva el ducado. Prefiere el campo. A menudo se escapa a pasear por ahí solo, ¿verdad, Sam?

Samuel sencillamente asiente con la cabeza. Camina a mi lado, claro, porque ambos vamos unos pasos por detrás de la pareja protagonista. Yo procuro hacerlo con cuidado; he notado que Richard se deslizaba a un lado para permitirme avanzar mejor, pero sigue clavándome las garras para mantenerse enganchado a mi pierna.

Espero que no se me note cojear. Pero la parejita está tan pendiente de sí misma que no se percatará de nada.

Y Samuel Haskell… es Samuel Haskell. Le importa todo una mierda, incluida yo.

—De todos modos, entiendo que John huya; a menudo mi madre resulta muy agobiante —se ríe George—. No va a dejarlo escapar como a mí. Temo el día en que mi hermano quiera comprometerse; esa chica no lo tendrá nada fácil.

—¿Y a su prometida no le pondrá pegas, milord? —se interesa Kitty.

—¿Por qué? ¿Le interesa saber si lo tendría complicado por si tiene que aprender a pelear? —Ante la cara de espanto de Kitty, él se ríe—. Mi madre nos quiere a los dos, pero de mí ya ha asumido que soy incontrolable.

—Para desgracia de todos —rumia Samuel por lo bajo.

—Yo le veo bastante controlado —le digo al mismo volumen—. Desde que conoció a Kitty, no he oído ningún nuevo rumor de sus aventuras por los bajos fondos.

—Porque he procurado que no las lleve a cabo. —Hace una pausa —. O me he asegurado de que nadie se fuera de la lengua sobre ellas.

Sonrío. Lo entiendo. Yo también he procurado que Kitty no cometiera ningún error ni se saltara las normas de etiqueta durante los bailes. Excepto con George, claro.

—Por cierto —murmura Samuel después—, ¿está bien?

—¿A qué se refiere?

—Hoy se mueve… —Mira hacia abajo y, cuando lo cazo observándome, alza la vista de golpe—. Nada.

George ha transformado el terreno junto al lago en un espléndido campo de *pall-mall*. Nos explica las reglas, igual que en la novela. Este es un juego previo al cróquet y muy parecido. Gana quien utilice un menor número de golpes para completar el recorrido de arcos. Estos son de metal y están numerados, desperdigados sin orden y encajados en el césped recién cortado.

En el suelo junto a la orilla del lago hay cuatro bastones de madera, cada uno de un color, y cuatro bolas que los acompañan.

Rosa, azul, verde y negra.

—Dejaré que sea usted quien elija primero, señorita Remmington —le propone George.

Y Kitty, sin dudarlo, coge el martillo y la bola negros.

—Esto… ¿Está segura?

—Claro, ¡adoro este color! No puedo llevarlo porque soy una debutante, pero en él se ocultan mejor las manchas de hollín de Richard.

George se echa a reír. Luego se agacha para coger otro martillo.

—Keating —lo llama Samuel—, lo más caballeroso sería que la señorita Labbey eligiera la siguiente.

—Vaya —murmuro—, pensé que no era un caballero.

—Y no lo soy, desde luego —dice—, pero él sí.

—Reconozco cuando Sam lleva razón, quizá porque suele ser habitual. —El duque se hace un lado—. Señorita, haga los honores.

Me acerco con cuidado para no hacer daño a Richard y tomo el martillo de color verde.

—Ah… eh… —George frunce el ceño—. ¿No le gusta más el rosa? Creo recordar que llevó ese color en el primer baile.

—No seas quejica, Keating —se burla Samuel—. Si la señorita quiere el verde, tendrá el verde.

Al volver a su lado, murmuro:

—Gracias, lord Haskell.

—De nada, lady Serpiente. —Después es él quien se adelanta—. Y, ahora, mi turno. Iba a elegir el rosa, pero ya que alguien está tan asustado por llevarlo…

—¡Eh, Sam! Eso sí que no…, ¡me toca a mí!

—Milord —lo interrumpe Kitty—, ¿qué importa un color u otro? Sin embargo, como duque, dejar que otros tengan prioridad sí es importante, ¿no cree?

George se cruza de brazos, pero permite que su amigo elija el azul. Sin embargo, el enfado no le dura mucho; cuando recoge el martillo rosa, ya está sonriendo otra vez.

—Debo admitir que mi madre suele elegir este y casi siempre gana. Seguro que me da suerte.

—¡Seguro, milord! Aunque no entiendo por qué decía que este juego

era peligroso… Por el momento parece bastante inofensivo.

—Lo verá cuando empecemos a jugar. ¡Vamos! El aro número uno está por aquí.

Nos dirigimos al borde del bosque. En el camino, tropiezo con una piedra, Richard se asusta y me clava más las garras en el muslo. Siseo al mismo tiempo que él suelta un gruñidito de protesta.

Por suerte, Samuel me agarra del codo justo antes de que me caiga de morros.

—¿Está bien?

—Sí, sí.

—Eso que ha hecho… —Hace una pausa—. ¿Acaba de gruñir?

—Ah, eh, ¡absurdo! ¿Cómo puede gruñir una persona? —bufo, apartándome de él—. Se lo habrá imaginado.

Más vale que me deshaga de Ricky en cuanto pueda o va a agujerearme toda la pierna.

—Empezamos aquí. —George le señala el primer aro a Kitty y se hace a un lado—. Las damas primero.

Kitty coloca la bola negra en el suelo y balancea el martillo atrás y adelante. El aro con el uno en números romanos está a solo tres metros. Parece un tiro sencillo.

El golpe es fuerte. La trayectoria, perfecta. Va recta, directa al arco…

Hasta que, justo antes de que lo traspase, un hocico con dientes afilados asoma por la hierba y desvía la bola.

—Pero ¿qué…?

—Ah, ¡así es el juego! —se ríe George—. ¿No le he hablado de una serie de criaturas que alberga nuestra propiedad? Son los dragones menos vistosos, pero sin duda nos ayudan en cuestiones muy importantes…

—Como volver más largo y peligroso el juego —completa Samuel—. Y hacer agujeros por todas partes.

—¡¿Son dragones-topo?! —Kitty, a quien no le preocupa haber errado el tiro, se acerca corriendo al hueco que ha dejado el animal—. ¡Nunca he visto uno!

—Son tímidos y feísimos, milady, apenas salen de sus madrigueras. Pero odian que encajemos los aros de *pall-mall* en la tierra, así que hacen de las suyas para desviar las bolas.

—Si el juego avanza lo suficiente —sigue Samuel—, hasta empiezan a llamar a otras criaturas.

—Ah, sí. La última vez, el campo de juego se llenó de trasgos. Por nuestra integridad física, es mejor que no dejemos que se ponga el sol. —George me señala—. Señorita, le toca a usted.

El truco está en golpear el suelo con el martillo primero. Varias veces. Eso distrae y marea a los dragones-topo bajo tierra y evita que

se interpongan en la trayectoria.

Pero yo no debería saberlo. Y Kitty debe descubrirlo por sí misma.

Balanceo el martillo para lanzar, una zarpa marrón sobresale del suelo en mitad del recorrido y desvía mi bola a un lado. Kitty aplaude entusiasmada.

—Perdón, Lala, ¡es que es emocionante!

George se echa a reír.

—Sabía que le gustaría, milady.

—No le gustará tanto cuando los topos dirijan su odio hacia nosotros y no a las bolas —murmura Samuel.

Y lo hacen, claro. A veces, George, Samuel y Kitty tienen que saltar o esquivar alguna dentellada que sale de improviso del suelo. Por suerte, deben de oler a Richard bajo mi vestido, porque a mí no me molestan.

Poco a poco, los cuatro avanzamos con los lanzamientos y atravesamos toda la propiedad. Nos alejamos del bosque, rodeamos el invernadero y acabamos en el jardín. Los arcos se disponen a lo largo del laberinto de arbustos y fuentes.

Kitty va en cabeza. Yo no puedo ganar (no debo ganar) y, la verdad, me cabrea. En las convenciones de fans, suelo quedar de las primeras.

¿Qué? Odio perder, pero sobre todo adoro ganar. ¿Qué problema hay? Mi padre siempre dice que a las mujeres nos han convencido de que eso es algo que tenemos que evitar, así que debería mostrar mi afán de competitividad con orgullo.

El problema es que no puedo saltarme la novela de Garden. No si quiero salir de aquí algún día. Si el partido no acaba como en sus páginas, volveré a despertarme al principio de la temporada con ese maldito fantasma soltándome la chapa.

Lo que no entiendo es por qué Samuel se empeña en seguir tratando de adelantar a Kitty. Si estoy en lo cierto y es un lector, ¿no se da cuenta de que así va a hundirnos a los dos?

Parece que no, porque acaba de golpear su bola azul para atravesar el arco trece y, de paso, desviar la pelota de Kitty. Las dos describen una parábola y atraviesan los arbustos del laberinto.

—Buen tiro —reconoce Catherine—. Aunque ahora he de buscar mi bola. ¿Dónde habrá acabado?

—Yo la acompañaré —se ofrece George—. Vayamos por este lado, hay otra entrada al laberinto por la izquierda. Mientras tanto, señorita Labbey, puede ir tirando usted.

No van a encontrar la pelota. Se pasarán el rato lanzándose indirectas (George) y no pillándolas (Kitty).

Cuando se marchan, me giro hacia Samuel.

—¿Por qué ha hecho eso?

Arquea una ceja.

—¿El qué? ¿Jugar bien?
—Déjelo —resoplo—. Y apártese. Es mi turno.
Golpeo mi bola con mucha fuerza. No pretendo atravesar el aro, sino enviarla en la misma dirección que la bola de Samuel y Kitty, más allá de los arbustos.
—¡Vaya, qué mala pata! Mejor quédese aquí hasta que vuelvan los demás y George tire —le pido justo después—. Iré a ver dónde ha acabado mi bola.
Antes de que se atreva a decir nada, me escabullo. Aunque no puedo correr, intento caminar lo más rápido que puedo e internarme en el laberinto.
—¡Espere! ¡Señorita Labbey!
—Pst, Richard —siseo, levantándome la falda al mismo tiempo que avanzo—. En cuanto veas una bola azul, ¡quémala!
El dragón da un salto desde mi muslo y sale disparado, aliviado por liberarse de la jaula de tela que lo ha mantenido oculto. Alza el hocico y olisquea el aire. Enseguida se lanza hacia delante. Yo lo sigo, ahora más ágil sin su peso. No se me escapan los sonidos de pisadas que oigo por detrás.
—¡Señorita Labbey! ¿Qué está haciendo?
—Qué molesto es —gruño para mí misma—. Richard, ¡date prisa!
El dragón, más pequeño y escurridizo, se cuela por entre las hojas de un arbusto tupido para atajar por el laberinto. Yo tengo que seguir el camino y dar un rodeo para llegar hasta donde se ha detenido.
Cuando lo hago, compruebo que Richard ya ha terminado de lanzar su llamarada. Frente a él, sobre el camino, hay una bola negra que desprende una pequeña espiral de humo. Gira su cabecita hacia mí y, aunque parezca imposible, me parece que sonríe.
—Ahora, escóndete —le pido en voz baja—. Ocúltate en el jardín. Kitty ya te encontrará más tarde, ¿de acuerdo?
Mueve el hocico arriba y abajo y se escabulle entre los arbustos como una flecha. Tras unos segundos, las pisadas a mi espalda se ralentizan. Los jadeos se oyen más alto.
—¿Qué… estaba haciendo?
—¿Yo? —Me doy la vuelta con expresión inocente—. Ya se lo he dicho, buscaba mi bola. —Le señalo la que está en el camino—. No lo he conseguido, pero ¡fíjese! He encontrado la de Kitty.
Samuel frunce el ceño. Luego, despacio, se acerca hasta ella y se pone en cuclillas para observarla.
Noto el corazón latir con fuerza bajo mis costillas, pero aún más cuando, todavía agachado, Samuel alza el rostro hacia mí.
—Se cree muy lista, ¿eh?
—No. Considero al resto muy tontos, que es bien distinto. —Me cruzo de brazos—. ¿Por qué lo dice? ¿Es que no ve lo que tiene

enfrente? Es clarísimamente una bola de color negro.

—Sin duda lo es.

Sigue sin ponerse en pie. En lugar de eso, me señala la falda del vestido.

—¿Cuándo se ha escapado?

—¿Qué? ¿Quién?

—Lo que le estaba haciendo daño. —Pasa un dedo enguantado por encima de la punta de mis botines, revelando una gota de sangre—. ¿Le duele? Ha estado corriendo muy rápido y antes cojeaba.

—Eso no es cierto. ¿Cojear yo? Se lo habrá imaginado.

—No me tome por uno de esos tontos que la rodean —dice en tono grave. Uy. Alguien se ha puesto serio de verdad—. A pesar de nuestras diferencias, si se ha hecho daño, me gustaría que me lo dijera.

Trago saliva. No sé por qué, de repente me he puesto muy nerviosa.

—No es nada. Se me pasará enseguida.

Samuel se levanta con un resoplido. Se quita la chaqueta, la deja caer al suelo, y empieza a desabrocharse el chaleco negro. Ay, Dios, ¡¿qué va a hacer este tío ahora?!

Pero no llega a quitárselo del todo, tan solo lo abre para revelar una fila de botellitas que lleva en un bolsillo de la parte interior.

—¿Qué es eso?

—Vivo con George Keating. Tengo que estar preparado.

Hay varios frascos diminutos; distingo uno sin color (¿suero de la verdad?), otro naranja (para cambiar la voz, imagino) y tres iguales que guardan un destello azul. Elige uno de esos viales y me lo tiende.

—Esto cura las heridas superficiales hechas por criaturas mágicas, siempre que no sean muy profundas, así como los venenos que posean. Tómeselo.

Lo recojo de su palma extendida, pero luego dudo.

—¿Qué es?

—Flor de montaña, sangre de hada y veneno de guiverno. —Alzo las cejas—. Su veneno también sirve para fabricar antídotos.

Aunque ya lo sé, no se lo digo; me limito a agitar el bote. El líquido es de un azul eléctrico. Antinatural. Mágico. Sin destapar, ni siquiera tiene olor.

—Mire, no voy a envenenarla —dice Samuel. Suena tan firme como sincero—. Pero es decisión suya tomarlo. No voy a obligarla a nada, y menos a confiar en mí.

—Eso es lo que estoy decidiendo —reconozco—. En el baile, me dijo que no era mi enemigo. ¿Se acuerda?

Él baja la vista a mi boca por un segundo. Al siguiente, asciende hasta mis ojos.

—Me acuerdo. Y lo mantengo. ¿Se ha dado cuenta ya?

Ay, ¿lo va a decir? ¡Vamos! «De que soy un lector, como tú».

Aunque yo no puedo acusarlo (al parecer este maldito mundo me impide decírselo en voz alta), quizá él sí pueda confesar la verdad.

—¿Darme cuenta… de qué?

—De que su objetivo y el mío son el mismo, señorita Labbey.

—¿Hacer de acompañantes?

Él niega.

—Sobrevivir.

La decepción me dura poco. En el fondo, tiene razón. La verdad es que la pierna me duele horrores, y más después de la carrera. No es culpa del pobre Richard, desde luego, y Kitty no sabe dónde lo he escondido. Es culpa mía y, por tanto, también encontrar una solución. Si quiero seguir el ritmo de los demás (y sobrevivir), necesito curarme. Los arañazos de un dragón pueden infectarse, y aquí no hay ibuprofenos ni sistema sanitario en el que confiar.

Solo un tío que sigue mirándome de una forma que me tensa de pies a cabeza.

Al cuerno. ¿Qué puedo perder? ¿La vida? En esta cochina novela es imposible. Reviviré. Aprenderé de mis errores. Y vuelta a empezar.

Destapo el bote y me tomo el contenido de un sorbo. Por supuesto, sabe a rayos.

Joder, he cambiado de idea. Sí tengo mucho que perder. Como ahora me muera y vuelva a reencarnarme, pienso ir directa a pegarle una paliza a Samuel Haskell. Me da igual si eso me hace perder el tiempo en este bucle (y ganar un lunar más).

Sin embargo, pasan los segundos y nada malo sucede. Más bien, al contrario. El dolor punzante de la pierna empieza a reducirse poco a poco.

—¿Y bien? —pregunta Samuel—. ¿Ha funcionado?

—He de reconocer que me siento un poco mejor.

—No va a admitir ni muerta que tenía razón, ¿eh?

—Pero ¡si acabo de hacerlo!

—Déjeme echar un vistazo.

Él vuelve a agacharse y yo alzo el vestido hasta mis muslos para que compruebe el estado de mi pierna. Qué más da, con esta ropa interior es como si llevara pantalones cortos.

Desde arriba veo como Samuel abre mucho los ojos, imagino que al ver mis medias rasgadas por culpa de Richard.

—¿Sigue habiendo heridas?

—Ehm, ya no. —Luego carraspea—. ¿Qué llevaba atado a la pierna, una zarigüeya rabiosa?

—No me haré la fuerte: lo parecía.

Él esboza una sonrisa. Es breve y pequeña, pero me hace sonreír a mí también.

—No sería una zarigüeya escupe fuego, ¿verdad?

—No sé de qué me habla, lord Haskell.

—Claro que no…

—¡Lala! ¡¿Dónde estáis?! —se oye a lo lejos—. ¡No hemos tenido suerte!

—¡Nosotros sí! —grito en respuesta, bajándome el vestido—. ¡Kitty, duque! ¡Estamos aquí!

—Bueno, usted ha tenido suerte —gruñe Samuel al incorporarse—. Yo acabo de perder.

—Ah, para nada —le rebato—. Le aseguro que acaba de evitar una derrota mayor.

14

El agua revelará la verdad (y nos dejará una buena imagen)

Samuel ha «perdido su bola» (por un momento, me da hasta pena). Yo, la mía. Convenientemente, he encontrado la bola de Kitty, así que solo permanece en la competición la pareja protagonista.

George hace bromas estúpidas (y sexuales) sobre pelotas y martillos, Kitty se ríe de cualquier cosa que dice (aunque no la entienda) y Samuel y yo los seguimos en silencio. La ausencia del peso de Richard y el alivio del remedio de Haskell me permiten caminar sin cojear.

Aun así, cuando nos acercamos al lago y a la piedra donde tropecé la última vez, Samuel extiende un codo en mi dirección para que lo agarre, y yo me apoyo en él sin pensar.

En ese instante, me doy cuenta de que no le he dado las gracias por lo de antes. Aunque creo que sabe que se lo agradezco. Ha dicho que no era tonto, ¿verdad?

Espero que sea una de esas personas que, como yo, no necesita escucharlo todo en voz alta para sentirlo de verdad. Al fin y al cabo, somos lectores.

O eso creo.

Kitty golpea con el revés de su martillo el suelo varias veces para marear a los dragones-topo, y yo medito sobre qué ocurriría si estuviera equivocada. Si Samuel no es una persona que se ha visto atrapada en una novela, igual que yo.

De repente, una sensación de angustia se instala en mi pecho.

Podría ser. Podría no tener ningún aliado aquí dentro. Tal vez solo quiero creer que Samuel viene del mundo real porque la alternativa es que estoy…

Sola.

Kitty golpea la pelota. En el camino, choca con la de George. Esta vuela hasta caer en el lago, rompiendo el reflejo anaranjado del sol que está a punto de ponerse.

—¡Señorita Remmington! —exclama George.

—¿Qué? —Ella apoya el bastón del martillo en un hombro—. Dijo que sospechaba que sería una contrincante dura. Si no le echaba del campo de juego, iba a adelantarme en el último arco.

—No lo sospechaba, estaba seguro —dice él—. Pero yo también lo soy. Y uno especialmente cabezota. —Se acerca hasta quedar a unos

centímetros de ella y le dedica una sonrisa seductora—. No me rindo hasta conseguir lo que deseo, señorita Remmington. Téngalo muy presente.

Ella se pone roja. Luego, sin dejar de mirarlo a los ojos, señala el lago y susurra:

—Si es así, demuéstrelo.

George asiente y se dirige a la orilla. En el camino, se quita la chaqueta, la lanza al césped y sigue caminando mientras se desprende del pañuelo del cuello, primero, y del chaleco, después.

—¡Lord Keating!

—¿Qué? No quiero mojarme más ropa de la necesaria, y Sam ya ha abierto la veda. ¡Mírelo ahí, sin chaqueta! Vaya bribón. —Este, a mi lado, resopla—. A ver dónde está esa maldita bola… ¡Ah, aquí! Debería haberla enviado todavía más lejos, señorita Remmington. Pienso sacarla del agua de un solo golpe.

La imagen es tal como la describió Garden. El agua del lago le llega a George por encima de las rodillas. El sol a su espalda hace resaltar su silueta alta y musculosa. Unas náyades se asoman a unos metros, curiosas, con sus cabellos mojados y brillantes simulando juncos y algas verdes.

George golpea una vez la bola en el fondo, pero no consigue nada, excepto salpicar agua y barro por todas partes. Al cuarto intento, no solo es Kitty la que se está riendo, sino yo. Al final, hasta Samuel se une al coro de carcajadas a su costa.

La verdad es que la imagen es digna de ver; en uno de los intentos (fallidos), George ha sacado del agua un nenúfar y ahora lo tiene pegado en un lado de la cabeza. Con el pelo liso así de mojado, parece un kappa.

—¡Muy divertido! —gruñe el duque—. Señorita Remmington, ¿está contenta?

—¡Oh, sí! ¡Mucho! ¡Siga, siga! ¿No decía que no se rendía hasta conseguir lo que deseaba? —Kitty lo señala con el índice y vuelve a reír—. ¡Vaya bravucón!

Él resopla para intentar apartarse un mechón mojado que le cae sobre los ojos.

—Ha ganado, sí, ¡aunque no diría que limpiamente!

—Las reglas no decían nada sobre prohibir lanzar la pelota del contrincante al agua, milord —le recuerdo.

—Ni tampoco sobre humillarlo miserablemente —completa Samuel.

—Ja, ja. Sois todos muy ingeniosos. —Nos acusa con el martillo—. Anda, Sam, ven. Ayúdame a salir.

—Ni lo sueñes. Tú te has metido ahí, tú solito puedes salir.

—Se me ha quedado atrapado el pie en… algo. No quiero ni mirar. —Kitty y yo soltamos una carcajada—. ¡Sí, ríanse, señoritas! Pero,

como no salga pronto, vendrá a por mí algo con los dientes más afilados que esas náyades.

Samuel cabecea, pero acaba por acceder.

—Eres un llorón.

Se quita el chaleco y me lo tiende. Yo se lo cojo, consciente de que lo hace para poner a salvo su fila de remedios para evitar los tropiezos de George (como el de ahora). Aun así, me anima que me haya elegido a mí para guardarlo.

Mientras se aproxima al lago, se deshace el nudo del pañuelo al cuello y se quita los guantes. Los sigue llevando en la mano, imagino que para ponérselos después. Aunque intento fijarme en su piel, el sol de frente me impide ver bien. Los chicos son dos siluetas oscuras contra el cielo rojo del ocaso.

—Anda, quejica, vamos. —Al quedar a un metro, Samuel le extiende una mano—. Agárrate. Tiraré fuerte.

—Oh, no. —George sonríe—. Eso es lo que haré yo.

Y cumple su promesa. Lo agarra de la muñeca y, de un tirón, lo lanza al agua.

Kitty y yo soltamos una exclamación ahogada. Samuel enseguida se incorpora hasta quedar sentado. Serio, aunque no enfadado, le lanza una mirada a George desde abajo.

—¿Qué? —resopla Samuel, apoyando las palmas en las rodillas, que sobresalen del agua—. ¿Estás satisfecho?

—Mira, sí —contesta el otro—. Mucho más que antes.

—Y tu pie no está atrapado en nada, ¿verdad?

—Verdad. ¡Para que luego afirmes que no sé mentir!

—Genial. Entonces no me dolerá hacer esto.

Y, de un empellón, lo empuja también al agua.

Si Kitty se sigue riendo así, va a acabar ahogándose.

—Dios mío, ¿estáis bien? —me preocupo, aproximándome a la orilla.

—Bien mojados —responde Samuel, poniéndose en pie. Después, con una sonrisa ladeada, extiende una mano hacia George—. Como me tires otra vez, Keating, no respondo de mis actos.

—No me tientes —se ríe el otro, pero se agarra de su antebrazo para alzarse—. Además, con lo apuesto que estás así, deberías agradecérmelo. —Se vuelve hacia nosotras, señalándolo con el pulgar—. ¿A que sí, señoritas?

Mejor no digo lo que pienso. Porque… sí, Samuel está bien. Más que bien. Muy bien. No tiene la belleza obvia de George ni su sonrisa arrebatadora, pero, como la mayoría de los personajes, también es guapo. Y quizá su atractivo esté más relacionado con su actitud relajada, sus ojos azules y cínicos, sus movimientos cuidadosos al salir del lago y su…

Vaya. Camisa pegada al torso por culpa del agua.

De eso no hablaba Garden en la novela. Y no sé por qué. Habría sido increíble que lo hubiera descrito. Las fans le habríamos puesto un templo (y un altar de oro).

Aunque… hay algo, más allá de la forma definida de sus músculos contra la tela mojada, que me llama la atención.

—¡Lord Haskell! —exclama Kitty con la boca entreabierta—. ¡Se le han enganchado unas sanguijuelas!

—¡¿Qué?! —El pobre empieza a palparse el abdomen como un loco —. ¡¿Dónde?!

—Ah, no —suspira Kitty—. Era una sombra. Lo que tiene contra la piel es… más pequeño. —Se lleva los dedos a los labios—. ¡¿Garrapatas?!

—Son lunares —murmuro yo.

Decenas. Uno sobre un pectoral. Dos junto al ombligo. Dos más en la mano. Cuatro en los abdominales. Otros tantos en los brazos. Tres en forma de un perfecto triángulo sobre un lado del cuello mojado.

Junto a otra marca que me es todavía más familiar: un moratón pequeño y redondo, como si alguien le hubiera…

Bueno, hecho un chupetón.

Aunque yo sé lo que es en realidad y, al reconocerlo, al verlo junto a todos esos lunares, una sensación de pertenencia me deja sin habla.

No estoy sola.

—Ah, sí, Sam tiene muchos —afirma George, saliendo del agua detrás de su amigo—. Me da la impresión de que cada vez que lo veo tiene más. ¡Igual está hechizado!

Estoy tan pasmada por lo que acabo de ver (y confirmar) que me quedo paralizada. Incluso cuando Samuel se acerca y se queda quieto justo enfrente de mí, sigo incapaz de moverme.

—Dígame, señorita Labbey —masculla Samuel—, ¿ya me ha echado un buen vistazo? ¿Puedo irme de una vez?

Asiento, todavía muda, y le tiendo el chaleco. Él lo coge con un ademán nervioso. Luego se aleja dando grandes zancadas hacia la casa.

Me vuelvo para observarlo. La camisa mojada también se le pega a la espalda, y distingo en ella una constelación de lunares, igual que una salpicadura de tinta.

Aunque quiero seguirlo (es más, necesito hacerlo), no puedo. Tengo que quedarme con Kitty. Garden lo escribió así.

(En estos momentos, confieso que mataría a mi autora favorita).

—Bueno, señorita Remmington, tras la obvia descalificación de tres de los cuatro jugadores, debo reconocer mi derrota y, por ende, su victoria.

George hinca una rodilla en el suelo y le tiende el martillo a Kitty

como si fuera una espada y él un caballero medieval que va a ser armado por la reina. Ella se ríe y lo recoge, siguiendo el teatro. Le apoya el martillo en un hombro, luego en el otro, y en el primero una última vez.

—Le nombro subcampeón oficial del *pall-mall* del lago de Albans, milord.

—Siempre había soñado con estar debajo de usted, milady. —Cuando alza la vista hacia ella, sus ojos brillan como la superficie del agua—. ¿Qué elegirá como premio por ganar?

—Oh, ¿lo hay?

—Claro. El que usted quiera.

—El que yo quiera… ¿Qué le parecería guardarme un secreto? —Ella se inclina y susurra—: He traído a mi dragón de chispa conmigo. ¿Le gustaría que se lo enseñara?

—Sería un honor. No puedo esperar para conocerlo y tener su aprobación.

—La tendrá. Le encanta estar al aire libre, así que puede mostrarnos a los dos su jardín. Mientras jugábamos no he podido disfrutarlo como debería.

Él asiente, obnubilado.

—¿Esta noche? ¿Tras la cena? —Señala a un lado—. ¿Junto al invernadero?

—Ahí estaré.

Cuando él se levanta, los dos se quedan de pie, mirándose el uno al otro como bobos. Después de un (larguísimo) minuto, tengo que acercarme y carraspear para llamar la atención de Kitty.

—Se ha puesto el sol. Debemos volver para cambiarnos para la cena.

—Ah, sí, sí —me responde. Sigue sin despegar la vista de George—. Iremos…

—Ahora.

Tiro de su brazo para que me siga. En el fondo, no puedo culparla, tenía delante al chico de sus sueños empapado de arriba abajo y marcando músculo (nadie es de piedra). Pero yo tengo mis propios problemas que solucionar. O, más bien, mi propio caballero mojado que se ha ido más cabreado que un mono.

Intuyo que va a evitarme, pero sé de un lugar donde nos encontraremos, lo quiera él o no.

Esta noche. Tras la cena. Junto al invernadero.

Somos sombras. Y los protagonistas brillantes a los que protegemos van a cometer una estupidez en unas horas.

15

Supera tus miedos
(o búscate un amigo en la oscuridad)

La cena es exquisita. Aunque eche de menos el pastel de pastor de mamá, la verdad es que en esta novela se come fenomenal. Claro, que eso es solo porque somos de clase pudiente. La realidad en las calles de Londres durante esta época es bien distinta. De vez en cuando pienso en la pobre chica desdentada que intentó atracarme en mi primer día (tengo que recordarme que no es una persona real o me deprimo).

Disfrutamos de cuatro platos de consomé, carne estofada, pescado a la menta y verduras con patatas asadas, sin incluir un delicioso postre que consiste en tres distintos: pudin de queso, tarta de manzana y diminutos pasteles de crema con azúcar glas por encima.

Cuando sirven este último, no se me escapa la miradita que le echa George a Kitty desde extremos opuestos de la mesa. Madre mía, son tan obvios. Mi alma de *fangirl* grita. Mi alma de *fangirl* llora.

Pero yo, en realidad, estoy a punto de saltar de la silla. Y no es por culpa de esos dos.

Samuel me ha ignorado durante toda la cena. Ha decidido tácitamente que no existo. Ni siquiera entiendo por qué. ¿Le duele que lo haya descubierto? Porque ya no tengo ninguna duda de que es un lector de la novela de Garden que, como yo, se ha visto atrapado aquí, y creo que él también lo sabe.

Y ese hecho aumenta exponencialmente el número de preguntas que quiero hacerle.

¿Cuánto tiempo llevas aquí? ¿Qué sabes que yo no sepa? ¿Por qué no me dijiste antes quién eras? ¿Es porque querías torturarme? ¿Es porque no puedes?

¡¿Por qué no me miras?!

—Lala —me susurra Kitty—, entonces ¿estás segura de que Ricky está…?

—En el jardín, sí. Le dije que irías a buscarlo.

—¿Crees que tendrá miedo? —gime en voz baja—. ¿Le habrá pasado algo?

—Estará bien —le aseguro—. Vas a ir a por él luego, ¿no? Con… —Señalo disimuladamente a George con la cabeza—. Ibas a enseñárselo, así que podéis buscarlo los dos juntos.

—Espero que Ricky no se ponga terco y se escabulla para jugar al escondite —balbucea ella—. El duque creería que soy una mentirosa.

—Kitty, él nunca va a pensar nada malo de ti. ¿No te acuerdas de lo que dijo en las cuadras del guiverno?

—Ay. —Se pone colorada y le da un sorbo apresurado a su copa de vino (aguado, no envenenado, gracias a una servidora)—. ¿Nos oíste?

—Un poco —miento—. Esta noche, voy a dejarte ir sola con él, pero…

—¿Pero?

—Pero. —Hago una pausa—. Es un caballero, Kitty, pero no deja de ser un hombre. Sabes lo que quiero decir, ¿no? —Ella asiente despacio. Luego niega—. No permitas que te reduzca a ser solo una conquista más.

—¿Por qué dices eso, Lala?

Porque es lo que me toca decir. Aunque, en realidad, en este caso estoy de acuerdo.

—Porque eso es lo que… —trago saliva— diría una amiga.

Kitty esboza una sonrisa. Auténtica, agradecida, emocionada. Puedo observar cómo aprieta la cucharilla de plata con fuerza.

Después de tantos días juntas, reconozco sus gestos. Se está aguantando las ganas de darme un abrazo en mitad de la mesa, porque no es un gesto educado (ni elegante ni refinado, y a su madre le daría un ataque).

Yo me vuelvo hacia mi pastelillo de crema (sin tocar) y suspiro.

Echo de menos a mis amigas. La verdad es que las echo de menos todo el tiempo. Ni en clase ni en el conservatorio tengo a nadie, soy un alma solitaria (porque soy «una sabionda insoportable», como bien me recuerdan a diario), pero todos los sábados quedo con Jillian y Alice frente a la biblioteca del club de lectura donde nos conocimos. Cada una es distinta a la otra, pero nos une algo muy poderoso.

Esto. Las letras. Las historias. Y, en concreto, la que estoy viviendo.

De repente me entran unas estúpidas ganas de llorar. ¿Qué me pasa? Soy fuerte. Independiente. Y muy lista. Saldré de esta yo solita, como salgo de todo, así que me trago la sensiblería inoportuna junto con el trozo de pastel que me obligo a comer.

Cuando alzo la vista, Samuel, al otro lado de la mesa, me está mirando fijamente.

¿Qué, idiota? ¿Has adivinado que me iba a echar a llorar en mitad de los postres? ¿Te ha dado por reconocer mi existencia cuando peor me encuentro?

Te vas a enterar.

—¿Desde cuándo toca el violín, lord Haskell?

Mi pregunta lo pilla de improviso. Bien. Me encanta verlo de nuevo como esta tarde saliendo del lago: nervioso, sorprendido. Cazado.

(Ojalá también mojado de pies a cabeza, pero todo no se puede).

—Desde hace mucho —responde en voz queda.

—Sam es un violinista excelente —comenta lady Remmington—. Mi John toca también, pero no es tan bueno. Y Georgie…

—Mejor no comentes mis catastróficos atentados contra la música, mamá —se ríe él.

—Iba a decir que eres un magnífico oyente.

—Ni siquiera eso.

—Lala toca muy bien el piano —dice Kitty, alegre—. Las pocas veces en que me despierto temprano por las mañanas, ya la oigo practicar en el salón.

—En nuestra casa de Londres contamos con un pianoforte excelente —interviene lady Remmington—. Permitimos tocar a Lavinia porque, claro, su familia no tiene la suerte de… contar con un instrumento tan superior.

Es tan cercano a la realidad que me entran ganas de llorar otra vez. Aunque, seamos sinceros, ¿quién tiene acceso a un piano de cola en mi mundo? Mi teclado Yamaha NP-12 está la mar de apañado (además, le añadí unas cuantas pegatinas de «George Keating's wife» para dejarle claro a quien me escuche en casa que estoy trastornada).

—¿Qué me ha delatado? —me pregunta Samuel—. ¿O es que es adivina?

—Qué va. Solo necesitaba una prueba. Y fue fácil.

Me toco el lado izquierdo del cuello con tres dedos, justo en el lugar donde le vi ese chupetón que es la «marca oficial del violinista».

Junto a los lunares que lo definen como un lector.

Si pilla la indirecta, no lo deja entrever. John Keating se gira hacia él para preguntarle algo y los dos se ponen a conversar entre susurros.

Qué ganas de largarme de esta mesa.

Lamentablemente, tengo que esperar un buen rato para que me permitan hacerlo.

Al final, nos marchamos a la cama al mismo tiempo que la baronesa Richmond, ya que Kitty alega que está tan cansada como su abuela (y yo la sigo a todas partes). La chica se despide de mí dando un saltito de emoción antes de cerrar la puerta de su dormitorio, contiguo al mío.

Sé que en un rato hará un nudo con las sábanas y que gracias a esa cuerda improvisada escapará por la ventana. Se arriesgará a romperse la crisma descendiendo dos pisos solo para encontrarse con su amorcito junto al invernadero.

Yo tengo un poco más de aprecio a mi integridad física (y la cabeza menos llena de pájaros), así que me pongo una capa con capucha, me llevo una lámpara de aceite para refugiarme de la oscuridad y salgo al pasillo con cuidado. El resto de los habitantes de la casa están todavía

en uno de los salones, ocupados charlando junto al fuego, así que esquivo a los pocos criados que quedan despiertos y en cinco minutos estoy dirigiéndome a paso ligero hacia el invernadero, cruzando el patio.

Apenas hay luz. Hay un centenar de estrellas, pero no son suficientes. La luna está en su primera fase creciente. En el cielo nublado tan solo se distingue su curva delgada en forma de sonrisa.

Me da la sensación de que se ríe de mí. No sería la primera vez que contemplo una mueca así a mi costa.

Madre mía, ¿qué me pasa hoy? Estoy autocompadeciéndome mucho. Demasiado.

Me doy unos golpecitos en la mejilla y me interno en el jardín. Vale, Laura, a ver, haz memoria. George y Kitty se encontraban por ese lado… Entonces puedo esconderme tras ese aligustre. Tendré una buena vista.

Después de colocarme en posición, oigo ruido de ramas. ¿Será el tonto de Samuel? ¿O un dragón-topo cabreado todavía por la partida de esta tarde? Igual se ha traído a todos sus amigos y me atacan en manada. Moriría de la forma más idiota, pero igual con el tiempo hasta me hace gracia. Como suele decir Jillian en las peores situaciones «esto será anécdota».

Sin embargo, del arbusto tras el que me escondo lo que aparece es una cabecita de escamas granate. Sobresale de entre las hojas con una expresión tan juguetona y libre que me arranca una sonrisa.

—Richard, eres el chico más listo de esta historia, ¿eh? —lo acaricio entre los ojos con un dedo; él los entrecierra del gusto—. Kitty va a venir a buscarte. —Suelta un gruñidito—. No te pongas nervioso. Va a aparecer con alguien. Es importante para ella, ¿sabes? Quiere presentártelo.

El doble párpado se abre a toda velocidad para revelar unas pupilas verticales que se agrandan. ¿Está enfadado o excitado? Puede ser una, otra o ambas cosas, y con este bicho nunca estoy segura.

Aunque esta noche sí sé lo que va a hacer.

—¿Le está hablando a un arbusto, señorita Labbey?

Me vuelvo al instante y un ruido de hojas a mi espalda me advierte de que Ricky ha puesto patas en polvorosa.

Frente a mí se alza una silueta oscura. Ni siquiera la luz de mi candil la ilumina del todo.

—Agáchese, lord Haskell —susurro—. Están a punto de venir.

—¿De qué sirve? Van a pillarnos si no apaga esa vela.

—Es que… —Trago saliva—. Vale. Pero agáchese.

Espero a que lo haga antes de recoger la lámpara que he dejado en el suelo y colocarla frente a mi rostro. Cojo aire y lo suelto. La llama vibra, pero no llega a apagarse.

—¿No sabe soplar, señorita Labbey?
—¡Cómo no voy a…! —Me paro y luego suspiro—. Sí sé.
Cuento hasta tres mentalmente y doy un fuerte soplido, igual que si fuera una tarta de cumpleaños.
Hasta pido un deseo: que no me dé un ataque de pánico en medio de la oscuridad junto a este gilipollas.
—¿Qué hace en el jardín?
—¿Y qué hace usted aquí? —Antes de que me conteste, lo hago yo —: Lo de siempre. Procurar que Kitty no se haga daño, en mi caso. Ser un cotilla, en el suyo.
—Yo también tengo que procurar que George no se haga daño. Y le ha faltado tiempo para cacarear conmigo de su cita con Catherine.
—¿Suele hacerlo? —inquiero—. Seguirlo en sus aventurillas nocturnas con mujeres, quiero decir.
—A todas horas —reconoce—. Hay noches en que le echo láudano en el té antes de que se atreva a escaparse. Él duerme como un bendito. Yo, más todavía.
No debería hacerme gracia que droguen a mi personaje favorito, pero se me escapa una risa. Aunque estemos en una oscuridad casi absoluta, con Samuel tan cerca me siento segura.
Hasta que me mira fijamente y entonces caigo sin preaviso en las emociones opuestas.
Nervios. Inseguridad. Tensión. Pánico.
Empiezo a sudar como una loca y dirijo la vista al cielo. Una nube acaba de tapar la luna y un buen puñado de estrellas. Ninguna mísera lucecilla a la que aferrarse.
«Voy a morir». No lo creo racionalmente, pero mi cuerpo sí.
—¿Qué ocurre? Está respirando muy deprisa. ¿La he puesto nerviosa?
—Nada, no y no —contesto de forma atropellada. Luego reculo, porque lo que sí es de tontos es no reconocer las flaquezas cuando son tan evidentes—. Es solo que… me da un poco de miedo.
—¿El qué?
—La… —Cojo aire— oscuridad.
Se hace el silencio. Durante un buen rato.
—Vale —dice él al final—. ¿Quiere cerrar los ojos y cogerme la mano?
—¿Qué? ¿Para qué?
Ya no puedo verle la cara bien, así que no sé qué expresión tiene. Puede estar tanto poniéndose colorado como riéndose de mí en mis narices.
—Por si ayuda —murmura después.
Suena rarísimo. Ronco y distante.
—No. Está bien. Todo bien. Puedo superarlo. Si hay alguien

conmigo, tampoco es tan malo. —Tomo una profunda bocanada de aire—. Gracias por no burlarse, por cierto.

—¿Por qué? Tener miedo es inevitable. ¿Y tenerlo aquí, en plena noche, en el jardín de los Keating? Es lo más lógico. No sabe la de criaturas mortíferas que hay sueltas.

—Gracias, milord, está ayudando muchísimo a que se me pase el pánico.

—No van a hacerle nada. Estoy aquí.

—Y está preparado para todo, ¿no?

—Igual que usted. —Noto el roce de unos dedos sobre el dorso de mi mano, pero se retiran muy rápido—. Esta tarde…

Ay, madre. Se viene.

—¿Sí?

—Lo que vio…

La nube se aleja, así que me vuelvo hacia él. Lo veo mejor. Y compruebo así que, aunque Samuel mueva los labios de la misma forma que si me hablase, no sale un sonido de su boca. ¿Me habré vuelto sorda?

No, porque oigo perfectamente los pasos que se aproximan.

Me apresuro a ponerle un dedo sobre los labios y Samuel se queda rígido ante el contacto. Luego muevo los ojos en dirección al invernadero y él asiente una sola vez con la cabeza.

A Kitty y George les tendría que haber explicado punto por punto lo que quería decir; es una suerte que con Haskell me ahorre todo eso.

—¡Ricky! —exclama Catherine al aparecer. Luego hace un sonido de bisbiseo, como el que se hace para llamar a los gatos—. ¿Dónde estás, amor mío?

—¿Me llama a mí?

Hostia, vaya susto. Doy un pequeño bote por la sorpresa y Samuel me agarra de la muñeca para que no me caiga. Aunque me estabilizo pronto y me mantengo en cuclillas, sus dedos no se apartan de mí.

Yo tampoco retiro la mano. ¿Para qué? Mi corazón sigue acelerado, pero al menos ya no es por culpa del miedo.

—Ah, no, milord —balbucea Kitty al ver a George aproximarse—. Llamaba a mi dragón de chispa.

—¿Se ha perdido?

—Me temo que sí. Debe de estar por aquí, pero… no sé dónde.

—Pues ha tenido una cita con la persona ideal para ayudarla —dice George, práctico, haciendo gala de su positivismo—. Me conozco estos jardines como la palma de mi mano. Cualquiera diría que son propiedad mía.

Ella se ríe, aunque el sonido está teñido de cierta incomodidad. Está nerviosa, pero no en el buen sentido. Se siente incómoda. Alerta. Incluso un poco triste.

—¿Qué ocurre? —George se acerca a ella, aunque guarda cierta distancia—. ¿Le preocupa su…?

—Ricky —completa ella—. Sí. No suele separarse de mí fuera de casa.

—¿Lo saca de casa? Pensaba que a los dragones de chispa no les gustaba abandonar las cocinas y chimeneas donde se usan como combustible.

—No se debería «usar» a los dragones de chispa —gruñe Kitty—. Al menos, yo no lo hago. No con Ricky. Nunca.

—Ah. Yo… Lo siento. Soy un patán. Ruego me disculpe.

Ver al duque tan alejado de la seguridad que lo caracteriza me ablanda, igual que a la protagonista.

—No pasa nada. Es solo que… Ricky es importante. No es solo una mascota. Es… un amigo. No cuento con muchos. Antes tenía a mi hermano, pero desde que se casó… Por eso Char-Char me regaló a Ricky. Ahora lo tengo a él para hacerme compañía. Y a Lala, claro. No sé qué haría sin ella.

Que me nombre de esa manera hace que se me encoja el corazón. Me considera su amiga. Su mejor amiga.

Su única amiga.

Ay. Me siento una miserable. Yo no he dejado de pensar mal de ella, incluso antes de conocerla en persona. En el papel, me parecía cursi, tonta y sensiblona. Ahora me lo sigue pareciendo, sí. Pero es más que eso.

Es mejor que yo.

Quizá esa sea la razón por la que no la aguanto. Porque, al contrario que una servidora, Kitty es buena persona. Y verla delante, comportándose como tal sin esfuerzo, es un recordatorio constante de que yo no lo soy. No tanto como ella.

Y lo peor de todo es que ni siquiera existe. Un personaje de ficción es menos envidioso, creído y arrogante que yo. Me da mil vueltas.

Desolador.

—Todo lo que sea importante para usted lo es también para mí —le asegura George—. No llore, milady. Me rompe verla así.

—Lo siento. ¡Pensará que soy estúpida!

—Oh, no más que yo, se lo aseguro. —Casi se me escapa una risa amarga—. Lo encontraremos juntos, ¿de acuerdo?

—Es muy amable, milord. Siempre lo es conmigo. Querría preguntarle por qué…

—Hágalo.

—Tengo miedo a la respuesta.

—¿Porque quizá no es la que espera?

—Porque temo no comportarme como debería al escucharla.

Rápida, aparto la vista de ellos, y eso que me he releído esta escena

cien veces.

Debería estar muriéndome por ser testigo de ella en directo. Por ver cómo Kitty tira del cuello de la chaqueta de George hacia abajo para que se agache y así poder besarlo. Cómo él cierra los ojos ante aquel pico torpe y descoordinado. Cómo utiliza su experiencia para corregir el ángulo de las cabezas, entreabrir la boca de Kitty con un suave roce de su pulgar y entrar en ella.

Pero no lo hago, porque siento que estoy invadiendo la intimidad de una amiga y, no importa lo mezquina que sea, eso no está bien.

Al volver la cabeza hacia un lado, me topo con el rostro de Samuel. Tiene una expresión muy suya, reservada y neutra. Sin embargo, al final eleva un poco el labio superior en una mueca de asco tan evidente que yo me muerdo el inferior para no soltar una carcajada.

De todas formas, las ganas de reír se me cortan cuando se inclina sobre mi oído y me susurra:

—Me encantaría intervenir.

—Fastidiaría a su amigo —replico al mismo volumen.

—Precisamente por eso.

—Pero no debe hacerlo. Todavía. —Hago una pausa y añado—: No hasta el capítulo dieciocho.

—¿El dieciocho? —Samuel se aparta y frunce el ceño—. Es en el veintidós.

De pronto, se pone tenso. Rígido. Lívido. Me mira con una expresión indescifrable en la cara.

Yo sé que en la mía se forma una sonrisa espléndida. Lo noto por cómo me tiran las mejillas.

—Jaque mate —digo en voz bajísima, aunque tenga ganas de gritarlo—. Te cacé. Sé lo que eres. Porque…

Lo que pasa a continuación me sorprende. Y no me refiero a Ricky interrumpiendo el beso que está escalando rápidamente hacia el magreo al aire libre de George y Kitty, sino lo que acaba de hacer Samuel Haskell.

Me ha abrazado.

Me está abrazando.

Me abraza.

En fin, incluyo todas las formas verbales posibles, porque pasan los segundos, George grita mientras intenta apagar su chaqueta en llamas y Samuel sigue rodeándome el cuerpo con los brazos.

Estamos tan cerca que puedo distinguir su olor. A pino, madera, tinta, sudor masculino, libros.

Y, debajo de todo, algo indescriptible y familiar.

Mi mundo.

—Gracias a Dios —le oigo decir contra mi pelo—. Estaba empezando a volverme loco.

—Yo… —¿Qué le digo? «¿De nada?». Al final, me sale la verdad—: Yo también estaba volviéndome loca. De hecho, al principio pensaba que lo estaba. O dormida. O muerta. O…

Se aparta de mí y veo cómo traga saliva.

—Lo entiendo.

—Lo entiendes —murmuro.

—Te entiendo. —Hace una pausa—. Más que nadie.

Asiento, sintiéndome algo tonta por la ola de alivio que me está poniendo al borde del llanto.

—¿Por qué… me has abrazado?

—Porque ya no estoy solo —responde enseguida—. Porque tú eres…

Gesticula con los labios. Aunque no suena nada, lo he entendido.

«Como yo».

—Sí, Samuel. —Sonrío al mismo tiempo que él. De la misma forma torpe e inexperta—. Lo soy.

Y en medio de la oscuridad que me aterra, lo siento con una claridad dolorosa.

Esta es la primera vez que quiero besar a un chico que, en lugar de salir de un libro, ha entrado en él.

16

Vocación: apagar fuegos (y encender otros)

Mierda. Y todo esto, ¡¿cómo se gestiona?!

Por partes. Empecemos por apagar los fuegos que hay.

Literalmente.

—Señorita Remmington, su dragón me ha… ¡Eh! ¡Dígale que no vuelva a lanzarme una…!

—¡Ricky, por favor! Ay, mi madre… ¡RICKY! No sé por qué se ha puesto así, milord, lo juro… ¡Vuelve aquí!

Se oyen pasos precipitados, golpes de una tela contra el suelo, gritos varios que son todo llamadas y nombres, otra carrera apresurada.

Samuel tira de mi muñeca hacia arriba y nos ponemos en pie. Los dos perseguimos a la pareja a través del bosque, siempre unos pasos por detrás, como las sombras que somos.

Sigue sin haber una luz potente, pero mis ojos empiezan a acostumbrarse a la oscuridad. Aun así, es una suerte que sea Samuel quien nos guíe; me imagino que ha recorrido esta propiedad hasta cansarse.

¿Cuánto tiempo llevará aquí? A juzgar por sus lunares, ha tenido más tropiezos que yo.

Debe de estar harto de oír las mismas conversaciones y ver las mismas escenas una y otra y otra vez.

Ahora me explico su perpetua cara de aburrimiento mortal. Lo raro sería no tenerla.

De lejos, se distinguen de pronto unas llamaradas que iluminan la oscuridad de la noche. Se forman de manera errática. Son látigos cortos y fugaces lanzados en todas direcciones.

Nos escondemos tras un roble, a una distancia prudencial, suficiente para observar la escena, pero no ser descubiertos.

Kitty da saltos para intentar atrapar a Richard, colgado y enredado entre las lianas de un árbol. Excepto que no son lianas, sino una dríade enfadada que está intentando que ese dragón de chispa histérico no queme su bosque.

—¡Ricky, para! Y tú, maldita hada, ¡suéltalo!

—Señorita Remmington, ¡aléjese de ahí! —le grita el duque. Ha dejado su chaqueta (quemada) atrás y ahora se despoja del chaleco y se remanga la camisa hasta los codos—. ¡Va a quemarse!

—¡Va a matarlo!

—¿Qué hacemos? —le pregunto a Samuel—. En la novela, a Kitty se le ocurría sola que…

—Ya. —Asiente él—. Yo sé mi parte. La que tiene que ver con George. —Cuando vuelve sus ojos hacia mí, el fuego se refleja en ellos—. Pero no la de ella.

—¿Y qué te ocurre en este punto?

—A veces he logrado que la historia siguiera, solo que… Kitty no llega a perdonarlo nunca. —Señala con la cabeza—. Que él muera.

Trago saliva. Mierda, mierda, mierda.

—¿Por qué no me lo has contado antes? ¡Habría venido preparada!

—No podía decírtelo. Este mundo de los cojones no me dejaba. —Oírle decir una palabrota propia del nuestro hace que me sienta rara—. Y no puedo hablar de este tipo de cosas delante de los demás personajes. Lo he hecho antes y no ha dado buen resultado.

—Vale. —Cierro los ojos con fuerza—. Tranquila, tranquila, tranquila.

El «Laura» del final muere en mis labios. ¿Tampoco puedo decir mi nombre real?

—¿Qué haces?

—Pensar. —De repente, abro los ojos y miro alrededor—. Aquí estuvimos. Justo antes del laberinto. Aro doce.

—Sí… Eso creo.

Busco por el suelo, agobiada, mientras George trepa por el árbol para pelear con la dríade y Kitty intenta que Richard se tranquilice.

La encuentro. Una pelota de color verde. Mi pelota de *pall-mall* perdida.

La cojo y vuelvo rápidamente hasta donde está Samuel. Veo que también se ha desabrochado el chaleco y tiene uno de sus viales en la mano. Se coloca como si fuera a lanzar una pelota de béisbol y, con un tiro limpio y perfecto, hace volar la pequeña botella hasta que cae sobre el chaleco que George ha dejado en el suelo.

—Buen lanzamiento.

—Ah. —Parece incómodo ante el halago—. Gracias. Es solo porque lo he hecho ya unas cuantas veces.

—Genial, porque necesito que lances esto también. —Le paso la pelota—. A Kitty. En la cabeza.

—¿Estás segura?

—Hazlo.

Samuel me obedece. Y acierta. La pelota vuela en el aire y golpea a Catherine en toda la nuca.

La chica se tambalea a un lado por el impacto y Richard, al verlo, deja de llamear por un momento y se pone a lloriquear. La dríade, a quien George intenta noquear por detrás con sus puños (pero ¡¿no se

da cuenta de que es un maldito árbol?!), aprovecha el momento para hacer más presión alrededor del cuello del dragón con sus brazos-rama.

Kitty descubre sobre la hierba lo que acaba de golpearla. Y, entonces, cae en la cuenta.

Empieza a buscar con desesperación por el suelo hasta que encuentra el arco de metal con el número romano «doce» en la parte superior. Hace fuerza para desencajarlo de la tierra. Tras unos segundos de insistencia, lo consigue. Las puntas del arco están muy afiladas. No duda en correr hasta el árbol y lanzárselo a George.

—¡Úsalo contra ella!

George tampoco tiene reparos en obedecer. Lo enarbola como un arma cualquiera y apuñala a la dríade sin piedad en la espalda hasta que esta suelta a Richard, primero, y se funde con su árbol, después.

Aunque Kitty ha logrado recoger a Ricky en plena caída, el pobre no tiene muy buen aspecto.

—¡Milord! ¡Ricky está…!

Ay. La angustia me agarrota el corazón, y eso que confío (¡por favor!) en que todo suceda como está escrito.

George desciende del roble con no mejor aspecto que Richard, pero vivo. Tiene arañazos en la cara, el cuello y los antebrazos, además de alguna quemadura, pero parece despierto. Más que nunca.

—¿Está herido? —jadea al acercarse a ellos. Kitty, llorando, es incapaz de hablar, aunque asiente con la cabeza—. ¿Y cree que pueda ser demasiado… grave? —Kitty suelta un sollozo desolador—. Bien, tranquilícese. Es un dragón de chispa. Si quiere uno, le conseguiré el más bonito que haya en el mercado. Ethel Seddon conoce a alguien que…

—¿No ha escuchado nada de lo que le he dicho antes? ¡Quiero este! ¡Lo quiero a él! —La chica le lanza una mirada furibunda—. A usted no le importa, ¿verdad? Porque su vida es así: si pierde algo, lo sustituye por otra cosa parecida ¡y listo! Si no puede conquistar a una dama, ¡se consigue una diferente que le haga más caso! Si ya la ha seducido y se ha aburrido, ¡a por la siguiente!

—Pero ¿de qué está hablando? —George pone los brazos en jarras —. ¿Cuándo le he dado yo razones para creer eso?

—¡Es lo que piensa toda la sociedad! ¿A cuántas mujeres ha besado desde que empezó la temporada? ¡Responda!

George se calla. Es un sinvergüenza, la verdad (pero es nuestro sinvergüenza).

—Gracias —masculla Kitty—. Acaba de darme la razón.

—Oiga, no sabía si me correspondía, ¿qué iba a hacer mientras se decidía? ¿Esperar?

—¡Sí! —Kitty se arrodilla en el suelo y envuelve a Richard con su

falda. El dragón lanza un gemido lastimero—. Su hermano me dijo que lo hacía, que estaba esperando a que su amada tuviera el consentimiento de su familia, ¿sabe? Y lord Haskell también. Esperaba que su dama diera el paso y lo aceptara siendo quien es. Ambos son hombres de honor, ¿sabe? ¡No como usted!

—¿Sam dijo eso? —George esboza una mueca de diversión y, al instante, se transforma en una de reconocimiento—. Sam. Ese hijo de… —Se gira hacia el chaleco tirado en el suelo—. Me dio un vial. Me dijo que lo llevara siempre. Por si acaso me…

Camina, casi corre, hasta su ropa en el suelo. Yo me giro hacia Samuel, que me responde encogiéndose de hombros.

—Siempre se lo doy, siempre lo pierde. A la tercera, aprendí que tenía que venir con él.

—Ahora entiendo la cantidad de lunares que tienes —bufo. Él pone mala cara—. ¿Muchas muertes?

—No quiero hablar de eso.

La verdad es que empiezo a ser adicta a esa cara de frustración y enfado que pone. Me hace muchísima gracia.

—¿Fue porque tardaste en entender lo que había que hacer o solo es que eres así de torpe?

—No me hables de torpeza. ¿Quién quería deslumbrar a la reina y luego bailar solo con George? La señorita babeo-por-el-protagonista.

—¡Pero bueno! —Frunzo el ceño—. ¿Y tú qué?

—¿Yo qué? Kitty me cae bien, eso es todo.

—Y ahora me vas a negar que intentaste liarte con el personaje que más te gustaba al principio, ¿no? —Guarda silencio—. Dios mío, tienes que contarme todo eso.

—Ahora no. —Me señala la escena de delante.

Todavía hay alguna llama perdida de Richard prendiendo la hierba, lo que ilumina el claro en el que están. George, arrodillado frente a Kitty, está dándole el vial al dragón. La pequeña criatura se traga el líquido azul luminiscente con una sed desesperada. Al terminar, una gota se desliza por su cuello de reptil y se queda brillando en el cuerpo escamado.

El dragoncito toma una bocanada de aire profunda y luego otra. Pronto deja de sonar como un muelle roto.

—Gracias —murmura Kitty—. Le ha salvado la vida.

—De nada —susurra George. Deja caer el vial vacío al suelo y se frota el muslo con la palma—. ¿Sigue enfadada conmigo?

—No. —La chica acaricia el vientre del dragón con un dedo—. Estoy enfadada conmigo misma.

—¿Por qué?

—Porque no lo he cuidado como debería. Y, además, le he impuesto a usted unas expectativas que no eran justas. —Alza la cabeza hacia él

y George se encoge. Entiendo por qué. Es difícil no sentirse sucio y miserable al contemplar esos ojos tan puros—. Perdóneme. No debería haberle dicho eso. Puede besar a todas las damas que desee —dice con suavidad, casi inocencia—. De hecho, puede besar a todas las debutantes de esta temporada si quiere. Está en su derecho. No me molestaré.

—Eso no es lo que…

—Solo que yo no quiero ser una más, ¿sabe? Soy simple, pero sé lo que quiero. Y quiero a mi dragón de chispa, quiero levantarme tarde, comer dulces y estar con alguien que solo me espere a mí. Alguien con el corazón paciente. —Se inclina y le da un beso en la mejilla—. Buenas noches, milord.

Después se levanta con cuidado, con Richard en brazos, y camina despacio en dirección a la casa.

George se queda en el sitio. Quemado, apaleado y con el corazón roto.

Pobre. La verdad es que no me puede dar más pena.

Por otra parte, siempre ha conseguido lo que ha querido, así que no le viene mal un toque.

Y me encanta cuando los protagonistas masculinos se arrastran por amor.

Tarda, pero al final coge aire y se pone en pie. El tío ignora las pequeñas llamas que siguen prendiendo algunos retazos de hierba a su alrededor y se larga.

Si es que es tonto perdido. Y, encima, está enamorado hasta las trancas. ¿Cómo no lo voy a querer?

Cuando nos hemos asegurado de que se ha marchado, Samuel y yo salimos de nuestro escondrijo. Nos basta una mirada para saber qué hacer a continuación.

Yo me desato el lazo de la capa y él se quita la chaqueta, y nos dedicamos a hacer lo que hemos hecho desde que ha empezado la temporada: apagamos fuegos. En esta ocasión, a golpe de tela, hasta que no hay ni una llama que pueda crecer y poner en peligro el bosque.

El problema es que, sin los fuegos que todavía quedaban, la oscuridad vuelve a ser total. Solo me da tiempo a entrar en pánico un segundo, porque Samuel no deja que pase más antes de agarrarme de la muñeca.

—¿Estás bien?

—Sí. —Cojo aire y lo suelto igual de despacio—. ¿Sabes cómo volver?

—Sí, claro. Es por ahí.

Aunque ya me ha cogido de la mano, me pego a él y me engancho con el otro brazo al suyo como si fuera un koala.

¿Avergonzada? Puede que más tarde. Ahora mi cerebro, sobreexcitado por la adrenalina, solo puede pensar en sobrevivir.

—No hace falta que intentes gangrenarme el brazo, lady Serpiente. No te voy a dejar sola.

—Uy, yo que pensaba que ibas a darme un empujón y a salir corriendo mientras soltabas una risa malvada —bromeo. Ante su silencio, añado—: No, en serio. No lo hagas. Me haré un ovillo en el suelo y tendrás que volver a buscarme. Y luego te pegaré una patada.

—Te he dicho que no te voy a soltar, pesada.

Avanzamos despacio, sobre todo porque cada vez que una criatura aletea, se arrastra, ulula, gruñe o aúlla en el bosque, tenemos que detenernos para que me tranquilice. Samuel es sorprendentemente paciente y solo suelta un sarcasmo estúpido de los suyos en cada parada.

—¿Seguro que no tienes magia? Contigo una distancia de cien metros se transforma en una de quinientos. ¿Crees que llegaremos para desayunar?

—Si no te callas, al final te voy a arrear esa patada.

—Qué violenta, lady Serpiente.

—¿Por qué me llamas así?

—Porque no te llamas Lavinia Labbey, ¿no? —Niego con la cabeza—. Yo tampoco me llamo Samuel Haskell.

—¿Y cómo te llamas?

—No puedo decírtelo. Y no es por hacerme el misterioso ni nada de eso.

—Porque es una cosa que no te encanta. —Sonrío—. Para nada.

—Para nada —replica él a mi sarcasmo—. Es porque sencillamente la novela no me deja. Ni decirlo en voz alta ni escribirlo ni… nada.

—¿Por qué?

—Ni idea. ¿Por qué estamos aquí? ¿Por qué yo vine antes? ¿Por qué tú después? ¿Por qué George tiene el cociente intelectual de un grillo?

—Estamos aquí para que la historia siga su curso. Yo vendría después de ti porque eres un desastre que no podía hacer avanzar solo la novela. Y George no tiene… Bueno, igual no tiene muchas luces, pero sí buen corazón.

—No finjas que te gusta solo porque tiene buen corazón.

Me encantaría poder verle la cara. Creo que está poniendo la que es mi favorita.

—No sé si buscas que niegue que está como un… —La palabra «tren» se me atasca en la garganta. ¿Tampoco puedo decir eso?—. Queso. Pero no lo haré.

—No buscaba que dijeras nada. Y menuda novedad: aquí todo el mundo está tremendo. ¿Por qué los personajes de las novelas son todos tan guapos? Es absurdo. Y si en un libro el protagonista es el

más cachas, en la siguiente novela el protagonista es todavía más cachas. ¿Qué sentido tiene eso?

Me echo a reír.

—Hay alguien con mucho rencor dentro me parece a mí…

—Llevo aquí dentro… —Hace una pausa—. Ni se sabe. Claro que tengo rencor.

—Bueno. Ahora todo está yendo bien, ¿verdad? —Bajo la voz y trato de sonar amable—. Y estamos en la mitad de la historia.

—Sí. Solo que… —Noto cómo traga saliva—. A partir de ahora, no lo tengo tan controlado.

—Entonces es una suerte que no tengas que controlarlo todo tú solo. —Se vuelve hacia mí y, aunque no tenga claro si me ve, le sonrío—. Estoy aquí. Lady Serpiente al rescate.

Vuelve la vista al cielo.

—Entonces, que Dios me ayude.

Le pellizco el bíceps y él se ríe.

—Así que… no te llamas Samuel.

—No.

—¿Y cómo entraste aquí?

—Había una tormenta.

—¡En mi caso también!

No puedo evitar sonar tan entusiasmada como Kitty ante… todo.

—Estaba releyendo el libro —sigue explicándome mientras caminamos—. Un amigo del conservatorio estaba organizando su cumpleaños y la temática era la de la saga, así que decidí releerme las novelas. —Lo oigo resoplar con enfado—. Y en qué puta hora.

—Madre mía, sí que sueltas palabrotas fuera de personaje, ¿eh?

—¿Sabes lo que me costó adaptarme a la forma en que habla esta gente? Joder, las primeras veces que se reinició la historia fue solo porque empezaron a pensar que me pasaba algo raro. Sin embargo, tú… —Noto cómo me mira, así que clavo la vista en lo que tenemos delante (la oscuridad más absoluta y terrorífica)—. La primera vez que te vi no sabía si eras como yo. El personaje de Lavinia Labbey siempre estaba ahí, pero en el baile en que apareciste me resultaste… diferente. Aunque seguía teniendo mis dudas, porque hablabas, te movías y te comportabas como un personaje normal. ¿Qué eres, una friki de esta época?

—Bingo —reconozco—. ¿Vas a burlarte de mí?

—No, ¿por qué? —Por suerte, suena sincero—. Lo que tengo es envidia. Te has adaptado de forma increíble a este mundo.

Me guardo de confesar que es porque me refugio en él cada dos por tres, así que prácticamente ya vivía entre sus páginas.

Es lo que ocurre cuando no tienes muchos amigos. Los libros se convierten en las personas que te faltan. Que te entienden y quieren

sin pedir nada a cambio. Llenan ese hueco en tu interior como si tu corazón fuera un estante vacío.

—A lo mejor es porque soy más lista —replico—. Y, aun así, te permitiste llamarme «idiota» cuando morí envenenada.

—Sí. Te dije «búscame la próxima vez, idiota». Y, en el siguiente baile, decidiste ignorarme.

Ahogo una exclamación ahogada.

—No te oí bien, me estaba muriendo ¡y desde luego que no te ignoré! No quise bailar contigo, que es muy distinto. Y era porque necesitaba estar al tanto de todo y no perder de vista a Kitty. ¿Te enfadaste por eso? ¿O solo lo hiciste porque no actué como tú querías?

Caminamos unos pasos sin que pronuncie una palabra.

—El equilibrio de esta historia es muy frágil —acaba diciendo. Serio, hermético. De nuevo, como Samuel Haskell—. Basta con que alguien oiga lo que no debe para que vuelvas a la casilla de salida. Cuando George y Kitty se fueron a bailar, nos quedamos solos e intenté explicarte entonces quién era, pero de mi boca no salía nada. —Resopla, frustrado—. La novela no quería que fuera por ahí. No quería que te dijera quién era en realidad. Tenía que esperar a que lo descubrieras tú sola. A que revelaras por ti misma mi verdadera identidad.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque cuando vamos por mal camino hay señales. Solo hay que estar atento.

—¿Quién crees que envía esas señales?

—¿No es obvio?

Vuelve a guardar silencio.

—Ah —se me escapa—. Garden.

—Es mi teoría. Ella ha creado este mundo. Tiene que ser quien mueva los hilos.

—¿Crees que está aquí dentro? —pregunto, y no puedo ocultar la emoción en mi voz—. ¿Estará escondida tras un personaje?

—Quizá. O quizá son todos.

—Esto es superraro.

—Sí.

Seguimos caminando. Debe de quedar poco. Aunque, en realidad, una parte de mí no quiere que lleguemos nunca a la mansión.

—Samuel —le digo—. A falta de llamarte de otra manera…

—Samuel está bien.

—¿Por qué me pediste que bailara contigo?

Se pone rígido. Lo noto porque sigo aferrada a su brazo como si fuera un salvavidas.

—Hay pocas formas en que un chico y una chica pueden interactuar en esta época.

—A mí se me ocurren unas cuantas…

—Y que no levante sospechas —me corta, lo que me arranca otra risa—. Y, si bailaba contigo en ese momento, no estarías presente cuando llegasen las copas. Si bebías la de Kitty de nuevo…

—No iba a tropezar dos veces con la misma piedra —le aseguro—. A ese respecto, ¿sabes que intentan…?

—¿Matarla? Sí.

Se detiene de pronto y me doy cuenta entonces de que hemos llegado a la entrada posterior de la casa.

—Creo que esa es la razón por la que estoy aquí —susurro—. Para salvarla.

—Tendría sentido —concede—. Porque yo estoy aquí por la misma razón.

—¿Detener a la persona que intenta asesinar a Kitty?

—Y a la que intenta matar a George.

17

Si la luna sonríe, elabora un plan (y reza por que no salga mal)

—Espera, ¿qué has dicho?

—Alguien intenta envenenar a Kitty —repite Samuel—. Y ha intentado asesinarla de otras formas, créeme. Desde que estás aquí y la sigues a todas partes, has evitado unos cuantos asesinatos más.

—No, ya —le digo—. Lo otro. ¿Alguien intenta matar a George?

—Sí. Es decir, el primero que quiere hacerlo es él mismo. No he conocido a nadie con menos instinto de supervivencia. Pero sí, hay alguien que ha intentado acabar con él varias veces.

—Madre de Dios. —Suelto a Samuel, me separo de él y me apoyo en la pared de la casa, junto a la puerta—. ¿Y no sabes quién es?

—Evidentemente, no.

—Esto es más complicado de lo que esperaba.

—¿A mí me lo dices? No solo hay que procurar que la novela siga su curso, sino que esos dos idiotas no estiren la pata.

Se apoya en la pared junto a mí. Las nubes se mueven y la sonrisa de la luna vuelve a aparecer en el cielo. Siento que es Garden riéndose de nosotros desde las alturas.

Me vuelvo hacia Samuel para comentárselo y me doy cuenta de que me está mirando con una expresión indescifrable.

Sus pupilas se han dilatado para observarme en medio de esta oscuridad, y sus ojos azules parecen todavía más oscuros y profundos. Pero es la intensidad que reflejan, casi sedienta, la que hace que el estómago me dé un vuelco. No puedo evitar que se me escape un:

—¿Qué pasa? ¿Tengo monos en la cara?

—No —contesta en voz baja.

Suena igual que cuando me abrazó. Extrañamente vulnerable.

—¿Entonces?

—Pensaba en lo aliviado que estoy. Es decir, preferiría que la lectora que estuviera aquí encerrada conmigo no fuera una listilla que se lo tiene muy creído…

—Vaya, gracias.

—Pero es un cambio que agradezco. —Alza la mano y toca el lunar junto a mi ojo con un dedo—. ¿Cómo te ganaste este?

Aunque solo ha sido un roce, pasan los segundos y sigo sintiendo el contacto de su piel con la mía.

—La primera vez que desperté aquí me escapé con un dragón de tiro al East End —confieso—. Intenté que la bruja Olwen me diera objetos mágicos. Se dio cuenta de que mentía y, no sé qué hizo, pero volví a empezar.

Samuel se ríe entre dientes.

—Error de novata.

—No finjas que tú no hiciste algo parecido.

—Oh, sí. Miles de veces. Lo que más me gusta de la novela es la conspiración del conde Seddon y toda su trama política, así que, de cuando en cuando, sobre todo después de varios reinicios, me permitía gastar una «vida» en hacer lo que me diera la gana. Hasta me hice aliado suyo. —Me señala su pecho, justo en el pectoral, donde le había visto un lunar solitario—. Me arrancaron el corazón. Literalmente.

—Ay.

—Ya.

—¿Has intentado «ganar» magia?

—Sí. No funciona. Podemos usar objetos mágicos, pero no los que despiertan poderes —me explica con paciencia—. Y se puede modificar la historia hasta cierto punto. Si sucede algo que cambia sustancialmente los acontecimientos de la novela, pum.

—Vuelta a empezar.

—Exacto.

—¿Como por ejemplo?

—Por ejemplo, si George hubiera seguido interesado en ti en lugar de en Kitty, la historia se habría reiniciado sola aunque no te hubieran envenenado.

Asiento, cruzándome de brazos.

—¿Tú… has intentado lo mismo?

—¿El qué?

—Ganarte la atención de algún personaje.

—¿Estás intentando averiguar si me he liado con alguien? —Ante mi ceño fruncido, sonríe de esa forma que me saca de quicio, como si me hubiera ganado—. Sí.

—Y no me vas a decir con quién a menos que te lo pregunte.

—Y yo solo te contestaré a la pregunta si te interesa mi respuesta.

Suelto un suspiro, porque (maldita sea) sí que me interesa. Y creo que él lo sabe, así que al carajo.

—¿Te has enrollado con Kitty? —Su sonrisa se acrecienta, así que le doy un manotazo en el brazo—. ¡Qué cabrón!

—Como si tú no hubieras hecho lo mismo con George si hubieras podido.

—Anda, fíjate, pues igual lo hago.

—Ni se te ocurra —masculla, de repente enfadado—. ¡Volveríamos a empezar de nuevo!

—Si sirve para fastidiarte, valdría la pena.

Nos miramos fijamente durante unos segundos hasta que ambos esbozamos una sonrisa inevitable.

—Vaya, vaya, lo que he descubierto… Te quejas de George, pero eres igual que él —lo acuso—. Un donjuán que las prefiere rubias.

—No soy un donjuán, solo estoy aburrido —se excusa—. Y sí, me gustan las chicas rubias y guapas. Denúnciame.

Mi corazón se acelera. ¿Sabrá que yo lo soy? Es decir, no guapa. Rubia.

Aun así, no creo que le interesara. Seguro que me ignoraría, igual que la mitad de la población masculina de Inglaterra.

—¿Para qué iba a denunciarte? —replico—. A mí también me gustan. —Veo un destello de interés en su mirada—. Quiero decir, los chicos rubios y guapos. Denúnciame a mí también.

—Paso. —Se cruza de brazos y la chaqueta se tensa sobre sus hombros—. Todavía puedes probar suerte con John Keating. No tiene interés amoroso en la historia y, ya sabes, se muere al final del libro por proteger a su hermano. Podrías darle una alegría.

—¿No has oído lo que le ha dicho Kitty a George en medio de la discusión? John ya está enamorado de alguien. ¿Quién crees que es?

Samuel se encoge de hombros y desvía la mirada hacia la luna. Yo la fijo en él.

La verdad es que no tengo ni idea de cómo es en realidad. ¿Será moreno también? ¿Tendrá los mismos rasgos angulosos y fríos, la misma estatura, el mismo cuerpo de atleta?

Bueno, ¿y qué más da? ¿Desde cuándo soy tan superficial? (Desde siempre, hija).

—Tienes muchos lunares —murmuro después. Noto que se pone tenso de inmediato. Imagino que se acuerda del momento en que lo descubrí (yo también me acuerdo de esa escena, la verdad; demasiado a menudo)—. ¿Con cuál llegaste más lejos?

Se desata el pañuelo blanco del cuello y, ahí están, los tres lunares en forma de triángulo y la marca del violinista.

—Capítulo dieciocho. Después de esta visita de Kitty, George vuelve a Londres. No ha conseguido recuperarla, así que se mete en peleas, se emborracha… En una ocasión, lo retaron a un duelo. Como siempre lo dejo participar a él, esa noche decidí meterme yo. Me pegaron un tiro en el cuello.

—Uf. —Compongo una mueca—. Lo siento.

—Sí. Dolió bastante.

—Ya me imagino. ¿Esa ha sido la muerte más dolorosa?

—No, fue que me achicharrara un dragón de tiro —responde sin dudar—. También en ese capítulo. Yo creo que está maldito.

—Ese es en el que el duque frustra el encuentro entre Seddon y el

hechicero Lir, quien intentará atentar contra la reina Charlotte en nombre del conde.

Era el capítulo que estaba leyendo cuando me metí en la novela.

—Exacto. Haga lo que haga, la historia me escupe al principio. La última vez, fue ahí.

Asiento y me quedo mirando la luna mientras pienso. En el libro, después de que Kitty y George discutan…

—El concierto —murmuro—. Es lo que toca ahora.

—Pero Kitty está muy enfadada como para aceptar.

—No. Solo está decepcionada. Al fin y al cabo, George ha salvado a Richard. Yo me encargaré de que vea sus partes buenas, y los dos tenemos que preparar el escenario en que se perdonan, ya sabes. —Samuel se me queda mirando. Serio—. No te acuerdas de nada, ¿no?

—¿Quieres que lo reconozca en voz alta, lady Serpiente?

—Me harías muy feliz.

—Pues no pienso darte el gusto.

Me contengo para no reírme en su cara. El pobre ya lo ha pasado bastante mal intentando cargar solo con toda esta subtrama de asesinatos a los protagonistas. Voy a ser buena gente.

—Vale, escúchame. Mañana, en el desayuno, tenemos que proponer que se celebre un concierto aquí, en la casa, para dentro de unos días. Tener un ensayo juntos nos proporcionará también la excusa para estar solos y poder hablar del capítulo que transcurre durante la noche de mañana. Así no despertaremos las sospechas del resto de los personajes, ya que hay alguien entre ellos que…, bueno, debe de estar bastante cabreado con nosotros porque no estamos dejando que muera quien quiere.

—Ya. —Samuel niega—. Somos unos degenerados.

—Desde luego.

—A veces hasta compadezco al pobre asesino en las sombras.

—Yo también. Le echaría una mano y todo. Kitty es…

—¿Qué problema tienes con ella? —me corta—. Si es mejor personaje que George.

—¡Qué dices!

—Es buena gente y una pirómana en potencia —responde, categórico—. Al contrario que él, que es el mayor cliché de tío buenorro y canalla que cambia solo por mojar el churro.

—Si estás queriendo insinuar que es mejor tío que los de verdad porque lo ha escrito una mujer: mira, te doy la razón.

Vuelve a poner esa cara de frustración y enfado que empiezo a querer ver enmarcada en mi cuarto.

—No nos desviemos del tema —gruñe—. Mañana, los convencemos del concierto. Y luego, ¿qué?

—Y luego ensayaremos. Tú, al violín. Yo, al piano. —Me acerco a él

y deslizo una mano por el interior de su chaleco para sacar uno de los viales curativos con líquido azul del bolsillo—. Y esto me lo quedo.

—¿Para qué?

Estamos tan cerca que su aliento me acaricia la mejilla.

—Después de tus trescientas muertes, lord Haskell, tienes muchos trucos escondidos. Para que esto esté equilibrado, yo también necesito algún as en la manga.

Me voy a apartar, pero él me retiene agarrándome del brazo.

—Tú ya tienes uno —susurra junto a mi oreja, provocándome un escalofrío—. Controlas esta novela mucho mejor que yo.

—Porque la he leído mil veces. —Aunque dudo, al final lo confieso —: Esta era la diecisiete.

—Joder. —Me tenso, a la espera de algún comentario venenoso—. Impresionante. ¿Eres editora, escritora o algo así?

—No. Tengo diecisiete años.

—Ah. Como yo. Bueno, acabo de cumplir dieciocho.

—¿Sí, seguro? ¿No eres un viejales de cincuenta?

—Eso te gustaría, ¿eh? —Me echo a reír—. Oye, ¿y cómo…?

Se calla. Noto que traga saliva y mi atención se va directa a su cuello. A esa marca. A esos tres lunares. Al pulso acelerado que hay debajo.

—¿Sí?

—¿Cómo eres en realidad?

De nuevo, una nube oculta la luna. Ya no veo su cara tan claramente. Él tampoco la mía.

—Muy diferente —contesto en un susurro—. Te decepcionaría.

—¿Tienes seis ojos y cuatro brazos?

—No.

—Entonces no serás tan diferente.

No puede ver que sonrío, pero espero que sepa que lo hago.

—Buenas noches, lord Haskell. Nos vemos mañana.

Me aparto de él y, despacio, camino hasta la puerta.

—Buenas noches, lady Serpiente —lo oigo por detrás—, y procura no tropezar en las escaleras. Odiaría tener que volver a empezar.

Ya. Yo también.

18

Tercer plato de desayuno: manipulación y concierto (en la mayor)

La tensión que flota en el aire se puede cortar con un cuchillo.

Es una suerte que todos los del desayuno carezcan de filo. Además, excepto la parejita protagonista y Samuel y yo, nadie parece haberse dado cuenta de que George y Kitty ni se miran ni se dirigen la palabra.

O quizá el grupo al completo finge maravillosamente que no se da cuenta.

Todo es posible. Hasta que haya un asesino sentado a la mesa.

—Ha sido una visita corta pero intensa —le dice la madre de Kitty a lady Keating (¿cuántas veces van ya?)—. Esta casa es espléndida, ¡y la propiedad! Aunque, sin duda alguna, lo mejor ha sido la compañía. ¿No es cierto, Kitty, querida?

La chica asiente con la cabeza. Apenas ha probado bocado y eso que tiene el plato lleno de panecillos de mantequilla, carne ahumada, huevos y fruta.

Yo parto un trozo de pudin de naranja y le dirijo una mirada a Samuel a través de la mesa. Está hablando con John, pero, ignoro cómo, parece adivinar que lo estoy observando y se vuelve hacia mí con disimulo. Me hace un gesto imperceptible con la cabeza, apenas es un asentimiento.

Bebo un sorbo de té para aclararme la garganta y me dirijo a la dueña de la casa.

—Lady Keating, no he podido evitar admirar el piano que tienen en el salón azul. Es bellísimo.

—Ah, sí. Un gran instrumento. —La mujer esboza una mueca melancólica—. Mi marido solía tocarlo. Desde su fallecimiento…

Se detiene. Luego alza la vista del plato y me mira con los mismos ojos azules de sus dos hijos.

—¿Está interesada en tocarlo?

—Oh, no, milady, no se me ocurriría. Pero acaricié una tecla y, al despertar su sonido, me di cuenta enseguida de la buena acústica del lugar. Mi imaginación elaboró enseguida un escenario de cuento; una voz dulce debe sonar espléndida entre esas paredes. ¿Sabe que la señorita Remmington es una gran cantante?

Porque, como buena protagonista, es perfecta, y sí, incluso sin

practicar canta de maravilla (menuda sorpresa).

Ante mis palabras, Kitty da un respingo y compone una mueca aterrorizada.

—Yo no soy…

—¿Es eso cierto? —pregunta George desde la otra punta de la mesa.

—Es difícil contestar a esa pregunta. —Kitty se niega a mirarlo, así que vuelve a pinchar un trozo de pastel de su plato (que no va a comerse)—. No sé si puedo considerarme buena. Solo me gusta.

—¿Y no es eso lo más importante? Sus gustos. Lo que quiere y le hace feliz.

Ella no contesta, solo aprieta el tenedor. Yo deslizo una mano por debajo de la mesa y tomo la que tiene libre, transformada en un puño sobre su pierna.

—Por desgracia, no llegué a conocer al fallecido lord Keating —continúo diciendo—, ¿le gustaba la música, milady?

—Mi esposo la adoraba —me responde lady Keating—. Le gustaba organizar conciertos e invitar a la sociedad al completo. Solía pedir a otros nobles y damas que fueran los músicos, en especial a aquellos que no eran de tan alta cuna o no prodigaban sus talentos a menudo. —Hace una pausa—. Adoraba a los genios escondidos. Les daba una oportunidad para brillar. A John le regaló su violín de piedra de luna. Es una pena que nunca pudieses tocar para él, mi niño.

—Era un gran hombre —reconoce Samuel. Su personaje es un amigo de la infancia de la familia, así que conoció al anterior duque. Él no, claro, pero, aun así, suena como si lo hubiera hecho. Tiene el punto justo de tristeza al añadir—: A menudo pienso que le habría gustado que su tradición siguiera viva.

Cebo lanzado. Solo falta que el pez…

—Podríamos hacerlo —propone George. Mira a Kitty un segundo antes de volverse hacia su madre—. ¿Qué te parecería, mamá? Detestas ir a Londres, así que podríamos traer la ciudad aquí. Invitar a quienes más cariño profesas, incluso a la reina. Y dejaríamos que tocaran y cantaran solo aquellos a quienes les gustase hacerlo.

Kitty se come un trozo de pastel de un bocado. Y luego otro. Y uno más.

—Oh, querido, eso sería… —La mujer se dirige a John—. ¿Tú qué opinas? ¿Estás de acuerdo con tu hermano? Podrías tocar el violín de tu padre.

—Sí, creo que es una gran idea —concede él—. Además, ayudaría a que los demás vieran a George como el nuevo duque. Se reafirmaría en el título ante la corte.

—Gracias, hermano, aunque eso me importa bien poco —dice riéndose—. Lo soy, me consideren los demás un mal duque o no.

—Desde luego, pero el poder que…

—No se hable más —lo interrumpe lady Keating poniéndose en pie (lo que provoca que los tres hombres en la mesa se levanten con ella) —. ¿Cuándo empezamos a organizarlo?

—¿Hoy? —propone la baronesa Richmond—. ¿Para qué esperar?

—¡Esperar es muy importante! —se apresura a decir George—. A mí me encanta esperar. ¡Lo hago a todas horas!

Toda la mesa, excepto Kitty, se vuelve hacia él con el ceño fruncido.

—Quiero decir —balbucea él—, que podemos empezar a organizarlo todo hoy, sí…

—Enviaré invitaciones —sigue diciendo su madre, entusiasmada, volviendo a sentarse—. ¡El próximo sábado sería buena fecha! No hay ningún acontecimiento destacado en la temporada, ¿o sí, lady Remmington?

—Ni uno solo. Y, aunque lo hubiera, ¿quién preferiría una triste cena en Londres antes que un espléndido concierto en su finca? ¡Ni una sola familia respetable, se lo aseguro!

Las mujeres empiezan a parlotear sobre los preparativos y yo aprieto la mano de Kitty.

—¿Estás bien? —le pregunto en un susurro.

—¿Por qué has dicho eso? —No está enfadada, solo aterrorizada—. Ahora esperarán que cante.

—¿Y no vas a hacerlo?

—Haría el ridículo. Nunca he cantado delante de otros que no fueran mi familia o Ricky.

—¿Recuerdas el miedo que te daba presentarte ante la reina? Y luego la deslumbraste. Lo único que tuviste que hacer fue ser tú misma. —Se vuelve hacia mí y yo le guiño un ojo—. Vuelve a hacerlo.

—Quizá… podría imaginar que todos son criaturas mágicas, como me sugeriste una vez.

—Claro. El salón azul estará lleno de dragones de chispa. En cada butaca se sentará un pequeño Richard. Tú imagínate eso.

Ella esboza una sonrisa y yo la imito.

—¿Sabes, Lala? Te noto diferente.

—¿A mí? ¿Por qué?

—No lo sé. —Se encoge de hombros—. Ahora, cuando sonríes, no parece que tengas gases. Al menos, no tantos.

—Genial. Era lo que necesitaba oír.

—¿En serio? ¡Qué bien! —Me hace tanta gracia que no sepa detectar mi ironía que vuelvo a sonreír—. Como siempre, Lala, eres la única que me anima. Incluso en las mañanas en que me siento tan torpe y avergonzada que no tengo ni hambre.

—¿Y eso? —Intento sonar inocente—. ¿Qué ha pasado? ¿Sucedió algo malo en el jardín? ¿Encontraste a Ricky?

Asiente con tristeza.

—Él nos encontró a nosotros. No se lo tomó bien.
—Vaya.
—Creo que se hizo una idea equivocada. Pensó que el duque me estaba devorando.
—Oh.
—Sí, bueno. —Se pone colorada—. Podría haberle parecido eso a un animalillo que no tiene una idea clara de lo que ocurre cuando dos personas se están…
—Ya sé, ya sé —me apresuro a cortarla—. ¿Te hiciste daño?
—No. Sí. —Se inclina hacia un lado para acercar su boca a mi oído —. Le rechacé, Lala, y es un problema.
—¿Por qué?
—Porque hoy me gusta más que ayer. Pero, después de lo que le dije, no me aceptará jamás.
Qué dramática es. ¡Y qué ciega! Si está claro que él la adora, ¿cómo puede pensar que no? Es cierto que a veces las cosas se ven distintas desde fuera. Como cuando mi amiga Alice niega día sí y día también que su compañera de hípica y ella tienen un rollito bollero intenso y quieren comerse la boca.
Mis ojos se dirigen solos a la del chico que está sentado frente a mí y él enarca una ceja.
—La señorita Labbey y yo podemos probar hoy el piano del salón —propone en ese momento—. Por si hubiera que afinarlo.
—¡Qué gran idea, Samuel! —exclama lady Keating—. De hecho, ¿por qué no tocáis juntos la señorita Labbey y tú ese día? Algo ligero y fácil. Una pequeña pieza a piano y violín, a modo de introducción antes del resto de las actuaciones. Nada muy complejo.
Porque somos dos donnadies, imagino. El petardo de aviso antes de los fuegos artificiales.
—Oh, milady, pero para eso tendría que venir aquí a ensayar durante la semana —comento fingiendo preocupación—. Y no sé si lady Remmington querría…
—¡Pamplinas! No habría problema, ¿verdad que no? —La madre de George se vuelve hacia la de Kitty, que se ha puesto blanca—. Podrá prescindir unas horas al día de la señorita Labbey, ¿no es así?
—Ah, sí, supongo… Pero Lavinia está en Londres para cuidar de que mi hija Kitty…
—Ella puede venir aquí conmigo —propongo—. Podría ensayar también, si es que quiere cantar el sábado.
—¡Espléndida idea! —Es el turno para emocionarse de lady Remmington—. Duque, ¿no querría actuar junto a mi hija? Podrían ensayar juntos.
—¡¿Yo?! —George, acorralado, no sabe bien qué contestar; es tan transparente que es evidente lo que piensa: quiere estar con Kitty,

pero tiene el oído musical de un armadillo—. Me temo que estropearía la actuación de la señorita Remmington. Pero puedo estar presente en sus ensayos para oír cómo canta y quizá…

—¡No!

La interrupción de Kitty provoca que un silencio tenso se instale en la mesa.

Tras unos segundos, la encargada de abrir la boca y arreglarlo es la de siempre (sí, servidora).

—Lo que quiere decir la señorita Remmington es que desea que sea una sorpresa. —Le dedico una expresión afable al duque—. Pero podría asegurarse de que nadie entra en la sala mientras ella ensaya. ¿Qué le parecería hacer de guardián?

Él la mira con una expresión torturada.

—Por supuesto. Protegeré la intimidad de la señorita Remmington con mi vida.

Nada como un buen dramatismo a primera hora de la mañana.

—No se hable más, entonces —concluye su madre—. Nuestra casa estará abierta para sus ensayos. Hoy, antes de marcharse, pueden probar el piano por si fuera necesario llamar a un afinador. Incluso pueden elegir ya una canción. —Luego mira a Haskell—. Samuel, ¿tienes ganas de hacerlo con la señorita Labbey?

Samuel se atraganta con el té y empieza a toser y George le palmea la espalda con una expresión de burla.

—En qué estabas pensando, ¿eh, Sam?

Él no responde, solo le dedica una mirada furibunda.

La verdad, es una suerte que no estuviera bebiendo yo también. Me habría atragantado igual que ese idiota.

19

Se revelan iniciales entre canciones y puñaladas (y, al final, ¿quién pierde la batalla?)

Durante este primer ensayo, Haskell y yo tendremos una carabina que nos vigile, por supuesto. No es que mi reputación le importe a nadie (más allá de que no manche la de Kitty) y Samuel es un hombre (traducción: en esta época, puede hacer lo que le venga en gana), pero hay que mantener las apariencias.

La que ocupará el papel de acompañante será la baronesa Richmond. He manipulado la conversación para que fuera ella y no lady Remmington, que en estos momentos pasea con la matriarca y John por la finca. Lo he preferido así porque la buena mujer va a dormirse en cuanto se siente en la butaca del salón y ni Samuel ni yo queremos oídos indiscretos mientras elaboramos un plan para salir de este libro.

Kitty me pide perdón por no hacer de espectadora. Me pregunta si me molesta que se quede en su habitación hasta que regresemos a Londres y, como es obvio, le aseguro que no. Primero, porque no me importa en absoluto. Y segundo, porque es lo que tengo que decir.

Este mediodía, Kitty tendrá una escena con el pobre Richard (convaleciente aún) y con George, que intenta disculparse con ella colándose por su ventana (no tiene éxito en ninguna de las dos cosas). Tenemos que dejar a los tortolitos solos y confiar en que sigan el curso de la novela.

Vamos, que toca rezar para que no se maten de alguna forma ridícula.

—Madre mía, ¿la abuela de Kitty ya está dormida? —me pregunta Samuel en cuanto aparece y cierra la puerta a su espalda—. ¿Es que tú también usas láudano?

—No, solo la conozco bien —murmuro en respuesta. Estoy ya sentada en la banqueta del piano. Junto a la ventana del salón, a unos diez pasos de mí, la baronesa ronca con la boca abierta, sin ningún tipo de pudor—. Mi abuela es igual. La llama «la siesta del burro».

—¿Qué es eso?

—La que se echa antes de comer —le explico—. Es española.

—Ah, entiendo. —Samuel se acerca despacio. Lleva consigo una funda de piel con una forma inconfundible—. ¿Tú lo eres también?

—No, el resto de mi familia es inglesa. —Toco una tecla. El sonido

reverbera en la sala con un eco claro y perfecto—. ¿Tú lo eres?

—Más que el *earl grey*. Lamentablemente, no tengo nada interesante que decir sobre las raíces de mi familia, más allá de que son todos idiotas.

—Por lo que veo, has seguido con la tradición familiar.

Él frunce el ceño y yo me rio entre dientes.

—Bueno, lady Serpiente, no perdamos el tiempo. ¿Has probado el piano?

—Sí, aunque no he tocado nada complejo aún. Estaba esperándote.

—No puedes hacer nada sin mí, ¿eh?

Dios, odio esa cara de arrogante que tiene.

—En realidad, no quería que te perdieras mi demostración de talento —replico—. Soy así de generosa.

—Eres así de humilde, querrás decir.

—No podía ser de otra manera. Tengo que ir a juego con mi compañero de dúo.

—Vamos a hacer que el sábado se caguen encima, entonces.

—La duda ofende. Nos van a oír tocar y la reina va a entregarme el diamante de la temporada.

—Así, directamente.

—Uy, sí. Y todas las debutantes caerán rendidas a tus pies.

—Cómo no. El violín en este mundo es como la guitarra en el nuestro; tocaré «Wonderwall» y todas se bajarán las bragas.

Se me escapa una carcajada. La baronesa suelta un ronquido distinto y yo me tapo la boca con ambas manos. Samuel cabecea, aunque noto que está tratando de ocultar una sonrisa.

—En fin… Vamos a ello.

Después abre la funda y saca el violín. Es pequeño y precioso, de madera oscura y pulida. Se trata de un instrumento de este siglo y, como tal, tiene algunas diferencias con los que usan en mi conservatorio (perfectos, estándares, todos iguales), pero posee cierto aire regio. Es claramente superior.

Se coloca la base contra un lado del cuello, apoya la barbilla y, sin mirarme, murmura:

—La.

Doy un respingo.

—¿Qué?

—La nota. —Sus ojos azules son lo único que se mueve hacia mí—. Para comprobar que está afinado.

—¡Ah! Sí, perdona.

Pulso la tecla y espero. Él arranca la nota correspondiente con el arco y, tras un segundo, ajusta la clavija. Apenas la gira. Parece satisfecho.

Empieza a puntear, arrancándole notas primero, y acordes con el

arco después. Yo lo observo, fascinada.

Siempre me ha gustado fijarme en el ritual de un intérprete al preparar su instrumento. En cada persona es único y las manías salen a relucir. La mayoría de mis compañeros fruncen el ceño, concentrados o molestos (consigo mismos, con el violín, con la canción, conmigo; quién lo sabe). Samuel, sin embargo, hace desaparecer cualquier rastro de frustración de su rostro y compone a cambio una expresión suave y tranquila. Parece que, de repente, no hay nadie más aquí aparte de él y su violín.

Mientras toca, me siento de más. Una polizona que no puede hacer ni un sonido para que no la descubran. Solo es válido mirar, oír, respirar. Sentir el corazón tenso como una de sus cuerdas. A la espera, inquieta y expectante hasta que él decida romper la magia. O, quizá, hacerla crecer hasta estallar.

Por una vez, no me importa ser espectadora y no protagonista. Por una vez, siento que podría permanecer en silencio y no juzgar.

Por una vez…

Cuando Samuel termina de ajustar el violín y calentar, me mira. Entonces me doy cuenta de que llevo un buen rato con la atención fija en él.

—Qué miedo. Estás volviendo a hacer de serpiente.

—¿Qué dices?

—Mirándome muy quieta con esos ojos casi amarillos. —Chista—. Un día me vas a pegar un mordisco y no me voy a sorprender.

Me pongo colorada y pulso una tecla al azar solo por hacer algo.

—Pues buena suerte —mascullo después—, porque soy venenosa.

—Ya me he dado cuenta.

¿Por qué sonríe así? Hace que, de pronto, sea más consciente de mí misma. Que un extraño cosquilleo recorra mi piel expuesta hasta tensarme de pies a cabeza.

—Ahora que tu violín y mi piano ya están afinados —me apresuro a decir—, elijamos canción para el sábado y así nos centramos en lo importante, que es elaborar un plan. ¿Qué quieres tocar?

—¿Qué dijo lady Keating? Ah, sí. «Algo ligero y fácil. Una pequeña pieza a piano y violín, a modo de introducción antes del resto de las actuaciones. Nada muy complejo».

—Es decir, que da igual lo que toquemos.

—La gente estará demasiado ocupada pensando en sí misma o en su objeto de deseo, o bien en la reina sentada en primera fila —confirma él—. Así que ¿por qué no nos divertimos?

—¿Qué quieres decir?

En lugar de contestar, se coloca en posición y empieza a tocar. Tardo tres segundos en reconocer una de las mejores canciones de Måneskin.

—Así que «I wanna be your slave» —murmuro—. ¿Es una indirecta, milord?

—¿Qué? ¡Claro que no! —Al verlo tan alterado, soy incapaz de no reírme en su cara—. Solo es buenísima. Eso es todo.

—¿Y quieres tocarla el sábado? ¿Qué te crees, Marty McFly en *Regreso al futuro*?

—¿Te imaginas? Alguien del público tomará nota y el rock se adelantará un siglo y medio.

—Sería la forma más tonta de hacer que la novela se reiniciara. Así que, puestos a arriesgarnos, ¿qué tal esta?

Empiezo a tocar «Perfect». Samuel espera a que llegue al estribillo para pronunciarse.

—¿Ed Sheeran? Por encima de mi cadáver.

—¿Qué problema tienes con él?

—Cuál no tengo, ese es el tema.

—Vale, gruñón. Mejoremos esto un poquito.

Cambio a «Cruel summer». Al principio, no sé si va a seguirme el juego, pero el rasgueo de su violín me sorprende en la segunda estrofa. Cuando terminamos, no puedo contener el entusiasmo.

—¡¿Eres un…?!

Por supuesto, esta maldita novela no me deja decir «*swiftie*» en voz alta.

—Sí —responde con rapidez, como si estuviera avergonzado. La verdad es que, por un segundo, me resulta adorable. Hasta que añade—: Y tampoco vamos a tocar esa.

—¿Por qué no?

—Porque les gustaría demasiado y, tocando como tocas, nos arriesgamos a que te nombren diamante de la temporada.

Abro mucho los ojos y me vuelvo hacia él. Aunque lo intento, no se me ocurre nada que decir.

Samuel, sin embargo, no duda en fruncir el ceño y soltar:

—Oye, ¿por qué pones esa cara?

—¿Yo? ¿Cara? ¿Qué cara? No estoy poniendo ninguna cara.

Aunque en realidad sí. Solo que creo que es una que no pega nada conmigo.

Esto de sentirse feliz e ilusionada no deja de resultarme extraño.

—Lo que tú digas —resopla—. Mira, yo te propongo esta.

En cuanto empieza a tocar «Believer», un escalofrío me recorre la columna.

—Preciosa —reconozco cuando termina—, pero tendríamos el mismo problema: nos arriesgamos a que Kitty se enamore de ti.

Cuando veo que abre la boca (con esa actitud de engreído que detesto), me doy prisa en aclarar:

—No te emociones. Me temo que no es por ti. Es el poder de

Imagine Dragons.

Respondo con «Demons» para reafirmar mi opinión. A lo tonto, estamos montando un concierto de versiones que bien podrían ser la banda sonora de la próxima temporada de *Los Bridgerton*.

Y lo peor es que… me gusta. Quiero decir, esto. Estar a gusto. Y hacerlo con él.

A VER, me refiero a tocar con él. Convertir nuestras diferencias en una batalla que me empuja a dar lo mejor de mí misma.

Eso sí, después de unas cuantas canciones, tengo que interrumpir su «Beggin'» o nos exponemos a pasarnos así todo el día (la perspectiva es tentadora, pero tenemos un libro del que salir).

—Vale, lord Måneskin, seamos claros: si tú vetas las mías y yo las tuyas, vamos a tener que tirar de clásicos —concluyo—. ¿Qué tal Bach? ¿Aria de la Suite en re mayor?

—¿Qué estamos, en una boda? ¿Por qué no Chopin? La ocho en sol menor.

—Porque nos faltaría un chelo y Chopin solo tiene tres años en mil ochocientos trece.

—Ah, es verdad. —Se queda pensando y luego me señala con el arco—. Entonces, Beethoven. ¿Conoces la sonata número veintiocho? Es para piano, pero podría…

—Claro que la conozco, pero la compuso en mil ochocientos quince.

Se queda callado.

—Pues la número diez para violín —propone.

—La terminó a finales de mil ochocientos doce. La partitura no habrá llegado a Londres todavía, al menos no para que nos la sepamos sin dudar. En esta época las cosas van más despacio. Incluso en este mundo con dragones.

Él baja el arco y me mira fijamente.

—Chica lista.

—¿A qué viene ese tono? —Arrugo la frente—. ¿Me estás poniendo a prueba?

—No. Simplemente no lo sabía. —Baja también el violín y se acerca al piano. A mí. Muy despacio—. ¿Siempre reaccionas así cuando te halagan?

—¿Cómo?

—Poniéndote a la defensiva.

—En tu caso, sí.

—¿Por qué?

Vuelvo a pulsar una tecla. El la que toqué al principio para él resuena en el aire.

—Porque no termino de creérmelo —confieso—. Tú también estás lleno de veneno. Si respondo «gracias», igual me acusas de…

—Oye, puedo señalar tus defectos, que son muchos, por cierto —se

me escapa un bufido—, y aun así reconocer también tus virtudes.

—Que no tengo.

—Sí tienes. Eres inteligente y tocas genial. Y lo sabes. No te hagas la humilde conmigo.

—¿Porque no soy una chica dulce y buena como Kitty?

—Porque eres astuta y directa como nadie que haya conocido. —Hace una pausa—. Y eso también es un halago sin dobles intenciones, por si tenías dudas.

Sigo con la vista fija en las teclas blancas y negras frente a mí. Me veo incapaz de alzar la cabeza, y aun así soy plena (y dolorosamente) consciente de lo cerca que está Samuel.

—Vale, eh, bueno, pues en ese caso… gracias.

—No hay de qué.

—Tú también lo eres. Quiero decir, listo y directo. Y tocas muy bien.

Lo oigo reír en voz baja. Es un sonido extraño, pero no deja de ser bonito.

—Gracias.

—¿Desde cuándo tocas?

—Ya ni recuerdo cuándo empecé. Mi padre tocaba y yo lo hago ahora.

—¿Es músico?

—Lo era.

—¿Lo dejó?

—No.

No hace falta que diga nada más para que lo entienda.

—Lo siento mucho. —Hago una pausa—. ¿Por eso antes parecías tan triste?

—¿Qué, cuándo?

—En el desayuno, cuando hablaste de lord Keating, el anterior duque. —Acaricio el borde de una tecla blanca—. Me parecía que hacías muy bien de personaje compungido al hablar así de él. Demasiado bien.

—Qué suspicaz. —Me sonrojo porque, la verdad, lo ha hecho sonar como un cumplido—. Sí, tienes razón. En los libros anteriores, cuando el personaje todavía estaba vivo, me recordaba a mi padre.

—¿Crees que alguien lo mató? ¡Es decir! No a tu padre, al personaje.

—Puede. ¿Esa es tu teoría?

—Siempre lo he creído. Aunque en la novela no se explore nunca, podría ser, ¿no te parece? Alguien envenenó al duque anterior, envenenó a su hermano y ahora está tratando de envenenar a George. ¡Y a Kitty! No puede ser casualidad. Todo lo ha hecho la misma persona.

De reojo, compruebo cómo Samuel deja el violín y el arco sobre el pianoforte. Luego se sienta junto a mí en la banqueta. En silencio, me hago a un lado para hacerle sitio, a pesar de que tampoco hay demasiado espacio.

Trago saliva. Siento que el corazón se me va a salir del pecho. ¿Podrá Samuel oírlo latir así de rápido, ahora que nuestros brazos se tocan?

Su mano izquierda se acerca al piano y me fijo en los dos lunares que tiene en el dorso. Parecen la mordedura de una serpiente.

—Me encantaría saber tu nombre real.

Me vuelvo hacia él. Por suerte, ahora es Samuel quien tiene la atención fija en las teclas.

—Me llamo…

El «Laura» que sigue muere en mi garganta. Ni siquiera soy capaz de mover los labios.

Él los mira de reojo y yo los cierro de inmediato.

—Tú tampoco puedes decirlo, ¿eh?

—No —susurro.

—Ya.

Luego pulsa una tecla. La que toqué antes. Un la largo y sostenido.

De repente, se me ocurre algo. Siguiendo ese impulso tonto, alargo una mano y toco la misma tecla.

Él se gira de golpe hacia mí y veo en sus ojos un brillo de comprensión.

—¿Tu nombre empieza por…?

Esbozo una sonrisa. Él clava la mirada en ella y traga saliva. Y, justo en ese instante, mi estómago decide dar un triple salto mortal.

Oh, no. Estoy perdida.

Rápida, giro el rostro y fijo la vista en el atril vacío de partituras. ¿Qué hago? Venga, Laura: respira. Eso es fácil. Mi cuerpo lo hace solo todo el tiempo, ¡¿por qué ahora tiene problemas para coger aire?!

Mientras intento mantener la calma, Samuel se vuelve hacia el piano. De repente parece ansioso. Sus dedos vuelan por él sin llegar a tocarlo hasta que encuentra la nota que busca.

El sol más grave se mantiene suspendido en el aire, flotando igual que una pompa de jabón.

Cuando el sonido se desvanece del todo, lo miro. Está de perfil, tan cerca de mí que distingo un lunar más en su piel. Pequeño, escondido detrás de la oreja.

¿Cuántos más habrá que todavía no he descubierto? Me encantaría saberlo. Me encantaría escuchar de sus labios la historia que hay detrás de cada uno de ellos. Tocarlos. Comprobar que no son tinta que se borra con el roce de mis dedos.

—¿Así que tu nombre —murmuro entonces— también empieza

por…?

Asiente con la cabeza. En esta ocasión, cuando se gira hacia mí, me obligo a ser valiente y le sostengo la mirada.

Estamos a principios de marzo, ni siquiera ha empezado la primavera. ¿Por qué entonces el aire ya no me resulta tan frío? Se comprime y calienta y agota, y yo contengo la respiración para no ahogarme.

Puede que Samuel sea muy diferente fuera de este mundo, pero, como los míos, sus ojos sí serán iguales. Por eso decido aferrarme a ellos, a esa profundidad que antes me parecía esquiva e inaccesible y, ahora, tentadora.

Se acerca a mí y yo no me aparto. Se detiene a unos centímetros de mi boca y yo me mojo los labios. Y en ese segundo previo, pienso en que podría zambullirme del todo en ese azul. Sí, podría hacerlo. Romper de golpe la distancia que nos separa para descubrir si…

—Lord Haskell, señorita Labbey, ¿están bien afinados sus instrumentos?

Los dos pegamos un bote, aunque es Samuel quien está a punto de caerse de la banqueta.

Al final, logra recuperar el equilibrio con una agilidad asombrosa y se levanta a toda prisa.

—Sí, baronesa, claro, sí —farfulla—. Solo estábamos…

—Repasando la canción, ¿no es así? —No me atrevo a mirarla, pero estoy segura de que la muy degenerada sonríe—. ¿Os habéis decidido? ¿Cuál vais a tocar?

No puedo contestar. Me distrae el latido acelerado de mi corazón en los oídos.

—Aria de la Suite en re mayor —responde Samuel por mí.

Suena tan cortante que no sé cómo la baronesa no se congela al instante.

—Oh, preciosa —comenta ella. De pronto, suena aburrida. Se reclina en la butaca, igual que un gato al sol—. Entonces pueden centrarse en lo que han venido a hacer aquí. Tienen tiempo antes de que nos vayamos. Al menos… un poquito… más…

Un minuto después, está roncando de nuevo.

—¿Seguro que no le has echado láudano, lady Serpiente?

—No —le contesto en voz baja—. Aunque quizá debería haberlo hecho.

Samuel me dirige una mirada tentativa.

—Llevo un frasco. Tiene la boca abierta. ¿Lo hago?

Compongo una expresión de horror.

—¡No! ¿Cómo se te ocurre? Por Dios, es una anciana, ¡¿es que quieres matarla?!

—¿Ahora? —masculla—. Sí.

Aunque lo intento, no me sale ninguna réplica. Tampoco un comentario ingenioso.

¿Qué me pasa? Me siento lenta. Como si mi mente hubiera decidido bajar la velocidad habitual y ponerse en modo Kitty.

Puede que se deba a que la sangre no me está llegando bien al cerebro. La noto acelerada bajo mi piel, acumulándose donde no debería y haciéndome vibrar como un diapasón.

—Quizá debamos hacer lo que dice la baronesa —comenta Samuel en voz baja—. O no. ¿Qué opinas?

—Supongo —respondo al mismo volumen—. No sé.

—¿No sabes? —Suelta un resoplido—. ¿Desde cuándo tú no sabes qué hacer?

Su tonito vuelve a ser el del engreído de siempre.

—Es evidente lo que tenemos que hacer —le espeto.

—Pues venga, sabionda. Dilo.

«Sabionda». Tenía que soltarlo, ¿verdad? Igual que hacen todos los idiotas que me rodean en clase.

Cojo aire y lo suelto por la nariz con un fuerte resoplido.

—Si tantas ganas tienes de oírlo, bien, lo diré: hemos estado haciendo el tonto y hemos perdido el tiempo, ya es hora de que nos centremos y hablemos de cómo superar el capítulo dieciocho o volveremos a empezar y esto no terminará nunca. Y ninguno de los dos quiere quedarse aquí en un bucle infinito, ¿o tú sí?

Samuel alarga una mano. Me tenso al instante, aunque en realidad acaba dirigiéndola al piano para apoyarse en él.

—¿Eso es lo que te ha parecido que hacíamos? ¿Perder el tiempo?

No. Pero ¿de qué sirve que nos acerquemos el uno al otro? Ni siquiera sabemos cómo nos llamamos ni cuál es nuestro aspecto de verdad. Y estoy segura de que, si Samuel me conociese fuera de este mundo, no querría tener nada que ver conmigo. ¡Si apenas me soporta en este!

Así que, sí, en cierta manera, estamos perdiendo el tiempo. Solo que no soy capaz de contestarle. Porque, si me diera la razón, algo se rompería dentro de mí, aunque él ya lo ha hecho.

¿Por qué ha tenido que llamarme como lo hacen todos? Transformando un rasgo de mí del que estoy orgullosa en una maldita puñalada.

Ante mi silencio, Samuel recoge su violín de la parte superior del pianoforte y se aleja unos pasos. Se coloca en posición para tocar, la mirada fija (y cabreada) en la mujer dormida junto a la ventana. Un segundo después, el salón se llena con las primeras notas de la pieza de Bach.

Aunque es triste y romántica, Samuel la hace sonar más rápida. Casi furiosa.

—Puedes dejar de tocar —murmuro—. Ya está dormida.

—No me fío.

—También está un poco sorda. Si hablamos del plan en voz baja, no nos entenderá. —Carraspeo—. Cada uno en su lado, eso sí. Por si acaso… vuelve a despertarse.

—Será lo mejor.

—Sí.

—Sí.

20

Todo es una pista (si escuchas con atención)

Volvemos a Londres una hora después. Desde la ventanilla del carruaje, la figura de George sigue distinguiéndose a medida que nos alejamos. Es la única que continúa de pie frente a la casa, y es lo último que vislumbramos de la propiedad de los Keating antes de que el carruaje gire en el camino en dirección a la capital.

Samuel Haskell no estaba ahí. Ni siquiera ha salido a despedirnos. En cuanto terminamos de concretar los preparativos para superar el capítulo «maldito» de esta noche, se largó del salón sin mediar palabra.

—¡Las cosas no podrían haber salido mejor! —se ríe lady Remmington—. Pasado mañana, volveréis las dos juntas para ensayar. ¡Oh, qué gran día será el próximo sábado! ¿Crees que el duque te pedirá matrimonio, Kitty? O puede que no le dé tiempo, ¡no si la reina decide llamarte y entregarte el diamante tras oírte cantar!

—Mamá, dudo que la reina haga nada semejante —dice ella—. Hay otras debutantes y damas que tienen mejor voz que yo.

Y ninguna de ellas suena tan bien como la suya. Aunque todavía no la he escuchado, así la describen en el libro: no tan buena en lo técnico, pero sí emocionante y sensible.

Kitty es así. Ella no la caga porque su personaje está hecho para hacer y decir lo mejor y más adecuado en cada momento.

¿Qué le habría respondido ella a Samuel antes? Ah, sí. Algo como «Oh, ¡queridísimo, lord Haskell, por supuesto que no hemos perdido el tiempo! Usted es lo mejor de esta novela, sin ninguna duda, ¡y la única razón por la que no he perdido ya la cabeza! ¡Olvídese de la baronesa Richmond y béseme contra este piano hasta que perdamos el sentido!».

Bueno. Tal vez lo último no.

—¿Lala? —Me vuelvo hacia ella—. ¿Estás bien? Llevas un rato muy callada. ¿Es por… ya sabes quién?

Alzo las cejas. ¿Sabe lo de Samuel?

—Mi pequeñín —añade en voz baja—. ¿Se está revolviendo mucho?

Ah, se refiere a Richard.

—No, creo que está dormido —susurro, recolocándome la falda del vestido—. Lo siento contra la pierna, pero no se mueve apenas.

—Menos mal.
—¿Qué estáis cuchicheando, señoritas?
—¡Nada, mamá! Hablábamos del sábado. ¿Qué vestido podría llevar?
—¡Oh, el amarillo, querida! Ayer durante el *pall-mall* te dio un poco el sol, así que estarás preciosa con…
—¿Cuál crees tú, Lala? —me pregunta Kitty, ignorando a su madre —. Siempre aciertas.
Espera a que hable con una expresión de ternura infinita. A menudo me cuesta recordar que no existe. Solo es un personaje. No es una chica de verdad.
Pero lo parece. Y tiene unos ojos tan limpios y dulces que me siento más sucia e imperfecta que nunca, y todavía más después de mi discusión con Samuel.
—Deberías llevar el color que más te gusta —afirmo—. Deberías vestir de negro.
—¡¿De negro?!
Madre e hija lo han dicho al mismo tiempo, solo que con tonos diametralmente opuestos.
—¡Ni hablar! ¡Mi niña no irá de luto!
—Ethel Seddon siempre lo lleva, mamá, ¡y nadie le dice nada!
—Porque es la hija única del conde con más poder en la corte. ¡De ti dirían…!
—¿Sí? ¿Qué dirían, mamá? ¿Dirían que soy poco refinada? ¿Que no brillo como debería? —Kitty frunce el ceño—. George…, quiero decir, lord Keating lo dijo en el desayuno: que hablarían mal de él o no, pero seguiría siendo un duque. No dejaría de ser quien es por la opinión de los demás. Y eso me hizo pensar.
Kitty pensando; toca pedir un deseo.
—¿Qué pensaste, cielo?
—Que por mucho que hablen de mí, bien o mal, voy a seguir siendo yo. Catherine Remmington es quien es, vista como vista, sin importar lo que pase. —Se cruza de brazos—. Las palabras de los otros no me definen. Soy quien soy y me gustaría vestir y comportarme como me plazca.
—Eso es encomiable, pequeña —pronuncia con cariño la baronesa —, pero incierto. En esta sociedad, lo que digan los demás sí puede influir en tu vida. Aunque nuestra familia sea honorable, no tienes magia ni el poder del que gozan los hombres. —La anciana dirige sus ojos cansados a la ventana—. Es difícil que una mujer venza si convierte al resto del mundo en su enemigo.
¿Por qué de repente siento que toda esta conversación habla en el fondo de mí?
Noto cómo Kitty se deshincha a mi lado. Mierda. Tengo que hacer

algo. Si no viste de negro, no será fiel a la novela, y Samuel dijo que cualquier detalle que cambie sustancialmente la trama puede provocar que se reinicie el bucle.

No puedo fallarle. Necesito que salga de aquí.

Y yo con él.

—Tiene razón, baronesa, pero puede que haya una solución para que Kitty sí se salga con la suya —intervengo—. Este es el primer concierto que se organiza en la mansión sin el padre de los Keating. Kitty podría alegar que lleva luto para honrar su memoria. Yo podría llevarlo también, así no estaría sola. Ethel Seddon lo llevará, seguro. Y podemos escribir a Pattie McDonald para que lo haga. Lady Remmington —me dirijo a ella—, podría escribir a sus amigas y proponerlo como si fuera idea suya. Insinuar que es un detalle de respeto hacia el anterior duque. Estoy segura de que todas querrán seguir sus pasos y vestir así a sus hijas para contentar a lady Keating. Y las debutantes que lleven colores serán vistas entonces como presumidas sin consideración. —Hago una pausa—. Si todas nos unimos, ¿qué sociedad nos repudiaría, teniendo además un motivo tan loable?

Lady Remmington cambia su expresión de consternación por una de (malévola) alegría.

—Me dispondré a escribir las cartas en cuanto lleguemos a Londres. ¡Oh, esto no hace más que mejorar!

Noto que algo me clava las uñas, y no es Richard. Kitty ha alargado la mano para atrapar la mía y su entusiasmo sin control provoca que me apriete demasiado.

—Gracias, Lala. ¡Eres la mejor!

—De nada. Aunque, Kitty, me estás haciendo daño.

—¡Oh, perdona! —Al soltarme, se le escapa una risita—. A veces me sucede: me paso de intensa y daño a los demás sin querer. ¡Es una suerte que tú siempre me lo digas! Así puedo pedir disculpas a tiempo.

Me vuelvo hacia la ventanilla. En el borde del camino, los robles y sus sombras ocultan centauros y hadas, pero me parece distinguir unos ojos azules que me observan entre las copas.

Debería hacerlo yo también. Pedirle perdón. Samuel lleva solo y encerrado aquí demasiado tiempo. Esta mañana ha podido liberarse conmigo, olvidarse durante un rato de toda esta historia, y yo le he dicho que…

Dios, soy una bocazas. Y solo porque me ha molestado que me llamase «sabionda». Podría habérselo dicho. Se habría disculpado al momento. Lo sé porque…

En realidad, no lo sé, pero debería haberme arriesgado. La última vez que confié en él, en lugar de envenenarme, curó mis heridas. Podría hacerlo de nuevo.

—Mira, Lala, ¡una dríade!

—¿Dónde?

—Ahí. —Me señala un lado del camino, pero, obviamente, ya hemos pasado el lugar al que se refiere—. La otra noche…, quiero decir, que debe de haber muchas por aquí.

—Ah, sí, lady Keating y su hijo me lo han explicado esta mañana —nos cuenta lady Remmington—. En los bosques que pertenecen al ducado las hay a decenas. En los árboles, dríades. En los pozos, creneas. El conde Seddon y el fallecido lord Keating tenían muchas discusiones a ese respecto.

—¿Por qué?

—Porque el condado de Seddon linda con estas tierras, y las creneas son hadas bondadosas, pero las dríades no. El conde solía alegar que el duque movía las marcas que delimitaban las fronteras para incluir más pozos de los deseos en sus dominios.

—Como esos de los que nos habló Pattie McDonald —murmuro—. Y esos deseos que dicen cumplir los pozos, ¿funcionan de verdad?

—Oh, claro que no —se ríe la baronesa—. Pero las hadas pueden oírlos y decidir ayudarte a llevarlos a cabo. Aunque es peligroso. Uno nunca debe fiarse de un hada. Son caprichosas. Sus intenciones jamás están claras. Pueden ser bondadosas de verdad. O bien solo parecerlo. Puedes pedirles ayuda y que, en lugar de prestártela, te obsequien con un regalo envenenado.

Pienso a toda velocidad. Si eso es cierto, es posible que la familia Seddon quisiera acabar con el duque anterior. Envenenarlo para resolver el conflicto y quedarse ellos mismos con los pozos. Al fin y al cabo, el conde está obsesionado con acaparar magia.

Sin embargo, en el libro no se dice nada sobre eso.

Aunque podría haber una explicación: en esta novela, Garden se centra en las motivaciones del conde Seddon, no habla del resto de la familia. Casi no dice nada de su hija Ethel. Ni de lo que hace ni de lo que piensa ni de lo que quiere. Lo único que nos dejó claro Ethel en el tercer baile es que le interesaban las criaturas y su magia.

¿Ethel Seddon podría haber querido matar al padre de George y, después, a su hijo para tomar el control de más pozos de los deseos? Es posible. Aunque el móvil es poco claro, podría estar ahí.

No obstante, ¿por qué ir también a por Kitty? ¿Solo porque es su rival más importante a la hora de conseguir el diamante de la temporada?

Aparte de ella, ¿quién más querría verla muerta?

Las creneas… La casa de los McDonald también está cerca de aquí. Pattie nos contó que había pedido un deseo antes de llegar a la capital. ¿Y si una crenea la engañó? ¿Y si no pretende hacer daño a Kitty, pero está siendo embaucada por una criatura mágica?

Los dos móviles más comunes para asesinar a alguien son el poder y el amor. Me pregunto cuál de ellos podrá ser.

—¡Mira, Lala, un duendecillo del fresno! Qué bello es, ¡y dicen que atraen la fortuna!

Quién sabe. En este caso, puede que sean los dos.

21

Hollín, plenilunio y disculpa (buen trío para empezar la partida)

Admito que esta noche estoy nerviosa. Me visto en la oscuridad de mi habitación, en silencio, rezando por que el fantasma del (pesadísimo y *voyeur*) coronel Remmington no me oiga ni me vea y eche a perder el plan.

Al final, los dioses me sonríen, porque bajo las escaleras haciendo el menor ruido posible y lo veo entretenido en el salón. De alguna forma, la chimenea sigue encendida y la baronesa duerme a pierna suelta en la butaca frente al fuego. El fantasma está sentado en el suelo, con su único brazo rozando su falda.

Cuando nosotros nos separamos
con silencio y lágrimas,
con el corazón medio roto
para desunirnos por años,
pálidas se volvieron tus mejillas,
y aún más frío tu beso;
en verdad esa hora predijo
aflicción a esta.

Madre mía, ¿está recitándole a Byron? ¿No estarían esos dos de jóvenes…?

Vaya, esa subtrama romántica sí que no me la esperaba (y eso que hay *fanfics* incluso de ellos; porque, sí, hay *fanfics* de todo).

Salgo por la puerta de atrás, la de las cocinas, y doy la vuelta a toda la casa. He echado unas gotitas del láudano que me prestó Samuel esta mañana a los criados con el sueño más ligero, e incluso a los que patrullan los exteriores de vez en cuando, así que camino segura.

Escalo con cuidado el muro de la mansión y me descuelgo del otro lado. Al tocar el suelo con los pies, me pregunto si Samuel va a aparecer como me prometió o me dejará tirada.

Por la cuenta que le trae, más vale que venga a buscarme. Aunque mi madre siempre dice que no hay que subestimar a los hombres dolidos. Es cuando se vuelven más idiotas.

—¿Ed udted lady Derpiente?

Joder, qué susto me ha dado el crío. No lo he sentido aparecer; tiene unos diez años, ropas andrajosas y oscuras, la boca desnuda de dientes

y la cara más sucia de hollín que he visto en mi vida.

—Esto… ¿no querrás decir «lady Serpiente»?

El crío saca a toda velocidad un cuchillo de la chaqueta. Igual tiene diez años, pero ha vivido más que yo en diecisiete.

—¿De edtá burlando de mí, deñorita?

—¡No, no, no, para nada! —exclamo rápida (porque incluso en este bucle le tengo un gran aprecio a mi vida)—. Perdona, no te había oído bien. Sí, soy… Yo soy lady Serpiente.

El chaval entrecierra los ojos y me pide con un gesto que me agache. Lo hago, despacio, y él me agarra del mentón en cuanto estoy a mano. Me gira la cara a un lado y a otro como si fuera ganado.

—Hedmosa, ojod amarillod y malod humod. —Asiente con firmeza —. La dedcripción del deñor cuadra, ed udted. Pod aquí, dígame.

Lo sigo, pensando en que voy a matar a Samuel en cuanto lo vea. Mientras, intento limpiarme el hollín que el niño me ha dejado en la cara.

Cuando, diez minutos después, entro en el carruaje del callejón al que me ha guiado, tengo la sensación de que sigo sucia.

—¿Y el numerito del macarra precoz a qué ha venido? —le suelto a Samuel en cuanto cierro la portezuela y me siento frente a él.

—Se llama Tod, es un deshollinador de quince años y lo dejó así el raquitismo —contesta sin inflexión—. Y no quería que nadie me viese contigo en Mayfair. Hay mucha dama cotilla con insomnio que se dedica a espiar por las ventanas. Podrían empezar a hablar de nosotros de manera romántica, y ninguno de los dos quiere eso, ¿verdad?

El carruaje arranca y yo me agarro a mi asiento para no perder el equilibrio.

—Claro —respondo—. Quién querría quitarle protagonismo a la tierna parejita de George y Kitty.

—Exactamente. —A su lado, hay un montoncito de ropa negra. La coge y me la pasa con la misma cara de champiñón revenido que usa cuando es Haskell—. Póntelo.

—¿Qué es?

—Pantalón, chaleco, camisa y chaqueta. Todo mío. —Se cruza de brazos—. Lo he estado pensando. Mejor que no llamemos la atención más de lo necesario. En mi caso, nunca lo he hecho, porque soy un tío en los bajos fondos y finjo que estoy ahí por diversión. Pero tú…

—Solo hay dos razones por las que una mujer estaría allí: es madama o prostituta. —Él asiente—. ¿Me visto aquí?

—Los dragones de tiro son viejos, tardaremos. No quería llamar la atención con un carruaje de alquiler demasiado caro.

Me giro hacia las ventanillas. Él sigue mi mirada y corre la cortina de un lado. Después, la del otro. Al final, vuelve a apoyarse en el

respaldo y yo carraspeo.

—¿Vas a cerrar los ojos en algún momento o vas a tocar una canción para que empiece el espectáculo?

Baja los párpados al instante. Lo hace con el ceño fruncido, y así se queda. Yo me acerco y agito una mano delante de su cara.

—No hagas eso.

—¡Eh, me estás viendo!

—No, pero adivino lo que acabas de hacer —dice en tono grave—. Confía en mí. No me interesa ver nada.

Qué mentiroso. Aun así, no puedo perder el tiempo acusándolo, así que me desato el lazo de la capa y empiezo a desnudarme. Pronto me quedo en ropa interior, con el corsé corto que utilizan en esta época. Como los vestidos no marcan la cintura, no está demasiado apretado.

Y como Lavinia Labbey tiene las tetas que sueño tener en la vida real, vamos a tener que disimularlas de alguna manera.

—Voy a sentarme a tu lado —lo aviso— y vas a hacerme un favor.

Se pone tenso en el asiento.

—¿Qué clase de favor?

—Eres más pervertido que George, ¿eh? Necesito que tires fuerte de las cintas de mi corsé. Mucho. Muchísimo.

—¿Quién es la pervertida ahora?

—Tus ropas son anchas, pero es mejor que se intuya lo menos posible lo que hay debajo. ¿Lo pillas ahora o te hago un esquema?

Él bufa y se desliza en el asiento para hacerme un hueco, con los ojos todavía cerrados.

Me incorporo para colocarme a su lado y el carruaje da un bote por culpa de un bache (eso o hemos atropellado a Tod). Aunque intento estabilizarme, acabo cayendo encima de Samuel.

Él abre los ojos de golpe y me agarra de la cintura a tiempo para evitar que nuestras cabezas choquen. Me sienta justo a su lado, tan cerca que su mirada hace un rápido camino de ida y vuelta: de mis ojos a mi escote y rumbo a mi rostro otra vez.

—Guau.

—Sí, guau —suspiro. Luego acerco la mano a sus ojos y los tapo con la palma—. ¿Entiendes ahora lo que quería decir?

—Ya, sí, claro. —Sus dedos en mi cintura se deslizan hacia atrás, a tientas, buscando las cintas de mi espalda—. ¿Son estas?

—Sí. Deja que me dé la vuelta.

Lo hago despacio. Lo siento tan próximo a mí que mi corazón ha decidido pasar del tempo moderato al presto.

—Tienes que tirar mucho, ¿vale?

—¿No te haré daño?

—Tranquilo, tú no te cortes. Aguantaré lo que me eches.

Lo oigo tragar saliva. Sus dedos se mueven torpes al desatar los

nudos. Yo me agarro la tela por delante para que no se me baje y trato de pensar en algo que decir para romper esta tensión silenciosa.

—¿Y… qué, vienes mucho por aquí?

—¿Por qué estás tan graciosa esta noche? —masculla.

—No lo sé. Supongo que no estoy acostumbrada a que estés tan callado conmigo —le confieso—. Y también me pone nerviosa lo que va a pasar.

Tira fuerte de una cinta y yo ahogo una exclamación.

—¡Perdón! ¿Te ha dolido?

—N-no.

—¿Qué quieres decir con «lo que va a pasar»?

—Las cosas pueden ir mal —contesto en voz queda. Dentro del carruaje, mi timbre parece más agudo—. Esta noche, George podría morir. O tú. O yo. O quizá nadie, pero a lo mejor no hacemos lo que se supone que se debe hacer y todo se va al carajo. Hasta puede que provoquemos un pequeño desvío en el camino y la historia se reinicie por el efecto mariposa.

De nuevo, Samuel deja que se instale un tenso silencio entre nosotros. Solo se oyen las tiras de tela al deslizarse entre sus dedos, el traqueteo de las ruedas, el bufido cansado de los viejos dragones de tiro. Mi respiración acelerada. La suya, contenida.

—¿Recuerdas lo que te dije en el jardín? ¿Lo de que si íbamos por el mal camino había señales?

—Sí.

—Creo que también las hay si vamos por el bueno.

—¿Y has visto una?

—Esta noche hay luna llena.

—Imposible. Ayer había…

—Sí, era cuarto creciente —completa—. Nunca antes había pasado esto. En todas mis muertes en este capítulo, siempre era la siguiente fase.

—Y hoy, que estamos juntos, hay plenilunio —murmuro—. Por eso había tanta luz. Ahora entiendo por qué no he tenido miedo al salir de casa.

—Y no lo tendrás. Esta noche no pienso dejar que te separes de mí.

Vuelvo la cabeza por encima del hombro. Samuel sigue tirando de las cintas. Lo hace con los ojos todavía cerrados. Las cejas descienden sobre ellos en un gesto de frustrada concentración que resulta muy… suyo.

¿Siempre fue así de guapo o es que estaba demasiado distraída con George como para apreciarlo?

—Lo de la luna llena es un fallo en la novela —dice—. O una señal de Garden.

—La luna llena significa un cierre. Abundancia, buena suerte…

Aquelarres y licántropos. —Vuelvo la vista hacia delante—. Quienes gozan de magia pueden usarla con más fuerza. Es la noche de las brujas.

—¿Crees que la escritora está queriendo decirnos algo?

—Puede. ¿Nuestro enemigo desconocido es una bruja o tiene que ver con ellas? Esta mañana, al irnos de la propiedad de los Keating, he pensado en dos posibles sospechosas.

Le cuento mi teoría, la de que podría ser Ethel Seddon o Pattie McDonald. La primera, por alcanzar más poder y magia. La segunda, por cumplir el misterioso deseo que pidió al pozo de las creneas.

—Podría ser cualquiera de las dos —confirma Samuel—. Cada vez que Kitty ha muerto o ha estado a punto de hacerlo ha sido durante los bailes, y ellas estaban allí. Sin embargo, cuando George ha estado en peligro, no he visto a ninguna de las dos cerca.

—Ethel podría haber contratado a alguien. Tiene el dinero y los contactos para hacerlo.

—Sí, supongo que sí. —Hace una pausa—. Creo que… he terminado.

Bajo la vista y reviso que mi pecho está todo lo apretado que se puede. Trato de respirar y, aunque me cuesta, compruebo que soy capaz de hacerlo.

—Gracias.

—No hay de qué.

Espero ese «lady Serpiente» que iría después, pero Samuel no dice nada más. Lo noto a mi espalda, callado y rígido. Siento las yemas de sus dedos rozar la piel entre mis omóplatos un segundo antes de apartarse.

Quiero disculparme. Y creo que es el momento.

—Samuel, respecto a lo que me preguntaste esta mañana, quería decirte que…

—Ya sé que lo sientes —me corta.

Alzo las cejas. No me atrevo a darme la vuelta para mirarlo. Esos ojos me hacen sentir sin fuerzas y más tonta.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque te he observado y no soy idiota —contesta con sencillez—. Te molestó algo que dije y me lanzaste los colmillos como una buena serpiente. ¿Qué fue?

Aprieto las manos sobre mis rodillas hasta que las uñas dejan marcas de media luna sobre mi piel.

—Me llamaste «sabionda» —susurro—. No me gusta. Así me llaman algunos de mi… —La garganta se me cierra. La novela no me deja decir «instituto»—. El caso es que lo odio. Me hace sentir avergonzada de ser como soy.

Se hace el silencio. Despacio, casi con miedo, giro el rostro para ver

el suyo.

Samuel tiene los ojos abiertos, fijos en un punto lejano, y una expresión de ira endurece sus rasgos. No sé con quién está enfadado, si con él o con el mundo, pero me alivia que no sea conmigo.

—Lo siento —dice con voz grave—. No lo sabía.

—Ya. No se lo he dicho nunca a nadie.

—Nunca volveré a llamarte así —me promete. Suena tan firme que por un momento me recuerda a George y sus momentos de intensita caballerosidad—. Jamás querría que te avergonzaras de ser quien eres.

—Gracias. Y, aunque sé que lo sabes, tengo que decirlo en voz alta: lo de esta mañana no fue perder el tiempo. —Inspiro hondo antes de añadir—: Fue la mejor escena que he vivido en esta novela. Y eso incluye veros a George y a ti empapados de arriba abajo. Prefiero tocar contigo. Prefiero ver cómo te unes a mí en una canción y me empujas a dar lo mejor de mí.

Samuel aprieta los labios, aunque acaba por liberar una sonrisa.

—¿La luna llena te pone sensible, lady Serpiente?

—Me temo que no he empezado yo, milord.

Él carraspea para aclararse la garganta, cierra de nuevo los ojos y añade:

—Debe de faltar poco para llegar. Cámbiate, rápido.

Me muevo al asiento de enfrente a toda velocidad y termino de ponerme la ropa que me ha prestado. Y es un alivio. Tanto no estar casi desnuda frente a Samuel como que él me haya perdonado (y, la verdad, echaba de menos ponerme pantalones).

Después, recupero del asiento el vial curativo, el que le quité del chaleco la noche anterior, y me lo guardo en un pequeño bolsillo del mío.

—Vale, ya puedes mirar.

Samuel despega los párpados despacio. Al verme, parpadea.

—Tu pelo —murmura—. Espera.

Coge su sombrero de copa y me lo coloca con decisión sobre la cabeza. Como llevo un moño alto, parece que lleve el pelo corto.

Justo en ese momento, el carruaje se detiene. Samuel saca un reloj plateado de su chaleco y comprueba la hora. Luego, descorre un poco la cortina de la ventanilla.

—En dos minutos, bajamos.

—Para evitar la pelea que hay en este momento y la que habrá en cinco minutos —recito lo que me explicó en el salón de música.

—No te separes de mí. Tienes que estar muy atenta a todo lo que ocurra y avisarme si notas algo raro.

—¡Sí, mi capitán!

Él achica los ojos hacia mí y yo contengo una sonrisa.

—Y toma esto.

Me tiende un cuchillo de un tamaño más que considerable. Ojalá lo hubiera tenido cuando Tod me amenazó, habría sido divertido hacer una competición de tamaños (aunque seguro que me habría apuñalado el hígado, y con razón).

—¿Dónde lo oculto?

—Hay un bolsillo en el lado interior izquierdo de la chaqueta. —Compruebo que así es y lo guardo ahí—. No mates a nadie. No sabemos qué personaje puede ser importante en el futuro de la saga y cuál no. —Luego vuelve a mirar su reloj—. Es la hora, vamos.

Abre la puerta y me agarra de la muñeca para que baje del carruaje pegada a él. En cuanto ponemos un pie en la calle, no puedo evitar emocionarme. ¡Estamos en los bajos fondos de Londres, en 1813, en plena noche! La misma en la que George se corre sus juergas, el mismo lugar en el que el villano de esta novela maquina su regicidio y el mismo año en que Austen escribió *Orgullo y prejuicio*.

Cuando, como en este momento, me centro en lo bueno de estar aquí, no puedo evitar sonreír como una boba.

—Ten mucho cuidado —me pide Samuel mientras me guía por la calle—. Cualquiera con el que te cruces es un ladrón potencial, asesino, baboso o todo a la vez. Por ejemplo, ese. —Me señala un hombre con una barba verde, apoyado junto a la puerta de The Bloody Witch—. O el de arriba. —Samuel tira de mí; justo cuando lo hace, un ladrillo cae en el punto donde estábamos hace un momento—. Están compinchados.

Se mueve como pez en el agua. Prevé lo que va a hacer todo el mundo y actúa en consecuencia, como si las apariciones de los personajes y sus intenciones fueran pasos de baile y él llevara ensayando semanas.

Aunque el trasfondo sea demoledor (líneas temporales frustradas y reinicios constantes), la verdad es que es impresionante.

—Vamos al Red Dragon, ¿verdad?

—Sí —contesta en voz queda. Antes de que nos metamos en el callejón que da a la taberna, se para en la esquina y me aprieta los dedos. Me detengo de inmediato justo a su espalda. Él mete la otra mano en la chaqueta y me parece vislumbrar un destello metálico—. Un, dos y…

Una mujer sale corriendo de la callejuela. La persigue un centauro sin un ojo. Montado en él, un hombre enorme blande una pistola en su dirección y se prepara para apuntar.

Sin embargo, nunca llega a hacerlo. Samuel saca otra arma de su chaqueta, dispara a la criatura en una pata y esta trastabilla hasta caer en mitad de la calle. Apenas dos segundos después, los hombres que caminaban o fumaban en las puertas de las tabernas y los prostíbulos forman una turba a su alrededor y se lanzan sobre la montura y el

jinete para saquearlos.
—Jo-der —se me escapa.
—Vamos.
Samuel tira de mí y nos internamos en el callejón.
—¿Qué es lo que acaba de…?
—Si no detengo al hombre que cabalga, luego mata a George —me explica sin dejar de caminar—. Y el centauro me mordió una vez.
—Qué vengativo.
—Pues sí, le tenía ganas. No sabes lo que duele.
Llegamos a la parte de atrás de la taberna. El Red Dragon hace honor a su nombre. Ambas puertas, esta y la de delante, están pintadas de color rojo y tienen dragones de Gales esculpidos en el dintel.
De hecho, la madera se mueve sola y el hocico de uno de ellos nos apunta; sus ojos sin vida brillan un instante antes de que el pomo gire y, por fin, nos deje pasar.

22

El fuego de los celos es poderoso (más que el de un dragón)

Me cubro la boca en cuanto entramos. El aire está cargado de humo. Proviene del tabaco de los duendecillos de bosque en los hombros de los clientes, del opio de las prostitutas, del intenso fuego de la chimenea y de los dragones de chispa de los borrachos agolpados en la barra.

Las pobres criaturas corretean bajo las banquetas altas. Están encadenadas a sus dueños por cadenas de hierro templado, magia negra imposible de romper. Gimen y buscan migajas entre los charcos de cerveza, aunque solo consiguen sacar una lengua bífida de su pequeño bozal de metal encantado.

No puedo evitar pensar en Richard y sentir una punzada de pena.

Samuel no se detiene. Me guía entre las mesas, sostiene a tiempo la bandeja tambaleante de una camarera y da un rodeo a una columna para evitar que nos golpee una jarra que han arrojado en mitad de una trifulca.

Al final, nos sienta en un reservado y le pide a una tabernera dos vasos de vino. La mujer nos los sirve casi al instante. Yo bebo un sorbo del mío (está caliente y asqueroso), Samuel ni siquiera toca su copa. Comprueba su reloj y me señala con disimulo la puerta delantera.

—George aparecerá a las dos en punto —me explica—. Se sentará ahí, pedirá tres whiskies y dos pintas. Empezará a desvariar y se peleará con los tipos de la barra.

—Cree ver a Kitty en una mujer rubia y pierde la cabeza —sigo diciendo—, así que lo echan a patadas del bar y es cuando tropieza fuera con el dragón de tiro del hechicero Lir.

—Así es. Debemos dejarlo y no interferir. Lo resuelve él solito.

—Pone nervioso al hechicero y este se larga sin hablar con el conde Seddon, impidiendo su encuentro y su negocio en la taberna —recito como si lo leyera—. Y entonces el duque se aleja del East End tambaleándose.

—Ahí sí tengo que intervenir. Hay dos tipos que lo siguen e intentan matarlo, y él no está en condiciones de luchar.

—Luego aparece su hermano pequeño —continúo—. George se tropieza con él y se alegra de verlo, aunque es evidente que John Keating lo ha seguido para protegerlo, igual que tú, porque ha visto

cómo se escapaba a medianoche de su mansión en el campo.

—Y él se lo lleva a casa sano y salvo —me confirma—. Mira, ahí está.

George entra en el local. Dios, las previsiones de Samuel parecen cosa de magia.

Al duque de Albans no parece preocuparle en absoluto que lo reconozcan; se quita el sombrero de copa en cuanto entra y le hace un gesto de lejos a la camarera para que le sirva un whisky. Entre todos los pobres diablos y criminales que copan el local, resulta todavía más guapo y atractivo. Sus movimientos son seguros; su porte, indudablemente aristocrático.

Cuando me vuelvo hacia Samuel, me doy cuenta de que me está mirando.

Y no parece muy contento.

—¿Qué?

—¿Sigues obsesionada con él?

Frunzo el ceño.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Por nada. —Se vuelve hacia George, que ya ha tomado asiento en la mesa que me ha señalado antes—. Solo te pido que no te distraigas.

—Oye, ¿a qué viene ese tono? No voy a hacerlo. Estoy aquí para ayudarte. Para ayudarnos a los dos. —Miro en derredor, atenta a cualquier cosa que me llame la atención, aunque en realidad no sepa exactamente qué estoy buscando—. Y no estoy obsesionada con él.

—Por supuesto que no.

Su sarcasmo y su tono gélido me dejan sin palabras por un segundo. Pero es su expresión la que me sorprende. Tiene la vista fija en el duque y sus ojos azules parece que echen chispas. ¿Tanto lo odia?

—George es solo un personaje —le recuerdo con suavidad—. Y creo que no ayuda mucho a esta misión que tengas tantas ganas de que alguien le rebane el cuello.

—Ah, claro, por eso no he dejado de salvarle el culo una y otra vez.

—Lo haces por ti, no por él —comento—. Tenéis muchas cosas en común. Ambos perdisteis a vuestro padre. Quizá deberías intentar ponerte en su lugar…

—Aplícate el cuento. —Desvía la atención hacia mí—. Ponte tú en el de Kitty.

—Lo hago.

—No. Solo la criticas sin parar. No paras de acusarla de ser tonta y simple, pero ella al menos no tiene esa envidia que a ti te corroe.

Me cruzo de brazos y me apoyo en el respaldo del banco.

—¿Y qué si le tengo envidia?

—Tenerle tanta inquina a una mujer solo por el hombre con el que está es muy poco feminista, ¿no crees? —me acusa.

—No le tengo envidia porque esté con el chico al que quiere. —Hago una pausa—. Quiero decir, no solo por eso.
—¿Y por qué?
—Porque es perfecta, todo le sale bien y nunca se equivoca —confieso a borbotones.
Samuel arquea una ceja.
—Claro, idiota —dice después—. Porque no es real. Tú sí lo eres.
Abro la boca para replicar. La cierro. Soy incapaz de rebatirlo.
Tiene… razón. En lo de que soy una idiota y en todo lo demás.
Paseo la mirada por el bar, pensando. Lo cierto es que, en el fondo, Kitty no es tan mal personaje. Y tampoco es perfecto. Es demasiado inocente, no sabe cocinar, tocar el piano ni recitar la tabla del nueve. Es una mujer de esta época, atada de pies y manos, a la que impiden hacer lo que realmente quiere, aunque sea algo tan simple como vestir de negro en un concierto.
A su lado, soy afortunada. Al menos, en mi mundo. Tengo una libertad que ella apreciaría, ganada a pulso por las mujeres que me han precedido, como las de esta época.
He sido demasiado dura con ella. La pobre solo se ha portado bien conmigo.
Quizá tenga que ser un poco más amable. No de forma fingida, sino de verdad, tal como lo haría una amiga. Con el corazón.
(Ay, va a ser verdad que la luna llena me convierte en una sensiblera).
—Vale, ahí va —dice Samuel, haciéndome perder el hilo de mis pensamientos—. George va a pedir la última pinta a la barra y entonces se choca con ese tipo. Le suelta que los dragones de chispa no deberían usarse como una herramienta, igual que le dijo Kitty, y se inicia la pelea.
—¿Has intervenido alguna vez?
—Sí, y me reconoció. En cuanto lo hice, desperté el primer día de la temporada. Así que vamos a quedarnos aquí quietecitos, observándolo todo. —Hace una pausa—. Además, me encanta esta escena. Por fin le dan el puñetazo que se merece.
—Luego dices de mí —murmuro—. ¿No deberías tenerle un poco de aprecio? Es bueno contigo.
—Es él quien no aprecia lo que tiene. Era el favorito de su padre, lo es de su madre y de su tío moribundo. Su hermano no deja de sacarle las castañas del fuego y, aunque es más competente que él, George es quien ostenta el título y es dueño de todas las propiedades. Al final se queda a la chica de sus sueños. —Cabecea—. Lo único en lo que sale perdiendo es en que John muere por su incompetencia. Encima, todo el mundo lo adora, incluidas esas debutantes a las que seduce y luego deja tiradas. —Suelta un resoplido—. Y dices que a Catherine le sale

todo bien.

—Ya. Son tal para cual, ¿no crees? —Cuando Samuel me mira, le sonrío—. Pero tienes razón. Y en lo de Kitty también.

—Espera, ¿por qué me la das de repente? —me pregunta perplejo—. ¿Te has golpeado en la cabeza?

—No, idiota, pero soy capaz de reconocer cuándo me equivoco. Creo que lo he hecho con Kitty. Y también con George. Ella no es tan mala, y él, desde luego, no es tan bueno. —Me encojo de hombros—. Además, he descubierto que prefiero a un tipo que me conteste antes que a uno que no sepa distinguir una suite de una sonata, por muy guapo que sea.

Es el turno de Samuel de abrir la boca y no decir nada. Entonces caigo en la cuenta de lo que acabo de decir y sus implicaciones.

Colorada hasta las orejas, desvío la mirada hacia el fondo del bar para evitar la de Samuel, fija e intensa sobre mí.

Justo en ese momento, la puerta de atrás se abre y entra una figura encapuchada con una máscara en forma de dragón. La tela sobre la frente se cae un poco hacia atrás. Antes de que la persona tire de la capucha hacia delante, logro distinguir un mechón rubio. Y en la mano que utiliza, una venda. Cubre el pulgar en el que Kitty siempre tiene una quemadura.

Pero es la pequeña cabecita de Richard, asomada en el lado izquierdo de su cuello, la que me confirma la identidad de la recién llegada.

—Está aquí —murmuro.

23

La luna revela a la muerte (e ilumina un primer beso)

—¿Qué? —Samuel sigue mi mirada. Ricky ya se ha ocultado y Catherine se ha dirigido a la barra, donde se ha colocado de espaldas a nosotros—. ¿Quién?

—Es ella. Kitty. Estoy segura.

—No puede ser. En el libro…

—Dicen que está durmiendo —completo, cada vez con más «eurekas» resonando en mi mente—. Pero ¡eso es lo que piensa George! Cuando cree verla en este bar, se dice a sí mismo que es imposible, que ella está a salvo en su casa en Mayfair. ¡Es solo el punto de vista de un borracho! Un narrador no fiable. —Me pongo en pie—. Voy a seguirla.

—¡No! —Samuel alarga el brazo y toma el mío antes de que me vaya—. Tenemos que seguir el plan. Juntos.

—Lo hablamos en el jardín. Estoy aquí por ella. Tú, por George. Sigue el paso por paso y mantenlo a salvo. Yo haré mi parte. Quizá esa era la pieza que te faltaba: mientras te ocupabas del duque, Kitty corría peligro en los bajos fondos y por eso la novela se reiniciaba.

Samuel no me suelta. Veo que su nuez sube y baja cuando traga saliva.

—No pienso dejarte sola —dice en voz baja—. Si te pasa algo…

—Volveremos a empezar —lo corto—. Pero eso no va a pasar, porque he aprendido de ti y no voy a correr ningún riesgo innecesario. Te lo prometo. Tengo el arma que me has dado y conozco este mundo al dedillo. —Esbozo una sonrisa—. Confía en mí.

La duda todavía sigue brillando en sus ojos. Tiene una expresión tan preocupada al recorrer con ellos mi rostro que hace que un cosquilleo me erice la piel.

—Aunque revivas, eso no quiere decir que no vaya a dolerte si te matan.

—Lo sé.

—Y podrían hacerte cualquier otra cosa, algo peor que asesinarte. —Aprieta la mandíbula—. No quiero que… —Se detiene—. Si te acorralan, huye. Búscame. No te dejes atrapar. Porque, si alguien te hace algo, te juro que…

Su frase muere cuando resuena un golpe fuerte. La pelea en la barra

se ha recrudecido rápidamente y acaban de darle un puñetazo en la nariz a George. Mientras, otro tipo ha roto su taburete para blandir una pata como si fuera un arma.

—Te lo agradezco —le digo a Samuel con suavidad—. Tendré muchísimo cuidado. De verdad. Pero ahora debes centrarte en el duque. Está a punto de ver a Kitty y entonces…

—Ya lo sé —me corta. Luego se aclara la garganta y añade—: Y respecto a lo de antes: sí que confío en ti. Eres valiente y terca como una mula, por supuesto que lo hago. ¿No te habías dado cuenta? Confiaría en ti mi vida, y mira que he luchado a pulso por mantenerla.

Acreciento la sonrisa y él baja la vista a mi boca antes de cabecear.

—Escucha, cuando todo haya terminado, te esperaré en el callejón de la tienda de la bruja Olwen —murmura a toda prisa—. Ya sabes dónde está. Cuando haya acabado con los sicarios que siguen a George, iré allí.

—Hecho.

Asiente y, aunque duda un segundo más, acaba soltándome.

Me escabullo hacia la columna de antes para ocultarme tras ella, y Samuel se levanta para salir de la taberna por la puerta de atrás.

En mi escondrijo, soy testigo de cómo George está ganando la pelea. Hasta que se fija en la chica que está apoyada en la barra. Kitty acaba de levantarse la máscara para darle un trago rápido a su pinta.

—¿Señorita Rem-mington? —balbucea el duque—. C-c-catherine, ¡¿e-res tú?!

Ella se gira enseguida hacia el otro lado y oculta el rostro de nuevo tras la máscara. George intenta acortar la distancia que los separa, esquivando a todos los clientes que están entre ellos, pero no ve venir hacia él otro puño y se dobla hacia delante cuando este le impacta en el estómago.

Uy. Eso ha debido de doler.

Otro tipo lo agarra de la espalda de la chaqueta y lo arrastra hacia la puerta para sacarlo del bar. El duque se resiste y patalea, y yo desvío mi atención de él a Kitty. Se ha encogido en la barra, tratando de pasar desapercibida. ¿Qué hace aquí? ¿Y por qué no se larga?

Mientras la mitad de la taberna está distraída con sus asuntos o bien con la reyerta que está teniendo lugar, me doy cuenta de que hay algo que corretea por debajo de los taburetes.

Richard es hábil. Parece que lo ha hecho miles de veces antes. Sus dientes restallan con un brillo rojizo al morder las cadenas y bozales encantados de sus compañeros. Me doy cuenta de que he visto antes ese material.

El dragón de chispa lleva puesta una sobredentadura de jaspe. Es el mismo material del que estaba hecho el puñal contra la magia negra que le pedí a la bruja Olwen en mi primer despertar.

En mi cabeza, las piezas del puzle encajan todas a la vez.

No es la primera noche que Kitty se escapa de casa. Su afán por dormir hasta tarde, las ojeras con las que se levanta algunas mañanas…

«Hay cosas de mí que nadie conoce, Lala. Ni siquiera tú».

Ella también debió de ir a ver a la bruja, pero, al contrario que yo, consiguió lo que quería. Porque su motivación era buena: quería liberar a otros dragones como Richard. La bruja debió de darle jaspe mágico, una roca que se derrite con la temperatura de una forja, para que fuera moldeable a sus dientes. Esa temperatura se puede alcanzar en una chimenea prendida con fuerza por un dragón de chispa. Como la del cuarto de Kitty el primer día de la temporada.

¿Por qué diablos Garden no contó todo esto en la novela? ¡Ahora su personaje me parece el triple de interesante! (Catherine Remmington, la nueva Batman de los bajos fondos).

Los dragones de chispa, ahora liberados, trepan por los taburetes hasta alcanzar la superficie de la barra. Y entonces empieza el espectáculo de verdad.

Desencadenados y furiosos, ya sin bozal, escupen sus llamaradas por toda la taberna. Richard es más listo que todos ellos, o bien sigue las instrucciones de su amiga humana, porque, en lugar de disparar su fuego contra los hombres, lo hace en dirección a las botellas de detrás de la barra.

El alcohol y el fuego no hacen muy buena combinación. Menos todavía cuando se juntan con la botella de aceite que acaba de lanzar Kitty sobre ellos.

La combustión es fuerte y rápida, y hace que me esconda tras la columna para que no me lleguen las esquirlas de cristales y los trozos de madera. De reojo, compruebo que Kitty, con la máscara puesta y agachada tras la barra, recoge a Ricky del suelo. A continuación, se dirige a toda velocidad hacia la salida. Sin perder un instante, la sigo.

El caos es total, los clientes se agolpan para huir del incendio y el brazo de un tipo sobrevuela sobre mí. Al esquivarlo, se me cae el sombrero. Ni siquiera miro atrás. No puedo perder a Catherine.

Abandona a toda prisa el Red Dragon y se interna por el laberinto de callejuelas del East End como si hubiera nacido entre estos edificios ruinosos. Yo la persigo, siempre manteniendo cierta distancia; si se da la vuelta y me ve, puede que me reconozca, y sospecho que la novela se reiniciaría.

Se detiene en una esquina, apoya las manos sobre las rodillas y se levanta la máscara. Jadea por el esfuerzo. Yo me apoyo en la pared de una casa cercana, tras una columna exterior, y trato de ocultarme levantando las solapas de la chaqueta todo lo que puedo. También me viene bien descansar; el corsé tan apretado contra mi pecho apenas

me deja respirar.

Una mujer se acerca a Kitty. Llega igual, corriendo, aunque en su caso lo hace mirando atrás.

—¡Señorita Remmington! ¿Se encuentra bien?

—Sí —boquea ella—. Y no me llames así. ¡No aquí!

—Ya no me siguen —se excusa la mujer. Y entonces la reconozco. Es a quien perseguía el centauro al que disparó Samuel. Y, además, una de las criadas de la casa Remmington—. ¿A usted la sigue alguien?

—Creo que no.

Kitty se da la vuelta y yo hago lo propio para que no me vea. No hay faroles encendidos en esta zona, pero la luna llena me permite vislumbrar algo en uno de los callejones próximos a las dos chicas.

Es la silueta de una persona. Lleva ropas negras de hombre y un pañuelo del mismo color oculta la mitad de su rostro. El sombrero de copa, inclinado, esconde la otra mitad.

La luna parece brillar con más fuerza en ese momento, casi iridiscente. Es entonces cuando vislumbro algo en la mano enguantada de la figura. Parece el brillo de un cuchillo.

Mi cuerpo se tensa. Es él. El asesino.

No sé cómo estoy tan segura, solo me lo dice el corazón. Quizá no tenga magia, como me dijo lady Olwen, pero sí instinto. Y Garden me ha lanzado una señal desde el cielo, tal como predijo Samuel.

Las dos chicas siguen hablando, ajenas tanto a mi presencia como a la de aquel hombre (¿o es mujer?).

Piensa, Laura, piensa. Tú también tienes un arma. Podrías ir hasta allí y distraerlo; así las dos podrían escapar…

—¿Lady Derpiente? ¿Qué hace udted por aquí?

Dios santo, ¡¿puede este deshollinador dejar de pegarme estos sustos?!

Por suerte, reacciono rápido; alargo un brazo, le tapo la boca a Tod y lo aproximo a mi cuerpo.

—Ni una palabra —siseo entre dientes.

Pero el chico saca la lengua para mojarme la palma de la mano y lo suelto al instante con asco.

—Qué modaled —escupe después—. Hadkell tenía razón, tiene malod humod.

—Shhh, calla. Ahora no tengo tiempo para ti.

Miro de reojo al callejón. Por suerte, nadie nos ha visto ni oído. Cada pieza de ajedrez sigue en su posición. Y, de pronto, una idea peregrina cruza mi mente.

—Espera. Has trabajado otras noches para Haskell. —Él asiente—. ¿Podrías hacerme a mí otro favor?

Entrecierra sus párpados negros de hollín.

—Depende. ¿Cuál?

—¿Ves a ese de ahí? —A escondidas, señalo al asesino con el índice —. Necesito que vayas y le veas la cara. Luego vienes y me dices cómo es. Distráelo con cualquier cosa. Hazle perder el tiempo. Lo que sea. Usa tu imaginación.

Tod se rasca un lado de la cabeza. ¿Tendrá piojos? (Qué pregunta; imagino que es lo menos que tiene el pobre).

—Di lo hago, ¿qué me da a cambio, deñorita?

—Acompáñame después y Haskell te recompensará con dinero y…

—No me engañe, deguro que de edcapa —me interrumpe. Me mira a los ojos desde abajo y me temo lo peor antes de que suelte—: Quiero un bedo.

—¿Qué es un bedo?

—Un bedo. —Se señala los labios agrietados con sus manos cubiertas por mitones—. Aquí.

Uf. Al principio, la perspectiva me parece horrible. Al segundo siguiente, recuerdo que no es un niño, sino un deshollinador de quince años. Y mi primer beso fue con el idiota de Kevin Redford (alias el Pulpo) en un campamento musical. Nada puede ser peor que eso.

Me inclino y le planto un beso. Ni siquiera sé si podría considerarse eso. Es apenas un pico, un roce rápido y suave en los labios que no dura más de un par de segundos.

Sin embargo, al apartarme, compruebo cómo Tod esboza una espléndida sonrisa sin dientes.

—Qué bien huele.

—Venga —le digo—, es tu turno.

—¡Dí, milady!

El tío ni se lo piensa. Echa a correr como una bala. Al llegar al callejón, se lanza a por el asesino, que se ha aproximado despacio hacia la esquina, y tira de su chaqueta hacia abajo.

—¡Deñor, deñor! ¿Me daría una moneda para…?

La voz de Tod se corta igual de rápido que su piel.

24

Recuerda: el efecto mariposa comienza con un aleteo (y termina con un huracán)

El chico cae a un lado como un muñeco sin hilos. La figura del asesino apenas se ha movido; le ha bastado trazar con el cuchillo un arco frente a él.

Kitty y la criada se vuelven al oír el golpe del deshollinador contra el suelo. Se agarran de las manos y echan a correr. Richard, mientras se alejan, asoma la cabeza por el hombro de su dueña y expulsa una llamarada de advertencia.

Cuando me vuelvo hacia el asesino, veo cómo corre en la dirección opuesta.

Lo he alejado. He salvado a Kitty una vez más.

Aunque el precio ha sido demasiado alto.

Yo también corro, solo que no tras Catherine. Cuando llego junto a Tod, me alivia comprobar que no está muerto.

—Deñorita, no he podido… —jadea— verlo.

Me arrodillo junto a él y le aparto la camisa sucia para examinar la herida. El corte que le cruza el pecho no es profundo, pero la piel de alrededor ha empezado a cuartearse con un negro espeluznante.

Me he equivocado. El asesino no llevaba un puñal, sino el colmillo de un guiverno.

Palpo el bolsillo de mi chaleco y compruebo aliviada que el vial de Samuel sigue ahí. Lo saco y destapo a toda prisa.

—Bébete esto —le pido al chico en un susurro—. No es malo, confía en…

Tod ni lo duda. Se incorpora lo justo y yo lo ayudo a tragar el líquido azul eléctrico. Poco a poco, las líneas oscuras de su pecho retroceden. La herida se cierra.

—Vete a un lugar seguro y descansa —le pido—. Ya has hecho bastante por mí.

—No le he vidto la cara… —balbucea con tristeza.

—Eso ahora no importa, Tod.

—Pero dí lo he olido —me corta—. Olía igual que udted.

—¿Igual que yo?

—Dí. Muy bien. A perfume de mujed rica.

No lo he distinguido bien en la oscuridad. Y yo también me he

disfrazado de hombre esta noche. Sí que podría ser una chica como yo.

—Gracias, Tod. —Me inclino y le doy un beso en la mejilla manchada de hollín—. Ahora, ve a casa.

—No tengo. Vivo en el Dagger.

Conozco el sitio. Nunca he estado allí, pero sí he leído los capítulos que transcurren en él, como los últimos de esta novela. Es el club de juego más famoso en el East End.

—Entonces refúgiate allí y no salgas. Esta noche no es segura para ti.

Él esboza una sonrisa desdentada.

—Pued yo creo que nunca he tenido tanta duerte, deñorita.

Llego al callejón de la bruja Olwen casi sin aliento. El maldito corsé está apretadísimo y la persecución a Kitty no ha ayudado.

Me apoyo en la esquina de la calle, a unos buenos quince pasos de la puerta escondida, y trato de normalizar el ritmo de mi respiración.

¿Samuel estará bien? Es cierto que ya ha vivido esta noche y que ha acabado con esos sicarios que van a por George unas cuantas veces, pero eso no impide que mi preocupación por él crezca a cada segundo.

Tiene razón. Hay algo peor que morir en este mundo en el que somos, de alguna manera, inmortales. Me imagino que le hacen daño, que le clavan una daga en el corazón, que lo queman con el fuego de un dragón, que un duendecillo le arranca los dientes, que un centauro decide morderlo y despedazarlo contra el suelo embarrado.

Una punzada de angustia se instala en mi pecho y me llevo una mano allí sin pensar. Apenas puedo respirar. Dios, ¿dónde estará?

El chirrido de una puerta me pone de nuevo alerta. Me escondo bien tras la esquina y echo un vistazo a la entrada de la tienda de la bruja. ¿Tendrá algún cliente?

De la pared de piedra salen dos personas. Una es la bruja Olwen. Es inconfundible. Pelirroja, con la piel cubierta de manchas violáceas y una sonrisa ladeada de hechicera. Recuerdo mi primer día en este mundo, su voz aterciopelada en mis oídos justo antes de que esa magia maligna me recorriera la piel hasta matarme.

Rememorar el dolor no ayuda. Hace que mi odio hacia ella se acreciente.

La otra silueta lleva sombrero de copa, ropas oscuras y masculinas, las manos enguantadas.

Un escalofrío me baja por la columna. En serio, ¿me cruzo de nuevo con el asesino? ¿Para qué le he hecho huir si ahora está aquí?

No me olvido de que su arma es un colmillo de guiverno. Y ahora ya no tengo un vial curativo que sirva como antídoto a su veneno.

Le echo un vistazo a la luna llena en el cielo. En este momento, se

oculta tras una delgada nube gris, pero sigue apreciándose su redondez luminosa. Me recuerda a una perfecta y pulida piedra de luna, tan brillante que parece iridiscente.

Es una clara señal de Garden. Hoy es noche de brujas y el asesino tiene tratos con una. Si me descubren, estoy perdida.

Por favor, Samuel, no tardes.

La silueta oscura se quita el sombrero y se inclina hacia Olwen para darle un beso en los labios.

Justo en ese instante, la nube gris y alargada pasa y reconozco sus rasgos. El pelo castaño claro recogido en un moño alto, su nariz pequeña y su hermosa cara de aristócrata.

Ethel Seddon siempre ha vestido de negro. Esta noche no es una excepción.

Me aparto de la esquina y contengo la respiración. Tenía razón. Ella es quien quiere acabar con Kitty.

Es digna hija de su padre. Mientras el conde trama una revolución política para arrebatarle a la monarquía el poder de ceder magia, su pequeña tiene tratos con brujas en las sombras. A su manera, también desea esa magia para sí. Y entre ella y el diamante de la temporada solo se alza una debutante que ha llamado la atención de Charlotte: Kitty Remmington. Está muy claro.

—Ten cuidado —oigo a la bruja Olwen—. Estaba en la taberna.

—Lo sé. Y siempre tengo cuidado.

—Querida mía, estás jugando con fuego. Si te hacen daño…

—¿Eso que detecto en tu voz es preocupación, lady Olwen?

—Las brujas solo se preocupan por otras brujas.

—Entonces ¿por qué sigues ayudándome después de tantos años?

Oigo el sonido de otro beso. La madre del cordero. Ethel está liada con una de las hechiceras más famosas de los bajos fondos. Si me descubre, ya puedo dar por finalizada esta línea temporal.

El corsé me aprieta horrores. No puedo contener más el aliento o me voy a ahogar. Al final, exhalo una bocanada de aire con rapidez y tomo otra muy profunda.

Apenas he hecho ruido. Nadie debería haberlo escuchado.

Pero olvido que Olwen es una bruja poderosa.

—Hay alguien —anuncia con voz clara y grave, y yo me tenso de pies a cabeza—. ¿Te han seguido, querida?

—Me han molestado, pero me los he quitado de en medio. —Mi mente recuerda a Tod tirado en el suelo y, durante un instante, el enfado le puede al miedo—. ¿Por qué? ¿Crees que nos espían?

—No lo sé. Pero sí hay alguien cerca.

Solo oigo los latidos frenéticos de mi corazón. Y, un segundo después, unos pasos.

Vienen hacia aquí. Van a descubrirme.

Podría correr, aunque no creo que llegase muy lejos. Además, he quedado con Samuel en este mismo punto. Si llega y no estoy, se preocupará.

Quizá si doy la vuelta a la manzana…

Me vuelvo hacia la oscuridad de la calle y no doy ni dos pasos antes de chocarme con alguien. Sus manos me palpan con preocupación ansiosa y me toman por la cintura, la rodean, me atraen hacia él. Todavía no le he visto la cara, pero distingo ese olor a pino, tinta y hombre que solo puede pertenecer a una persona.

—¿Estás b…?

Le tapo la boca con una mano y lo empujo contra la pared. Las pisadas de la bruja y de Ethel se vuelven más aceleradas en la calle contigua.

No podemos huir de su magia. No lo lograremos.

Piensa, piensa, pien…

Samuel me aparta la mano con los ojos llenos de preguntas y yo me fijo en su boca. Antes de que pueda pronunciar nada, me pongo de puntillas y la uno a la mía.

Al principio, su cuerpo se tensa como una cuerda. Yo enmarco su rostro con mis dedos temblorosos. Intento con torpeza que no se me noten el miedo y las ganas, que giran en mi interior como un huracán.

Un sonido gutural sale de su garganta. Y, por fin, Samuel me responde. Su mano, todavía sobre mi cintura, me aprieta y me aproxima más a su cuerpo. Me obliga a apoyarme contra él, a profundizar este beso improvisado. A rendirme del todo.

Su boca me responde con la misma sed que la mía y por un instante me olvido de por qué he empezado esto. Las piezas encajan y eso basta. Es perfecto.

Con los ojos cerrados, Samuel ya no es Samuel, sino el lector que se esconde tras su personaje. Un chico que siempre me ha retado y de cuyo nombre solo conozco la primera letra.

No me importa su verdadero rostro. No me importa quién es. Le gusta cómo soy y a mí me gusta él. Quiero salir de aquí para ver su expresión de frustración ante mis comentarios. Quiero salir de mi novela favorita para descubrir la suya. Para contar sus lunares, para escuchar sus historias y para oírlo tocar conmigo todas las versiones de canciones que se nos ocurran.

Samuel me besa como toca el violín. Firme y calmado. En los primeros compases, se mueve despacio y contenido. Pronto, su emoción lo empuja a acelerar el ritmo, a volverlo rápido, casi furioso. Yo gimo y hundo los dedos en su nuca para igualar la presión. Le muerdo los labios. Presento batalla. Como he hecho desde el primer baile en que nos conocimos.

Siento que en este instante solo somos él y yo, sin máscaras,

rompiendo la tensión tirante que nos ha mantenido peleando durante doscientas cinco páginas.

Me permito ceder a su boca, a su afán por alargar este beso y hacerlo nuestro. Imagino que no estamos en el callejón de un barrio peligroso en 1813, que no existe el riesgo de morir ni la amenaza de una bruja poderosa.

Aunque, por supuesto, sí que existe. Y ella no se ha olvidado de nosotros.

25

Tómate en serio la amenaza de una bruja (y la petición de un caballero)

—¿Señorita Labbey?

Rompo el beso de golpe y me aparto de Samuel.

Él no me suelta. Tampoco se vuelve hacia la pareja de mujeres que está a unos metros de los dos.

No dejo de sentir su mirada fija en mi rostro mientras hablo con ellas.

—Oh, Dios mío, ¡¿Ethel Seddon, eres tú?! —Intento que mi tono de voz esté teñido de la sorpresa justa (por favor, que no se note que estoy sobreactuando)—. ¿Qué haces aq…?

Me callo al poner mi atención sobre la bruja. No sonríe, tampoco está enfadada. Su expresión es seria y extraña. Casi diría que parece un poco descolocada.

—Oh —vuelvo a boquear—. ¿Estáis…?

—Y tú, ¿qué? —Ethel se cruza de brazos y señala a Samuel con el mentón—. ¿Divirtiéndote con el perro faldero del duque de Albans?

—Yo, esto, él… —me trabo. Es una suerte que esté tan nerviosa por lo que acaba de pasar, porque ella sonríe y sé que la he convencido. Cree que me ha pillado con mi amante, que era justo lo que quería—. Verás, lady Remmington…

—Ya. Esa arpía estirada te enviaría de vuelta al campo si se enterara de que pasas las noches con tu caballero en lugar de protegiendo a su dulce hijita —completa—. Escúchame bien, libertina, ¿qué te parece si hacemos un trato?

Oh, oh. A ver adónde conduce esto.

Le echo una ojeada a la bruja Olwen. Sigue con la misma expresión reservada.

—¿Qué clase de trato?

—Uno simple. Tú no nos has visto y yo tampoco a vosotros, ¿qué te parece?

La tensión de mi cuerpo se reduce un poco y noto los dedos de Samuel cerrarse con posesividad sobre mi cintura.

—Está bien —accedo. Aunque todo haya salido como planeaba, se me nota el miedo en la voz. Supongo que es lo más lógico. Hay una bruja presente, cualquiera con dos dedos de frente estaría asustado—. No diré nad…

—Espera —me interrumpe Olwen—. No dejes que se escapen, querida. Ahora mismo vuelvo.

Desaparece y yo me pongo rígida. La oscuridad se acrecienta. La presencia de Samuel, todavía pegado a mí, logra que esté más tranquila que antes. Sin embargo, la amenaza no ha terminado y mi corazón sigue latiendo a ritmo de polca.

—Así que Haskell y tú, ¿eh? —Ethel amplía su malévola sonrisa.

—Así que una bruja y tú, ¿eh?

En lugar de ofenderse, se echa a reír.

—Si dices una sola palabra sobre nosotras, Labbey, estás muerta.

Aymimadre.

—Ni se te ocurra amenazarla —gruñe Samuel. Su voz suena áspera y brusca—. Un carruaje nos espera en el cruce con Old Montague. Si no aparecemos en menos de una hora, los espías que trabajan para los Keating buscarán al responsable hasta hacérselo pagar. Tu padre no es el único con poder en la corte. Y, si la tocas, te aseguro que me levantaré en otra vida solo para ir a por ti.

No debería parecerme tan atractiva una amenaza de muerte, pero debo admitir que esta me ha provocado un escalofrío de placer.

Además, no está siendo un bravucón. Podría hacerlo. Vengarse de ella después de morir, literalmente.

—Vaya, el perrito faldero sabe ladrar —dice Ethel, pero no borra su expresión divertida—. Me enternece que protejas a tu dama, Haskell. La mía hace lo mismo por mí.

Y, justo en ese instante, Olwen reaparece. Porta uno de los objetos mágicos que más adoro de la saga, el que le pedí en mi primer día aquí y que nunca pude llegar a usar (es el inconveniente que tiene morirse).

El Espejo de la Verdad es un pequeño espejo de mano de estilo barroco hecho de oro leprechaun y pequeños ópalos nobles incrustados, el mineral iridiscente que muestra tu verdadero yo.

La bruja se aproxima a mí sin dudar y me lo coloca justo delante. El reflejo en el espejo me devuelve una imagen que hacía mucho tiempo que no contemplaba.

Una chica rubia, con los ojos color ámbar teñidos de miedo y los rasgos insignificantes e imperfectos de una humana. No son los de un personaje hermoso e imposible salido de una novela fantástica, sino los de una adolescente cualquiera de diecisiete años.

Me giro hacia Samuel, pero él no parece ver lo mismo que yo.

—¿Vas a delatar a Ethel Seddon? —me pregunta la bruja.

Responda lo que responda, mi yo en el espejo le revelará la verdad.

—No la delataré a nadie de este mundo —digo firme.

Y es cierto. Sí, pienso contarle a Samuel que ella es la asesina. Solo que él, como yo, no pertenece a esta realidad.

Olwen echa una ojeada a la superficie plateada y parece relajarse ante mi respuesta. Después, añade:

—¿Estás con él o es solo un truco?

Genial. ¿Va a arrancarme una confesión sobre mis sentimientos así, de esta forma tan poco romántica?

Y una mierda.

—¿Que si estoy con él? —me rio. Luego llevo mis manos hasta las de Samuel, que rodean todavía mi cintura, y las cubro en un gesto evidente—. ¿Tú qué crees? No beso a quien no deseo.

De nuevo, Olwen contempla la superficie pulida. Esta emite un destello de luz y sé lo que está viendo la bruja: mis labios negando esa última frase.

—Mientes.

—Está bien —reconozco—. He besado a otro hace un rato. Pero en esa ocasión ha sido solo porque necesitaba que me hiciera un favor. Esta vez no ha sido por eso.

De reojo, veo cómo Samuel aprieta la mandíbula.

Ethel Seddon, por su parte, suelta una carcajada.

—¿Y bien, amor? —le pregunta a Olwen—. ¿Qué opinas?

—Dice la verdad. Sus intenciones no están manchadas. —La bruja me tiende el espejo—. Tómalo.

Yo parpadeo y lo contemplo como si fuera una bomba. ¿Será una trampa? No me fío de ella ni un pelo. La última vez que lo hice, me gané mi primer lunar.

—No dudes, Labbey, y considéralo un aliciente para no delatarnos —murmura la hechicera.

—¿Es un soborno?

—Es un regalo —rebate—. Úsalo bien y piensa antes de hablar. —Luego le echa una ojeada a Samuel—. No señaléis a quien no debéis u os haré una visita que no podréis olvidar jamás.

Genial. Una amenaza más para el montón (esta noche vamos sobrados).

Al final, asiento y tomo el espejo de mano. Parece que la actuación ha funcionado y nos hemos librado de sus sospechas. O, al menos, no saben cuáles eran nuestras intenciones reales esta noche.

Antes de marcharse, Ethel Seddon se cala el sombrero de copa y alza la tela negra que le rodea el cuello hasta esconder la mitad de su rostro. Igual que hace una hora, al ir a por Kitty y atacar a Tod, ha ocultado su identidad.

No sabe que ya es tarde para eso.

Samuel y yo permanecemos quietos y en silencio. Las observamos mientras se alejan, cogidas del brazo, y se internan juntas en el corazón del East End.

Cinco minutos después, seguimos paralizados, muy juntos. Rígidos

por el miedo.

Y, sí, quizá también por la vergüenza.

—Cuéntame qué ha pasado —me pide Samuel en un susurro.

Aunque intento ser ordenada en los acontecimientos, no puedo evitar sentir que se lo cuento con demasiada prisa. Cuando llego al momento en que Tod me pidió que lo besara, maldice entre dientes:

—Qué pequeño cabr…

—Da igual, apenas fue un beso, y era lo que tenía que hacer —lo corto—. Sirvió para que se lanzara contra el asesino de Kitty, quien le hizo una herida con un colmillo de guiverno antes de huir. Salvé al deshollinador gracias a tu antídoto.

—¿Pudo verle la cara?

—No, pero me dijo que olía como yo. Igual que una mujer rica. Además, ya no importa, porque ahora estamos seguros de quién es la persona a quien nos enfrentamos.

Samuel sigue con el ceño fruncido.

—¿Ah, sí?

—¿Eres tonto? Si acabas de verla. Es Ethel Seddon.

Él se mantiene en silencio. Y permanece así mientras continúo hablando. No me suelta en ningún momento, ni siquiera deja que me aleje un palmo de él mientras le cuento el periodo de la noche en que hemos estado separados, desde el incendio del bar hasta ahora.

—Y en cuanto has llegado, pues…

Enjaulada entre los brazos de Samuel, mantengo el espejo apoyado sobre su pecho, agarrado por el mango. Aprieto los dedos en torno al metal dorado.

—En fin —susurro después—. Ya sabes lo que ha pasado justo aquí.

El chico asiente despacio. ¿Va a decir algo en algún momento o va a dejarme así, manteniendo una conversación conmigo misma? ¿Sabe que acabo de lanzarle la pelota para que hable del beso que acabamos de darnos o es tonto de remate?

A menos que no le interese sacar el tema. A lo mejor no le interesa sacar el tema. A lo mejor jamás saca a relucir el tema (Samuel, *dimealgodeunavez*).

—Deberíamos irnos —dice en voz baja (porque bien es bobo o no le importa)—. Es tarde. Cada minuto que pasamos aquí aumenta el riesgo de que nos maten.

Bueno, le concedo que quizá no es el mejor momento para hablar de esta tensión electrizante que sigue flotando entre nosotros.

—Entonces ¿era verdad cuando dijiste que nos esperaba un carruaje y que, si nos pasaba algo…?

—Lo primero es cierto. Lo segundo no. Los Keating no tienen espías y dudo que se preocupasen por nosotros.

—Qué bien mientes. —Esbozo una sonrisa—. Hasta yo me lo he

creído.

—Y eso que tú mientes mejor que yo.

Sus dedos se mueven y recorren con cuidado mi torso hasta llegar a mis labios. El aliento tembloroso que sale de ellos le acaricia las yemas.

—¿Te cuesta respirar? —me pregunta en un susurro.

—No.

La verdad, sí (pero lo reconoceré en mi lecho de muerte).

Lo cierto es que llevo un buen rato cogiendo aire a bocanadas irregulares. Es una suerte que Samuel haya seguido sujetándome, porque apenas siento las piernas y estoy mareada.

—No me lo niegues, lady Serpiente. Acaba de iluminarse el espejo.

Mierda. Al final, acabo dándole la razón a regañadientes.

—Ya. ¿Es por el corsé?

Es por él. Por nuestro beso. Por lo que estamos evitando decirnos.

(Y, sí, también por el maldito corsé).

Asiento de nuevo y Samuel desliza una mano dentro de mi chaqueta para recuperar el cuchillo que me dio en el carruaje.

—Date la vuelta.

En cuanto lo hago, me levanta la ropa por la espalda y rompe unas cuantas lazadas con el filo del puñal. La liberación que siento es tan grande que no puedo evitar que se me escape un gemido de placer. Respiro a golpes, tomo angustiada el oxígeno que me falta y Samuel me deja espacio para que lo haga.

Sé que continúa detrás porque mi cuerpo parece seguir conectado a él. Como si nos uniera un hilo invisible.

Puede que nos atase desde esa tormenta que nos trajo hasta aquí. La primera página de nuestra historia.

—¿Mejor?

—Joder, sí.

—Genial. —Noto sus dedos fríos rodeándome la muñeca—. Vamos.

Me guía seguro y en silencio por las calles oscuras. Esquivamos delincuentes y prostitutas feéricas, niños sucios que son cebos para estafas y robos a punta de daga, borrachos de narices rojas y ninfas tristes con las alas arrancadas.

El carruaje con los viejos dragones de tiro nos espera en una acera. El conductor tiene un fusil largo apoyado sobre los muslos y reconoce a Samuel en cuanto cruzamos la calle.

—Dentro, rápido.

Solo cuando arranca me permito desplomarme en el asiento frente al de Samuel.

—Menuda nochecita.

—Desde luego —murmura él.

Está rarísimo. Tiene una expresión parecida a la de la bruja Olwen.

Refleja una mezcla de contención y seriedad con una pizca de sorpresa.

—Venga, dilo: no crees que tenga razón —lo acuso con una sonrisa—. Te encanta llevarme la contraria y consideras que me equivoco con Ethel Seddon, ¿a que sí?

—No estaba pensando precisamente en eso —reconoce. Le echo un vistazo al espejo en mis manos. No lo ha reflejado pronunciando otra cosa, así que dice la verdad—. Y para que veas que no me gusta llevarte la contraria: sí, tienes razón, creo que te equivocas.

¿Puede una persona sacarte de quicio y al mismo tiempo provocar que quieras besarla otra vez?

—Qué gracioso, milord —resoplo con una sonrisa—. Y, decidme, ¿por qué estoy equivocada?

—Porque todo esto huele a Garden de lejos —contesta, absolutamente convencido—. En sus novelas siempre hace lo mismo. Te sirve en bandeja de plata la resolución de un misterio para jugar con tu mente y luego, ¡bum!, la solución es otra que ni esperabas.

—Sí, también lo he pensado —admito—. Y en el callejón…

—¿Sí?

Hay cierto anhelo en su voz que me pone nerviosa.

—Se me ha ocurrido otra idea.

—Dispara.

—Al ver a esas dos juntas, me he dado cuenta. Toda esta novela es un baile entre parejas, evidentes o escondidas —explico—. George y Kitty. Ethel y Olwen. Hasta la baronesa Richmond y el coronel fantasma. —Hago una pausa—. Incluso tú y yo.

Samuel se mantiene quieto en su asiento. Solo me mira, a la espera. Yo intento que mi corazón se relaje, que las cochinas mariposas de mi estómago mueran, que mi mente deje de volver al instante en que me besaba como si fuera lo más importante del mundo, pero su mirada no me deja hacer ninguna de esas cosas. Al contrario, acelera mis latidos, multiplica los aleteos, me devuelve de golpe al callejón y a su beso.

Maldita sea. Esos ojos azules deberían considerarse un arma de destrucción masiva.

—¿Y tu teoría es…?

—No hay un asesino —respondo—. Sino dos.

Ante su ceño fruncido, me incorporo en el asiento. No quiero que me reviente la hipótesis antes de habérsela expuesto por completo.

—Piénsalo. Es imposible que una persona esté en dos sitios a la vez. Esta noche, por ejemplo. Donde estabas tú con George y donde estaba yo con Kitty. ¿Una única persona quiere acabar con ambos y utiliza venenos, contrata sicarios y elabora planes al mismo tiempo, en puntos distintos de Londres, durante toda la temporada? ¿Qué es, Dios?

—Hay una pareja confabulada para matar a los protagonistas de esta novela, esa es tu teoría —dice Samuel.

Su tonito de condescendencia me empuja a cruzarme de brazos.

—Nosotros nos hemos confabulado para salvarlos, ¿tan sorprendente te parece lo contrario?

—¿Y crees que esa pareja de villanas son Ethel y Olwen?

—¿Quiénes si no? Tienen la oportunidad, un móvil y la magia de su parte. —Voy enumerando cada cosa con un dedo—. Olwen controla los bajos fondos; cada noche que George se escapa al East End, se pone en peligro. ¿Cuántos intentos distintos de asesinato has truncado? ¿Doce, quince? —Frustrado, Samuel frunce los labios—. Ethel, por su parte, asiste a todos los bailes y eventos de la temporada. El veneno es la forma clásica de matar que tienen las damas, eso no me lo invento. Tiene dinero de sobra y ya sabemos cómo se las gasta su padre en cuanto a chantajes y crímenes varios. Lo habrá aprendido de él.

—Que la historia nos haya dirigido a ellas no tiene por qué significar nada.

Alzo las manos en el aire, exasperada.

—¡Algo significará, desde luego! Además, ¿qué otra opción hay? ¿Tienes alguna?

Él entrecierra los ojos.

—No.

—Porque, si la tienes, me encantaría oírla, y no estoy siendo irónica —le aseguro con suavidad—. Yo tampoco las tengo todas conmigo, Samuel, pero ahora contamos con esto. —Alzo el espejo en mis manos —. Lo usaremos en el concierto del sábado. Pediré a la modista que cosa un bolsillo a mi vestido y lo ocultaré ahí. Descubriré la verdad hablando con los invitados y tratando de que se expongan.

—Te arriesgarás sin motivo.

—¡Si no resolvemos esto, nunca saldremos de aquí! —Dejo el espejo sobre el asiento, a mi lado, y me inclino hacia él—. ¿Es que no quieres volver a nuestro mundo?

Samuel asiente con firmeza. Sus ojos no abandonan mi rostro.

—Más que cualquier otra cosa.

—Entonces sigamos atentos, manteniendo con vida a esos dos y a nosotros mismos. Pero lo de Ethel es la única pista que tenemos. Y digo pista por no llamarlo certeza. Literalmente, la he visto en un callejón a punto de cernerse sobre Kitty e hiriendo a un pobre chico de la calle. ¡Hasta nos ha amenazado en las narices!

—Claro, porque hemos descubierto su romance prohibido con una mujer que, encima, es una bruja que actúa al margen de la ley — replica—. Que Ethel tenga secretos no quiere decir que sea mala. Todos los tenemos. Incluida Kitty. Ya lo hemos comprobado esta

noche.

Anda, sí. Lo había olvidado por completo. La verdad es que su personaje ha subido rápidamente a mi top tres (sigo guardándole rencor a Garden por no haber mostrado en el papel su madera de verdadera heroína).

—Por cierto, hablando de Ethel, cuando la has amenazado antes… —empiezo a decir—. Ha sido impresionante. Me has dado hasta miedo.

—Gracias. Espero que ella haya sentido lo mismo.

—Aunque creas que no es nuestra villana, reconoce que buena tampoco es —lo pincho—. Si no se me hubiera ocurrido hacer lo que he hecho, a saber cómo habrían reaccionado su chica y ella en ese callejón.

Samuel inspira hondo y se pasa una mano por el pelo, alborotándolo.

—Respecto a eso… Sobre lo que ha pasado. Quiero pedirte algo.

Ay, ¿va a sacar el tema? ¡¿Por fin?!

—¿Sí?

—No vuelvas a besarme.

Parpadeo por la sorpresa.

—Ah… Eh. ¿Qué?

—Que no vuelvas a besarme.

Me lo repite más despacio, como si fuera sorda o hubiera sufrido un aneurisma cerebral repentino.

—Oh. —Me encojo en el sitio. Avergonzada. Humillada. Dolida—. Vale. Yo… Lo siento.

—¡No pidas disculpas! No es culpa tuya y no es que no me haya gustado o… —Se detiene de golpe y carraspea—. Solo que no creo que debamos volver a hacerlo siendo quienes somos, ¿entiendes?

Oh, lo entiendo, si solo es eso me quedo más tranquila.

(Dijo nadie nunca).

Me muevo, lenta, y me apoyo en el respaldo. De reojo, contemplo el espejo a mi lado. El reflejo es estático. Samuel ha dicho la verdad.

Genial. Me encantaría que en este momento Ethel y Olwen irrumpieran en el carruaje y nos pegaran cuatro tiros. Hasta les daría las gracias.

—Entiendo —murmuro tras un rato.

—¿Lo entiendes?

—Sí.

La próxima vez que estén a punto de matarnos, dejaré que lo hagan.

—Mis planes improvisados se han terminado —añado.

Manteniendo la misma expresión contenida, Samuel se cruza de brazos.

—¿Eso ha sido? —pregunta con voz queda—. ¿Un plan?

—Como comprenderás, no es que la lujuria me haya poseído de repente ni tampoco deseaba besarte con público por gusto.

Me doy cuenta de que él hace lo mismo que yo antes: mueve solo los ojos hacia el espejo sobre el asiento y comprueba que el objeto mágico no reacciona a mi frase.

—En ese caso, no será difícil que contengas tus impulsos de aquí hasta el final —replica Samuel.

—Oh, ya te aseguro yo que no va a ser difícil. De hecho, va a ser la mar de sencillo.

Rápida, le doy la vuelta al espejo para que su superficie plateada apunte hacia abajo.

Me niego a darle a este idiota otra victoria. Ni esta noche ni ninguna otra.

26

Revelación e intento de asesinato para violín y piano (pieza central del concierto)

Debería estar disfrutando del evento. Debería regocijarme de que mi plan para que Kitty vista de negro haya funcionado. Todas las debutantes sin excepción visten de luto, para alegría de mi protegida, su madre y lady Keating, que hasta echa una lágrima al comprobar cuánto respeto sigue despertando su fallecido esposo.

Debería disfrutar de la mansión de los Keating, de que en esta tarde de sábado se haya convertido en un palacio envuelto de magia y seda. El cielo está despejado, el sol de la tarde brilla en soledad y los criados han dejado las ventanas del jardín abiertas. La brisa cálida de comienzos de primavera atempera la casa. El fuego de las velas que custodian las hadas se vuelve más intenso a medida que el sol cae y baña las estancias con un melancólico fulgor anaranjado.

Los invitados pasean por las estancias antes del concierto, cuchicheando y admirando la colección de retratos de los duques de Albans, los muebles dorados, los papeles pintados y las estancias de techos altos, refugio de los nidos de los duendecillos del fresno y de los diminutos elfos del aire.

Debería estar disfrutando por vivir un capítulo más dentro de esta novela.

Sin embargo, hoy no lo hago.

Porque tengo una misión. De hecho, la estoy llevando a cabo ahora mismo.

Podría decirse que no he avanzado, pero eso no sería justo ni cierto. De los doscientos invitados, ya he entrevistado a más de cincuenta.

Ha habido mentiras, medias verdades y secretos que he descubierto sin pretenderlo (y sin que lo adviertan quienes los han revelado).

Durante toda la recepción, Ethel me esquiva, se mantiene distante y sonriente. No he confirmado mi hipótesis. Todavía. Ya la pillaré. O bien confirmaré la de Samuel primero y encontraré antes al «verdadero asesino».

Y, hablando del rey de Roma, en nuestro caso soy yo quien evita a Samuel.

Eso sí, no puedo hacerlo para siempre. La pieza musical con la que se abre el concierto es nuestra.

Apenas hemos ensayado y no me importa. Obviamente, Kitty y yo hemos acudido a esta casa el resto de los días de la semana. Samuel y yo hemos tocado un par de veces esa suite de Bach vigilados por la baronesa. Mientras, Kitty tenía que cumplir sus escenas románticas con George y yo hacer de su carabina.

Ha sido mi único consuelo. Ahora que estoy reconciliada con el personaje de Catherine, ahora que sé que el origen de su quemadura y su predilección por dormir hasta tarde se deben a su papel de heroína en los bajos fondos, sus interacciones con el duque me parecen del todo adorables.

De hecho, quien no considero que la merezca a ella es él.

Claro que, en estos momentos, no soy imparcial. La población masculina no ha dejado de defraudarme fuera y dentro de estas páginas.

Mis amigas Alice y Jillian me acusarían de ser una amargada. Y sí, esta vez lo admitiría sin dudarlo.

Estoy amargada porque pensé que Samuel y yo teníamos algo real. Una conexión especial, cierta compenetración, una química imposible. El beso que nos dimos fue… En fin, el mejor que me han dado nunca. Nuestro tira y afloja hace que me hierva la sangre (en el buen sentido) y mis ojos no dejan de buscar los suyos (aunque me haya prometido cientos de veces a mí misma no hacerlo).

Me odio porque me he encaprichado como una idiota y él no quiere que haya nada entre nosotros.

Debería haberlo supuesto. ¿No me lo dije al comienzo de la temporada?

«No hay hueco en esta novela para una nueva historia de amor. Y, desde luego, no para una que protagonice yo».

Gracias, Laura del pasado. Estaba claro que eras más lista que la del presente. Este mundo me ha idiotizado.

—Lavinia, querida, ¡es la hora! Colócate en el piano, ¡date prisa! Lord Haskell está esperando.

El estómago me da un vuelco.

Puede que la responsabilidad de mi caída no haya sido de esta novela, sino del archienemigo de cualquier chica: el amor (no correspondido).

Los invitados toman asiento en las butacas del amplio salón y yo camino despacio hasta el piano.

En primera fila está el conde Seddon junto a la reina Charlotte, que juega con su pequeño Mercury II en el regazo. A su lado están sentados Kitty, quien va a actuar después de nosotros, y John Keating, quien la acompañará al violín. Catherine dice algo y la reina se ríe. Justo detrás, Ethel Seddon entrecierra los ojos observando a la monarca y Pattie McDonald se abanica con las mejillas coloradas por

los nervios, la vista fija en la fila de delante.

Desde las alturas, las hadas sobrevuelan la estancia y esparcen su polvo dorado sobre el público, haciendo brillar las piedras preciosas de los tocados, el satén negro de las mujeres y las solapas de terciopelo oscuro de los hombres.

Lady Remmington tenía razón, Samuel me está esperando. Lo hace de pie, con su violín en la mano. Me observa con la misma distancia con la que lo hizo el primer día en que nos conocimos. Yo lo ignoro igual que entonces, aunque sea una mentira, porque en el fondo no dejo de ser consciente de su presencia. Al acercarme, al sentarme en la banqueta, al apoyar en el atril la partitura que no necesito.

Él coloca el violín contra su cuello y yo pienso en esos tres lunares sobre su piel. Me tenso al instante, trato de calmarme y me odio al no conseguirlo.

Siempre digo que soy lista, pero no es del todo cierto. Soy una contradicción. Soy inteligente y soy idiota.

Al fin y al cabo, tengo diecisiete años y estoy enamorada.

—¿Lista?

Asiento con firmeza. Tocar el piano se me da bien. Es de esas cosas que domino y de las que estoy segura, igual que la posición de los planetas, los años de las coronaciones inglesas o la conjugación de los verbos irregulares.

Solo tengo que concentrarme y dejarme llevar. Pulsar las teclas en orden. Dejarme envolver por el sonido, que este me atreviese igual que en mi mundo. No importa que esté en mi cuarto, en mi aula del conservatorio o en un palacio en 1813. La música es invariable y es mía.

Los invitados callan y Samuel y yo tocamos juntos. Aunque es técnicamente perfecto, echo de menos nuestro «Cruel summer» improvisado. Esas notas rápidas y esquivas, esos cambios de ritmo bruscos, la letra en la cabeza mientras nos acoplamos el uno al otro.

La suite termina y todos aplauden, incluida la reina. Kitty lo hace tan rápido y con tanto entusiasmo que resulta divertidísimo verla. John nos dedica una sonrisa de ánimo. Pattie hace un gesto con su abanico, que en el lenguaje secreto de esta época es una enhorabuena. Ethel alza dos dedos, los apoya en su pecho y los une y separa varias veces (sí, Ethel, nos viste enrollados, ya basta).

Samuel extiende una mano hacia mí y me doy cuenta de que no me he levantado de la banqueta. Lo hago, me coloco de pie a su lado y los dos nos inclinamos con elegancia. Es una farsa, porque estoy tan rígida que podrían partirme como una ramita seca.

Siento la mano de Samuel tomando la mía y acompañándome hasta la segunda fila. Llevo guantes negros hasta los codos y aun así noto arder mi piel contra la suya. Una corriente de electricidad surge (¿de

dónde? ¿De su cuerpo o del mío?) y atraviesa nuestros dedos unidos hasta llegar al otro.

Nos sentamos en los dos únicos huecos libres a la derecha de Pattie, que nos felicita enseguida con su voz aguda y dulce. A su izquierda, Ethel también se inclina hacia nosotros en la silla y repite sus palabras, aunque su tono en contraste suene mordaz y falso.

Kitty y John se levantan. Son los siguientes.

John no toca tan bien como Samuel, pero él no es la estrella, así que no importa. Es Catherine Remmington quien le roba el protagonismo en cuanto empieza a cantar.

Su voz es clara y vibrante. Tiene una potencia que nadie esperaba, escondida bajo una capa de entusiasmo infantil y la sincera inocencia que desprende siempre.

Giro la cabeza hacia George. Sé a la perfección dónde está, aunque no lo haya buscado hasta ahora. Se encuentra de pie, apoyado en la pared. No ha querido sentarse junto a su madre. Ha preferido mantenerse a un lado, como una estatua, para tener una vista privilegiada durante la canción de Kitty.

Sus ojos al contemplarla desprenden un brillo inconfundible.

Uf, qué envidia les tengo. Malditos sean los libros que te hacen creer en finales felices (e irreales).

—Y decías que ya no estabas obsesionada con él.

Samuel lo ha dicho sin moverse, en voz muy baja, así que, por suerte, he sido la única que lo ha oído.

—Sí, y decía la verdad —replico al mismo volumen. Con cuidado, extraigo del bolsillo de mi vestido una esquina del espejo y se lo muestro—. Por si no me crees. —Hago una pausa—. Bobo.

Vuelvo la cabeza hacia delante y me concentro en disfrutar de la canción.

Kitty ha elegido una antigua, extraña para esta época de paso entre el clasicismo y el romanticismo. «Greensleeves» suena lejana, pero no por ello menos emocionante. Es una canción de desamor. Cuando llega al verso «si pretendes despreciarme, más me cautivarás», no puedo evitar que el corazón se me encoja.

Entonces percibo algo a mi izquierda. Pattie está moviendo su abanico abierto delante de la cara con tanta rapidez y fuerza que me llega con más intensidad su perfume a rosas y citronela. La miro de reojo y me doy cuenta de que es su forma de ocultar las mejillas rojas.

Además de la lágrima solitaria que cae por ellas.

«Si el sabio señala a la luna, el necio mira al dedo». Es algo que suele decir mi abuela (antes de echarse su invariable siesta).

En lugar de centrarme en Pattie, sigo la dirección de sus ojos y encuentro a John Keating. Él sigue tocando, la vista fija en las cuerdas de su violín. Lady Keating nos lo dijo: es el instrumento que heredó de

su padre al morir. Resulta algo extraño. Está hecho de madera blanca y piedra de luna. El arco es de un color gris degradado.

John alza la vista de las cuerdas y apunta en mi dirección.

Pego un respingo. Solo que él no me mira a mí de esa forma abrasadora, casi hambrienta, sino a la chica que ocupa el asiento a mi lado.

El polvo de hadas cae sobre el instrumento y hace resaltar la piedra iridiscente que lo forma. El violín parece así la luna llena, y su arco gris una nube alargada que intenta ocultarla una y otra vez.

Es la misma imagen del cielo nocturno en el East End.

Es la misma señal de Garden.

Oh.

Oh, oh.

Ooooooooh, oh.

Por puro impulso, alargo el brazo y agarro con fuerza la mano de Samuel. Él baja la vista y contempla con sorpresa nuestros dedos unidos. Por suerte, no reacciona de ninguna manera, más allá de permanecer tenso y en silencio.

Me inclino hacia su lado, tratando de que no se me note lo que acabo de descubrir. O, al menos, deducir.

—No te separes de mí —murmuro.

—Te recuerdo que eres tú quien me ha estado evitando hoy, lady Serpiente.

—No vayas de rencoroso, lord «no vuelvas a besarme» —siseo—. Esto es más importante que tú y que yo. Se trata de una pareja de verdad. Se trata de ellos.

Señalo con los ojos hacia un lado. Hacia Pattie. Luego, hacia John.

Samuel (chico listo) no hace aspavientos y asiente con un movimiento imperceptible.

—¿Pruebas?

—No —reconozco—. Pero las tendré.

Maldita Garden. Solo que no va a salirse con la suya. Samuel y yo somos lectores, estamos acostumbrados a desarrollar teorías locas sobre todos los personajes para tratar de descubrir la verdad, y llevamos seis libros suyos a las espaldas, así que tenemos experiencia de sobra. Acabaremos descubriendo qué ha pasado.

(Más nos vale hacerlo pronto, porque el final se acerca).

La canción se acaba y el público entero rompe a aplaudir. El perrito de la reina ladra. Kitty y John se cogen de las manos y se inclinan. Se dedican una sonrisa tierna.

Si John Keating no muriese al final de la historia para proteger a su hermano, acabarían siendo cuñados.

Ese es un hilo suelto que no logro comprender del todo. ¿Puede que esté equivocada? ¿Puede que Pattie y él estén juntos en secreto pero

ninguno sea un asesino? ¿O todo es cosa de ella?

No parece probable; Pattie es pobre, sin dinero ni contactos. ¿Cómo ha podido urdir toda una trama de intentos de asesinato ella solita? ¿Quizá se ha aliado con Ethel y son ellas dos quienes buscan matar a George y Kitty?

Una, por ansia de poder. La otra, por amor.

Puedo pasarme teorizando toda la noche. No tengo información suficiente. Y, como señala Samuel, tampoco pruebas.

Las piezas musicales se suceden. John y Pattie no hacen ningún movimiento sospechoso. Cada uno está en su butaca, atento a la música. Nadie diría que tienen intenciones malignas. Él es agradable y educado, y adora a su familia. Ella es dulce y boba, y la suya la desprecia.

¿Me habré equivocado de nuevo?

Me siento frustrada, y ya no es solo culpa del chico sentado a mi lado. Su hombro y el mío se tocan, y todavía más cuando se inclina hacia mí durante la cuarta pieza.

—Lady Serpiente —susurra Samuel a mi oído—, ¿no te parece que Kitty está… extraña?

Me fijo en lo único que puedo ver de ella: su nuca.

—¿A qué te refieres?

—Está demasiado callada.

—Tiene que estarlo. Estamos en un concierto.

—No sé. —Samuel entrecierra los ojos—. Me preocupa.

—¿Ah, sí? ¿Y eso? ¿No decías que no estabas enamorado de ella?

—Sí, y decía la verdad. —Samuel mete la mano en mi bolsillo y tira del espejo hasta que asoma una esquina—. Por si no me crees. —Hace una pausa—. Boba.

Esbozo una leve sonrisa. Claro que lo sabía, pero me encanta sacarlo de sus casillas (y la confirmación me relaja, para qué voy a mentir).

—Lo digo en serio —insiste él—. Algo le pasa. No me da buena espina.

Es cierto que Kitty está muy quieta y silenciosa; eso no es propio de ella. Y, ahora que me fijo con más atención, la piel de su cuello ha empezado a teñirse con unas extrañas manchas rojas.

También comienzo a apreciar su respiración. Lo hago porque acaba de aumentar de ritmo; parece que le cueste coger aire. Y no es culpa de su corsé, como lo mío de la otra noche, porque, igual que siempre, la he ayudado a vestirse antes de salir de Londres y todo estaba bien.

Me inclino hacia delante y olisqueo el aire. Huele a perfume. El salón entero está cargado del aroma floral de la esencia de las damas. El de Pattie es el más intenso.

Solo que también huele a otra cosa bajo todo eso.

Huele a naranjas.

La misma fruta a la que es alérgica Catherine Remmington.

Me vuelvo hacia Samuel y tiro de su manga para que se incline y poder hablarle al oído.

—¿Tienes algo aquí para las alergias, lord Frasquitos?

Él arruga la frente. Casi puedo oír los engranajes de su cabeza girando a toda velocidad.

Ágil, se desabrocha al momento un par de botones e introduce una mano en el interior del chaleco. Rebusca hasta sacar un vial. Lo guarda y busca otro. Yo miro de reojo a Kitty. Ay, Dios. Su oreja derecha está empezando a hincharse.

Samuel me toma la mano y desliza un pequeño frasco de cristal en mi palma. El líquido en su interior es de color transparente. Imagino que es salvia blanca, saliva de náyade y manzanilla, un remedio mágico contra las reacciones alérgicas (recordemos que Samuel es un friki de este mundo, y yo también).

Estupendo. Y, ahora, ¿cómo se lo doy a Kitty sin que resulte sospechoso o alerte al asesino?

Ah. Sé de alguien tan servicial que me haría caso sin dudar, sobre todo si tiene que ver con complacer a la chica de sus sueños.

—Lord Keating —lo llamo en un susurro. Tengo que inclinarme sobre el regazo de Samuel (que pone cara de pocos amigos al oír a quién me dirijo) y chistarle un par de veces para que el duque me mire—, ¿puede venir un momento, por favor?

Él se acerca con la elegancia y la educación esperable en un caballero (Dios los bendiga a todos).

—¿Sí, señorita Labbey?

—¿Podría traerle un poco de agua a la señorita Remmington? Después de cantar así de bien, ha debido de quedarse seca, ¿no cree?

Se mueve más rápido que Tod después de que le diera un beso. En menos de un minuto, regresa con una fina copa de oro. Quiere entregársela a Kitty, pero Samuel se la arrebata en cuanto pasa por nuestro lado.

—La señorita Labbey también beberá.

—Sam, pero ¿qué…?

—Ella también tiene la garganta seca.

—Pero ¡si no ha cantado!

—Gracias, lord Haskell, ¡es la amabilidad hecha persona!

Mientras destapo el frasco y me lo coloco en el hueco de la palma, él me tiende la copa con una sonrisa ladeada.

—¿Sabe? No sería la primera mujer que me describe de ese modo —murmura.

Tomo el vaso y finjo que bebo, y deslizo el líquido en su interior. Después, alargo el brazo y le doy un toque a Kitty en el hombro derecho.

—Ten, amiga, bebe un poco —susurro—. ¿No tienes sed?

Ella se gira. Tiene la cara toda roja, el pecho sube y baja con renuencia.

Ni siquiera contesta, solo me arrebata la copa y se la bebe de un trago.

Garden describía en la novela los nervios de Kitty tras cantar. La sensación de que la piel le ardía, el corazón se le aceleraba y apenas podía respirar. La pobre creía que era por la presencia de George, que no había dejado de observarla con pasión mientras cantaba.

¿Habrá sido Kitty la primera en el universo en confundir un choque anafiláctico con un arranque de deseo?

—Gracias —me dice en voz baja mientras se vuelve—. ¿Cómo sabías que lo necesitaba, Lala? Eres la mejor.

En lo que a salvar a señoritas de la Regencia se refiere, supongo que sí, tiene razón.

Yo le respondo con una sonrisa forzada y recupero la copa que me tiende. No se me escapa lo tensa que se ha puesto la espalda de John, sentado junto a ella. Tampoco me pierdo la cara de circunstancias de Pattie cuando me apoyo en el respaldo de nuevo.

Sin embargo, cuando me giro hacia ella, ha recuperado la misma expresión tierna y amable que la caracteriza.

—¿La señorita Remmington tenía sed?

—Eso parece —respondo en un susurro—. ¿Tú tienes?

—Oh, no. Bebí antes un poco de…

—¿Zumo, quizá?

Ella se abanica.

—Sí, creo que sí.

—¿De naranja? —Asiente—. No le habrá dado a Kitty, ¿verdad? —Me inclino hacia ella con una sonrisa cómplice—. Entre usted y yo, no le sienta demasiado bien. Le da muchos gases, ¿sabe?

—Oh, ¿en serio? —Abre la boca hasta que forma una pequeña o adorable—. No tenía ni idea.

Como si tal cosa, las dos nos volvemos hacia delante; la pieza musical acaba de terminar. El público aplaude la actuación de Juliet Chadburn con entusiasmo. Algunos invitados se mueven y charlan entre sí hasta la siguiente canción. Yo aprovecho y saco rápidamente el espejo del bolsillo, cruzo las piernas bajo el vestido y uso la falda negra como escudo para observar a escondidas su reflejo.

Los labios de Pattie en la superficie vocalizan a la perfección una frase.

«Lo sabía desde el primer baile, John me lo dijo cuando arrancamos juntos el colmillo del guiverno».

Mierda. Es cierto. Yo misma comenté lo de las naranjas delante de él, para disimular mientras comprobaba que la comida de Kitty no

estaba envenenada.

Y lo segundo… ¿así fue como lo consiguieron? Imagino que lo extraerían después de que George, Kitty, Samuel y yo estuviéramos en las cuadras. El mismo John avisó a su hermano de la presencia de la criatura ahí. ¿Buscaría matarlo de esa manera o asegurarse de que George noqueaba a los guardias y les dejaba vía libre?

En cualquier caso, un diente de guiverno era el arma que blandía el asesino en el East End el otro día. Podría haber sido cualquiera de los dos.

«Olía igual que udted. Muy bien. A perfume de mujed rica».

No. Era ella.

Guardo el espejo y le echo un vistazo a Pattie con disimulo. Acaba de alterarse por un comentario mordaz que ha hecho Ethel y esta se ríe de su (aparente) ingenuidad.

Patricia McDonald ha resultado ser una gran mentirosa.

La admiro por engañarme. La odio por haberlo hecho tan bien. La temo por lo que puede ser capaz de hacer.

Parecía tan tonta e inocente como Kitty, y yo pensé que alguien tan poco espabilado no podía ser un asesino. Los prejuicios me hicieron descartarla casi desde el principio. Si hubiera sido más cuidadosa…

He sido una idiota.

Noto la mano de Samuel deslizarse entre mis dedos, los que todavía sujetan la copa.

—Milady —susurra—, ¿recuerda qué hay tras la duodécima pieza?

—¿Tras la duodécima? —Frunzo el ceño—. No hay…

No hay decimotercera canción. Pero sí pasa algo cuando el concierto acaba.

—¿Estás asustada?

—¿Por qué tendría que estarlo?

—Porque estás sentada junto a la muerte.

Niego con la cabeza.

—La muerte no me da miedo, solo la oscuridad —le recuerdo. Luego suelto la copa—. Vete. Tienes razón, es la hora.

Él asiente y se levanta para acercarse a George. Al llegar, le dice algo al oído. Este asiente y ambos se marchan juntos. La reina vuelve la cabeza por encima del hombro y le hace un gesto imperceptible a lady Keating, sentada en la tercera fila. A su lado, el conde Seddon pone mala cara.

Tres hermanas casi idénticas se adelantan para tocar la siguiente pieza. Yo no escucho esa ni las demás. Solo soy consciente de que falta poco para que todo termine porque, al inicio de la sonata número 11 para piano de Mozart, Samuel reaparece y vuelve a sentarse a mi lado.

Agacho la cabeza y observo mi mano enguantada de negro sobre la falda del mismo color. Tengo ganas de tomar la suya. Los dedos me

arden. Los extiendo y los encojo sobre mi regazo, pero siguen doliendo.

Un guante aparece en mi campo de visión. Es de color blanco. Aunque no se aprecie, sé que oculta dos lunares debajo. Como una mordedura de serpiente.

Sus dedos se deslizan entre los míos hasta abrazar los nudillos. Así, juntos, parecen las teclas de un piano.

—Lo siento —murmura Samuel.

—¿Por qué?

—Porque antes me pediste que no me separara de ti.

Alzo la cabeza y miro hacia las intérpretes, aunque en realidad no las esté enfocando.

—Tendrás que volver a hacerlo —replico en voz muy baja—. Ya sabes lo que pasa después.

—Lo sé.

—Yo debo quedarme con ella. Tú debes cuidar de él.

—¿Crees que podrían intentar acabar hoy con…?

—Lo han intentado con ella —le corto—. La casa está llena de invitados. La fiesta durará hasta la mañana. El caos será total. Las oportunidades se multiplican. Tú no lo pierdas de vista.

—Sí, milady.

Sus dedos aprietan los míos y una calidez me recorre el cuerpo entero.

—¿Sigues enfadada conmigo por lo que te pedí la otra noche?

Niego con la cabeza. Samuel tira un poco del espejo en mi bolsillo y comprueba que su reflejo no ha cambiado.

—¿Funciona si no hablas en voz alta?

—No lo sé —reconozco—. Pero tampoco sé si estoy enfadada contigo o conmigo por lo que me hiciste sentir, así que no importa.

Samuel devuelve el espejo a su sitio. La superficie no ha brillado.

27

La reina da inicio al juego de la temporada (quien busca no encuentra)

La duodécima canción se acaba. Todos aplauden. La reina se pone en pie y todos la imitamos. Luego camina hasta el piano y coloca a Mercury II sobre la banqueta. Este alza las patitas y las posa en las teclas, haciendo resonar algunas notas discordantes.

—Vaya, parece que mi pequeño también deseaba participar —dice la monarca—. Y lamento decir que ha sido la canción más sorprendente.

El público entero se ríe, incluidos el conde Seddon y su hija, aunque sea entre dientes.

—Me gustaría que se adelantara la dama responsable de que este gran concierto haya tenido lugar —se pronuncia después.

Extiende una mano y lady Keating se apresura a acercarse a ella. Hace una pequeña genuflexión antes de besarle los anillos de los dedos.

—Se lo agradezco, mi reina —dice la mujer—. Aunque esta hermosa velada ha sido posible gracias a mi hijo mayor. Al fin y al cabo, fue idea suya. Deseaba que todos pudieran demostrar su talento, pero en especial que lo prodigaran aquellos que aman la música, de la misma forma que hacía mi marido. George, querido, aproxímate.

Aunque el duque de Albans no parece muy por la labor de recibir ovaciones, acaba cediendo al cruzarse con los ojos emocionados de Kitty. Avanza hasta colocarse junto a su madre y la reina Charlotte le dedica un gesto de cariño.

Me fijo en John Keating, que mira de perfil a su hermano mayor. Antes habría confundido esa expresión con una de afecto fraternal, un amor forjado por la frustración y la paciencia. Hoy veo lo que esconde. Envidia. Celos. Rencor.

La sonrisa que esboza podría cortar su carne como un cuchillo.

—A pesar de la temprana partida de su padre, he de reconocer que le sienta bien su papel de duque —dice la reina.

—Majestad, eso es porque no me ha visto jugando al *pall-mall* y cayéndome a mi propio lago.

La multitud entera se ríe. Las orejas de Kitty se ponen rojas hasta la punta.

—Quizá lo vea algún día, si invita a esta anciana a sus tierras —

comenta Charlotte.

—Cuando lo desee. Albans nunca tendrá muros ni puertas para usted.

—Me alegra oír eso —dice ella—, porque esta noche no las habrá para nadie.

Después se vuelve hacia los invitados y alza la voz con aire solemne.

—Con la temporada bien avanzada, he de reconocer que tengo mis debutantes favoritas, pero sigo dudando respecto a quién de ellas merece una recompensa… mágica. —Todos los aristócratas sin excepción se remueven en los asientos—. Por eso, he decidido solventar el problema de una forma divertida y justa.

Las voces aumentan de volumen.

—No seré yo quien elija al diamante de la temporada, será la propia joya quien la escoja por mí —añade, y todos vuelven a callar—. Es un juego muy sencillo. Las reglas lo son también: busca y encontrarás. ¿Dónde? ¿El qué? —Hace una pausa y se responde en tono juguetón —: En la propiedad de los Keating. Un tesoro escondido.

El diamante de la temporada está oculto en algún punto de la finca.

Y quien lo encuentra se lo queda.

El silencio es total. El aleteo de un elfo del aire hace eco entre las cuatro paredes.

—¿A qué están esperando? —masculla la reina. Luego da una palmada y hasta yo pego un respingo—. ¿Nadie tiene ganas de atrapar un diamante o qué?

Por suerte, Samuel me sujeta antes de que varias chicas me arrollen. Entre ellas, Ethel Seddon y Pattie McDonald. Aunque no son las únicas. La multitud se dispersa a toda velocidad, algunos vuelcan butacas y levantan alfombras, otros se apiñan para salir por las puertas laterales y ser los primeros en explorar el resto de la casa. Incluso los hay que abren de par en par las ventanas y saltan por ellas para dirigirse al jardín.

Pronto, la sala repleta de aristócratas elegantes y refinados es historia. Las butacas están caídas por el suelo y hasta una cortina se ha desgarrado. Varios muebles están desplazados y sus cajones abiertos.

La frenética (e infructuosa) búsqueda por el salón de música tiene como resultado que este quede prácticamente vacío en apenas unos minutos. Solo quedamos en pie unas cuantas piezas: la reina y lady Keating, lady Remmington y la baronesa, Kitty y George.

Samuel y yo.

Todavía me está envolviendo en sus brazos, manteniéndome cerca, como si la que en realidad estuviera en peligro fuera yo y no una adorable pareja de bobos.

Estamos tan próximos que aprecio su olor, su respiración y la

calidez de su piel bajo las capas de tela. Noto también mi corazón latiendo a toda velocidad bajo mis costillas, como si fuera un hada enjaulada. Por la expectación, sí, pero sobre todo por él.

—Puede soltarla, joven: su dama no va a salir volando como las demás.

Samuel da un respingo y me suelta rápidamente. Sin embargo, el comentario mordaz de la baronesa no iba dirigido a él, sino a George. El duque se separa de Kitty al instante y hace una torpe reverencia.

—Mis disculpas, baronesa. No deseaba incomodarla.

—Mientras no haya incomodado a mi nieta, que no parece el caso, es suficiente.

Desde su butaca en la sexta fila, la baronesa se levanta con ayuda de lady Remmington y le hace un gesto a Kitty para que se acerque.

—Ha caído la noche y con esas ventanas abiertas de par en par tengo los músculos agarrotados por el frío. ¿Me acompañas a un lugar más cálido, pequeña?

—¡Por supuesto!

—Iré con ustedes —anuncia la reina—. Lo más probable es que la búsqueda se alargue… Es mejor ocupar un asiento cómodo y esperar el resultado de la partida.

—¡Gran idea, su majestad!

—Ve con ellas, madre —le pide George a lady Keating—. Yo iré a supervisar junto con los guardias reales y los criados que nadie resulte herido durante la búsqueda.

Me vuelvo hacia Samuel y ambos cruzamos una mirada. Sé que me conoce bien, porque enseguida percibe el miedo en mis ojos. Tal vez porque son un reflejo del que late en los suyos propios.

Yo sé que lo conozco bien, porque enseguida percibo en sus pupilas pequeñas que no quiere marcharse. Sin embargo, ambos sabemos que no le queda otra opción. La noche acaba de empezar y la finca no solo está repleta de nobles desesperados por atrapar un diamante, sino de otras criaturas más peligrosas.

Dos parece que están confabuladas, igual que nosotros, y pueden resultar impredecibles. Ahora que sabemos quiénes son, la amenaza tiene rostro y nombre propios, y eso lo hace todo aún más real y espeluznante.

Al final, aunque le cuesta, tanto que lo hace con una lentitud deliberada, Samuel acaba soltando mis manos poco a poco y volviéndose hacia el duque.

—Iré contigo, Keating —se ofrece, alejándose del todo de mí—. Quizá algún aristócrata frustrado tenga la tentación de llevarse de esta casa algo distinto a un diamante.

George se ríe y le pasa un brazo por los hombros cuando se une a él. Pronto, los dos se alejan y desaparecen juntos por la puerta abierta.

El sonido de las carcajadas del duque es claro, pero se hace más débil poco a poco, hasta desaparecer.

28

Y, con todos ustedes…, ¡el diamante de la temporada! (fingid sorpresa, por favor)

Lady Keating nos guía a un pequeño salón de la planta baja. No es el más lujoso de la mansión y apenas tiene muebles, a excepción de un aparador con unas copas y una jarra de agua.

Al entrar, comprobamos que está despejado. La turba, que sigue jugando con desesperación al escondite, ya lo ha revisado.

Hay tres grandes sofás alrededor de una chimenea apagada. El salvachispas de hierro, con pequeños dragones forjados, se encuentra tirado en el suelo. También los leños están desperdigados y amontonados de cualquier manera en la base del hogar, y las cenizas manchan el suelo a su alrededor.

Kitty y yo ayudamos a las ancianas a sentarse en el sofá frente a la chimenea. Lady Keating y lady Remmington lo hacen juntas en el de la izquierda. Después, las dos nos apresuramos a cerrar las ventanas para que el frío aire de la noche no domine la estancia como ya lo hace la oscuridad.

—Llama a un sirviente, querida —le pide lady Remmington a su hija—. Que traigan velas y enciendan la chimenea.

—Dudo que haya algún criado desocupado —comento. Cuando ella me dirige una mirada furibunda, me encojo de hombros—. Hay casi doscientas personas poniendo patas arriba la casa, el jardín y la propiedad entera. ¿Quién tiene tiempo de encender una simple chimenea?

—Lala tiene razón, mamá —le dice Kitty antes de que su madre se apresure a contradecirme—. No importa, no necesitamos sirvientes. Solo dos manos y… un poco de ayuda.

Kitty se acerca a la chimenea, se apoya en la encimera de mármol que hay sobre ella y se levanta un poco el vestido. Debajo lleva unas botas altas de piel. La derecha tiene una pequeña tira de cuero donde un dragón se ha enganchado firmemente.

Richard parpadea, despertándose, y gira la cabecita escamosa hacia su público, enteramente femenino.

—Vaya, vaya —se ríe la reina—. Parece que tenemos un polizón.

—¡KITTY! —Lady Remmington parece a punto de desmayarse—. ¡¿Qué hace eso ahí?!

—«Eso» tiene un nombre —replica Kitty sin perder la sonrisa—. Verás, mamá, estaba muy nerviosa por cantar y alguien me recomendó que imaginase que él estaba entre el público para que me tranquilizase. Y entonces pensé: ¿y si lo está realmente? De modo que me lo traje. La abuela me cubrió las espaldas, así que no pensé que fuera algo tan terrible…

—Ay, Dios mío. —Lady Remmington se abanica con la mano, volviéndose hacia la dueña de la casa—. Ruego disculpe la falta de elegancia de mi hija…

—No hay mal que por bien no venga —dice, pragmática, la mujer —. Un dragón de chispa como el suyo nos ayudará rápidamente.

Kitty sonríe a su futura suegra y chasca la lengua; Richard desciende de su pierna al oír la orden y se estira sobre la alfombra.

Al instante, la chica lo sigue y se arrodilla en el suelo. Le da igual mancharse la falda de hollín; parece más segura ahí que antes, al cantar delante de todos. Se quita los guantes, los deja a un lado y amontona los leños en el hogar, sin aspavientos. Yo tomo asiento en el sofá vacío que queda y la observo en silencio, como hacen todas las demás.

Kitty prepara con cuidado la chimenea para que esta prenda. Su objetivo es que un puñado de ancianas y damas de la alta sociedad entren en calor, ignorando en el proceso las normas sociales que debería seguir a rajatabla. Ajena a lo que puedan pensar de ella, de su estatus social o su falta de distinción.

Es un acto que la define más que cualquier otro. A Kitty no le importa lo que los demás opinen sobre su comportamiento, solo lleva a cabo algo que es tan sencillo como ella misma: hacer el bien a los demás.

En ese momento, me alegro de ser su amiga.

En ese momento, arrodillada como una Cenicienta de la Regencia, Catherine Remmington se convierte en mi personaje favorito de esta novela.

Richard se acerca a uno de los leños y lo olisquea. Kitty lo acaricia bajo el mentón.

—Ya sabes qué tienes que hacer. No te pases, por favor. Haz que prenda fuerte el leño al principio. Luego convierte el fuego en uno bajo y constante. Seguro. Cálido. Enséñales de lo que eres capaz.

Ricky levanta primero una patita y luego otra. Sacude su cuerpecillo delgado, echa el cuello hacia atrás y lanza una llamarada hacia la madera.

La reina Charlotte aplaude. Mercury II ladra, salta de su regazo y se acerca a Ricky, que emite un gruñidito amistoso al verlo. Los dos se huelen mutuamente y deciden corretear alrededor de los sofás, persiguiéndose el uno al otro por toda la estancia.

—Muchas gracias, señorita Remmington —le dice lady Keating—. Aunque se ha arruinado el vestido por completo…

—Oh, no se preocupe. —Kitty toma el atizador de la chimenea y se gira hacia las llamas, que se reflejan en sus ojos, cautivados por ellas —. Es solo un poco de hollín. La ceniza mancha rápido, pero se limpia con la misma facilidad. Lo que permanece debajo no pierde su valor.

—Has criado a una señorita muy interesante, Holly —le dice la reina a la baronesa Richmond.

—Es sangre de mi sangre, Lottie, ¿cómo no iba a serlo? —replica la otra, fingiendo mal humor.

Tras ordenar los leños con el atizador, Kitty se pone en pie y se acerca a mí. En lugar de sentarse a mi lado, lo hace en el suelo. Apoya la espalda en el sofá y gira la cabeza para hablarme.

—No quiero manchar la tapicería —me explica—. Oye, Lala, ¿estás enfadada conmigo?

Frunzo el ceño. Esta conversación… no sale en la novela.

—Claro que no estoy enfadada, ¿por qué dices eso?

—Porque no he ido en busca del diamante.

—Pero, si tú no lo quieres, ¿por qué iba a enfadarme que no fueras a buscarlo?

—Porque quizá tú sí lo desees —susurra—. Y, por culpa de mamá, no puedes dejarme sola. Estás atada a mí. Si hubiera ido a buscarlo como las demás, tú podrías haberme acompañado. Podrías haberlo buscado tú sola. O bien podríamos haberlo buscado juntas. —Hace una pausa—. Quizá ya lo hayan encontrado, pero, si no es así, ¿quieres que en un rato nos marchemos y nos unamos a la búsqueda? Ya sabes que no sería la primera vez que recorro el bosque de esta propiedad de noche.

Me inclino hacia delante, apoyando los codos en las rodillas y la barbilla en las palmas. Suelto un suspiro.

—Kitty, nada de eso importa. Aunque lo encontrásemos, no podría quedármelo. ¿De qué me serviría?

Me abstengo de explicarle que eso modificaría la línea argumental y, por supuesto, nos enviaría a Samuel y a mí de una patada al principio de su historia.

Catherine dirige la mirada a las llamas. Parece pensativa.

—Quizá tengas razón. ¿Para qué quieres un diamante si ya posees uno?

—¿Yo? —Se me escapa una carcajada baja—. ¿Qué diamante tengo yo?

Kitty se vuelve al instante y alza un índice manchado de ceniza. Me toca con él la frente y, al verme la cara, esboza una sonrisa pícara.

—Tu mente. Es brillante, dura y fría, igual que un diamante.

De repente, se oye un golpe y Kitty se gira rápidamente; el perro de

la reina, persiguiendo al escurridizo de Richard, se ha golpeado contra una esquina del sofá. El dragón de chispa, escondido debajo, suelta resoplidos cortos y rápidos. Se está riendo del pobre animal.

—¡Ricky! Bribón, ¡ven aquí!

Yo la observo levantarse mientras le doy vueltas a lo que acaba de decir.

Quizá tenga razón. No debería tener miedo a nada de lo que suceda a partir de ahora. Carezco de armas, pero no las necesito para salir de esta historia. Tengo todo lo que me hace falta. Al menos, en este mundo.

Hoy he deducido yo solita quiénes son nuestros enemigos. Si perdemos, solo habría que volver a empezar; un inconveniente, sí, pero uno que se puede solucionar.

Samuel tiene sus ases en la manga, conoce los bajos fondos como nadie y tiene experiencia luchando contra aquellos que van a por George. Yo conozco a los personajes como si fueran mis amigos, ¿no es eso lo que siempre he creído? Puedo tratar de adivinar sus motivaciones. Sé lo que va a pasar en cada página de aquí hasta el final.

Los dos hacemos un buen equipo.

Y es el que va a ganar esta partida.

Convencida y más segura, me pongo en pie y me dirijo a la puerta abierta. Me apoyo en un lado del marco y observo el pasillo, por el que de vez en cuando pasan jugadores sin interés.

Y, entonces, espero.

Dentro del salón, las mujeres charlan frente al fuego. Es una estampa hogareña y tierna. La baronesa cuenta anécdotas del tiempo en que ella y la reina eran jóvenes y bobas, Kitty se ríe y alega que ella todavía lo es. Lady Remmington habla de los encantos de su hija y lady Keating la interrumpe para hablar de los de su hijo mayor.

El tiempo pasa. No importa, soy paciente. Y al final, como esperaba, esa paciencia se ve recompensada: por el pasillo, una chica de pelo rojo y ojos verdes y caídos pasa a toda prisa a mi lado. Yo la detengo con una mano en su brazo, saludándola como lo haría una amiga.

—¡Señorita McDonald! Venga, acérquese, ¿tiene frío? ¡Tiene las mejillas rojas!

—Ah, señorita Labbey, es usted —boquea Pattie. Sonríe al volverse hacia mí, aunque se nota que no le hace mucha gracia verme—. No tengo frío. Al revés, estoy bastante acalorada.

—¿Cuesta mucho encontrar un diamante? —pregunto—. ¿O buscaba otra cosa?

Ella vuelve su atención al interior de la estancia. Al ver allí a la reina, al resto de las mujeres y a Kitty, su expresión alegre se congela.

No obstante, pronto recupera la dulzura de antes. He de admitir que es una actriz de primera.

—Buscaba el diamante, sí; esa joya solucionaría muchos de mis problemas —reconoce—. Si una tiene la oportunidad de alcanzar sus sueños, ¿no merece la pena hacer lo que sea para lograr lo que ansía?

Un buen «el fin justifica los medios» para redondear del todo a la villana (impresionante, Garden).

—Sin duda —le concedo—. ¿Quiere pasar un momento? Venga, en este aparador hay algo de agua. Recupere fuerzas antes de retomar la búsqueda.

Duda, pero al final me sigue dentro. Negarse a ello habría sido maleducado y la reina ha advertido que hablábamos en el umbral. Pattie le hace una reverencia, tal como está obligada a hacer, mientras yo le sirvo agua de la jarra. Lleno otra copa para mí también y le tiendo la suya.

—Por que tenga suerte en su búsqueda —murmuro, y luego acerco mi cristal al suyo para que ambos choquen.

Ella susurra un «gracias» y, más tranquila, bebe del vaso. Después de que ambas lo hagamos, introduzco una mano en mi bolsillo y saco algo de él para apoyarlo en el aparador junto a nosotras.

No, no es el espejo, sino el frasco que me dio antes Samuel para salvar a Kitty. No tiene tapón y está vacío.

Con un gesto calmado, lo hago girar sobre la superficie de madera dorada.

—¿Te cuento algo, Pattie? Permíteme que te tutee, ya que voy a abrirme a ti como una flor —le digo en voz baja—. Sé que eres observadora, como yo, así que ya te habrás dado cuenta de que no he dejado de hablar con todos los invitados en la recepción previa al concierto. Soy una reconocida cotilla y, además, tengo una jefa que también lo es, y no he dejado de intentar averiguar chismes para ella. —Le señalo a lady Remmington con la cabeza—. Ya se sabe que es la reina del chismorreo en esta sociedad.

Pattie frunce el ceño.

—¿Por qué me cuentas todo esto de repente?

—Porque es la pura verdad. —Vuelvo a hacer girar el frasco—. Y no puedo pronunciar ninguna otra cosa distinta, porque acabo de tomar el suero que me obliga a escupirla. Oh. —Vuelvo a hacer chocar mi copa con la suya—. Y tú también.

Pattie se pone blanca. Deja la copa sobre el aparador y traga saliva.

Sin embargo, al instante la sorpresa en su rostro deja paso a una decisión que hace tambalear durante un segundo mi seguridad.

—¿Por qué debo creerte? Puedes estar mintiendo.

Ahora sí, saco el Espejo de la Verdad y lo apoyo sobre el mueble, junto al frasco vacío.

—Ya sabes lo que es esto, imagino que no hace falta que te lo explique —susurro—. No puedes huir, Pattie, eso sería desconsiderado para con la reina, y yo podría preguntarte algo en voz alta que te pusiera en problemas si mientes ante ella. —Vuelvo a hacer girar el frasco—. Pero no pongas esa cara, seré misericordiosa. Mis intenciones contigo no son perversas, como las de tu familia; yo solo quiero averiguar un par de cosas sobre ti.

La chica mira de reojo el espejo, que no ha reaccionado a mis palabras.

Sé por el libro que su familia es odiosa, la desprecia y maltrata, y yo no pretendo dañarla como hacen ellos, así que he dicho la verdad. Además, tocar ese tema la pone sensible y así es como la quiero: vulnerable y nerviosa.

—Tranquila, Pattie, seré justa —añado—. A cambio de tu verdad, yo te diré la mía. Un cotilleo por otro cada vez, ¿qué dices?

Ella guarda silencio. Al final, asiente.

—Muy bien. Tú primero.

—Estoy enamorada de Samuel Haskell.

Pattie abre los ojos de par en par. Se vuelve rápida hacia el espejo. Su superficie plateada solo refleja los ángeles pintados en el techo.

—Ahora tú —susurro—. Dime, ¿qué deseo les pediste a las creneas de los pozos?

—¿Por qué quieres saber eso?

—Porque sospecho que tiene algo que ver con el objeto de tu afecto y, no nos engañemos, los mejores cotilleos son los de naturaleza romántica. —Hago girar el frasco otra vez—. Responde.

—Está bien. —Se vuelve hacia lady Keating, que sigue hablando con lady Remmington, y toma aire—. Deseé… Deseé merecer a mi amado. Deseé acabar con él.

—¿Él te ama a ti?

—Sí —responde segura. Sus ojos caídos siempre le dan una apariencia triste, pero ahora lo parece más que nunca—. Solo que lo nuestro es imposible.

—¿Por qué?

—Tú misma lo dijiste en el primer baile de la temporada: mi familia solo me permitirá desposarme con un hombre de gran influencia y riqueza. Para ellos, no valen lores de baja estofa ni…

—¿Segundos hijos?

No es tonta. Sabe que sospecho quién es, así que asiente con la cabeza.

—No lo entiendo, Pattie, ¿por qué no ignorar a tu familia? —inquiero—. ¿Por qué él no puede desposarte a ti?

—Su madre no permitiría que su adorado hijo se casase antes que su primogénito y, además, con una cualquiera —contesta. El odio se

adivina debajo de sus palabras—. Además, su padre tampoco le dio su consentimiento cuando se lo pidió, ni su tío después de él.

Oh, oh. Mala idea por parte del anterior duque de Albans. Imagino que por eso, ¡ups!, convenientemente el pobre hombre pasó a mejor vida. Su hermano decidió negarse también y, vaya, vaya, ahora está a las puertas de la muerte.

Parece que John y su chica le han cogido el gusto a esto de envenenar.

—He contestado a dos preguntas tuyas —añade después—. Es hora de que me digas algo tú.

—Está bien —accedo—. Sé dónde se encuentra escondido el diamante.

Ella abre los ojos de par en par. El espejo no ha reaccionado. Digo la verdad.

Alarga un brazo y agarra el mío. Me aprieta tan fuerte que me hace daño, pero aprieto los dientes y aguanto.

—Dímelo.

—Oh, es información muy valiosa, así que para eso tendrás que decirme una cosa más. —Sonrío—. Ya sabes, es lo justo.

Ella entrecierra los ojos.

—Eres…

—¿Todo bien por ahí, señoritas?

Me vuelvo hacia la baronesa y esbozo una sonrisa que podría eclipsar la de Kitty.

—Solo charlamos; las dos tenemos mucho en común, como la alta estima a nuestra propia inteligencia.

Después, vuelvo a centrarme en ella.

—Bien, ¿por dónde íbamos? Ah, sí. Tu amado y tú. Tu deseo a las creneas. He oído que a veces pueden ayudarte a conseguir lo que anhelas. ¿Te dieron la clave para cumplir tu deseo?

Pattie cambia el peso de un pie a otro. Tiene la atención fija en el espejo.

—Sí. Me dijeron… —Hace una pausa, recordando—. Me dijeron qué estorbaba en mi camino hacia la felicidad. Si esos inconvenientes desaparecieran, podría ser feliz.

—¿Y esos inconvenientes qué son? —Bajo todavía más la voz hasta que apenas es una espiración—. ¿O quiénes son?

—No importa. Pronto dejarán de existir. Las creneas lo profetizaron cuando hice crecer flores de acónito alrededor de sus pozos: pronto habrá una fiesta de máscaras en el corazón del East End y al fin se cumplirá mi deseo.

—Ten cuidado, Pattie —murmuro—. No deberías hacer caso a la profecía de unas hadas. La baronesa me lo explicó una vez. Uno nunca debe fiarse de ellas. Son caprichosas, sus intenciones jamás están

claras. Puedes pedirles ayuda y que, en lugar de prestártela, te obsequien con un regalo envenenado. —Alzo una mano hacia ella, aunque acabo por bajarla—. Quizá deberías buscar otra solución para conseguir ser feliz con la persona que amas.

—No la hay —replica ella con desdén—. Es normal que tú sí lo creas. Para ti es fácil: a nadie le importas. Puedes acabar con tu lord Haskell y nadie pondrá peros. Sin embargo, las mujeres como yo debemos tomar lo que merecemos de la forma que sea. —Sus ojos implacables se dirigen hacia los míos—. Ese diamante y su poder serán míos, y mi matrimonio vendrá después. Así que, dime, ¿dónde está?

He intentado ser buena. No se puede decir que no lo haya hecho (un poquito, al menos). Pensaba que podría hacer terminar esta trama como deberían acabar todas: hablando y convenciendo a la otra parte de que la violencia no es necesaria.

Pero, en el fondo, lo imaginaba. Estamos en una novela de Garden. El personaje de Pattie no va a desviarse del camino que ha tomado.

Samuel y yo vamos a tener que proteger a Kitty y George hasta el último capítulo.

—¿Quieres saberlo? —murmuro—. Muy bien, te lo diré: el diamante está aquí.

Levanto un índice, espero a que la emoción inunde la cara de Pattie y entonces… señalo mi propia frente.

—¿Qué? ¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir que al final sí eres una ingenua, querida amiga —respondo con una sonrisa. Alargo un brazo y le doy una última vuelta al frasco—. ¿Por qué me arriesgaría a tomar suero de la verdad? Podría confesar algo que no deseo. Y tú, sin tomar una sola gota de él, sí lo has hecho. Ahora, vete. Tienes un diamante que atrapar, ¿no es así?

Ella abre la boca, dispuesta a decir algo, pero el perro de la reina suelta un ladrido y acaba dando un respingo. Después, se da la vuelta y, tras una elegante reverencia para la reina Charlotte, se marcha a toda prisa del cuarto.

No es la única que se mueve con rapidez. Mercury II, molesto por los juegos de Richard, acaba mordiéndole la cola. El dragón de chispa emite un aullido y se escapa corriendo hacia el lugar donde se siente más seguro, aquel donde el animal no puede atraparlo: las llamas.

Empieza a revolverse dentro de la chimenea, chascando los leños con los dientes, visiblemente enfadado.

Kitty se pone en pie y coge el atizador.

—Ricky, ¡por Dios! Para o apagarás el fuego. ¡Sal de ahí, orgulloso!

Engancha el leño donde el dragón se ha aferrado con sus garras y lo saca a la base del hogar. Coge al dragón en brazos, sin importarle

quemarse, y lo aparta de la madera. La criatura se retuerce hasta engancharse a su brazo, rodearlo con la cola y mirarla a los ojos con cara de pena.

El tronco está carbonizado por fuera y todavía conserva aquí y allí el rojo de las brasas. Tiene una gran grieta que casi lo parte por la mitad. Kitty vuelve a coger el atizador con la intención de devolverlo al fuego, pero se detiene en el último momento. Parece ver algo en su interior.

—Hay… ¿qué hay ahí dentro?

Curiosa, introduce el extremo afilado en el hueco de la grieta y, con un solo movimiento, parte la madera en dos.

En su interior, brillando entre las brasas, hay incrustado un diamante perfecto.

Las mujeres de la habitación callan. Siguen en silencio cuando Kitty alarga los dedos quemados y manchados de ceniza hacia la piedra preciosa. La extrae con sumo cuidado.

El mineral está espectacularmente pulido y tallado en forma oval. Al levantarlo, las llamas de la chimenea, naranjas y rojas, parecen bailar en su interior.

—Enhorabuena, querida —dice la reina—. Hice crecer un gran roble a su alrededor. Las plantas esconden la riqueza del mundo. Y el diamante del carbón procede, pues en el carbón se halla. Tú misma lo dijiste antes: manchado de hollín, sigue conservando su valor. Igual que tú el tuyo. Y esta noche has demostrado lo alto que puede llegar a ser.

Kitty se vuelve hacia nosotras muy despacio. Parece que sigue en shock. Sus ojos son dos diamantes brillantes por las lágrimas.

Por mucho que insistiera en lo contrario, Catherine Remmington, como cualquier otra chica, también fantaseaba con ese diamante. La diferencia es que el diamante también la ha querido a ella.

Una suave brisa sopla por toda la habitación cuando Kitty, con su dragón de chispa apoyado en el hombro, se levanta tambaleándose.

—Oh, ¡mi niña querida! —exclama lady Remmington, poniéndose también en pie—. ¡Lo has conseguido! ¿Qué, sientes la magia? ¿Cuál es? ¡¿Qué ha despertado la joya en ti?!

Todos los lectores esperamos que fuera el fuego. ¿Qué otra cosa puede asociarse a Kitty?

Otras imaginaron algo más benévolo: la capacidad de curar, de suavizar las emociones negativas de los demás, de hacer crecer los árboles o de convertir en oro lo que toque siempre que lo desee.

—El aire… —murmura ella. Alza una mano, la mueve. Otra brisa, más fuerte esta vez, levanta la ceniza junto a la chimenea y aviva las llamas—. El aire me está hablando.

29

Un dragón y un guiverno están destinados a encontrarse (y a bailar)

—Te sienta bien.

—Gracias. Aunque te sentaría mejor a ti. —Se señala la máscara—. Lady Serpiente.

Pongo los ojos en blanco y, como es una de las cosas que Samuel puede ver de mí, se echa a reír en voz baja.

La verdad es que la que llevo no me disgusta. Tiene la forma de un dragón granate y me deja al descubierto solo los ojos, los labios y la barbilla. La de Samuel es de guiverno; su color azul es más claro que el de sus ojos e imita las escamas de la criatura.

Hace contraste con el pelo que le asoma por la capucha. Es falso y es rubio, igual que el mío.

Porque no solo debíamos llevar las mismas ropas y las mismas máscaras que George y Kitty en esta fiesta, también su pelo. Es la única forma de tratar de llamar la atención de John y Pattie cuando se cuelen aquí e intenten matar a los dos tontitos enamorados.

Averiguar cuándo y dónde era la «fiesta de máscaras en el corazón del East End» de la que habló Pattie fue sencillo. Primero, porque semanas después Kitty me contó sus intenciones de escaparse de casa y reunirse con George y su «corazón paciente» cuando recibió su carta invitándola a ir con él. Segundo, porque George corrió a decirle a Samuel que ella había aceptado y que su intención era pedirle matrimonio en plena fiesta.

Y tercero, porque…, bueno, nos hemos leído este maldito libro mil veces.

La cola avanza y Samuel alarga el brazo para que lo agarre del codo. No podemos bajar la guardia, la entrada al Dagger está a rebosar de aristócratas enmascarados, soldados, hechiceros, cantantes de ópera, políticos, brujas y ladrones.

Sin ser miembro del club de juego, la entrada implicaba un oro imposible que Samuel ha recaudado (todavía ignoro del todo cómo consigue sus frasquitos de maestro químico o el dinero) y la obligación de seguir a rajatabla las normas de etiqueta. En la cara, máscaras de criaturas y animales. Sobre los hombros, capas con capuchas ribeteadas de hilos dorados, plateados o de bronce, según las

intenciones románticas del que la porte. Una forma de ocultar la identidad, pero dejar claro al mismo tiempo cómo quiere acabar cada cual la noche.

La mía tiene los mismos hilos dorados que la de Samuel: una señal que George y Kitty se mandan mutuamente. Están «pillados» y no se comprometerán con nadie más durante la fiesta.

Enternecedor.

—¿Crees que ya habrá entrado? —me pregunta Samuel en un susurro.

—¿Quién, John o George?

—El conde Seddon. Hará arder esto después de las doce.

—Imagino. Al fin y al cabo, él es quien, desde las sombras, ha organizado esta fiesta para atentar contra la reina —le recuerdo—. La que no habrá llegado todavía será ella.

Samuel cabecea.

—Todavía no comprendo cómo Charlotte se expone así…

—Garden alega en el libro que es porque echa de menos sus tiempos de juventud. Aquellos días en que, tras recibir su león con el ópalo y sus poderes para hacer crecer las plantas, se escapaba de los jardines de Kew con Jorge III hasta aquí. Los dos fingían no ser rey y reina, sino solo dos enamorados. —Me encojo de hombros—. Con él tan enfermo, tiene que ser duro poder volver solo a esa época a través de estas fiestas. O a través de recuerdos que solo ella conserva.

—Vaya, vaya, pensaba que hoy no había luna llena —dice Samuel, alzando la cabeza hacia el cielo—. ¿Cómo es que estás tan sentimental?

—Los finales me ponen algo triste —respondo con voz queda—. Eso es todo.

Él me mira durante unos segundos con una intensidad que me pone (aún más) nerviosa, pero no me replica nada (como suele ser habitual). Pronto avanzamos hasta abandonar la entrada e internarnos en el club.

Es el edificio más espléndido y espacioso del East End. Encajado entre otros dos ruinosos, se acentúa su aire digno y decadente. Es de estilo neogótico, de piedra grande y oscura, con gárgolas de grifos, dragones y fénix que nos observan con ojos brillantes desde las alturas. Algunas pestañean. Otras exhalan un aliento de fuego fatuo.

Al entrar, observamos los techos altos e imponentes. Las náyades y ninfas dibujadas se mueven y ondulan como si tuvieran vida propia. Las molduras que las cercan son de cuarzo blanco y apatita, y proyectan rayos de luz sobre los invitados. Parece que caminemos bajo el agua.

Tras cruzar el vestíbulo atestado y pagar la entrada correspondiente, un par de guardias se aseguran de que no portemos armas de fuego.

Después, los criados nos conducen al salón principal. La multitud se despliega entre esta sala y la amplia galería que la rodea por arriba, por la que se asoman los miembros más longevos e importantes del club.

Samuel y yo avanzamos despacio tras un trío formado por una bruja y sus dos amantes (a juzgar por la conversación nada secreta que mantienen sobre sus intenciones erótico-festivas). Nos entremezclamos entre la gente, observamos de lejos a los elfos y las ninfas, que se contonean en un espectáculo exótico, y, sobre todo, nos mantenemos bien alejados de los guardias reales de incógnito que controlan el lugar, por un lado, y de los matones de Seddon, por otro. La novela describió bien sus ropas y Samuel y yo hemos repasado los detalles de este capítulo cientos de veces.

Al final, ambos acabamos colocándonos junto a una de las mesas llenas de licores fríos, pasteles de fruta escarchada y fuentes con vino especiado.

—Esto es una trampa mortal —le digo a Samuel, señalando la comida—. Menos mal que he advertido a Kitty de que no pruebe bocado. Le he contado tantas historias terroríficas sobre lo que les echan aquí a las bebidas que casi temblaba al vestirse para venir.

—Un consejo muy de nuestro siglo —dice él—. De todas formas, no te preocupes por su seguridad. Le he insistido a George para que no se separara de ella. Le he aconsejado que se la llevara a algún rincón apartado del club para bailar y declararse sin testigos, tal como hace en la novela. Nada de pavonearse ni ponerse en peligro, como suele ser habitual en sus noches. —Frunce el ceño—. Espero que ese idiota capte la idea. Más le vale, he sido pesadísimo con él.

—¿Más que conmigo? —Me cruzo de brazos y chisto—. Vaya, hombre, ahora me siento desplazada.

—Contigo no soy pesado, sencillamente porque tú no me dejas.

Sin que lo espere, alza una mano y sus dedos me rozan un instante el lunar junto a la comisura de la boca. Su tacto delicado genera una descarga eléctrica que va directa a mi vientre.

Trato de serenarme y (muy en mi línea) lo aparto de un manotazo.

—¿Por qué dices eso?

—No has dejado de ignorarme en los eventos de la temporada desde el día del concierto.

—No es cierto.

—Tienes razón, me he equivocado. Lo has hecho desde nuestra última vez en el East End —se corrige—. ¿Puedo preguntar por qué?

Nerviosa, me vuelvo hacia la mesa y, por hacer algo, agarro una copa de vino. La lleno con una jarra sin tener ni idea de qué contiene.

—De nuevo: no te he ignorado —replico—. No hemos dejado de mandarnos cuervos con mensajes, de hablar a escondidas de la novela,

de esos dos y del plan siempre que se podía.

Alza ambas cejas.

—Ya sabes que no es a eso a lo que me refiero.

—¿Y a qué te refieres? —Le doy un sorbo a la copa y me doy cuenta de que es un alcohol más fuerte de lo que esperaba, lo que me obliga a toser—. Estoy actuando contigo de forma normal.

—Tú no eres normal. Y no quiero que te comportes conmigo como te comportas con los demás.

—¿Cómo me comporto con los demás?

—Como si no te importaran.

Él me importa. Claro que sí. Más que nadie en esta cochina novela. Pero no pienso decírselo. ¿Soy una rencorosa por eso? (Sí).

Dejo la copa a un lado y me aclaro la garganta antes de hablar.

—Así que no soy normal, ¿eh?

—¿Para mí? No.

Ay. ¿Ese era mi corazón chillando?

Para esquivar su mirada encendida, decido pasear la mía por el salón. Las luces que proyectan las gemas de los techos arrancan destellos en los hilos metálicos de las capas de los invitados. La voz clara de una ninfa de agua se proyecta mágicamente en todas direcciones. Lo que parecen lámparas de techo son en realidad colmenas de hadas de cristal.

Un dragón dormido de escamas grises se ha enroscado en una columna de mármol; sus alas se despliegan un instante y algunos invitados se asustan y ríen al caer en que no es de piedra. Los bailarines enmascarados son una centelleante marea de color. Se mueven con una fluidez hipnótica.

Aunque esta noche el Dagger refleja una imagen preciosa, no logra distraerme.

Entiendo que Samuel no desee volver a besarme ni a tener nada conmigo. Y comprendo que le duela que no pueda actuar como una amiga con él, pero no puedo hacerlo, así de simple.

Yo quiero de él más que eso y, en cualquier caso, pronto saldremos de esta novela. Nada de lo que nos ha pasado juntos habrá importado nada. Así que, ¿qué más da?

—Deberíamos bailar —sugiero—. Para que nos vean John y Pattie si están por aquí.

—¿Quieres bailar? —Antes de que abra la boca, Samuel se apresura a añadir—: No es que vaya a decirte que no. Me parece buena idea.

—¿Pero?

—Me sorprende. Nunca has querido bailar conmigo.

—¡No es verdad! —Hago una pausa—. Es decir, nunca me lo has preguntado después de aquella primera vez.

—Porque me rechazaste.

—Tenía que hacerlo, ya te lo dije. Tenía que estar pendiente de Kitty. —Me cruzo de brazos—. Tú deberías entenderlo mejor que nadie. ¿Por qué te molesta tanto?

—Porque… —Se calla un segundo—. Por nada.

—Ah, no, «por nada» no. No debería haber secretos entre nosotros. ¡Suéltalo!

—Olvídalo. —Me toma de la muñeca y tira de ella hacia el centro del salón—. Como siempre, lady Serpiente, tienes razón: es una grandísima idea. Bailemos.

No me da tiempo a protestar. Pronto nos vemos rodeados por la marea de bailarines. Al contrario que en los encorsetados salones de la nobleza, aquí está permitido el vals, ese baile que los aristócratas más cerrados consideran «obsceno». Todavía faltan unos cuantos años para que domine la temporada social y para que la futura reina Victoria lo popularice junto a su marido.

Así que, esta vez, Samuel me toma de la mano y de la cintura al mismo tiempo, y me hace dar vueltas mientras nos balanceamos sin cesar entre la multitud de parejas.

Yo intento no mirarlo a la cara. Intento no emocionarme por que me agarre con esa mezcla de fuerza y delicadeza. Intento no pensar en lo equivocada que estaba cuando, hace tanto tiempo, bailé con George Keating y me dije que estaba viviendo un sueño.

Comparo mis sentimientos de entonces y de ahora, y me doy cuenta de que eran solo un destello. Un espejismo irreal y apagado.

Ahora, el corazón, que me late a toda velocidad, se rebela contra mi mente fría. Me hace tropezar. Me vuelve más emocional. Me convierte en alguien consciente de otra persona además de sí misma.

Alguien a quien voy a perder cuando pongamos el punto final a esta historia.

Samuel no es idiota, así que se da cuenta de que no estoy lo que se dice presente y se inclina hacia mi oído en una de las vueltas. Nuestros rostros están tan próximos que su máscara de guiverno choca con la mía de dragón.

—¿En qué piensas? Venga, dímelo. Tú misma lo dijiste antes: no debería haber secretos entre nosotros.

—¿No debería o eres tan metomentodo y listillo que es imposible tenerlos? —Él se aparta un poco y veo un trozo de su sonrisa—. Está bien. Pensaba que… —Cojo aire—. Pensaba que hay algunas cosas que voy a echar de menos cuando salgamos de aquí.

Samuel, hábil, sigue bailando y me da otra vuelta.

—Los dragones.

—Sí, claro, ¿cómo no cogerle cariño a Richard? Aunque no pensaba en eso.

—Ah, ya sé: aquí no tenemos que estudiar.

—A mí me encanta estudiar.

—No sé por qué lo dudaba, empollona —murmura, pero no puedo enfadarme; noto en su tono el aprecio con que lo dice—. Vale, ya lo sé. Eres una obsesa de esta época, así que esto, el ambiente, el Londres de este siglo, los vestidos…

—¿Con ambiente te refieres a la pobreza extrema de los bajos fondos, el esclavismo infantil, el machismo, el racismo, los deshollinadores desdentados y los constantes peligros de muerte? Aunque, mira, los vestidos sí. Pero no, tampoco me refería a eso.

—Ah. Ya sé —masculla—. Echarás de menos al idiota de George.

—A ese lo vas a echar de menos tú más que yo.

Lo oigo bufar.

—Sí, claro, echaré de menos morir dieciocho veces a la semana por su culpa…

—¿Solo dieciocho?

Me da otra vuelta y, al volverme, me aproxima a él más de lo que este baile permite.

—Me rindo, lady Serpiente —me susurra al oído—. ¿Qué echarás de menos?

La música termina. No pasa ni un segundo antes de que la sustituya otra. Las parejas a nuestro alrededor comienzan a moverse al ritmo de la nueva melodía. Y, aunque yo intente hacerlo también, Samuel me ancla a él.

Está tan cerca que su aliento me acaricia el lunar junto a la boca entreabierta.

—¿De verdad quieres saberlo? —murmuro.

—Sí.

Agitada, pienso algo rápido que decir y, al final, lo encuentro.

—Pues echaré de menos estas. —Le señalo mi escote bajo la lazada de la capa—. Me da pena. En nuestro mundo no las tengo así ni de broma, ¿sabes?

Samuel baja la vista, aunque enseguida desvía su atención más allá de mi hombro. Carraspea y después suelta:

—Bueno. Mejor. Así, cuando estemos de vuelta, no tendré que hacer tanto esfuerzo por mirarte a los ojos.

Siento un tirón en la boca del estómago. ¿Cuando estemos de vuelta? ¡¿Eso es que quiere que nos busquemos al salir?! (Este hombre quiere matarme).

El silencio y la tensión entre nosotros se acrecientan, así que decido romperlos dándole un golpecito en el hombro.

—Pues tienes suerte, milord, porque estos —le señalo mis ojos— sí que son iguales.

Él esboza una sonrisa tan auténtica que (ay) vuelve a disparar una corriente de electricidad que me eriza la piel.

—¿En serio? Los míos también son así.

—En realidad, ya lo había deducido porque, bueno, era lo más probable, pero me alegra saber que, si nos vemos fuera…, habrá algo de ti que podré reconocer —digo a toda prisa—. Algo que compartes con Samuel Haskell.

Se le congela la cara. Una pareja que baila nos golpea con un brazo al pasar y Samuel rápidamente nos pone de nuevo en movimiento. Sin embargo, noto que no está igual que antes, sino tal como estaba yo. Distante.

—Y dime, milord —digo en voz baja—, ¿hay algo más en ti que sea igual?

—Poca cosa —murmura—. Es decir, no mido uno noventa, si es lo que estás pensando.

—¿Eres un retaco? —Esbozo una sonrisa—. Porque yo sí. Como un hobbit, pero sin los pies peludos.

—Qué adorable; no pega nada contigo. —Me devuelve la sonrisa, aunque la suya sea más breve—. Yo soy…

Aunque intenta completar la frase, parece atascarse en su garganta. Al final, suelta un instante mi mano y se toca el pelo.

—¿Calvo?

—No —masculla, y yo me echo a reír—. Pero tengo el pelo… —Vuelve a agarrar mi cintura, a abrir la boca y a no emitir ni un sonido —. ¡De verdad que no entiendo las reglas de esta mierda de mundo!

—Vale, vale, tranquilo. No eres calvo, lo pillo. Tu pelo será de otro color. —Miro al techo y voy haciendo la recopilación—. Veamos… No eres alto ni bajo. Tocas el violín. Tienes los ojos azules. Y dieciocho años recién cumplidos. ¿En Inglaterra? —Suelto un bufido—. Será facilísimo encontrarte.

Los dos nos reímos. Tras un par de vueltas más, Samuel vuelve a carraspear para preguntar:

—¿Querrás que nos veamos? Al salir de aquí.

—Si salimos —apostillo—, ¿cómo piensas encontrarme?

—Veamos. —Mira al techo, igual que yo, y empieza a enumerar—: Una obsesa de la saga de Garden. Una buena estudiante que toca el piano. Estatura media: un metro y medio. Con ojos de serpiente. Plana como una tabla. ¿En Inglaterra? Será facilísimo.

—Más que mantener con vida a George y Kitty.

—Desde luego, mucho más.

Clavo la vista en sus labios. Él, la suya en los míos. Los entreabrimos y, en esta ocasión, no es la novela la que nos impide hablar, sino nosotros mismos. Siento que tenemos tanto que decirnos que ninguno sabe bien cómo empezar.

Aunque, en realidad, en lugar de conversar, tengo la sensación de que ambos deseamos hacer otra cosa.

Sus ojos siguen fijos en mis labios. Mi corazón se acelera cuando, al pasar la lengua por ellos para humedecerlos, Samuel se tensa. Su rostro azul de guiverno se acerca poco a poco a mí y yo, esperanzada, cierro los ojos.

La esperanza es lo último que se pierde… hasta que se pierde.

Porque alguien me agarra del brazo y tira con fuerza de él para sacarme de la pista de baile.

Aunque lo ha pillado tan de sorpresa como a mí, Samuel es rápido. En un par de zancadas, consigue detenernos y agarra de la capa a quien ha querido llevarme consigo.

—Suéltala o te juro que te apuñalo delante de…

La figura no tarda en levantarse la máscara de gato negro para que veamos su mueca desdeñosa en todo su esplendor.

—¿Ethel?

—Tenéis que iros de aquí, tortolitos —resopla—. Ya.

30

Cuando termine esta historia (te diré mi nombre)

—¿Qué? —le suelto—. ¿Y eso por qué?

—Porque este club no es seguro, o al menos no lo será después de las doce —contesta Ethel al instante, ocultando su rostro de nuevo.

Bajo la capucha lleva una peluca, igual que nosotros; la suya es de color blanco. Su capa es casi igual, excepto que tiene hilos de un color plateado brillante (vaya, su relación con Olwen no debe de ser exclusiva).

—No me interesa saber por qué estáis disfrazados como el duque sinvergüenza y el dulce diamantito de la temporada —farfulla—, pero, si apreciáis vuestra vida, deberíais salir de aquí. Ya he convencido a Pattie McDonald para que haga lo mismo, así que…

—¿Has visto a Pattie?

—Sí, ¿te puedes creer lo de esa mosquita muerta? ¡Ella, aquí, en el mismísimo Dagger! Andaba merodeando bajo la galería. No quería hacerme caso, decía que estaba buscando a Kitty, así que le prometí que la llevaría con ella si se ponía a salvo. Al verte, pensé que eras ella. —Nos señala una de las puertas que conducen fuera del salón, hasta la segunda planta—. Ahora está en el despacho de los mapas, el de la planta de arriba.

—¿Por qué quieres ponernos a salvo? —pregunta Samuel, desconfiado—. Te recuerdo que la última vez nos amenazaste en la cara con muy poca sutileza.

—Claro, porque no me fiaba un pelo de vosotros —contesta sin dudar—. Sin embargo, han pasado semanas y habéis cumplido vuestra promesa de no decir una palabra sobre lady Olwen y yo, así que este es mi pago. —Vuelve a tirar de mi brazo y a señalar al pasillo—. Subid las escaleras. Luego izquierda, derecha, izquierda, torcer pasillo, sexta puerta. Deprisa, ¡coged a Pattie y largaos!

Los dos nos dirigimos fuera del salón, aunque no es sencillo con tantos invitados saliendo y entrando sin parar. Mientras avanzamos, Samuel me envuelve la cintura con un brazo y me pega a él.

—Nos ha puesto a McDonald en bandeja de plata.

—Por una vez, nos sonríe la suerte.

—Sí.

Al salir, hacemos el recorrido que nos ha indicado Ethel. En las

escaleras, vamos pegados a la barandilla, sorteando invitados con máscaras de tigres, hadas y náyades.

Siento las manos de Samuel sobre mí en todo momento. Sus dedos me recorren la cintura en un segundo, su palma abierta me cubre la espalda al siguiente, como un recordatorio silencioso de que no va a dejarme sola pase lo que pase.

Al llegar arriba, recorremos los pasillos con los sentidos a flor de piel. Vamos a cruzar la esquina cuando Samuel se detiene de golpe y tira de mí hasta apoyarme en la pared.

Le hago un gesto y él me responde señalando un espejo cercano; está colgado justo al final del corredor al que da nuestra esquina y permite ver lo que hay en él sin que nos descubran. Su marco está hecho de piedras de luna. Brillan con un fulgor iridiscente y yo confío en que la señal sea buena.

En su reflejo, comprobamos cómo a unos cuatro metros la sexta puerta se abre. Un chico con máscara de león sale por ella y una chica con una de conejo se asoma y le acaricia la capa de hilo de bronce.

—Quédate aquí, mi amor —le pide él—. Si Ethel Seddon te trae a Kitty, mátala.

—Si lo hace. E incluso si lo hace, ¡el diamante de la temporada no vendrá solo!

—Ella no sospecha nada de ti, te verá como una buena amiga con su mismo ánimo de fiesta —replica John—. Aprovecha la oportunidad que perdiste la noche del Red Dragon. Y de George, despreocúpate. Me encargaré yo. He convencido al conde Seddon de que mi hermano sabe de sus intenciones para con la reina. En cuanto aparezca, enviará a sus guardias a por él. Si no lo atrapo yo o mis sicarios, lo hará Seddon. Y eso teniendo en cuenta que no se emborrache o se meta él solito en alguna pelea…

—John, tengo miedo —gime Pattie—. ¿Y si sale mal?

—Las hadas que fascinaban a mi padre te lo dijeron: esta noche se cumplirá tu deseo.

—Deseé merecerte —recita ella—. Deseé acabar contigo.

—Y así será. —Se inclina y la besa—. Espera aquí, mi amor. Volveré a buscarte.

Luego se marcha, por suerte en la dirección opuesta a la que estamos, y cruza la otra esquina del pasillo. Pattie mira a un lado y a otro del corredor y, metiéndose en la habitación, cierra la puerta tras de sí.

Samuel y yo, pegados a la pared, esperamos unos minutos. Sus manos siguen sobre mi cuerpo, rodeando mi espalda, y nuestras respiraciones, rápidas por la adrenalina, parecen acompasarse.

Yo levanto la cabeza y él inclina la suya al mismo tiempo. Nuestros labios están a solo un centímetro de distancia y mi cabeza (¿o es mi

corazón?) me traiciona.

Me pongo de puntillas y, sin pensar (Laura, ¡¿qué te pasa?!), me alzo lo justo para darle el beso que Ethel nos ha arrebatado.

Samuel se queda quieto, tan rígido como una estatua. Sin embargo, al contrario que en el callejón, esta vez no me responde. Se aparta rápido y niega con la cabeza.

—Yo… No… No creo que debamos hacerlo.

Con su pecho pegado al mío, noto lo rápido que le late el corazón. Lo alterado que parece al estar tan cerca de mí. Lo rígido que está su cuerpo al contacto con el mío por el deseo que le despierto. El calor que emana de sus músculos. El fuego que guardan sus ojos azules.

Trago saliva y asiento despacio.

—Vale. Dices que no debemos, pero solo quiero saber algo. ¿Tú sí quieres?

Aunque duda un instante, veo la respuesta con claridad en sus pupilas dilatadas. Y, cuando va a abrir la boca, sé que va a negar lo que palpita en ellas.

Antes de que conteste, me aparto de él con un movimiento. No puedo soportar más que niegue lo que desea de esta manera tan estúpida. Es evidente que siente algo por mí, ¿por qué no quiere aprovechar el tiempo que nos queda? Detesto ese momento en las novelas, cuando está claro que una pareja de personajes se gusta y no se deja llevar por las circunstancias.

Podríamos morir hoy. Podríamos salir de esta novela de un golpe y no volver a vernos. Y él sigue manteniendo una distancia incomprensible entre los dos.

Enfadada, mi intención es marcharme directa a la habitación de Pattie, pero, antes de que cruce la esquina, Samuel me detiene cogiéndome del brazo.

—Creo que no lo entiendes —dice con voz grave—. En el carruaje me dijiste que lo entendías y me mentiste.

Me zafo de su agarre y le clavo un dedo en mitad del pecho.

—¡Sí, te mentí! Porque no, ¡no te entiendo para nada! Me dices que soy importante, me miras como si me desearas y veo en tus ojos que quieres besarme, pero luego te niegas a… —Me trabo y trato de calmarme—. No somos aristócratas en un salón, Samuel. No tenemos que guardar las formas. Entre nosotros siempre ha habido sinceridad. Somos directos, ¿o no admirábamos eso del otro? —Extiendo una mano—. Dímelo a las claras. ¿Por qué no quieres besarme?

—Sí quiero besarte —masculla con enfado—. ¡Claro que quiero! Joder, me muero por hacerlo.

Parpadeo por la sorpresa. Y porque, Dios, ¿qué se puede contestar a eso?

—Y… ¿entonces? —pregunto en un susurro.

Coge aire y lo suelta. Después se aleja unos pasos de mí y acaba apoyándose en la pared. De lado, cruzado de brazos.

—No lo entendiste, pero ya te lo dije esa noche en el carruaje: mientras seamos quienes somos, mientras tú seas Lavinia Labbey y yo Samuel Haskell, no quiero hacerlo.

Suelto un resoplido.

—¿Era eso? Qué tontería. ¿Y qué más da? Yo te gusto, acabas de admitirlo. Y a mí me gustas tú. —Pongo las manos en la cintura—. ¡No pongas esa cara! Por favor, he sido muy evidente, sé que tú también lo sabes.

—No, no lo sé —replica en voz grave. Frágil. Tan vulnerable como esa noche de luna creciente en que descubrí quién era y me abrazó por primera vez—. No quiero que me beses con este cuerpo porque sería una mentira. Estás confundida. No te gusto yo, te gusta Samuel Haskell. No me conoces de verdad, lady Serpiente. No sabes cómo soy.

—Sí lo sé —digo enfadada.

—No. ¡Ni siquiera sabes mi nombre! En nuestro mundo no tengo este rostro. —Se lo señala—. ¡Ni siquiera soy así de alto! —Me imita, colocando los brazos en jarras—. ¡No pongas esa cara! —repite como yo—. Estabas obsesionada con George y no puedo ser más distinto a él. El tío es perfecto. Reconócelo: por eso quisiste bailar con él y no conmigo. Y no me extraña; es un caballero, tan encantador y guapo como un puto actor de cine de treinta palos que finge ser un adolescente de dieciocho. Yo no soy así.

—No, idiota, claro que no eres como George —replico—. Él no es real. Tú sí lo eres.

Traga saliva cuando me acerco a él. Con cada paso que doy, parece que aumenten sus ganas de echar a correr.

—No me gustas por tu cara —empiezo a decir—. Tampoco por tu cuerpo. Me gustas porque eres real. Interesante, leal e ingenioso. Porque me encanta hablar contigo, tocar música juntos y verte hacerlo a mi lado. Adoro que me respetes y creas que soy inteligente, porque haces que me sienta la protagonista y tengo el ego suficiente como para apreciarlo. —Él arquea una ceja—. Me gustas porque me gusta discutir sobre novelas contigo. —Esbozo una sonrisa—. En realidad, me gusta discutir contigo. Punto.

Extiendo una mano y lo agarro de la pechera de la camisa. Tiro de la tela para acercarlo a mí. Para que no pueda escapar otra vez.

—Si cierro los ojos, sigo queriendo besarte —digo en voz baja—. Cuando llevas esa máscara que te oculta el rostro, sigo sintiendo lo mismo. Porque bajo esta apariencia eres tú.

—Eso dices ahora —murmura ronco—. Cuando salgamos de aquí…

—Cuando salgamos de aquí te conoceré. Y tú a mí. Y entonces ya veremos qué pasa —susurro—. Hagamos un trato. Cuando salgamos

de este mundo, nos buscaremos. Cuando termine esta historia, te diré mi nombre. ¿Tú me dirás el tuyo?

Él alza una mano. La apoya en mi mejilla, me roza con suavidad el lunar junto a la comisura de la boca.

—Es una buena forma de empezar.

—Sí lo es.

Samuel cabecea, todavía con la vista fija en mis labios.

—Estoy seguro de que me quedaré sin palabras cuando te vea.

—No seas cursi —bufo, y él se ríe en voz baja—. Y por eso no te preocupes. Me encanta hablar. Llenaré tus silencios con mis teorías sobre la saga de Garden y tendrás que mandarme callar. —Él acrecienta la sonrisa, aunque todavía parece algo triste—. ¿Qué pasa? Suéltalo. Recuerda: entre nosotros no debería haber secretos.

Un segundo. Dos. Tres. Mi impaciencia le tira de la camisa de nuevo para instarlo a hablar.

—Creo que, a pesar de lo que piensas, te decepcionaré.

Cojo aire y lo suelto. Es agotador haberse enamorado de un terco.

Al final, tiro un poco más de Samuel hasta obligarlo a inclinarse del todo.

—¿Tienes seis ojos y cuatro brazos? —pregunto, tal como hizo él en el jardín.

—No.

—Entonces no serás tan diferente.

Al segundo siguiente, sus labios cubren los míos.

Me besa con las ganas por fin desatadas, con el hambre pugnando por salir a la superficie a toda prisa. Me rodea el rostro con ambas manos, me empuja contra la pared y me roba el aliento sin piedad. Yo me derrito contra su cuerpo, serpenteo con mis dedos bajo su capa y me imagino con los ojos cerrados cómo será tocar su cuerpo de verdad.

No importa la respuesta. Porque, si me besa de la misma manera, como si no pudiera calmar su sed de otra forma que no sea con mi boca, querré saciar la mía con él.

Un beso sustituye al otro. El tiempo se dilata y desaparece, se vuelve agua líquida y hierve. Nunca me había sentido tan deseada ni había deseado a alguien con esta fuerza. Somos iguales hasta en esto. Somos iguales y ninguno va a dejarse ganar.

Presiona mi espalda contra la pared, yo clavo las uñas en sus hombros. No pienso dónde poner las manos, qué va a pensar de mí o el lugar en el que estamos. Besarlo, sentirlo pegado a mí, es un equilibrio perfecto entre sorpresa y familiaridad. Estoy segura de él y al mismo tiempo tiemblo cuando desliza su mano hacia mi cadera. Lo conozco y me estremezco al hundir los dedos en su pelo. No puedo respirar si me besa. Me ahogo si no está lo bastante cerca.

En nuestro beso no hay rabia, solo la energía habitual que estalla cada vez que nos encontramos.

De golpe, una puerta se cierra a lo lejos y yo me quedo muy quieta. Samuel no parece haberse dado cuenta (o no quiere hacerlo) y desliza su pulgar por mi mandíbula. Deposita una serie de besos cortos en mis labios y desciende por mi cuello hasta el hueco de mi garganta. Un escalofrío me eriza la piel y le apoyo una mano en el pecho, justo sobre el corazón. Siento en la palma el calor que emana de él.

Sí, quiero volver a sentir su boca sobre la mía. Olvidarme de todo, incluso de mi nombre. Podríamos seguir enredados dentro de esta historia durante semanas, simplemente reiniciándola para encontrarnos como ahora, y estoy segura de que Samuel haría que mereciese la pena. Todas y cada una de las veces.

Solo que, a pesar de la (tentadora) perspectiva, quiero salir de aquí. Me muero por conocerlo bajo esa máscara.

Y para eso tenemos que enfrentarnos al capítulo final.

—Lord S —susurro. Samuel emite un sonido gutural contra mi garganta y yo vuelvo a derretirme ante el contacto de sus labios en mi piel—. Esto es maravilloso, de verdad, y mi yo más prosaica me está odiando ahora mismo, pero tenemos a nuestra asesina a seis puertas y creo que deberíamos actuar.

Samuel se separa. Tiene la capucha bajada, el pelo rubio alborotado y los labios hinchados por los besos.

—Eh… ¿Qué?

Yo me río en voz baja y le coloco la capucha sobre la cabeza.

—Besarnos, luego. Cerrar esta historia, ahora. —Le agarro las manos, que todavía están sobre mi cuerpo, y tiro de ellas para que me siga por el pasillo—. Vamos, milord. Esconde el puñal que he notado bajo tu ropa y prepara el cuchillo que sí corta.

Él se sonroja y yo me río. Al pasar ambos por delante del espejo, las piedras de luna despiden un destello suave.

31

La mariposa aleteó (para que el huracán llegue a nosotros)

Pattie no nos espera.

Pattie se resiste.

Pero Pattie solo es una y nosotros somos dos. Y estamos bien preparados.

Las dagas escondidas bajo nuestras capas, la cuerda oculta bajo mi vestido y la fuerza física de ambos unidos son nuestros aliados. En apenas unos minutos, Pattie nos escupe su veneno en forma de insultos bien elaborados mientras la atamos, sentada en la butaca que hemos colocado en el centro del despacho.

Samuel le ata los pies a las patas con otro trozo de cuerda y yo acabo rompiendo el bajo de mi capa para colocarle una mordaza y que guarde silencio. La tía es una pesada de manual con eso de que «su John» va a hacérnoslo pagar.

—Aunque tiene razón: él vendrá a buscarla —le digo a Samuel después, ambos ya de pie junto a la puerta, con las manos sobre las caderas—. ¿Crees que George estará en peligro mientras tanto?

—No debería. Tiene que quedarse escondido junto a Kitty y…

—Él se declara, ella le dice que sí y todo va bien hasta que pillan al conde mientras provoca el incendio —completo, recordando—. Mientras este se propaga, George se enfrenta durante horas al malo malísimo a golpe de espalda. —Cabeceo—. ¿Crees que antes de todo eso no habrá amenazas sobre el duque y Kitty? ¿Crees que George se portará bien? Ya oíste a John; lo busca medio club de juego para matarlo y, además de a sí mismo, tiene una prometida a la que proteger.

Samuel se cruza de brazos.

—Si estás sugiriendo que vaya a defenderlo y te deje aquí sola con Pattie: ni hablar.

—Ahora no puede hacerme daño. —La señalo, atada de pies y manos en la butaca—. Y si John viene antes de que tú regreses, me esconderé y, yo que sé, lo atacaré por detrás.

—Sé que eres lista, lady Serpiente, pero no te será tan fácil; la realidad es que, a pesar del factor sorpresa, él es más fuerte que tú —replica Samuel—. Y ya la hemos registrado: Pattie no lleva el colmillo de guiverno, así que solo puede tenerlo él.

—Sí, en eso… tienes razón.

Entonces, se me ocurre. Me acerco más a Samuel y, rápida, le desabrocho uno a uno los botones de su chaleco gris brocado, una imitación del que lleva George esta misma noche.

—Vaya, lady Serpiente —dice Samuel en voz baja—, ¿te parece que este es el mejor momento para…?

—No seas idiota —bufo, aunque con las mejillas coloradas—. Necesito esto.

Le quito uno de sus frascos de líquido azul y Samuel frunce el ceño.

—Aunque te ataque con el colmillo de guiverno, no sé si te daría tiempo a…

—No es para eso —lo corto—. O no solo para eso —me corrijo—. Se me ha ocurrido un pequeño plan. Tengo que estar preparada para improvisar dependiendo de las circunstancias y, si John viene antes de que termines de proteger a George, tú no estarás para echarme una mano.

Samuel acentúa su cara de caballero cabreado y yo intento suavizar su ceño colocándole un dedo sobre la frente.

—Relájate, lord Idiota. Confías en mí, ¿no? —Interpreto su gruñido como un sí—. Bien, porque me las apañaré bien sola, como siempre he hecho. Lo importante es que George no se nos muera mientras hablamos y cumpla su parte. —Le doy la vuelta y lo empujo por la espalda para guiarlo hacia la puerta—. ¡Corre, no pierdas más tiempo! Asegúrate de que cumple el paso a paso, y luego regresa a buscarme. ¡No te olvides de mí!

Samuel duda. De hecho, antes de abrir la puerta, se gira una última vez. Voy a insistirle en que se vaya, pero él se limita a rodearme la muñeca, acercarme de un tirón y cubrir mi boca con la suya.

—No podría olvidarme de ti, lady Idiota.

Y ahora que (mi idiota) ya no está, sigo sintiendo su roce caliente en los labios.

Pasa un buen rato. Intento distraerme examinando los mapas del despacho, haciendo movimientos en el aire con la daga y sintiéndome estúpida al hacerlo porque apenas he podido practicar y, al contrario que las protagonistas de fantasía que aprenden en dos días, yo no tengo ni pajolera idea de cómo luchar.

Confío en que clavarle un cuchillo a alguien por la espalda mientras intenta desatar a su amada sea tan fácil como lo pintan.

Por suerte, esa es mi segunda opción. No quiero pasarme y matar al personaje antes de tiempo. Además, se me da mejor hablar y manipular que ser una espadachina. Espero que esta noche mis mentiras funcionen igual que lo hicieron con Pattie y pueda enredar a John. Al menos, lo suficiente como para ganar tiempo, un bien más preciado que el oro.

Al final, oigo un chasquido que me pone alerta, pero gracias a Dios no procede de la puerta. En uno de los mapas, el que ocupa una pared al completo, se abre una trampilla de un metro y medio. De ella sale con cuidado un niño.

Un niño no. Un deshollinador de quince años manchado de hollín hasta las cejas.

—¡Lady Derpiente!

—¡Tod! —exclamo estupefacta—. ¿Qué haces aquí?

—Ya de lo dije: trabajo aquí. Hadkell me ha pillado robando polvo de hadad y me envía a protegerla. Ademád, me ha dado indtruccioned precidad de que no debo pedirle un bedo.

—Más vale que las cumplas —me burlo, enseñándole el puñal—. ¿Qué se cuece ahí abajo?

—¡Ha empezado un incendio! Hadkell ha dicho que, di en cinco minutod no ha llegado, la guíe por…

Mientras señala la trampilla a su espalda, el pomo de la puerta principal se gira. Yo salto y corro hacia la pared para ocultarme tras la puerta abierta y Tod se apresura a sumergirse en la oscuridad de la que ha surgido.

—¡Oh, amor mío! ¡¿Qué ha pasado?! ¿Qué te han hecho?

Los gemidos de Pattie bajo la mordaza son ininteligibles (por suerte para mí) y la preocupación de John Keating lo empuja a lanzarse sobre ella para liberarla en lugar de ser un poco listo y mirar en derredor.

Yo me muevo procurando hacer el menor ruido posible hasta quedar a una distancia prudencial de los dos. Tres metros y medio. Aunque decida atacarme, tengo margen de maniobra.

—John Keating —lo llamo con suavidad—, si tiene aprecio a la vida de su amada, debería dejar de hacer eso.

El chico se detiene en seco. Está arrodillado frente a Pattie con una daga en la mano. Por suerte, ha empezado a desatar las cuerdas de las patas y no le ha quitado la mordaza.

Y, afortunada dos veces, John me obedece; solo mueve la cabeza para mirarme por encima del hombro. Me observa con la furia inundando sus ojos azules tras la máscara de león.

—¿Kitty? ¿Has sido tú? —Baja la voz hasta que es un siseo—: ¿Cómo has podido?

—No intentes hacerme sentir culpable —lo tuteo, ya que él ha abierto la veda—. Sé lo que pretendéis tu amorcito y tú. Os gusta usar venenos, ¿no es así? Entonces déjame recordarte que se cosecha lo que se siembra: antes de que llegases, he tenido a bien envenenar a Pattie. El veneno no contiene pelo de dríade, tranquilo. Todavía quedan unos minutos para que haga efecto.

Alzo el frasco azul y lo agito; las espirales luminosas destellan en el

interior del cristal. Al ver cómo sus ojos se agrandan tras la máscara, me permito una sonrisa de suficiencia.

—Tengo el antídoto, por lo que, si deseas que viva, suelta ese puñal —le ordeno—. Suelta todas las armas que portes. Y, como el caballero que finges ser, camina hasta esa esquina sin estanterías para que pueda atarte.

—Si lo hago —dice sin inflexión—, ¿le darás el antídoto?

—Claro que sí —le aseguro—. Yo no soy como vosotros. Yo no quiero matar a nadie.

John se vuelve despacio hacia Pattie. La chica se agita en la silla, muerde la mordaza y gime. No le dice nada, no puede decirle nada, pero John la mira y ella se calma. Pattie lo mira y él toma una decisión.

Se pone en pie, daga en mano. Aprieta tanto los dedos en torno a la empuñadura que se vuelven blancos. Yo extiendo la mía en su dirección y trato de sonar tan segura como siempre.

—¿No me has entendido? —mascullo—. Si quieres salvarla debes…

Es tan rápido que apenas puedo reaccionar. Por fortuna, mi instinto es más espabilado que yo, por lo que consigo alzar la mano con la que enarbolo mi propia daga.

Él puede atacarme, pero yo a él también. Puedo hacerle daño. Puedo defenderme. Puedo, puedo, ¡puedo!

Cuando se abalanza sobre mí con el puñal, me repito a mí misma que es solo un personaje. Que no es un chico real. Aun así, es difícil apuñalar a alguien sin escrúpulos cuando parece de carne y hueso. Y sobre todo cuando, como yo, no lo has hecho en toda tu vida.

Kitty me ha contagiado su compasión (maldita sea esa boba) y, aunque le acierto en un costado, la herida no es profunda. Porque, en el fondo, no quería hacerle daño. Porque, en el fondo, soy una blanda. Porque, en el fondo, no puedo hacerlo todo sola. Esta vez no.

John, desde luego, no demuestra tanta empatía. Al llegar hasta mí, hunde su arma entre mis costillas sin dudar un solo instante.

Está claro que, uno, esto no es tan fácil si no eres la protagonista; dos, me he creído demasiado buena mintiendo (y no tanto infravalorando a mi enemigo) y, tres, no es la primera vez que John Keating apuñala a alguien.

Al menos, espero ser la última de sus víctimas.

—¡Lady Derpiente!

El frasco resbala en mi mano y se rompe contra el suelo, esparciendo la poción luminiscente por toda la alfombra. Yo caigo después sobre ella y, como el cristal, siento que me hago añicos.

Me llevo una palma temblorosa a la herida. La aprieto con toda la fuerza que me queda y siento la sangre deslizándose entre mis dedos.

La siguiente escena sucede tan rápido ante mis ojos y estoy tan en

shock que me parece estar viendo una película. John se vuelve con sorpresa hacia el reaparecido Tod, que corre hacia él lanzando un alarido. El chico, a pesar de su estatura, acaba derribándolo con su cuerpo.

Keating cae, se golpea la cabeza contra el suelo y Tod aprovecha la distracción para buscar con rapidez algo en la chaqueta del aristócrata. Después de cogerlo, alza el brazo del todo y lo hace descender con rabia contra él.

El colmillo de guiverno se clava una y otra y otra vez. El diente se hunde en el pecho de John Keating sin parar, como si la carne fuera mantequilla.

Pattie gime y lloriquea y grita, e intenta zafarse de las cuerdas. Sus lágrimas empapan la mordaza que le mantiene tapada la boca. A pesar del dolor lacerante en el costado, no puedo evitar que mi corazón se encoja de pena al verla.

John, sobre un charco de sangre y veneno negro, vuelve el rostro hacia mí y se le agrandan los ojos.

—Kitty, ¿eres realmente… tú? —balbucea al fijar la mirada en mi máscara de dragón. Un hilo de sangre le cae por la comisura de la boca—. Ojalá… le des a mi hermano… lo que merece.

El brillo en sus ojos se apaga de golpe. Un escalofrío me recorre la columna y hace que me haga un ovillo en el suelo.

Quizá sí tenga (un poquito de) miedo a la muerte.

Tod se incorpora jadeando y, con una mueca de asco, arroja lejos el colmillo de guiverno. Luego se gira hacia mí y se arrodilla a mi lado para ayudarme a incorporarme.

Acabo sentada, una postura más cómoda para que el chico y yo improvisemos una venda que me rodee el torso y contenga un poco mejor el sangrado.

—Gracias… —murmuro al final.

—Tú me dalvadte y Tod Black diempre dalda dud deudad —dice con contundencia—. Ahora voy a dacarte de aquí. —Señala la puerta principal del despacho—. Ya huele a humo.

Tiene razón. Estaré desangrándome, pero mi olfato sigue siendo el mismo y tras vivir semanas con Kitty me resulta inconfundible.

Las llamas no deben de estar lejos. Puede que hayan llegado incluso a esta planta.

—Llévatela —le pido a Tod. Le señalo a Pattie con la cabeza—. Condúcela atada por los pasadizos del Dagger hasta alguna de las salidas que conozcas. Ella ya se las apañará para volver a su casa.

—¡No! —exclama Tod—. ¡Que de queme aquí, con edte badtardo!

—Ella debe vivir —le digo firme—. Es crucial, así que hazlo. —Como veo que duda, insisto con cara de enfado—: Tod Black salda sus deudas, ¿no era así? Pues te pido que hagas esto y tu obligación

conmigo habrá terminado. Yo estaré bien. Haskell vendrá a por mí. Me ha prometido no olvidarse de mí y sé que cumplirá. Vendrá y saldremos por el mismo pasadizo que tú. —Señalo con la cabeza el cuerpo sin vida de John Keating—. Al fin y al cabo, ya no tenemos enemigos.

Aunque gruñe, acaba por hacerme caso. No puedo decirle que la verdadera razón por la que debe salvar a Pattie es que… está escrito. Nada más simple. En el epílogo, Garden explica que, sin propuestas de matrimonio ni diamante, su familia la envía lejos, a Irlanda.

Un pequeño castigo, si tenemos en cuenta sus actos o el cruel destino de su enamorado.

Observo cómo los dos se marchan, cómo Tod tira del extremo de la cuerda con la que lleva atada a Pattie para obligarla a avanzar y cómo esta se da la vuelta para echarme un último vistazo.

Bajo la máscara de conejo, unos ojos verdes me atraviesan con un odio visceral.

En el fondo, no puede culparme. O no debería. Y tampoco a las creneas. Deseó merecer a su amado. Deseó acabar con él.

Ese era su deseo y esta noche se ha cumplido.

Sus acciones condujeron a que se resolviera. De igual modo que salvar a Tod fue el aleteo de mariposa que me ha salvado. De igual modo que besar a Samuel me ha condenado a sentir lo que siento ahora. De igual modo que mi torpeza va a hacer que me desangre en la alfombra antes de que termine esta historia.

Al contrario que con Pattie, Garden no habla de Lavinia Labbey al final. No se sabe qué ocurre con ella. Así que supongo que, si muero ahora, no influirá en la historia.

Me habría gustado hablar con Samuel una última vez. Buscar la manera de decirnos cómo encontrarnos en el mundo real. Podríamos haber sorteado las triquiñuelas de la magia de esta novela para darnos más datos sobre nosotros.

Sí. Supongo que habría estado bien.

Justo cuando me tumbo y cierro los ojos, la puerta se abre. El olor a humo inunda la estancia con rapidez. Oigo el sonido de una espada cayendo al suelo.

Sé que es Samuel incluso antes de notar sus manos quitándome la máscara de dragón y enmarcándome el rostro en un ademán posesivo.

—¡¿Qué ha…?!

—Primero tú —logro balbucear—. ¿Y George?

—Los guardias de Seddon y los sicarios de John me siguieron a mí en lugar de a él creyendo que era el duque —me explica a toda prisa—. He acabado con ellos o les he dado esquinazo. Está a salvo. Bueno, a salvo del todo no. Está luchando con el conde, como está escrito.

—Genial. Por aquí, Tod hizo bien su trabajo —gimo, abriendo los

ojos y señalándole el cadáver de John—. Se ha llevado a Pattie para ponerla a salvo…

—¡¿Y tú?! ¿Por qué demonios no te has ido con ellos?

—Te estaba esperando.

Él traga saliva. Se aparta de mí para rebuscar a toda velocidad dentro de su chaleco y yo me río en voz baja.

—Ni siquiera tus ases en la manga pueden cerrar esta herida, lord Pociones —digo en un quejido—. Escúchame. Si al morir salgo de este mundo, nos veremos al otro lado. —Cojo aire y suena áspero al salir —. Y si al final algo sale mal, si al final vuelve a reiniciarse la historia… No me importará repetirla contigo. La viviría diecisiete veces más si tú estás en ella.

Samuel se inclina y me besa. Me siento tan débil que apenas noto el roce de sus labios sobre los míos.

Sin embargo, sí que oigo a la perfección unos pasos a su espalda.

—¡Haskell! ¿Qué haces? ¡Cógela ya y marchaos, no es momento para eso!

Samuel se gira con brusquedad y yo veo una figura borrosa aparecer entre el humo. Su cabeza está envuelta en un aura roja.

—No sobrevivirá —le responde Samuel—. Le han…

—Hazte a un lado.

La figura se aproxima y se arrodilla junto a mí. Es entonces cuando logro distinguirla mejor.

—¿Qué haces… —boqueo— aquí?

La mujer lleva la máscara de una gata blanca y una capa de hilos plateados, pero la perla negra en mitad de la frente la identifica. Y sus ojos de bruja, como siempre, me atraviesan como lo hizo el puñal de John Keating.

—Es mi labor proteger a Ethel Seddon —responde Olwen con solemnidad—. Igual que la vuestra es la de proteger al diamante y su duque.

—¿Cómo lo…?

—Está escrito. —La bruja esboza una peligrosa sonrisa—. La luna me habla en sueños. De ella procede mi poder, por lo que no hago preguntas, sencillamente obedezco. Ilumina los extraños caminos del destino y yo solo me limito a recorrerlos.

La luna. Seguro que la voz que oye Olwen es la de Garden. Para la hechicera, la escritora debe de ser una diosa que le envía señales, igual que a nosotros nos envía pistas. Una fuerza de la naturaleza con un poder inconmensurable a la que es mejor no enfrentarse.

Y no se equivoca. Al fin y al cabo, es su creadora. La de ella, la de todos los habitantes de este mundo e incluso la del mundo mismo.

Tengo algunas preguntas más, pero Samuel hace la más importante:

—¿Puedes salvarla?

La desesperación en su tono me encoge el corazón (o quizá sea el hecho de que está a punto de detenerse).

—¿No me has hecho venir hasta aquí para eso, Haskell? Ahí abajo, tú me has ayudado a poner a cubierto a Ethel; yo te pagaré con la misma moneda. Intercambio equivalente. —La bruja acerca los dedos a mi boca entreabierta; noto algo frío rozarme la lengua. Después sus manos me cubren el costado—. Confieso que no esperaba que un caballero orgulloso como tú solicitara mi ayuda. Igual que me sorprendió veros en mi callejón. —Cabecea—. La luna nunca me habló de vosotros dos de esa manera. Las cartas del tarot, las runas, las gemas…, nada me mostró tal destino. Y, sin embargo, parecía bastante real.

Cierro los ojos. La voz de Samuel me llega más cercana y clara que antes.

—Es real.

Trago saliva. Percibo cómo la dura piedra en mi lengua se deshace como el azúcar en el agua. Una sensación fresca, casi mentolada, desciende por mi cuello y me llena los pulmones. Respiro con rapidez, cojo aire y pasa por mi garganta como un viento de invierno.

El dolor del costado se reduce. Las células se dividen, los músculos se regeneran a toda velocidad y la herida se cierra.

Hago amago de incorporarme y Samuel me ayuda. Cuando estoy sentada, pasa un brazo protector por mis hombros.

—¿Estás bien?

—Me han apuñalado de la forma más tonta y he perdido la dignidad y la sangre, ¿tú qué crees, bobo?

Él frunce el ceño, poniendo esa expresión que todavía no sabe que adoro, y yo le sonrío al instante.

—Siento interrumpir vuestro adorable cortejo —se pronuncia Olwen —. Pero el fuego está cerca. Debo reunirme con Ethel e impedir que entre de nuevo en el Dagger para salvar a su padre. Y vosotros tenéis vuestra propia misión. —Se pone en pie y se coloca la capucha sobre el pelo rojo, tan luminoso como el fuego que se aproxima—. La luna fue clara: el león salva al guiverno y el dragón los hace volar lejos. —Asiente para sí misma—. Es la última parte. El destino que debe cumplirse.

—¿Y tú sabes qué significa eso? —inquiere Samuel.

Olwen me mira. Mi expresión es tranquila, así que sabe que esas palabras han tenido sentido para mí. Dirige sus ojos negros hacia la trampilla de Tod y camina hacia allí sin contemplaciones.

—No creo que volvamos a vernos —sentencia—. Que la luna os guarde, forasteros.

Y, en un segundo, ha desaparecido en la oscuridad.

—Odio los jodidos acertijos —resopla Samuel—. ¿Qué quería decir

con…?

—George está luchando ahora mismo con el conde a espadazo limpio —le recuerdo—. Y, según la novela, John aparece para salvarlo. ¿Lo entiendes ya?

Samuel echa la vista atrás, a su cadáver tendido en el suelo. Luego, al humo que se cuela por debajo de la puerta.

—Sí. Ya. Pero, gracias al bueno de Tod, John está bien muerto.

—Exacto.

Señalo con la cabeza hacia su cuerpo y, aunque a regañadientes, Samuel me ayuda a avanzar hasta allí. Noto que no se fía del todo de mí, no hasta que me agacho con cuidado y recojo la máscara de león que cubre su rostro sin vida.

—John Keating salvará a su hermano —murmuro—. Eso es lo que está escrito en la novela. Y eso, milord, es exactamente lo que escribiremos nosotros.

32

Final de humo, cielo y oscuridad (pide un deseo y se cumplirá)

Entre el humo y el fuego del salón principal, entre los cadáveres de los invitados y de los guardias armados de la reina, Kitty chilla aterrorizada.

George le ha pedido que se marche, pero ella se niega a dejarlo atrás, y ahora es testigo de la infatigable pelea de esgrima entre su prometido y el conde más poderoso de la corte.

Aunque George es hábil, está herido. Aunque Kitty usa su poder para hacer soplar el viento y alejar el incendio de ellos, formando un círculo seguro, este no deja de cercarlos. No podrá contenerlo mucho más.

La chica todavía no sabe controlar sus poderes del todo, porque, si no, estarían salvados. El aire es capaz de hacer muchas cosas. Apaga e incendia. Da vida y la quita.

Kitty podría arrebatársela al conde Seddon. Podría despojarlo del oxígeno que llena sus pulmones y matarlo en cuestión de minutos. Sin embargo, todavía no sabe cómo hacerlo. Y, conociéndola, dudo mucho que fuera capaz de cometer un acto parecido.

A unos metros de ellos, en una de las trampillas de Tod donde estamos escondidos, Samuel se vuelve hacia mí para buscar mis ojos. Yo le sonrío para infundirle ánimo, para que se olvide de mis miedos y de los suyos. Incluso me envalentono y me pongo de puntillas para darle un suave beso en los labios. Confío en que no sea el último. Odio las despedidas.

Después, sin decir palabra, Samuel se bebe el frasco que lleva en la mano. El líquido es de color naranja (ranúnculo, polvo de hierro y garra de dragón, además de un pelo rubio) y modifica la voz de quien lo ingiere. Confiemos en que la máscara de león, la peluca rubia, las ropas de John y la estatura similar hagan el resto.

Empuña su espada, sale del pasadizo secreto y avanza entre el humo. Su silueta surge de entre las sombras y aparece tras la espalda de Seddon. Aunque Kitty grita al verlo, Samuel es rápido. De una estocada atraviesa el hombro del conde por detrás y este suelta un alarido.

El hombre se da la vuelta y, sin dudar, se defiende del nuevo combatiente.

—¡Salid, rápido! —grita Samuel. Su voz tiene un timbre tan característico que hasta yo, en el hueco de la trampilla, siento un escalofrío al reconocer a John—. ¡George, sácala de aquí!

—¡Hermano, no! ¡No puedo dejarte!

Samuel y el conde entrechocan sus espadas. El conde tiene un rubí con magia de sangre que lo hace extremadamente resistente al dolor. Incluso herido de gravedad es un combatiente feroz.

—¡Hazlo, idiota! —grita Samuel. La rabia da fuerza a la orden—. ¡Catherine! Tú eres más lista que este patán, ¡sabes el daño inevitable que produce el fuego! ¡Arrástralo con tu viento fuera de aquí! ¡Si no lo haces, moriremos todos! ¿Eso es lo que quieres? ¿No le pediste a mi hermano que protegiera su vida a toda costa? ¿Que esta era lo más importante?

Kitty duda, pero al final noto cómo toma una decisión firme bajo su máscara de dragón.

Alza ambas palmas extendidas y, cerrando los ojos, empieza a hablar con el aire. Este se enfurece, se agita y coge intensidad. Pronto, se convierte en un huracán. Uno tan potente que arrastra a George fuera de la pelea y les da a los combatientes un círculo más grande. Uno libre de humo en el que luchar.

—¡Hermano! —grita George mientras alarga un brazo, intentando sin éxito parar el viento que lo empuja junto a Kitty fuera del salón.

Samuel hace caso omiso al amor que desprende esa simple palabra. No se ha dado cuenta de que eso es lo que es, lo que ha sido siempre para George desde que entró en esta novela, por mucho que insista en que no le cae bien. Es lo que nunca fue John. Su verdadero hermano.

Aunque no puedo culparlo por su falta de sentimentalismo; el pobre está demasiado concentrado en la pelea brutal que tiene entre manos.

Podría perderla. De hecho, me da la sensación de que está a punto de hacerlo. Su contrincante es hábil y cuenta con la magia en su equipo. Samuel, por su parte, está cansado (de esta pelea, de esta noche, de esta historia). Esta vez no tiene ases en la manga llenos de magia líquida.

Así que su as en la manga tendré que ser yo.

Ya he comprobado (a las malas) que empuñar una daga es difícil. Pero disparar a cierta distancia no lo es tanto. Si algo ha demostrado la historia humana es que hasta los más patanes son capaces, así que salgo del refugio de la trampilla y rebusco entre los cadáveres de los guardias reales y de los sicarios. Aparto cuerpos y ropas hasta encontrar un fusil.

Apoyo el arma en la mesa volcada, llena de comida derramada y, con cuidado, apunto al conde.

Puede que antes me haya equivocado, que haya tropezado y me haya comportado como una blanda, pero he aprendido la lección. No

soy como Kitty. Para lo malo y para lo bueno. Aunque me cueste, (ya) no tengo tantos escrúpulos para dañar a alguien que no es humano. Porque para mí no lo es. En esta ocasión, no me dejaré engañar por un cuerpo de carne y hueso.

Me obligo a recordarme que lo único real en este salón lleno de humo somos Samuel y yo. Y no pienso dejar que él pierda.

Aprieto el gatillo y la fuerza del retroceso me empuja hacia atrás. Me doy un golpe en el culo al impactar contra el suelo, y luego me quejo para mí misma al ponerme en pie a duras penas.

Intento vislumbrar las dos siluetas que luchaban entre el humo y las llamas, y al final las veo.

O la veo, más bien. Porque solo hay una y, rápida, corre en mi dirección.

—¡Podrías haberme dado, idiota!

—¡De nada por salvarte, bobo!

Samuel rumia algo entre dientes.

—No te quejes, gruñón. Además, no he tergiversado la historia; ni siquiera lo he matado, ¿verdad?

—No, por suerte le has dado en una pierna —reconoce—. Cuando recupere la consciencia, se arrastrará fuera de aquí y lo pillarán los guardias de palacio.

Suspiro con una mano en el pecho; el corazón me late rápido.

—Ya era hora, joder.

—Madre mía, sí que sueltas palabrotas fuera de personaje, ¿eh?

—Se me habrá pegado de alguien que yo me sé…

Aprovecho que se ríe para quitarle la máscara de león y desatarle la capa. Dentro del túnel de Tod, hemos dejado el cadáver de John Keating apoyado en la pared.

Me doy prisa en volver a entrar en el pasadizo y le devuelvo la ropa y la máscara. Me alivia un poco cubrir de nuevo ese hermoso rostro sin vida.

—Qué cabrón —masculla Samuel a mi espalda—. Me juego la vida por su hermano y va a ser él quien se lleve todos los honores.

—Así es como trabajan las sombras —le recuerdo—. Y tú y yo somos las mejores.

Él cabecea con una sonrisa ladeada.

—Anda, lady Fantasma, vamos. Cerremos la trampilla y escapemos del fuego antes de que se cuele también entre las paredes.

Tras asegurar la puerta secreta, la oscuridad en el pasadizo es total. Yo me encojo de miedo, hasta que noto el roce de unos dedos buscándome y me aferro a ellos con desesperación.

—No tiembles, milady —susurra Samuel junto a mi oído—. Estoy aquí.

—No vas a dejarme atrás, ¿verdad?

—Pensaba darte un empujón y salir corriendo mientras soltaba una risa malvada —alega mientras caminamos, repitiendo lo que le dije la noche en el jardín—. Pero tengo demasiado miedo a tus patadas.

—Sabía que eras un chico listo cuando me enamoré de ti.

A pesar de su insistencia en que nos marchemos con rapidez, se detiene en ese momento. Con una lentitud que me enternece, acaba envolviéndome en sus brazos.

En la oscuridad que me aterroriza, siento la dureza de su cuerpo contra el mío. Su calor, su olor, su respiración acelerada. Su corazón al mismo ritmo que mi corazón. Somos dos sombras disfrazadas con tantos puntos en común bajo la piel que ser consciente de ello me sobrecoge.

Durante nuestro abrazo, me permito ser una romántica. Me permito pedir un deseo. Uno solo para los dos.

Espero que Garden me lo conceda. Al fin y al cabo, una escritora es la diosa del mundo que ha creado, ¿o no es así?

Después de lo que me parece una hora, salimos de la trampilla de Tod. Estamos todavía en el East End, a solo unas calles del Dagger. El humo y los gritos se elevan en el barrio y hasta nosotros llegan el caos y el olor a quemado.

Aun así, Samuel y yo cogemos una gran bocanada de aire. Hemos escapado. Todo se ha cumplido.

Nos volvemos el uno hacia el otro y una sonrisa de alivio se extiende al mismo tiempo por nuestro rostro. A la par, nos movemos para abrazarnos de nuevo. Y sé lo que habríamos hecho después si no hubiera sido por cierto deshollinador con un gran sentido de la oportunidad.

—¡Hadkell, lady Derpiente! Pendé que a edtad alturad edtaríaid chamudcaditod como un rodbif.

Samuel se vuelve hacia el chico y le dirige una mirada furibunda.

—Qué placer verte, Tod.

—¡Lo midmo digo!

Yo también me giro hacia mi salvador y compruebo que no está solo. Hay una chica con las mismas ropas harapientas a su lado, aunque ella es bastante más alta y parece tener mi edad.

Cuando la reconozco, el recuerdo me paraliza por un segundo. Es la pobre desdentada que intentó atracarme en mi primer despertar.

—¿Son estos desgraciados los que nos van a pagar? —inquiere la chica.

—Dí, hermanita, edton don —responde Tod—. El dragón edtá ahí detrád, Hadkell, junto a la tienda de pocioned del hechicero Lir.

—Gracias a los dos —dice él, tendiéndole unas cuantas monedas de plata que saca de su chaleco—. Poneos a cubierto. Pronto vendrán

más guardias para comprobar qué ha pasado y…

—Somos expertos en escabullirnos, este es el barrio que nos vio nacer —replica la chica, de mal humor, y me doy cuenta entonces de que, bajo la suciedad de la cara, tiene los mismos rasgos que Tod—. Es mejor que seáis vosotros, señoritingos, los que tengáis cuidado al huir.

Samuel acepta el consejo con un asentimiento y me guía calle adelante. Mientras nos alejamos, me vuelvo para despedirme de Tod con un guiño. Él me dedica una sonrisa sin dientes. Ella, un mohín, justo antes de darle una colleja a su hermano pequeño.

Anclado entre dos edificios maltrechos hay un callejón sin salida. Y, tal como nos indicó Tod, un dragón de escamas grises está acostado en el suelo. Es el mismo que, durante el baile de máscaras, estaba enroscado en la columna de mármol del Dagger.

Al vernos aproximarse, alza el hocico con curiosidad y, algo tímido, extiende un ala para tratar de ocultarse. Las calles están tan sucias y embarradas que es imposible que unas escamas tan claras como las suyas pasen desapercibidas.

No le sucedería lo mismo en el cielo nocturno. El de Londres está, como es habitual, encapotado de nubes.

—En unos minutos, las calles del East End van a acabar atestadas de guardias —me explica Samuel—. Mientras estaba luchando con los matones de Seddon pensé que, si conseguíamos sobrevivir al incendio, el cielo podría ser nuestra única vía de escape.

—Y así se cumple el destino del que nos habló Olwen. —Samuel se vuelve confuso hacia mí—. «El león salva al guiverno y el dragón los hace volar lejos».

Él arquea una ceja.

—Pensé que el león era yo, el guiverno era George y el dragón era Kitty.

—Lo bueno de los acertijos es que tienen muchas interpretaciones, ¿no te parece?

—No, lo que me parece es que son estúpidos.

Yo me echo a reír y el dragón alza una oreja palmeada, igual que lo haría un caballo. Despacio, me aproximo a él con las manos en alto e, igual que en mi primer despertar, lo acaricio con cariño, como hice con el dragón de tiro que les robé a los Remmington.

Ante el contacto firme y pacífico, el dragón se relaja, cierra el párpado interno y ladea la cabeza de gusto. Después de tantas semanas con Richard, he aprendido cuál es el punto exacto que derrite a los dragones (justo detrás de los cuernos), y es evidente que este ejemplar está acostumbrado a tratar con los humanos del club de juego.

La membrana de sus orejas es tan delgada que puedo vislumbrar el azul de sus venas. Las escamas que cubren su cuerpo de reptil tienen

cierto brillo, tan pálido como la luz de la luna.

—Necesitamos ir a Mayfair —le pido en voz baja—. ¿Nos llevarías, por favor?

No saca humo por los orificios de la nariz, no enseña los dientes, solo emite un suave gruñido que se asemeja a un ronroneo.

—No sabía que tenías tan buena mano para los dragones —oigo decir a Samuel a mi espalda.

—Y no la tengo, pero he aprendido algunas cosas gracias a Kitty: los dragones son como gatos escupefuegos, y a mí me encantan los gatos.

—Qué raro; pensé que preferías las serpientes.

Lo miro por encima del hombro con una sonrisa.

—Milord, pensé que ese eras tú.

Se pone colorado y yo tiro de su muñeca para que nos montemos en el dragón. Aunque es algo más grande que los de los carruajes, su lomo no es tan largo, por lo que mi espalda se pega al pecho de Samuel y él pasa un brazo por delante de mi vientre para agarrarse a mí y que nos mantengamos bien juntos.

Su otro brazo se extiende hacia delante y agarra uno de los cuernos del dragón. Yo me sujeto al segundo y emito un corto silbido.

El dragón empieza a batir las alas y, tras coger impulso, salta hacia la pared de uno de los edificios que cercan el callejón. Lo trepa a una velocidad endiablada; tratando de aguantar el vertiginoso ascenso en vertical, me aferro al cuerno de hueso con fuerza y presiono con los muslos para mantenerme bien anclada.

En unos segundos, estamos sobrevolando el cielo nocturno de Londres.

El vértigo me vuelve el estómago del revés. El frío me eriza la piel. La adrenalina me provoca un cosquilleo que no deja de crecer, de elevarse como lo hacemos nosotros. Entrecierro los ojos cuando la criatura vuelve a batir las alas y el viento nos azota el rostro.

Tras coger una bocanada de aire, se me escapa una risa corta y nerviosa.

—Aún no habías montado en un dragón volador, ¿verdad? —oigo junto a mi oído. Su tono bajo y grave me provoca un escalofrío.

—No.

—Pensé que era una pena que salieras de tu novela favorita sin haberlo vivido.

Deslizo una mano desde las escamas grises hasta el brazo de Samuel, que todavía rodea con fuerza mi cintura, y le doy un apretón como agradecimiento.

Sé que no necesita oír mi «gracias» en voz alta, tampoco todo lo que supone para mí o cómo me llega su gesto al corazón. A fin de cuentas, somos lectores. No necesitamos deletrear cada emoción ni cada sentimiento.

Solo necesitamos volar.

33

Una prometida, un muerto y una escritora (juro que no es un chiste)

Entro por la puerta trasera y compruebo aliviada que la cocinera y el guarda de la finca de los Remmington continúan durmiendo con la mejilla babeada contra la mesa, tal como los dejé antes de escapar con Samuel. Mi chico tenía razón; el vino con láudano, turmalina y polvo de hada es infalible.

Me quito las botas y subo de puntillas por la espléndida escalera de la mansión. Estoy recorriendo el pasillo, a punto de entrar en mi habitación, cuando una silueta translúcida la atraviesa.

El fantasma se queda quieto en mitad del corredor y me mira con cara de juzgador profesional. Yo abro la boca, pero él es más rápido. Por suerte, tiene la decencia de susurrar para no alertar a nadie.

—¿Dónde está, señorita Labbey?

Maldito coronel Remmington. ¿Va a tocarme las narices hasta la última página?

—Fuera —murmuro. Me acerco a él y abro la puerta con el ceño fruncido—. ¿Qué hacía en mi cuarto, eh? Pienso avisar a lady Remmington.

—No lo hará, porque, cuando no he visto en su dormitorio a mi querida nieta, he querido comprobar que todo el mundo estaba a salvo, y usted tampoco se encontraba en la casa —me ordena, me amenaza y se excusa, todo a la vez—. Os lo dije al comienzo de la temporada, que vuestra labor era…

—Sé cuál es mi labor y me he partido los cuernos para llevarla a cabo —le rebato—. Y ni se le ocurra decirle nada a nadie sobre que no me ha visto esta noche durmiendo en mis aposentos. ¿O prefiere que yo también me vaya de la lengua y le diga a lady Remmington que le recita poemas de Byron a su madre?

Aunque los fantasmas no pueden ponerse rojos, estoy segura de que al coronel, en vida, se le habrían enrojecido las mejillas y habría echado humo por la nariz como un dragón.

—Yo… La baronesa… Nosotros…

—El pasado pasado está —lo interrumpo. Me deslizo dentro del cuarto y añado—: Igual que esta noche. Ya no tiene remedio, así que no debemos escarbar en ella, ¿verdad?

Lo último que veo al cerrar es cómo el coronel asiente en silencio.

Una vez en la intimidad de mi habitación, me permito apoyarme en la puerta y suspirar. Menuda nochecita.

Me pesa todo el cuerpo, así que me quito la ropa con ademanes lentos. Luego me paso por los brazos, la cara y las piernas una toalla húmeda y perfumada con lavanda para tratar de borrar el olor a humo de mi piel. Tampoco creo que sirva de mucho, pero confío en que mañana habrá tantas noticias impactantes en el desayuno que lady Remmington me perdonará las ojeras y el olor a chamusquina.

Justo cuando me pongo el camisón, llaman a la puerta. Los fantasmas no dan golpes. Y dudo que haya nadie despierto a estas horas.

Deduzco quién es, por eso no me sorprende cuando, tras darle permiso, abre la puerta y se asoma por ella.

—Siento molestarte, Lala —gime—. ¿Puedo hablar contigo?

Al contrario que yo, no se ha quitado la ropa. Ni la ropa ni la máscara ni la capa. Lo único que la diferencia de la Kitty del Dagger es que ahora lleva a su fiel Richard enroscado en el cuello.

—Siempre puedes hablar conmigo —le respondo. Apoyo una palma sobre la (bendita) cama que todavía no voy a poder disfrutar—. Ven.

Ella lo hace a toda prisa. No pierde ni un segundo en tirarse encima de la colcha y echarse a llorar.

—¡Qué noche tan terrible!

—¡¿Por qué?! —pregunto compungida—. ¿Ha sucedido algo en el Dagger? ¿El duque te ha hecho algo malo?

Hollywood, ¿dónde está mi Óscar?

Kitty se alza al instante, se despoja de la máscara y la tira a un rincón de la estancia. Su pelo está cuidadosamente despeinado, las lágrimas le mojan las mejillas blancas y, por supuesto, provocan que sus ojos brillen como los de una princesa Disney. La asquerosa está guapa hasta en su peor momento.

—No, Georgie ha sido maravilloso y se ha portado maravillosamente —dice, e hipa—. Me ha pedido… la mano… en matrimonio.

—Oh, Kitty, ¡enhorabuena! —Le aprieto la mano con cariño—. Vas a convertirte en la duquesa de Albans: lady Catherine Keating.

—Kitty Keating. —Pone una mueca y pronuncia—: *Ki-ki.* Qué horror, ¿verdad?

Intento permanecer estoica, pero se me acaba escapando una carcajada. Ella se ríe también mientras se sorbe los mocos, y me doy cuenta de lo mucho que la voy a echar de menos.

No es una chica real. No es como mis amigas, quienes me esperarán con los brazos abiertos cuando (espero) regrese a mi mundo. Ella se quedará entre estas páginas y nunca podré ver sus expresiones de entusiasmo, disfrutar de su sonrisa cálida u oír su perfecta voz.

Joder. ¿He dicho ya que odio las despedidas?

—Nuevos apellidos aparte —añado—, si no ha sido el duque, ¿qué es lo que ha convertido tu noche en una terrible?

Ella coge aire a través de los labios temblorosos y Richard presiona la cabecita escamosa contra su mejilla, como si le diera ánimos para continuar.

Kitty me cuenta desde su perspectiva todo lo que ha pasado y yo suelto «oh», «ah» y exclamaciones ahogadas en los momentos precisos.

—Tras dejarme en casa, George ha regresado para ayudar a los guardias a encontrar a su hermano en lo que queda del Dagger —gimotea—. Pero yo… tengo un mal presentimiento.

Se toca el diamante de la temporada, ese que ha engarzado a una sencilla cadena que lleva bajo el vestido.

—¿Crees que ha…?

—Muerto —completa ella—. Sí.

Yo la abrazo. Y lo hago fuerte, con ganas. Me siento responsable, porque por mi culpa ella llora esa muerte. Y es mi responsabilidad que nunca sepa que, en el fondo, ha sido por culpa suya.

Teníamos que salvarla. De eso no me arrepiento. Al principio la odiaba, porque pensaba que era débil y sosa y poco interesante. Pero Kitty no necesita empuñar una espada, ser ingeniosa o tener mal carácter para ser un buen personaje. Es valiente porque llora y ríe y se muestra tal cual es.

No soy especial. La maldita me ha conquistado, igual que a todos.

—Si dominase mejor mis poderes… —lloriquea contra mi hombro—, podría haberlo salvado. Podría… —Suelta un hipido—. El aire todavía se me escapa. No sé si seré capaz algún día de…

—No podemos controlarlo todo, Kitty —le digo al oído—. Tan solo podemos proteger lo que está a nuestro alcance y atesorarlo el tiempo que nos quede. Tu poder es el del viento, caprichoso y voluble, capaz de apagar las llamas o hacerlas más feroces. Pero acabarás sabiendo cómo usarlo y lo harás bien. No dudo de ti.

Ya no.

Ella me devuelve el abrazo.

—Siempre sabes qué decir, mi Lala —murmura—. ¿Quién te ha enseñado a ser… así?

—Los libros, mi familia, mis amigas. —Hago una pausa—. Tú.

Nos separamos y ella me dedica una espléndida sonrisa, húmeda de mocos y lágrimas saladas.

En realidad, no sé si está fea o guapa. Cuando alguien se convierte en un ser querido, dejas de ser objetivo con ese tipo de cosas.

—Aunque me marche para vivir en la mansión de Albans —dice—, ¿me escribirás?

Alargo una mano y acaricio a Richard. Justo detrás de los cuernos.

—Te escribiré —le prometo.

—Mi hermano fue el mejor de los hombres —sigue diciendo George, junto al panteón familiar, rodeado de la mitad de la sociedad aristocrática inglesa—. Siempre lo recordaremos con la generosidad que lo caracterizaba y con el cariño que desplegaba hacia los demás. Dios lo guarde.

Todos lloran o muestran su tristeza abiertamente, incluso Samuel y yo. Aunque somos los únicos de los presentes que conocían su verdadera naturaleza, a estas alturas podemos fingir un poco más.

La persona que más lo amaba, irónicamente, no está aquí. Pattie McDonald ya se ha marchado de Londres. Me pregunto qué le deparará el futuro. Si Garden, como suele hacer, la hará aparecer en un libro de su saga e incluso la transformará en su nueva protagonista o en su villana.

Si es así, lo siento por Lavinia Labbey. Por mi culpa va a ser el centro de su odio y de sus (posibles) intentos de asesinato.

Pero eso será un problema que tendrá que resolver la (verdadera) Lavinia del futuro, no yo. Quedan pocas páginas para que esta novela llegue a su fin y que Samuel y yo salgamos de ella.

Como es obvio, nos hemos planteado la otra opción, y es que nos quedemos atrapados aquí eternamente. Eso sí, la hemos rechazado de pleno. En primer lugar, porque la perspectiva es demasiado demoledora como para centrarse en ella. Y en segundo lugar, porque lady Olwen nos ha enviado un cuervo con una carta en la que nos da las gracias por cumplir «el destino que dictaba la luna».

Si Garden le ha dicho eso en sueños, supongo que nuestro trabajo (y el libro) ha terminado.

Uno a uno, los asistentes al funeral tiran flores, tierra y minerales al hueco donde reposa el ataúd. Samuel lanza un lapislázuli. Yo, un azabache. Kitty Remmington se separa de su prometido antes de avanzar hacia la tumba con su dragón de chispa sobre el hombro.

Con un gesto ceremonioso, alarga un puño y abre la palma. El diamante de la temporada rebota contra la madera del ataúd.

Aunque ya no contiene la Magia del Despertar, sigue siendo una joya preciosa de un valor incalculable.

—Querida —murmura su madre junto a ella—, ¿estás segura de…?

—Su vida valía más que cualquier diamante —responde Kitty—. Así que, ¿acaso importa?

Es un gesto que hace llorar con más intensidad a lady Keating, compungida tras el velo negro que cubre su rostro.

George se acerca a Kitty y, a pesar de toda la gente que los rodea, la abraza con ímpetu. Ella desliza las manos por la espalda de su chaqueta y los dos permanecen así varios minutos, unidos y en

silencio. El duque llora como un niño y ella lo estrecha con más fuerza. Con cuidado, Richard se desliza hasta el hombro del chico y se acurruca en el hueco de su garganta.

—Y ahora —murmura Samuel—, ¿qué?

Ahora, se casarán. La reina alegará que la temporada siempre termina con lágrimas, «así que, tras lo ocurrido, lo mejor es que las de felicidad sustituyan a las de tristeza».

Y… fin.

Sí, todo termina en una boda en la que cada invitado y novio viste de negro, incluida la mismísima reina. ¿No es maravillosamente gótico para suceder en la Regencia?

Humo, sangre y oscuridad. Pensé que *El diamante de la temporada* era brillante, pero ahora percibo las sombras que serpenteaban bajo la historia. Y, con cierta sorpresa, me doy cuenta de que me gusta todavía más.

Antes de contestar a Samuel, lo cojo de la mano. Nos conduzco entre las lápidas de piedra del cementerio privado de los Keating hasta guarecernos bajo un almendro que acaba de florecer.

—Ahora, nos separaremos —le recuerdo—. Tú debes acompañar a los Keating. Yo, a mi protegida. Y entonces…

—¿Entonces?

—Supongo que esta noche u otra nos dormiremos y, pum, nos despertaremos al otro lado —vaticino—. Y respecto a eso, he estado pensando.

—Lady Serpiente pensando —murmura Samuel—. Tengo miedo.

Pongo los ojos en blanco. La verdad es que llevamos días enteros hablando, en persona o por carta (por mucho que los cuervos sean épicos, echo de menos mi cutre-móvil con la pantalla rota) y hemos tratado entre medias de darnos más detalles sobre nosotros mismos.

Ha sido en vano. Sin embargo, podríamos buscar la manera de fijar un lugar de encuentro. Uno en el mundo real.

—No seas tonto, no es nada malo —le aseguro—. He estado pensando dónde podríamos…

—Disculpad, queridos, ¿os importa que hable un momento con vosotros?

Los dos nos giramos con mala cara hacia la mujer que nos ha interrumpido. Lady Remmington, como la cotilla que es, nos ha debido de pillar escabulléndonos del funeral y no ha podido evitar tocarnos los…

—¿Sí, milady?

—Oh, querido, te agradezco la educación, pero a estas alturas creo que te has ganado el poder tutearme —le dice con una sonrisa—. Al fin de cuentas, no habéis dejado de ayudarme.

—Si se refiere al compromiso de Kitty y George, estaban hechos el

uno para el otro —replico—. Apenas hemos tenido que intervenir para que…

—Ah, no me refiero a eso. Me refiero a que, gracias a los dos, he podido salir del bloqueo.

Samuel se vuelve hacia mí como una exhalación. Yo sigo paralizada, la atención fija en la espléndida sonrisa de lady Remmington.

—¿Del… bloqueo?

—Claro. Gracias a vosotros, he podido escribir mi siguiente historia.

34

La protagonista es mi favorita (aunque no lo sepa)

Garden se echa a reír. Nuestras caras tienen que ser un auténtico cuadro.

—Ay, disculpad, no puedo parar. La verdad es que estáis graciosísimos…

—¿Nos has metido aquí? —gruñe Samuel—. ¡¿Y ahora nos das las gracias?!

—Veréis, dejad que os lo explique —se apresura a decir, alzando las manos enguantadas de negro—. Tuve una idea para el siguiente libro. Se me ocurrió mientras escribía *El diamante de la temporada*. ¿Qué hacen el resto de los personajes sin protagonismo? ¿Qué maquinan las sombras mientras los principales brillan?

La mujer nos señala las flores del árbol bajo el que estamos.

—Soy una escritora brújula. Una «jardinera» que planta semillas aquí y allá en el jardín y espera a ver cómo crecen, por eso mi seudónimo es «*garden*». Planto, podo los arbustos y observo su floración o su muerte hasta que una historia con sentido empieza a aparecer ante mis ojos. A menudo, siento que no controlo a mis propios personajes. Mis pequeños polluelos. Mis hijos. —Y sonríe igual que lo hace su «hija»—. Aunque tenga una idea inicial, pronto se me rebelan, empiezan a escapar a mi control y acaban tomando decisiones por cuenta propia. —Nos dirige una mirada divertida—. Casi como si fueran un chico y una chica que se cuelan en mi novela para hacer de las suyas.

—Así que… meternos aquí… ¿no fue cosa tuya? —balbuceo.

—Si os soy sincera, no tengo ni idea de cómo lo habéis hecho. Siempre he creído que los libros poseen una magia propia. Una magia especial e incontrolable. Tal vez por eso colme con ella las páginas de aquellos que escribo. —Señala a Samuel con un dedo—. Después de centrarme en la subtrama de Olwen y Ethel, se me ocurrió darle una propia a lord Haskell, el eterno guardaespaldas de George que parece estar harto del mundo. No obstante, la historia no terminaba de cuajar. Le faltaba algo. Le faltaba un aliado. —El dedo se dirige a mí—. O una aliada.

Yo me pongo colorada. Lady Remmington no tiene la cara ni la piel oscura de Garden, pero ahora me doy cuenta de que tiene los ojos

azules, igual que la autora. Incluso el gesto ufano que esboza ahora es el de la foto que está en la solapa de todas sus novelas (sí, la vaga no la ha cambiado en diez años).

—Cuando una historia no cuadraba, cuando algún personaje era incoherente, volvía a empezar —continúa explicando—. Sentía que no controlaba a mis propias marionetas. He escrito tantos bocetos, he reescrito tantas líneas, he puesto tantos puntos finales a tramas sin sentido…

—Podemos dar cuenta de eso —murmuro, llevándome una mano al lunar junto a mi ojo—. Entonces ¿has escrito…? Es decir, ¿el séptimo volumen de Temporada de Magia…?

—Sí, trata de vosotros. De Lavinia Labbey y Samuel Haskell, dos sombras que se unen con un noble propósito: proteger a sus amigos de una amenaza doble. —Da palmaditas entusiasmadas, lo que me recuerda a Kitty al instante—. He pensado llamarlo *Entre dos finales.* —Al ver la cara que ponemos, vuelve a echarse a reír—. Lo sé, no se me dan demasiado bien los títulos. Le dejaré esa horrorosa tarea a la santa de mi editora.

—¿Y Ethel Seddon?

—Quizá sea la protagonista del octavo libro, ¿quién sabe? —Garden se ríe entre dientes—. Paso a paso y con buena letra. No hay que acelerar demasiado las cosas. Lo que crece lento crece bien.

—¿Cuándo lo sacarás? —Doy un paso hacia ella (madre mía, ¡hacia mi escritora favorita!), pero no me atrevo a tocarla—. ¿Será pronto? ¿En un mes? ¡¿En dos?!

—Oh, no, querida. Me llevará algo más de tiempo. —Apoya una mano en el mentón—. Tengo que repasarlo, pulirlo, corregirlo con mi edi…

—Di cuándo.

Garden y yo nos volvemos hacia Samuel. Su expresión es tan seria y frustrada como la de su personaje. Es increíble. Parece que el papel estuviera hecho para él desde el principio.

O puede que sea Samuel quien haya contagiado al mismo personaje con el cansancio que le produce medio mundo (empatizo con mi enamorado en un noventa por ciento, porque el noventa por ciento de la gente es idiota).

—No lo sé, puede que un año baste —acaba diciendo Garden.

Los dos nos miramos al mismo tiempo. Nos transmitimos lo que pensamos al instante, sin necesidad de palabras. Puede que nuestra fuerza resida en que nos conocemos demasiado (o en que somos un par de listillos).

Al final, cojo valor para dirigirme a la escritora y acercarme a ella (un poco más).

—Presentarás tu historia —susurro—. En Londres.

—No suelo hacerlo desde el tercer libro —nos recuerda—. ¿Por qué lo preguntas?

—No es una pregunta, es un deseo.

—Puede que nos encanten tus libros, pero lo cierto es que te hemos hecho un gran favor —le recuerda Samuel—, y nos gustaría que nos concedieras uno pequeño a nosotros.

Esbozo una sonrisa. Ignoro si es torpe, incómoda o poco auténtica. Es mía, y eso basta. Además, consigo que, al verla, Garden se contagie de ella.

—Bueno, ¿por qué no? —dice—. Os lo debo. Al fin y al cabo, sois mis personajes favoritos.

Epílogo

Cuando una historia llega a su fin (empieza la nuestra)

Jillian me da un manotazo en el brazo. La verdad es que no puedo culparla; desde que empezamos a hacer cola, no he dejado de moverme como una loca de un lado a otro, dando vueltas en círculo como un perro (o cierto dragón de chispa).

—¡Para, Laura! ¡Me estás poniendo histérica!

—Sé paciente, Jill —le pide Alice—. Entiende que hoy va a conocer a su adorado chico misterioso.

—Sigo creyendo que esto huele a *catfishing* que tira para atrás —bufa Jillian—. ¿Habláis durante meses, tocáis música juntos, os pasáis las noches teorizando sobre las novelas de Garden y luego el tío no es capaz ni de pasarte una triste foto?

Me encojo de hombros. Ni yo me veo capaz de contestar a eso.

Cuando me desperté la noche de la tormenta, esta se había detenido. Solo estaba yo en pijama, en mi cama, con mi cuerpo, aferrando el libro de Garden en mi regazo con todas mis fuerzas.

Al principio, ni siquiera yo misma me lo creía. Hasta mi cerebro quiso convencerme de que lo que había vivido no podía ser real.

Sin embargo, todos los espejos de mi casa son el Espejo de la Verdad. Reflejan a diario algo que antes no estaba ahí y ahora sí.

Me llevo un dedo al lunar junto a la boca y empiezo a puntear sobre él. Es una manía que tengo desde hace un año.

—Yo tampoco le he pasado ninguna a él —replico—. Y no me importa su aspecto. Estoy segura de que es real.

—Sí, vale, será real, pero ¿qué cara tiene? ¡Igual es horrible! ¡Y ni siquiera sabes su nombre!

Yo esbozo una sonrisa suave.

—Me lo dirá en cuanto nos encontremos.

—¿Y cuándo será eso? —Alice apoya las manos en los muslos y los frota para evitar los calambres—. Llevamos tres horas en esta maldita cola y no ha avanzado nada…

—La expectación es enorme, hacía años que Garden no hacía una presentación —les recuerdo—. Y las puertas de la librería no abren hoy hasta las cuatro de la tarde.

—Mira, La, yo también adoro Temporada de Magia, pero esto es absurdo. ¿No podríamos…?

—Vosotras podéis iros —la corto—. Yo me quedo aquí.

Jillian y Alice acaban intercambiando una mirada. La primera suelta un bufido, se quita la gorra que apelmaza sus rizos y vuelve a colocársela sobre la cabeza. Su piel negra está plagada de gotitas de sudor por culpa del sol de principios de junio. Alice se apoya en la pared del edificio buscando una sombra inexistente; es igual de alta y delgada que Ethel Seddon.

—Nos quedamos contigo.

Jillian tiene la misma honestidad brutal e ingenio de la baronesa Richmond. Alice me recuerda a Kitty: una chica dulce y buena que esconde más de un secreto.

Las quiero. Las echaba de menos, tanto que lloré al verlas al día siguiente a despertarme (sí, fue vergonzoso).

Y, desde hace un año, también echo de menos (hasta morir) a Samuel. Aunque ese, claro, no sea su verdadero nombre.

Sin embargo, un año no es mucho para un corazón paciente. Catherine Remmington me enseñó a tenerlo.

—Oye, ¿te has enterado? El tío de antes sigue preguntando cosas raras a las chicas de la cola.

Debo de haberme contagiado del afán de cotilleo de lady Remmington (¿o es de Garden?), porque enseguida pongo la oreja para escuchar la conversación de las de delante.

(A quién pretendo engañar: siempre fui una chismosa).

—¿Qué dices? —le suelta una a la otra—. ¿Será un baboso?

—No, simplemente hace lo que nos hizo a nosotras: pregunta y después se larga. De hecho, ¿no te pareció mono? Al llegar a la cola, nos…

La pobre chica pega un chillido cuando la agarro del hombro para darle la vuelta.

—¡¿Cómo es?!

—¡Tía, de qué vas!

—¡El chico! Ese chico, ¡¿dónde está?!

—Eh, Laura… —oigo a Alice por detrás—, ¿estás bien?

Claro que no. El corazón me late a tal velocidad que creo que se me va a salir por la boca para ponerse a bailar el vals en esta acera de Piccadilly.

—No sé dónde está, pasó por aquí cuando nosotras llegamos a la cola —dice una de las chicas (a la que no he agarrado y he dado un susto de muerte).

—¿Y qué os preguntó?

—Una cosa rara. Creo que dijo algo como… ¿a qué tiene miedo lady Serpiente? —La chica se vuelve a su amiga—. Ese personaje, ¿quién es? No me suena de nada.

Me doy la vuelta hacia Jillian y Alice. Mi cara debe de estar blanca

como el papel, porque ambas ponen la misma expresión preocupada (la que esbozan cuando me pillan leyendo o tocando diez horas seguidas sin parar).

—Es él —murmuro—. Estoy segura.

—¿Tu amorcito está preguntando por ti? —inquiere Alice—. ¿Tú eres lady Serpiente?

—Sí.

—No será un mote con rollito sexual, ¿verdad? Déjalo, no quiero saberlo. ¿Y por qué no habéis quedado a una hora y un sitio concre…?

No escucho lo que dice Jillian al final. Me separo de la cola y miro adelante y atrás. Hay personas que cruzan la calle, ajenas a los fans que esperan con paciencia, así como chicas y chicos que entran y salen de la fila para traer agua, comida, moverse o charlar entre ellos.

Pongo las manos alrededor de la boca para amplificar mi voz y entonces grito:

—¡A la oscuridad!

Los que están más cerca de nosotras se vuelven hacia mí. Jillian empieza a soltar tacos, Alice se retuerce entre la risa y la vergüenza.

—¡Laura! ¿Qué coño haces?

—¡A la oscuridad! —vuelvo a gritar—. ¡A la…!

A unos quince metros, un chico se desliga de la cola. Al principio no estoy segura de que sea él. Solo es una figura más, podría ser cualquiera. Hasta que, como una flecha, se lanza a correr en mi dirección.

Me tiemblan las piernas, la piel me arde, el corazón resuena en mis oídos con el ritmo de una canción de Måneskin. Aun así, obligo a mis pies a moverse. A andar primero, a correr después.

Nos encontramos a medio camino. La fila al completo parlotea, algunos atentos a nuestro encuentro y otros a sus teorías sobre la nueva novela. Yo los olvido a todos, me quedo enganchada a unos ojos que hace un año que no veo y que siguen teniendo la misma chispa que recuerdo.

Aunque son azules, parecen fuego.

El chico esboza una sonrisa ladeada que reconozco, a pesar de que su rostro no sea el mismo. Se lleva una mano al cuello y se pasa la palma por encima de una marca de violinista. Junto a ella hay tres lunares. Yo alzo la mía y señalo con el índice mi punto de tinta en el ojo. Después, lo hago descender hasta el lunar junto a mi boca.

Él la mira y deja de sonreír. Traga saliva. Es delgado, desgarbado, rubio. Un chico de diecinueve años. Un chico normal y corriente.

Mío.

Real.

Fiel a lo que me dijo en el pasillo del Dagger, se ha quedado sin palabras. Por suerte, yo tengo de sobra para los dos.

—Cuando terminase su historia —pronuncio con suavidad—, ¿qué le prometió darle lord Haskell a lady Serpiente?

El chico se inclina y, sonriente, apoya su frente en la mía.

—Le daría mi nombre.

Agradecimientos

Estoy escribiendo esto en clase mientras mis alumnos hacen un examen. Joaquín, ¿estás copiando, sinvergüenza? Bueno, es igual, ¡vamos allá!

Para empezar, quería agradecer esta historia a las personas que, de niña, me llevaron junto con mis hermanos al mejor lugar del universo conocido: la biblioteca. Y no les bastó con eso. Durante años, mis padres nos acunaron con cuentos que renovaban cada semana porque tres son muchos niños, y hasta un padre ingenioso y una madre creativa se cansan de contar 765 veces «Los siete cabritillos y el lobo» y «Juan sin miedo».

Aprendí así que podía hacer lo que me diera la gana con las historias. Podía transformarlas. Podía hacerlas volar. Podía no solo beberme las que brillaban en el papel, sino vomitar en él las mías propias (con cientos de faltas de ortografía).

Papá, mamá: gracias por cuidarme tanto, por llenar mi cuarto de libros y mis recuerdos de anécdotas divertidas. Gracias a Andrea (mi mejor amiga) y a Santi (mi mejor amigo) por ser mis compañeros de cuna en esto de la construcción de mundos. Gracias a mis primas, primos, tíos y tías, abuelo y abuelas.

Gracias a Pablo, mi eterno caballero malhumorado, que aguanta mis montañas rusas emocionales y me hace reír como nadie. Solo contigo puedo sentirme un poquito protagonista.

Como siempre, gracias a mis fieles compañeras en esta aventura literaria: mis amigas escritoras, a las que quiero con locura. Gracias en especial a Myriam, Marina, Cristina, Iria, María y Violeta, quienes escucharon mis audios y temores por esta historia (y por todo, en general). Gracias a Patricia, a Marta, a Bea, a Mimi y a todas las bookstagrammers y creadoras de contenido en redes que me levantan el ánimo a base de bien.

Gracias a mis amigas de Lugo, Cifuentes, Guadalajara y Madrid, que se lanzan a la librería cada vez que publico una novela nueva (a la vez: perdón, gracias y os adoro). Gracias a Noe (Medina), a Sara (Sagredo), a Virgi (Herrero) y a Pilar (Rodríguez), que se beben todo lo que escribo.

Gracias a mis compañeros profesores y en concreto al grupo de los «jueves de juegos», Elena, David, Álvaro y Alejandra, así como a mis alumnas y alumnos.

Muchísimas gracias a mis lectoras: he vuelto a traeros época, aunque un pelín diferente; espero que os guste y que no me tiréis

piedras. ¡Gracias por seguir ahí! Todavía no me lo creo.

Gracias a Eir por la oportunidad y a Sara Cano, mi editora, por la confianza. A Mercedes, la mejor correctora, y a todas las personas de Salamandra que trabajan como hormiguitas y que han permitido que este libro esté en vuestras manos.

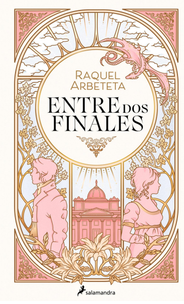
Gracias a mi agente, Isabel, y a Celia Mallada, quien ha hecho esta portada de fantasía (¡por fin tengo un dragón!).

Gracias a Marianne Curley por permitirme soñar. Me pregunto qué pensaría mi yo de hace diecisiete años, que leía hasta las tantas *El círculo de fuego* y *Los Elegidos*, si le dijese que acabaría publicando en la misma editorial que ella. Supongo que se reiría de mí.

Y, por último, gracias a la niña que se quedaba leyendo hasta la madrugada. Gracias a la empollona a la que sólo castigaban en clase porque escondía novelas bajo el pupitre. Gracias a la no-tan-niña que, más días de los que le gustaría admitir, fue a la universidad y a todos y cada uno de sus trabajos durmiendo cero horas por haberse enganchado a una historia.

Sí, voy a permitirme ser un poco Laura: esta historia, aunque sea un poquito, también me la agradezco a mí.

¿Quién no ha soñado alguna vez con despertarse dentro de su libro favorito?



Eso es precisamente lo que le ha pasado a Laura, que ahora es Lavinia Labbey, una prima sin dote de Kitty Remmington. Para Laura, acompañar a Kitty, la sosa aspirante a diamante de la temporada y protagonista de la novela, y revivir los escenarios llenos de magia que ha leído mil veces (y, de paso, conocer al duque de Albans, más guapo aún de lo que siempre se había imaginado) es un sueño hecho realidad.

Pero el sueño pronto se convierte en pesadilla cuando Laura se da cuenta de que, si altera la historia, despierta en el capítulo uno. Además, alguien intenta asesinar a la boba de Kitty, lo que no ocurría en la novela...

"Quien no respeta la historia está condenado a repetirla"

Si Laura consigue que el misterioso lord Samuel Haskell no la distraiga de su objetivo, también entenderá que cuando una historia llega a su fin… otra comienza.

Y, en este caso, la protagonista puede ser ella.

Laura tiene varias misiones:

1) Mantenerse con vida.
2) Mantener con vida a Kitty.
3) Procurar que la historia siga su curso original.
4) Averiguar quién trata de asesinar a Kitty y desenmascararlo.
5) E intentar que el atractivo de lord Samuel Haskell no la distraiga de todas las misiones anteriores.

Raquel Arbeteta (Lugo, 1992) estudió Biología Sanitaria e Investigación, pero sus verdaderas vocaciones siempre han sido la educación y la literatura. Actualmente trabaja como profesora en Guadalajara y dedica gran parte de su tiempo a la escritura, en la que le gusta explorar diversos géneros. Autora de varios relatos, en 2021 publicó sus primeras novelas y en 2023, *Amor y conveniencia* (Grijalbo).

Es una ferviente admiradora de la histórica romántica, el café con hielo y las películas de época, muchas de las cuales ha visto tantas veces que ya se las sabe de memoria. *Entre dos finales* (Salamandra, 2024) es su última novela.



Primera edición: junio de 2024

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Manuel Esclapez
Ilustración de portada: © Celia Mallada

ISBN: 978-84-19868-34-3

Compuesto en: Comptex&Ass., S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: SalamandraEd
X: @SalamandraEd
Instagram: @SalamandraEd
YouTube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«**Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro**».

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club





Índice